

Preciosa

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

perdición

NEVA ALTAJ

Preciosa

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

perdición

NEVA ALTAJ

Notas de licencia

Copyright © 2025 Neva Altaj

www.neva-altaj.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Editado por Andie de Beyond The Proof (www.beyondtheproof.ca)

Revisión por Yvette Rebello (https://yreditor.com/)

Crítica del manuscrito por Anka Lesko (www.amlediting.com)

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks Productions LLC www.sirenaaudiobooks.com

Diseño de Portada: Deranged Doctor (www.derangeddoctordesign.com/)

Orden de lectura y *tropes*

Serie Perfecta Imperfección

1. Cicatrices Marcadas (Nina & Roman)

Tropes: héroe discapacitado, matrimonio falso, diferencia de edad, polos opuestos se atraen, héroe posesivo y celoso.

2. Susurros Rotos (Bianca & Mikhail)

Tropes: héroe con cicatrices y discapacidad, heroína muda, matrimonio arreglado, diferencia de edad, vibras de la bella y la bestia, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT)

3. Verdades Ocultas (Angelina & Sergei)

Tropes: diferencia de edad, héroe roto, solo ella puede calmarlo, vibras de: ¿quién te hizo esto?

4. Secretos Destruidos (Isabella & Luca)

Tropes: matrimonio arreglado, diferencia de edad, héroe posesivo y celoso, amnesia.

5. Caricias Robadas (Milene & Salvatore)

Tropes: matrimonio arreglado, héroe discapacitado, diferencia de edad, héroe sin emociones, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

6. Almas Destrozadas (Asya & Pavel)

Tropes: él la ayuda a sanar, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso, él cree que no es lo suficientemente bueno para ella.

7. Sueños Quemados (Ravenna & Alessandro)

Tropes: guardaespaldas, amor prohibido, venganza, enemigos a amantes, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso.

8. Mentiras Silenciosas (Sienna & Drago)

Tropes: héroe sordo, matrimonio arreglado, diferencia de edad, *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

9. Pecados Oscuros (Nera & Kai)

Tropes: grumpy-sunshine, polos opuestos se atraen, diferencia de edad, *stalker hero*, solo ella puede calmarlo.

10. ***Dulce Prisión*** **(Zahara y Massimo)**

Tropes: diferencia de edad, romance prohibido, solo ella puede calmarlo, polos opuestos se atraen, él odia a todos menos a ella, vibras de: tócala y te mueres, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

11. ***Preciosa Perdición*** **(Tara y Arturo)**

Tropes: matrimonio arreglado, diferencia de edad, enemigos a amantes, *grumpy-sunshine,* polos opuestos se atraen, vibras de: tócala y te mueres, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

12. ***Corazón de Hielo*** **(Iris y Adriano)**

Tropes: polos opuestos se atraen, diferencia de edad, *stalker hero*, matrimonio forzado/arreglado, solo ella puede calmarlo, vibras

de: tócala y te mueres, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

Índice

Notas de licencia
Orden de lectura y *tropes*
Índice
Dedicatoria
Nota de la autora
Advertencia de Contenido
Glosario
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Mientras tanto, en Boston
Escena Extra 1 – *Gatorraptado*
Escena Extra 2 – El gurú del amor
Querido Lector:
¿Qué sigue?
Corazón de Hielo
Sobre la Autora

Dedicatoria

Para Andie,

Gracias por estar a mi lado desde la primera palabra hasta la última letra. Por tu ayuda y orientación en cada página desordenada, a través de fechas de entrega apretadas y sin un orden, y el caos en general que te lanzo cada vez, que de alguna manera te las arreglas para resolver. Gracias por tus ideas, tus ánimos y tu apoyo inquebrantable, que han dado forma no solamente a este libro, sino a toda mi trayectoria como escritora. No sería la autora que soy sin ti.

Gracias por acompañarme desde el principio, amiga mía. <3

Nota de la autora

Querido lector,

Si has seguido el orden de lectura recomendado para la serie ***Perfecta Imperfección***, probablemente te habrás dado cuenta de que los dos últimos libros fueron un poco más oscuros que las historias anteriores. Hubo mucho enfoque en la política interna de la Mafia y mucha intriga que mostraba ese mundo. Eso era lo que exigían esas historias, aunque, para ser sincera, echaba de menos el lado más ligero.

Cuando comencé a escribir ***Preciosa Perdición***, quise divertirme un poco. Decidí explorar la dinámica de los personajes y disfruté con la forma en que evolucionaron ante mis ojos. Por lo tanto, este libro es un poco más ligero, con muchos menos asuntos oscuros.

Espero que la historia de Tara y Arturo te resulte tan entretenida como a mí mientras la escribía.

Con amor,

Neva

Advertencia de Contenido

Este libro presenta elementos que algunos lectores pueden considerar detonantes o perturbadores, como la mención de la muerte de un familiar directo, un secuestro, así como descripciones gráficas de violencia, tortura y escenas sangrientas.

Por favor, tengan en cuenta que se trata de una obra de ficción, en la que la autora se ha tomado libertades creativas a la hora de representar ciertas escenas que se considerarían arriesgadas y que no son recomendables en el mundo real. Bajo ninguna circunstancia intenten imitarlas.

Glosario

Puttana — Puta (italiano).

Gattina — Gatita (italiano).

Madonna Santa — Virgen Santa, pero como exclamación, la expresión es parecida a "Dios mío" — (italiano).

Ma sei impazzita! — ¡Estás loca! (italiano).

Svadba — Celebración de una boda; no se aplica únicamente al acto de casarse, ya que la gente puede casarse un día por la iglesia o en el ayuntamiento, y celebrar su *svadba* el mismo día o mucho más tarde (serbio).

Pasulj — Platillo serbio sencillo hecho con frijoles; una comida casera favorita y tradicional.

Sljamu nalickani — Insulto sin traducción literal, que significa: un imbécil que se esfuerza demasiado por su apariencia, exagerando (serbio).

Sunce ti jebem — Sin traducción literal, pero significa: ¡maldita sea! (serbio).

Isuse! — ¡Jesús! (serbio).

Slava — Celebración familiar serbia en honor a su santo patrón.

Sarma — Rollitos serbios rellenos de col.

Gattina nera — Gatita negra (italiano).

Ma lasciami dormire — Déjame dormir (italiano).

l'Onore — Honor (italiano).

Famiglia — Familia (italiano).

Rispetto — Respeto (italiano).

Gattina mia — Mi gatita (italiano).

Stronzo — Idiota (italiano).

Una nota sobre las flores: Es una costumbre serbia que, cuando se regalan flores (por ejemplo, en cumpleaños o en ocasiones románticas), el ramo debe contener un número impar de flores (por ejemplo: 3, 5, 21, etc.). Los arreglos con un número par de flores únicamente son apropiados como un obsequio para los difuntos (por ejemplo, para un funeral).

Prólogo

Quince años atrás

(Arturo, 20 años)

Arturo

Comienza como un ardor, en lo más profundo de mi pecho. Luego, una chispa cobra vida estallando en una pequeña llamarada que llena lentamente la cavidad hueca. Como un desierto seco y sin vegetación, rápidamente me consume una tormenta de fuego arrasadora. Es difícil imaginar que tal ira pueda nacer del simple contacto con un fósforo. Una delicada llama que a menudo ni siquiera puede soportar una suave brisa. Sin embargo, aquí estoy. Con combustible en abundancia para alimentar mi furia, la llama en mis venas está lista para destruir todo a su paso.

Porque el bastardo sentado ante mí con arrogancia quiere a mis hermanas.

Quiere arrebatármelas.

El Don le da una calada a su puro y deja caer la cerilla apagada en un cenicero que tiene cerca. Está sentado en un enorme sillón con respaldo en el centro de la habitación, momentáneamente absorto por el puro cubano en su mano arrugada y manchada por la edad. Con su piel seca y flácida y su escaso cabello, siempre me ha recordado a un cadáver en descomposición. Y, esta noche, si insiste en quitarme a mis hermanas, lo convertiré en uno.

—Las niñas necesitarán que una mujer las aconseje, Arturo. Seguro que lo entiendes. —Otra calada llega a sus pulmones infectados de alquitrán, y no puedo evitar desear que se ahogue con ella—. ¿Y quién podría cuidarlas mejor que la hermana de tu madre?

¡Esa maldita zorra de mierda! Sabía que esa *puttana* estaría detrás de esto. Y no tiene nada que ver con que sea una tía preocupada. Después de que la *Cosa Nostra* prácticamente la repudiara cuando se casó con un hombre ajeno a la *Familia*, ha estado intentando todo lo que se le ha ocurrido para ganarse la simpatía del Don. Especialmente desde que su marido murió hace dos años. Y ahora, ha encontrado la manera perfecta.

¡Sobre mi cadáver!

—Yo cuidaré de mis hermanas —gruño mientras una ira abrasadora recorre mi sangre, convirtiendo en un infierno el fuego que arde en mi interior—. Nadie más.

—*Oh*, vamos, muchacho… Apenas tienes veinte años. ¿Cómo puedes esperar criar a dos criaturas de cinco años y además cumplir con tus obligaciones con la *Familia*? ¿Conmigo? —El Don me dirige una mirada condescendiente.

Mis manos se cierran en puños a los costados, con las uñas clavándose en la piel callosa de mis palmas. El impulso de rodear con mis dedos el cuello de ese hijo de puta egocéntrico y matarlo allí mismo es insoportable.

—Me las arreglaré —respondo entre dientes.

—Vitoria adora a las niñas. Ya comenzó a decorar sus habitaciones en su casa. A tu tía le hace mucha ilusión que vivan con ella.

Seguro que sí. Lo único que le preocupa a esa bruja embustera es rehacer su propia vida. Si se convierte en la tutora legal de Sienna y Asya, se beneficiará enormemente de sus matrimonios futuros. Venderá a mis hermanas al mejor postor.

—Lucharé por la custodia. —De algún modo, consigo escupir las palabras a pesar del enorme nudo que tengo en la garganta. La desesperación me oprime el pecho como una roca.

—No, Arturo. No harás tal cosa.

Cada célula de mi interior hierve. Mi sangre se ha convertido en lava fundida, lista para incinerar al cabrón que se reclina en su silla frente a mí como si estuviera en un maldito trono. Menos de tres metros me separan del Don. Si estuviéramos solos, ya lo habría fulminado.

Pero no estamos solos.

Todos los altos mandos de la *Familia* están presentes. Un grupo de musculosos con trajes perfectamente hechos a la medida se alinean como soldados de juguete a lo largo de la pared. Supongo que para garantizar que no me pase de la raya delante del Don. Salvatore Ajello, a quien considero mi amigo a pesar de que nunca me ha mostrado la misma estima, está entre ellos. Su mirada penetrante se dirige directamente a mí.

Si bien puede que seamos amigos en el trabajo, no me cabe duda de que se desharía de mí sin dudarlo si hiciera un movimiento para matar al pedazo de mierda que gobierna actualmente a la *Familia* de New York. Esa pobre excusa de Don, que hace muy poco o nada para proteger a su gente. Que ahora se ha rebajado a arrancar de su hogar a niñas de cinco años desconsoladas pocos días después de la muerte de sus padres. Lo que significa que me importa un carajo… Amigo o no, si Ajello se interpone en mi camino, encontraré la forma de pasar por encima de él y matar al bastardo que intenta robarme a mis hermanas. Sienna y Asya son todo lo que me importa. Sin ellas, no tendré nada que perder.

—Ya puedes irte. —El Don apaga su puro en el cenicero—. Ya tomé mi decisión. Asegúrate de que las niñas tengan las maletas hechas y estén listas para irse mañana por la mañana.

Rojo.

Todo lo que veo es rojo, carajo. La rabia cubre mi visión en una espesa niebla mientras flexiono las manos y doy un paso adelante, dispuesto a cometer la más alta traición, sin importarme las consecuencias.

El Don es hombre muerto.

Avanzo un paso hacia él cuando, de la nada, un dolor estalla en el lado derecho de mi mandíbula y mi cabeza se inclina hacia un lado. Tardo varios latidos en apartar el borrón que me nubla la vista y luego reconozco la enorme silueta de Ajello impidiéndome el paso.

—Date la vuelta y márchate. —Me agarra de la camisa y me empuja hacia atrás—. Ahora mismo, demonios.

Eso no va a pasar. Lo empujo y le doy un golpe en la barbilla, devolviendo lo que me hizo.

—Muévete —siseo.

Ajello simplemente se limpia la sangre de su labio con el dorso de la mano. Su rostro permanece inexpresivo mientras vuelve a agarrarme de la camisa y se inclina hacia mi cara.

—Lo arreglaré. —Sus palabras son apenas audibles, demasiado bajas para que las escuche alguien que no sea yo—. Te doy mi palabra.

Demasiado aturdido por la seriedad de su mirada, que me implora que confíe en él, aún estoy procesando lo que dijo cuando Ajello me entierra la rodilla en el diafragma. La fuerza del golpe me hace retroceder.

—¡Piérdete, DeVille! —brama—. Y haz lo que te ordenaron.

Luchando por llevar aire a mis pulmones, confundido observo a Ajello. Estoy casi seguro de que el cretino acaba de romperme una o dos costillas. Siendo miembro de la seguridad personal del Don, no me sorprende en lo más mínimo que proteja al viejo. Aunque, si está cumpliendo con su deber, ¿por qué hay una mirada extraña en sus ojos usualmente firmes? ¿Por qué me fulminan, pero no con ira? Hay una súplica casi reverente en sus profundidades normalmente frías. Algo que no concuerda en absoluto con su postura, lista para el combate.

Un movimiento apenas perceptible de su boca atrae mi atención, sin embargo, Ajello no emite sonido alguno mientras continuamos nuestro enfrentamiento evidente. Repite el movimiento. Esta vez mucho más despacio, lo que me permite leerle los labios.

Confía en mí.

Nunca he visto a Ajello mostrar preocupación por nadie. No obstante, cuando me observa de pie, de espaldas a la habitación llena de víboras, entiendo lo que significa esa mirada en sus ojos.

Preocupación.

Por mí.

¿Puedo confiar en él? ¿En este tipo raro y sin emociones? A pesar de ser solamente un año mayor que yo, hace que los hombres que nos doblan la edad desconfíen de él por su actitud rara. ¿Por qué carajos le importarían mis hermanas o yo? No tiene ningún puto sentido.

Mi mirada recorre a los hombres reunidos en la sala. La mayoría de ellos tienen las manos en sus armas, listos para matarme al instante si doy un paso en falso. Incluso si consigo pasar a Ajello, no significaría nada. Alguien me matará por mi insubordinación antes de que me acerque al Don. Tomo un respiro y vuelvo a mirar a Ajello.

No tengo más remedio que confiar en él.

Asiento con la cabeza.

—Vete. —Él me devuelve el gesto.

Mientras mis costillas gritan de dolor, me enderezo y salgo de la habitación. Aferrándome desesperadamente a una pequeña esperanza de que cumpla su promesa.

Capítulo 1

Presente

Oficina de Salvatore Ajello en New York

(Arturo, 36 años; Tara, 24 años)

Arturo

—¿Y bien? —pregunta Ajello, relajado en su sillón frente a mí —. ¿Tienes algo que decir?

Miro la copa que tengo en mi mano, haciéndola girar, observando cómo el líquido carmesí se arremolina y salpica en su interior. Los tenues restos de vino que quedan adheridos a la copa me recuerdan a la sangre.

He sangrado por nuestra causa más veces de las que puedo contar. Durante operaciones de drogas que salieron mal. Riñas entre pandillas. Enfrentamientos con organizaciones rivales. No me arrepiento de ni una sola gota. Siempre he sabido a lo que me comprometí. La sangre que derramé por la *Cosa Nostra* no se ha desperdiciado. Sin embargo, hoy podría terminar sangrando por mi pura terquedad.

—Sí. —Me llevo la copa a los labios y bebo un sorbo—. No me casaré con Tara Popov, jefe.

La ceja derecha de Ajello se levanta ligeramente. Debe de ser la mayor muestra de emoción que le he visto en años. Excluyendo su comportamiento cerca de su esposa y su hija, por supuesto. Después de conocerlo durante más de dos décadas, aún no estoy seguro de que realmente sea humano.

La gente cree que Salvatore Ajello es un psicópata, pero no lo es. Es un hombre que no acepta las cosas a medias. Es todo o nada

con él. Puede que me considere un amigo. ¿Tal vez? ¿Quién puede saberlo con Ajello? Lo que sí sé es que recibiría una bala por mí. Sin pensarlo dos veces.

Sin embargo, nada de eso influye en su decisión sobre mi situación actual. Es *el* Don de New York, y acabo de negarme a obedecer sus órdenes directas. Matarme por insubordinación sería perfectamente justificable.

—¿Por qué no? —Ajello frunce el ceño, arrugando la frente—. Puede que la hermana de Drago sea un poco temperamental, pero estoy seguro de que harían una pareja perfecta.

—¿Un *poco* temperamental? La mujer trató de volarme la cabeza con una bandeja de aperitivos. Si su hermano no se la hubiera echado al hombro y se la hubiera llevado, habría estrangulado a esa loca allí mismo.

—Exactamente mi punto. Necesitas ese tipo de desafío, Arturo.

—Me conmueve su preocupación, jefe, pero estoy bastante seguro de que ya tengo suficientes desafíos en mi vida. Especialmente ahora, con esta operación en la que nos asociamos con Boston. No necesito añadir una loca de remate a todo lo demás con lo que tengo que lidiar.

Ajello se levanta y agarra su propia bebida de la mesa lateral y se acerca al ventanal con vistas al horizonte de la ciudad. Es lo que suele hacer cuando está meditando sobre un asunto especialmente delicado. O planeando la muerte de alguien.

Los minutos pasan en silencio mientras él se limita a contemplar el paisaje.

—No me relaciono con la gente, Arturo —dice finalmente—. No es algo que vaya con mi personalidad. De todos a los que he conocido, tú eres lo más parecido a un amigo que tengo. El único hombre al que siquiera consideraría ponerle esa etiqueta.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza, ligeramente desconcertado por el nuevo rumbo que ha tomado nuestra

discusión. Y por el hecho de que sigo respirando.

—Has sido mi subjefe durante más de una década —continúa Ajello, dándose la vuelta—. Como mi mano derecha, confío en ti más que en cualquiera de los demás, y te he dado casi rienda suelta en una gran cantidad de decisiones de negocios. Confío plenamente en que harás lo correcto para la *Familia*, sin importar lo complejo o delicado que sea el asunto. Nunca me has fallado.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que te has metido demasiado en la maleza, Arturo. Insistes en estar presente en todos los tratos. Ya sea ocupándote de los detalles de un contrato esencial que implica un importante cargamento de droga o supervisando un trabajo rutinario del que uno de tus tenientes puede encargarse fácilmente. Es más, ninguno de nuestros proyectos de construcción puede ponerse en marcha antes de que firmes personalmente los planos y examines los diseños, aunque no sepas un carajo de construcción. Y, hace una semana, Nino me dijo que exigiste que se te consultara sobre los horarios de los turnos de los chicos de seguridad de los almacenes.

—Me gusta ser minucioso. No veo nada malo en ello.

—Lo sé. —Da un sorbo a su vino—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

Casi me atraganto con el sorbo que acabo de tomar.

—Con el debido respeto, jefe, eso no es asunto suyo.

—Lo es si afecta tu rendimiento. Te has estado saturando de trabajo. A veces, ni siquiera vas a casa a dormir, solamente te quedas en el sofá de tu oficina. Trabajando sin parar porque simplemente no sabes qué hacer contigo mismo últimamente. Con Asya y ahora Sienna casadas y lejos, no te queda nadie a quien cuidar. A quien proteger. Ya nadie necesita que los salves. Por naturaleza eres una persona que cría, Arturo. Y no tienes idea de cómo lidiar con tu nueva realidad.

Rechino las muelas, flexionando la mandíbula. De algún modo, el astuto bastardo nunca falla a la hora de sacar a relucir las

preocupaciones internas que la mayoría de la gente preferiría mantener enterradas. Te obliga a enfrentarte a ellas, aunque no estés preparado ni dispuesto a hacerlo. Puede que él mismo se muestre emocionalmente distante la mayor parte del tiempo, sin embargo, tiene un gran don para despertar un montón de emociones en los demás. Ajello nunca falla en su objetivo. Verlo dar rienda suelta a su "vudú", especialmente cuando hace que nuestros rivales se retuerzan, es algo hermoso. ¿Que escarbe en *mi mente*? No tanto.

—¿Así que decidiste agobiarme con una esposa?

—La *Cosa Nostra* tiene en alta estima los valores familiares. Como mi segundo al mando, se espera que seas un ejemplo para los demás. Como un hombre tradicional, lo entiendes, ¿verdad?

—¿Por qué ella? —inquiero, con los dientes apretados—. Si es tan importante que me case, aceptaría encantado a una chica de la *Familia*. Alguien simpática y mansa. Con todas las mujeres italianas disponibles, ¿por qué eliges en su lugar a la *banshee* Popov?

—Tu animosidad hacia Drago ha alcanzado su punto culminante, y está poniendo en riesgo nuestra colaboración. Necesito que arreglen sus diferencias y se lleven bien.

—¡Es un imbécil presuntuoso y maleducado que de alguna forma le lavó el cerebro a mi hermana para que se casara con él! —estallo—. Independientemente de cómo sean las cosas entre ellos ahora, nunca lo olvidaré. Y nunca me llevaré bien con ese cretino.

—Ya lo creo. Al menos, no hasta que los dos estén en igualdad de condiciones. Te estoy dando esa oportunidad. —La mirada de Ajello se posa pesadamente sobre mí—. Él se quedó con tu hermana. Tú tendrás a la suya. Problema eliminado.

Observo fijamente a mi jefe, sin palabras. Ajello es capaz de encontrar la solución más extravagante que, de algún modo, tiene sentido.

—Y en lo que respecta a las chicas italianas simpáticas —prosigue—, no creo que esa opción te convenga. La mayoría de ellas

ya adoran el suelo que pisas, así que ¿dónde está el desafío en eso? Por otro lado, Tara Popov es la mujer perfecta para ti. No será tan fácil seducirla.

Suelto una carcajada.

—Y yo que pensaba que no tenías sentido del humor, jefe.

—Sí. Mi esposa comparte tu opinión al respecto. —Voltea de nuevo hacia las brillantes luces de la ciudad más allá de la ventana —. Ya reservé un lugar adecuado para la boda. Todos los gastos corren por mi cuenta, por supuesto. Mi regalo para la feliz pareja.

—*No* me casaré con la hermana de Popov. —Vuelvo a gruñir.

—Claro que lo harás. La alternativa es que te ejecute por desobedecer mi orden. Tus hermanas no se tomarán bien tu muerte. No después de haber sufrido tantas tragedias en sus vidas. —Bebe un sorbo de vino antes de continuar, con un tono completamente relajado y sin emoción—. Sin duda, Asya llorará, pero con el tiempo encontrará la manera de sobrellevarlo. Siempre ha sido la fuerte, aunque no lo parezca por fuera. Pero Sienna… Pobre Sienna — suspira—. No estoy seguro de que pueda superar perderte. Perder a la gente que quiere siempre ha sido su miedo más profundo. Al igual que el tuyo, debo añadir. —Vuelve a girarse y me dirige una mirada. Es penetrante, aunque el hombre se mantiene calmado, casual y confiado—. ¿Sabes por qué aceptó casarse con Drago?

La rabia se enciende dentro de mí, tan ardiente que apenas soy capaz de formar la palabra.

—No.

—Le dije que te mataría si te oponías al matrimonio arreglado. Claro que al final todo salió bien, pero eso no cambia el hecho de que ella estuviera dispuesta a sacrificarse por ti. ¿Qué clase de hermano no haría lo mismo?

Me agarro con tanta fuerza a los brazos de la silla que espero que se hagan añicos en cualquier momento. ¡Hijo de puta! *Sabía* que sus sucias tácticas habían influido en la decisión de Sienna de casarse con el serbio. La única razón por la que sigo clavado en mi

asiento en vez de cruzar la habitación para darle un puñetazo en la cara a ese desgraciado es por lo que hizo por mí hace tantos años atrás.

Si no hubiera sido por Ajello, solo Dios sabe lo que les habría pasado a Sienna y Asya. Ninguna de las dos salió completamente ilesa bajo mi tutela, pero me estremezco al pensar lo que podría haber pasado si me hubieran arrebatado a mis hermanas cuando tenían cinco años.

Es extraño que Ajello no utilice ahora sus acciones de entonces contra mí.

—¿No insistirás en que estoy en deuda contigo? —indico—. ¿Que te debo lealtad y obediencia por lo que hiciste por mi familia?

—Tanto la obediencia como la lealtad deben inspirarse en el respeto, Arturo. Un hombre que le pide a alguien a quien considera su amigo que cumpla sus órdenes como pago por una ayuda que le dio libremente no es digno de ese respeto. Lo que hice, lo hice porque era lo correcto. De ninguna manera estás en deuda conmigo por eso.

Mi mirada se desliza hacia la copa de vino que dejé antes sobre la mesa de al lado. Las tranquilas palabras de Ajello me han sacudido hasta la médula.

Los líderes como Salvatore Ajello son raros en nuestro mundo, y apostaría que casi inexistentes si se considera que ese mundo es el reverso tenebroso de la sociedad honrada. Es el tipo de hombre que nunca se retira del campo de batalla si eso significa dejar atrás a sus hombres. Uno que siempre ha puesto el bienestar de su gente, la *Familia*, por encima de todo. Casi muere por ello. El maldito loco.

Esa es la razón por la que lo respeto, la razón por la que siempre ha tenido mi lealtad. Nunca ha habido un momento en el que no haya seguido las órdenes de Ajello. ¿Negarme a casarme con la hermana de Drago Popov, es algo que vale la pena para que le dé la espalda a este hombre? ¿A mi líder? ¿A mi amigo?

—¿De verdad vas a meterme una bala en la cabeza si no lo hago?

Me mira por encima del borde de su copa.

—No. Pero te agradecería mucho que accedieras.

Cierro los ojos y respiro profundamente.

Honor.

Lealtad.

Compromiso.

Junto con las tradiciones, esos son los principios que he seguido a lo largo de mi vida, incluso antes de jurar mi lealtad a la *Cosa Nostra* a los dieciocho años. Hace una década, cuando acepté el privilegio de ser el subjefe de Ajello, le juré lealtad y obediencia como el *Jefe de la Familia*. Me he sentido muy orgulloso de hacerlo.

Sin embargo, mi lealtad hacia Ajello va más allá de mi devoción hacia él como mi jefe. Le estaré eternamente agradecido, aunque dejó en claro que no le debo nada por su ayuda. No es que importe cómo se sienta al respecto, se ha ganado mi apoyo incondicional.

—¿Quieres escuchar algo? —pregunto—. El día de la boda atroz carnavalesca de Popov…

—¿Quieres decir, *Svadba*?

—Sí, eso. Cuando estacioné mi coche y me dirigía hacia su gigantesca casa, un gato negro cruzó la carretera justo frente a mí.

—No me digas que crees en supersticiones tontas.

—No creía. No hasta ese día, claro. Sin embargo, diez minutos después conocí a la hermana de Drago. —Sacudo la cabeza —. Una jauría de perros rabiosos es menos amenazante que ella. Así que dime que no tiene nada que ver con ese mal presagio.

—Algunas culturas creen que los gatos negros traen buena suerte.

—Supongo que pronto lo averiguaré.

—Entonces, ¿debo tomar eso como que te casarás con la mujer?

—Sí. —Se me escapa un suspiro—. Pero Tara Popov nunca estará de acuerdo. Me odia. Probablemente incluso más de lo que yo la odio a ella.

—*Hmm.* Tal vez no debiste intentar matar a su hermano. Tendrás que encontrar una manera de arreglarlo. Las flores podrían ayudar. Los halagos, definitivamente. Intenta invitarla a tomar un café primero.

Me aprieto las sienes, quejándome por dentro. ¿Salvatore Ajello dándome consejos sobre cómo cortejar a una mujer?

—¿Porque eso te funcionó tan jodidamente bien, jefe?

—Bueno, siempre puedes amenazarla con aniquilar a todos sus seres queridos. Cuando las flores no funcionaron, eso es lo que me hizo conseguir a Milene. Eventualmente. En cuanto a las mujeres concierne, la clave es no ablandarse a su alrededor.

El teléfono de Ajello empieza a sonar, y él se encoge de hombros mientras lo saca.

—*Cara mia*, ¿sigues despierta?... No, aún no he tenido tiempo de ir por la comida para gatos. Lo haré en cuanto termine con Arturo… Sí, soy consciente de que Kurt ha estado vomitando desde ayer. Seguramente la maldita peste se comió otro bicho asqueroso y… ¿Cómo que te arañó? —Dándose la vuelta, Ajello se dirige apresuradamente hacia la puerta de la oficina—. No te muevas. Ahora mismo subo. Llamaré a Ilaria de camino… ¡No me importa que solo sea un rasguño!... ¡No, no estoy exagerando! ¿Y si se infecta?

Una corriente de aire recorre la habitación por la fuerza con la que Ajello abre la puerta. Se detiene en el umbral, con el teléfono pegado a la oreja, y me mira.

—Tienes dos meses para convencer a tu futura esposa de que se case contigo.

La puerta se cierra de golpe a su paso, pero aún puedo escuchar el sonido de su voz que se va desvaneciendo mientras sigue haciendo un escándalo por el maldito arañazo de su mujer. Jesucristo. Si alguien me hubiera dicho hace unos años que Salvatore Ajello se desviviría por una mujer, me habría reído en su cara. Realmente es una tragedia. Al menos nadie me verá nunca perder la cabeza así. Especialmente por una esposa que *no quiero*.

¿En serio voy a seguir con este circo?

Sí, lo haré. Di mi palabra, y nadie puede hacerme faltar a ella. Pero, sobre todo, no la maldita Tara Popov.

Saco mi teléfono del bolsillo y llamo a Nino Gambini. Como nuestro jefe de seguridad, vigila de cerca a cualquiera que pueda afectar a la *Familia*. Debido a la importancia de nuestra colaboración con la organización serbia, debe conocer el paradero de la hermana de Popov. Dado que Ajello ya ha puesto las cosas en marcha, fijando este plazo ridículamente corto antes de las nupcias, tengo que actuar de inmediato. Averiguar en qué anda mi futura esposa en estos días es el primer paso para empezar a trabajar.

—Necesito saber dónde puedo encontrar a Tara Popov —suelto en cuanto se conecta la llamada.

—*Espera. Déjame revisar los registros de su expediente*. —Se escucha el rápido sonido de un teclado a través de la línea.

—¿Tienes un *expediente* sobre ella?

—*Tenemos archivos de todas las personas con las que hemos estado en contacto en la última década, y de cualquiera que haya sido considerado de interés especial.* —Los golpecitos y los chasquidos continúan hasta que Nino suelta—: *Aquí está. Durante la última semana, la señorita Popov ha estado ayudando como mesera en el* club *de su hermano. ¿Qué día es hoy?*

—Miércoles.

—*Su turno termina a medianoche.*

Me subo la manga y miro mi reloj. Tengo poco menos de dos horas para ir a Naos.

—Gracias, Nino.

Mis pasos largos me llevan a través de la oficina de Ajello. Hago una breve pausa para recoger mi chaqueta del respaldo del sofá y salgo por la puerta.

Me dirijo a encontrarme con mi futura esposa.

Mientras ella está sirviendo mesas en un maldito *club* nocturno.

Jodidamente genial.

***

El tráfico de New York apesta.

—¿Quieres moverte, idiota? —Golpeo el volante con la palma de mi mano.

El auto frente a mí no se mueve. Claro que no. Hay una fila de al menos otros diez coches obstruyendo el carril. El de al lado no es mejor. Si no llego a Naos en los próximos cinco minutos, no veré a mi *prometida*.

—A la mierda. —Giro el volante a la derecha y piso el acelerador, deslizándome por un callejón entre un par de edificios sin ascensor.

En realidad, no tengo que ver a Tara Popov esta noche, pero quiero resolver este asunto del matrimonio lo antes posible. Si no lo hago, esta mierda va a rondar por mi cabeza, persiguiéndome mientras duermo. No puedo permitirlo, no con toda la demás mierda que me ha estado impidiendo dormir decentemente últimamente.

Nuestros compradores me están presionando porque nuestro último cargamento de droga se retrasó. No obstante, en lugar de ocuparme de eso, estoy atendiendo estúpidas quejas por ruido en

uno de nuestros edificios de Chinatown. Nuestros trabajadores han estado demoliendo el sótano, y Wang, ese hijo de puta de la *Tríada*, exige que limitemos la demolición a tres horas al día. ¡Tres putas horas! Llevaría meses terminar el espacio para almacenamiento personalizado a ese ritmo, y yo lo necesitaba para ayer.

Esos son los *verdaderos* problemas que me tienen arrastrando el culo al amanecer. Que me parta un rayo si pierdo un minuto de sueño por culpa de esa mujer.

Con el pie pisando a fondo el acelerador, vuelo a través de los callejones estrechos en mi Land Rover. Normalmente soy un conductor cuidadoso, prefiero no llamar la atención. Pero con todo lo que está pasando últimamente, mi paciencia se ha agotado. Los embotellamientos tampoco ayudan a mi estado de ánimo. Ya me han puesto un par de multas por exceso de velocidad en el último mes; una más y me suspenderán la licencia. Por alguna razón, hoy no puedo preocuparme por eso.

Me acerco al *club* de Drago cuando un escuálido gato negro salta del contenedor de basura y aterriza en medio de la calle.

—¡Carajo! —Freno de golpe y toco el claxon.

El condenado animal ni siquiera se mueve. Se queda inmóvil, con el lomo arqueado y una cola tupida, mientras mis faros se reflejan en sus ojos muy abiertos. Mis neumáticos rechinan cuando meto reversa, giro el volante a la derecha y salgo disparado del callejón hacia la calle principal. Si no alcanzo a ver a Tara por culpa de un gato, un maldito *gato negro*, voy a… ¡Joder! Quedan apenas un par de minutos para que acabe el turno de Tara, así que piso el acelerador y miro hacia la entrada principal de Naos, a menos de una cuadra de distancia.

El aullido de una sirena suena detrás de mí, seguido de las cerezas y moras que iluminan mi retrovisor. Un rápido vistazo por el espejo lateral confirma que me sigue una patrulla de policía.

Me quejo.

—Demonios, tiene que ser una broma.

Capítulo 2

Al día siguiente

Club Naos, New York

Tara

Los jueves suele haber poca gente. No es como si Naos se convirtiera en una ciudad fantasma, eso nunca ocurre, pero los clientes más adinerados que suelen frecuentar el lujoso *club* de mi hermano prefieren las noches de los viernes y los sábados para divertirse. Por desgracia para mí, esta noche todo el *club* está reservado para un evento privado. Sin embargo, en lugar de los típicos trajes hechos a la medida y vestidos de diseñador, el local está lleno de gente vestida de cuero y *jeans* rotos.

Los motociclistas locales, cuyo líder resulta ser el amiguito de Drago, decidieron organizar una fiesta de cumpleaños para uno de sus miembros en nuestro *club*.

Hurra por mí.

—Si sigues mirándome los pechos, te voy a dar una patada en las pelotas, Johnson. —Golpeo al barbudo en el pecho con mi bloc de notas y me dirijo al bar. Es más fácil decirlo que hacerlo, ya que primero tengo que colarme entre una multitud de hombres sudorosos. Las botellas de cerveza vacías y los vasos repiquetean cuando levanto la bandeja por encima de mi cabeza para deslizarme entre dos mesas altas abarrotadas de más barbudos, todos cantando al ritmo de una canción que resuena en los altavoces del techo.

—¡Tara! —grita el cantinero por encima del clamor—. ¡Estos *highballs* se están quedando sin gas aquí!

—Vete a la mierda —murmuro y golpeo la bandeja contra la encimera.

Por lo visto, estos tipos pueden beberse un río hasta dejarlo seco. Los pies me están matando y ya estoy harta de las frases cursis que he tenido que aguantar. Qué no daría ahora mismo por tener que lidiar con las bobas pretenciosas y los machos prepotentes que abundan por aquí. La mayoría de las veces, la clientela ronda los ochenta, cada uno con los bolsillos llenos del botín de sus turbios negocios clandestinos. La horda de casi doscientos de esta noche está muy lejos de eso. Aparte de la mierda ilegal, claro.

Me encantaría matar a mi hermano cuando llegue a casa por obligarme a hacer esta mierda, pero en este momento él y Sienna están en Chicago, visitando a la hermana de Sienna. Mi venganza tendrá que esperar.

Lo sé, lo sé… Que me obliguen a tomarme una "baja por indisciplina" de mi puesto como gerente general del contrabando de diamantes de Drago es un castigo justo por montar una escena en el banquete de bodas atrasado de él y Sienna. Todo el asunto me hace sentir como si hubiera vuelto a la escuela y me hubieran suspendido de nuevo. Pero lo entiendo. Lo avergoncé. Arruiné el día perfecto para mi cuñada. Sí, metí la pata. *Otra vez*. ¿Pero hacerme trabajar en Naos? ¡Eso es horrible!

Para colmo, no pude conseguir un trabajo normal en otro lugar mientras cumplía mi "condena". No porque no quisiera o no lo intentara, sino por un "riesgo de seguridad". Parece ser que mi *Hermano Mayor* ha decidido hacer otro movimiento de negocios atrevido y podría haber hecho enfadar a alguien más en New York, así que estar por mi cuenta es un *no-no* enorme por el momento. Me he estado preguntando si tiene algo que ver con el *Sindicato Griego*, porque Drago enloqueció completamente cuando se enteró de que he estado saliendo con Stavros.

¡Qué jabalí tan testarudo y sobreprotector!

Después de un sermón de veinte minutos sobre cómo ya debería saber comportarme, Drago impuso la ley. Tengo que cubrir a

cualquiera que se reporte enfermo en su *club*. Camarera, *bartender*, conserje… no importa. Fui relegada a suplente en este punto. ¡Una todóloga! Experta en nada, al parecer.

Hasta ahora, he hecho el inventario de todo en el almacén. Tuve que salir de "cacería" en plena madrugada para comprar limas cuando se nos acabaron inesperadamente. E incluso tuve la oportunidad de vivir la experiencia estilo *Cocktail* de Tom Cruise trabajando detrás de la barra unas cuantas noches. Eso fue divertido, hasta que me equivoqué en una mezcla y uno de los clientes acabó en emergencias.

Al carajo. Mi. Vida.

Ahora soy camarera, y lo detesto aún más que hacer inventario. Pero me prometí a mí misma que prevalecería. ¡No voy a joder esto! Dios sabe que he jodido casi todo lo demás hasta ahora.

—Esto es para el caballero de la butaca reservada. —El cantinero pone una botella de Dom Perignon y dos copas en una bandeja de plata y la empuja hacia mí.

—¿Hay un *caballero* entre estos neandertales?

—VIP. Está en la número doce.

Empujo la bandeja de regreso.

—Jelena y Maja están sirviendo a todos los que están en las butacas.

—Este tipo te pidió a ti específicamente. —Se inclina sobre el mostrador de madera, sonriendo—. No sabía que te gustaban los italianos, Tara.

—¡Ja! Primero se congelaría el infierno. —Tomo la bandeja y me dirijo a través de la pista de baile hacia el otro extremo, a la sección de butacas semiprivadas.

El centro del *club* está abarrotado. Los cuerpos se contonean y frotan al ritmo de la música. El bajo retumba en la pista, enviando pulso tras pulso implacable al centro de mi pecho. Es casi imposible abrirme paso hasta las butacas VIP. Al menos reconozco la mayoría

de las caras. He ido con Drago a varias reuniones organizadas por este *club* de motociclistas. Son un grupo ruidoso, pero tener a tantos motociclistas cerca no me molesta. Demasiado. Aunque, en general, no me siento bien entre una gran multitud de gente que no conozco. Siempre tengo la sensación de que todo el mundo me está mirando, esperando a que meta la pata. No lo soporto.

Manteniendo la bandeja tan firme como puedo, me meto entre dos tipos que miran embobados a otra camarera. Lo último que necesito es que se me caiga esta maldita botella de *champagne* añejo. Apuesto a que cuesta más que mi coche.

Claro que, sigo conduciendo el mismo cacharro que usaba en la universidad. Soy buena administrando el dinero de los demás, pero soy pésima manejando el mío. Nunca conseguí ahorrar lo suficiente para comprarme algo mejor. Así que estoy atascada con la vieja Betsy porque Drago se negó a comprarme un vehículo nuevo mientras estaba en la universidad, diciéndome que tenía que ganármelo. Así es su personalidad, balcánica en todo el sentido de la palabra. Puede que nos hayamos mudado a Estados Unidos hace dos décadas, sin embargo, él nunca perdió ni una pizca de las lecciones de su país natal.

Ugh, si no quisiera tanto a mi hermano, habría mandado todo *a la mierda* y me habría mudado a mi apartamento después de que se recuperara del disparo. También lo habría hecho si no me hubieran desalojado porque olvidé pagar el alquiler. En mi defensa, en aquel momento estaba más preocupada por la vida de mi hermano que por las cuentas. Independientemente de otra metedura de pata de mi parte, respeto a Drago lo suficiente como para seguirle la corriente a él y a sus preocupaciones por la seguridad. Aunque sigo sin estar muy convencida de que alguien en realidad intentaría lastimarme *a mí* solamente para llegar a él. Honestamente, ¿quién se interesaría por mí? Pero, bien, acepté quedarme donde estoy.

Las lujosas butacas que cuestan quince mil dólares en una noche normal bordean la pista de baile en un amplio arco. Las

paredes de cristal escarchado separan cada zona de asientos y proporcionan una apariencia de intimidad a los elegantes ocupantes que se relajan en el santuario interior. Normalmente, el personal de servicio está colocado en la entrada, listo para atender a los VIP. La butaca doce es el espacio personal de Drago. Por lo general, únicamente él puede utilizarla. Pero esta noche no es una noche *normal*. Y parece que el bastardo que está sentado allí ha decidido fastidiarme aún más el turno.

Las dos lámparas situadas a ambos extremos del sofá de piel blanco están atenuadas, lo que hace que el espacio sea más oscuro que el resto del *club*. Al dar la vuelta a una pareja que gira al borde de la pista de baile, ni siquiera miro al ocupante de la butaca mientras me acerco y dejo la bandeja en el centro de la mesa baja de cristal.

—Su *champagne*, señor.

—Vaya, vaya… parece que ella tiene modales después de todo. —El intenso barítono retumba en mi piel, provocándome un escalofrío inesperado.

Levanto la cabeza de golpe y mi mirada se centra en el hombre que descansa con los brazos extendidos sobre el respaldo del asiento. El sofá blanco contrasta con su atuendo completamente negro. Tiene los tres primeros botones de la camisa desabrochados, lo que deja al descubierto un pecho bronceado y esculpido. La luz se refleja en la gruesa cadena de oro y en la cruz que cuelga de su cuello. Dejo que mi mirada se desvíe hacia arriba, hacia el rostro dolorosamente hermoso que esperaba no volver a ver jamás. El tercio inferior está cubierto por una corta barba incipiente que hace que parezca que luce perpetuamente una perfecta sombra de las cinco de la tarde. El corte impecable no oculta su mentón fuerte ni su mandíbula maravillosamente angular. Su nariz es recta y sus profundos ojos marrones están enmarcados por gruesas pestañas oscuras. Y luego está ese cabello ligeramente ondulado, impecablemente peinado y tan negro que prácticamente absorbe la luz a su alrededor.

Maldito Arturo DeVille.

El hermano de Sienna.

Me invade la furia al contemplar sus rasgos impecables. Ojalá pudiera salirme con la mía y estropearlos un poco. O mucho. Lo llamaría venganza por hacerle a mi hermano una cicatriz en la mejilla cuando los dos intentaron matarse. Sé que DeVille no salió ileso, mas no fue suficiente. Estoy completamente segura de que Drago habría sido capaz de matar al bastardo si Ajello no hubiera aparecido e interrumpido su pequeño enfrentamiento. A veces el destino puede ser una verdadera perra. Me gustaría patearle el trasero, junto con el de DeVille. Mi hermano es la única familia que me queda, y la idea de que alguien le haga daño me pone como una fiera.

Oh, cierto… Si necesitaba un recordatorio de cómo llegué a donde estoy ahora, ahí está él.

La encarnación del diablo.

—¿Qué carajo haces aquí? —pregunto entre dientes.

—Eso es más como tu verdadero yo. —Arturo esboza una sonrisa condescendiente—. Siéntate, Tara.

Le devuelvo la sonrisa lo más amplia que puedo.

—Creo que olvidas dónde estás, DeVille. Tú no das órdenes aquí. Y es señorita Popov para ti.

Esa sonrisa desaparece, transformándose en un ceño fruncido.

—¿Quieres sentarte de una puta vez, mujer? Necesito hablar contigo de un asunto serio.

—No tenemos nada que discutir. Nada de lo que digas me interesa.

DeVille se aprieta el puente de la nariz y suelta un suspiro exasperado.

—Puede que Ajello tuviera razón. Debí haber traído flores. Aunque es probable que odies las flores, ¿no?

—¿Ajello? —Levanto una ceja—. ¿Por qué iba a opinar tu jefe sobre mis preferencias? Ni siquiera me conoce.

¿Y por qué no habrían de gustarme las flores? Me encantan las flores. Hay una maceta gigantesca de lirios de la paz junto a mi cama. Drago me la regaló después de uno de sus arrebatos sobre cómo no me tomo en serio mis responsabilidades. Eso fue cuando dejé la universidad. Mi tercera universidad. Pero la planta sigue vivita y coleando. Bueeeeno… lo de "y coleando" puede ser un poco dudoso, ya que la última vez que la revisé, solamente tenía un par de hojas verdes entre una multitud de hojas secas.

—¿Quieres sentarte, por favor?

—*Nop.* Estoy muy bien así, gracias.

—Debí haber pedido *whiskey.* —DeVille sacude la cabeza al tiempo que se estira para tomar la botella de *champagne*—. Bien. Así están las cosas. El Don de la *Cosa Nostra* ha expresado su deseo de que ambos nos unamos en sagrado matrimonio. Vine aquí esta noche para que pudiéramos acordar los términos y avanzar en la finalización de los últimos detalles. Tus *preferencias*, por ejemplo.

Lo miro boquiabierta, procesando las tonterías que acaban de salir de su boca. Un matrimonio. ¿Con él? Una risita incontrolable me sale del pecho. Intento contenerla para no llamar demasiado la atención, pero es muy gracioso, demonios.

—De verdad que por un momento me engañaste —resoplo—. ¿Sienna te metió en esto? ¿Es su forma de vengarse de mí porque le hice una broma con la historia de que su zapatería favorita iba a cerrar? Puedes decirle que estamos a mano. *¡Bye!*

Todavía muerta de risa, me doy la vuelta para volver al trabajo, pero la voz irritantemente *sexy* de DeVille me invade de nuevo.

—Tara. —Ese timbre gutural debería ser ilegal, o al menos incluir una nota de advertencia. Es peligroso para los desprevenidos.

Echo un vistazo por encima de mi hombro. Por lo que parece, el hermano de Sienna sigue cómodamente recostado en el respaldo del sofá mientras sorbe *champagne* de su copa. Sin embargo, no hay ni rastro de tranquilidad o suavidad en sus rasgos. Tiene la mandíbula rígida y la frente arrugada mientras me observa por encima del borde de la copa. No estoy segura de cómo lo sé, mas estoy convencida de que ese hombre es un barril de pólvora a punto de estallar. Una cámara de magma obstruida a punto de entrar en erupción. ¿Esa mirada en sus ojos? Está llena de rabia contenida. Podría incinerarme justo donde estoy.

—Hablo muy en serio. Ajello incluso reservó el lugar del evento.

¿Qué?

Me agarro del borde de un sillón cercano y me dejo caer sobre el asiento de piel.

Salvatore Ajello es el hombre más temido de la Costa Este. He visto a hombres adultos, pandilleros y matones, casi hacerse encima cuando se menciona el nombre de Ajello. ¿Cómo demonios acabé entre sus blancos?

—¿Disculpa? —Me ahogo.

—Es un hecho. El Don quiere fortalecer los lazos entre nuestras organizaciones, así que no está a discusión. Nuestro trabajo es decidir cómo vamos a manejar esta situación.

—*¿Oh?* Es un hecho, ¿no? —Mi voz es firme y consigo mantener la calma. No obstante, cuando me inclino sobre la mesa para acercar mi cara a la de DeVille, estoy repleta de ira. La presión en mi sangre podría competir con la del hombre que se proclama mi futuro esposo.

Maldita sea, esto no puede estar pasando.

—Bueno, déjame decirte cómo vamos a manejar esta situación, DeVille —digo apretando los dientes—. Iré a buscarme un trago doble de tequila, y luego seguiré con mi noche de mierda. Y tú… —Le señalo el pecho con el dedo—. Vas a volver con tu jefe

desquiciado y le vas a decir que es libre de dar órdenes a sus pequeños secuaces, como tú. Arreglando matrimonios y otras tonterías a su antojo. Pero yo no soy uno de ellos. Así que me gustaría que ambos tuvieran la gentileza de irse al mismo infierno.

Mantengo mi mirada clavada en la de DeVille y me levanto del sillón con toda la elegancia de la que soy capaz, arreglándome el delantal al hacerlo. Una persona inteligente haría cualquier cosa para mantenerse fuera del radar de Ajello, por miedo a acabar en una bolsa para cadáveres por hacer enojar al Don. Lástima que nunca me hayan acusado de ser inteligente.

—Tara… —La voz de DeVille parece haberse transformado. Ha bajado varios decibeles y se ha vuelto más grave, casi como un ronroneo. El tono grave da la impresión de que está a punto de enloquecer. No es una advertencia, sino una promesa de mi muerte.

—Yo invito, DeVille. —Hago un gesto con la cabeza hacia la botella que hay sobre la mesa, me doy la vuelta y me voy.

Siento el peso de su mirada mientras recorro toda la pista de baile abarrotada. Es imposible que sea real, porque hay mucha gente entre nosotros, pero cuando llego al bar y paso por debajo de la tapa del mostrador para llegar al fondo, la sensación de ser observada, *por él*, se queda conmigo. Es como si su mirada me atravesara mientras busco una botella de tequila y me sirvo un trago doble. Esa sensación abrasadora persiste mientras me bebo el *shot* de golpe.

Me muevo para intentar verlo. Hay destellos mientras la multitud de motociclistas alegres y borrachos se mueve. Sigue en la butaca. Aún recostado en el sofá como si fuera el dueño del lugar y de todos los que están en él. ¿Por qué no se marcha, maldición? Se me eriza la piel como si persiguiera su mirada acalorada. Estoy imaginando cosas, lo sé, pero juraría que su atención abrasa mi piel como una caricia física.

Me deja aturdida.

Diablos, jamás he conocido a un hombre más exasperante en mi vida. Se comporta como si fuera la persona más importante del lugar. Su tono siempre es autoritario, como si cada frase que dice fuera una orden que espera que se obedezca. Y a menos que seas parte de su amada *Cosa Nostra*, parece verte como si de alguna manera estuvieras por debajo de él. Todo, cada maldita cosa que hace ese hombre me irrita al extremo.

Lo que sea que haya poseído a su jefe para pensar en mí ante esta descabellada idea de matrimonio, esperando que siquiera considere pasar más de un minuto en compañía de DeVille, no es mi problema. Es de Drago. Él se metió con los italianos, así que él debería encargarse de este lío. Me gustaría poder llamar a Drago ahora mismo para hablar con él sobre esto, pero mi hermano no atiende llamadas telefónicas. Esto también tendrá que esperar hasta que vuelva de Chicago. Y estoy completamente segura, Drago lo arreglará. Siempre lo hace.

Casi lo pierdo cuando los rumanos atacaron nuestra casa, y Drago recibió un disparo… Mi corazón casi dejó de latir. Mi hermano mayor, bueno, es mi roca, el pegamento que me mantiene unida, la persona más importante de este mundo para mí. Ha cuidado de mí casi toda mi vida. No importa cuántas veces haya metido la pata, él ha estado ahí.

Sin embargo, esto… Maldición. Esto no es culpa mía. Así que sé que él lo arreglará. Y lo único que quiero es irme a casa y dejarlo todo atrás. Aunque es una pena que esta noche esté lejos de terminar. Tengo que volver al trabajo, pero estoy clavada en el lugar, agobiada por la mirada fulminante de Arturo DeVille.

Es un verdadero esfuerzo físico de mi parte el moverme, el obligarme a concentrarme por lo que resta de mi turno.

Durante las siguientes tres horas y media, me apresuro por todo el *club*. Hago todo lo posible para que todo el mundo reciba sus pedidos, me mantengo ocupada e intento con todas mis fuerzas no mirar en dirección a la zona VIP. No tengo ninguna necesidad de ver hacia allá para ver si el hermano de Sienna se ha ido. Esa sensación

punzante que me persigue a cada paso es prueba suficiente de que no lo ha hecho.

—¡Tara! —Jelena aúlla a través de una mesa abarrotada con cuatro motociclistas que beben cerveza como parte de un juego inmaduro—. Stavros está atrás, preguntando por ti.

Jodidamente perfecto. Con suerte, nadie se lo dirá a Drago. Lo último que necesito es que se entere de que mi ex apareció aquí esta noche.

—Dile a los porteros que echen a ese imbécil y no lo dejen entrar de nuevo —refunfuño mientras intento acomodar otro vaso vacío en mi bandeja.

—*Ah*, está bien. Me temía que ustedes dos hubieran regresado.

—*Nop*. No cometo el mismo error dos veces. —Una mentira pequeñita. Normalmente hacen falta tres metidas de pata para que aprenda la lección. Pero eso sonó bien.

Se ríe.

—Sí, de acuerdo. Odio decir que *te lo dije*, pero sabía que nada bueno saldría de esa relación. Tienes un gusto horrendo para los hombres.

Como si no lo supiera.

Sin embargo, sigo tratando de subrayar ese hecho con cada chico con el que salgo.

Sabía que Stavros era un inútil desde el momento en que lo conocí, y aun así acepté salir con él. El costoso coche deportivo y los trajes elegantes no podían ocultar la verdad. El tipo es un idiota. No estoy segura de que le funcionen dos células en el cerebro. Enseña constantemente el feo anillo con el sello que usa en el dedo índice y presume de las tonterías costosas que se compra con su dinero. Mismo que gana trabajando para su padre. Y lo que más le interesa a Stavros es su régimen de ejercicios, sobre el que insiste en contarme todos los detalles. Cada. Vez. Así que, dinero y el

gimnasio, eso es de lo único que habla. Es el único hombre que conozco que se cree mucho sin tener una razón real para hacerlo. Salimos durante los últimos dos meses, y yo quería romper por lo menos el último mes y medio. Pero no lo hice. Tal vez soy masoquista. O simplemente estúpida.

Sin embargo, ayer Stavros me llevó a cenar a un restaurante exclusivo. Incluso antes de que llegaran nuestros aperitivos, ya estaba parloteando sobre su gran sueño en la vida: encontrar a una mujer perfecta, que sea compatible con él en todos los sentidos, para que le dé un montón de pequeños bebés perfectos que hereden sus genes espectaculares. Lo siento, pero el mundo ya tiene suficientes idiotas. Me disculpé diciendo que necesitaba usar el baño y me alejé de ese imbécil tanto como pude.

De acuerdo, *técnicamente* no "terminé" con él, sin embargo, creo que mi mensaje fue fuerte y claro.

Además, ese es mi *modus operandi* usual. Suelo huir mucho.

Sobre todo, de mí misma.

Lástima que no pueda escapar de la mirada de Arturo DeVille.

Porque sus ojos SIGUEN QUEMÁNDOME LA ESPALDA.

Media hora más tarde, cuando se acerca la hora de cerrar y la multitud empieza a dispersarse, le digo a Jelena que me voy y me escabullo al área del personal. Después de tomar mi bolso y mi chaqueta de mi casillero, salgo de Naos por la puerta de la cocina, tratando desesperadamente de evitar a cierta persona y su mirada abrasadora.

Apoyándome en el costado del edificio, con el contenedor de basura protegiéndome de la vista de cualquiera que pudiera salir al callejón tras de mí, relajo mis hombros por lo que parece ser la primera vez en horas.

—Por fin.

Aún es bien entrada la noche, pero, como suele decirse, New York nunca duerme. El aire frío rejuvenece mis sentidos cansados y

respirar es mucho más fácil sin la presión constante de tantos ojos sobre mí.

Especialmente un par de iris marrones oscuros en particular, abrasándome por completo esta noche.

Me enderezo, dispuesta a dirigirme a mi coche, justo cuando me invade una oleada profunda de pérdida y, por un instante, echo de menos ese calor ardiente.

—Definitivamente estúpida —musito, y me dirijo al estacionamiento. Es mi culpa que hoy se me olvidara el control remoto en casa y no pudiera entrar al garaje subterráneo de Naos.

Arturo

Me deslizo en el asiento trasero y cierro la puerta de golpe. ¡Maldita sea esa mujer!

—¿Señor DeVille? —Riggo me observa desde el asiento del conductor del BMW sedán que decidí usar porque no puedo conducir mi Land Rover—. ¿Se divirtió? ¿Había chicas guapas?

—No muchas.

—¿Qué? Pero vi al menos una docena, quizás dos, entrando mientras esperaba. Incluyendo una rubia que tenía puesto el vestido más corto del mundo, y tenía la risa más dulce. ¿La vio?

De ninguna manera. Durante toda la noche, mi atención se centró únicamente en la diminuta mujer de cabello castaño con su pequeño y coqueto delantal, golpeando a la gente con su bloc de notas. ¿Y lo peor? Estaba inconcebiblemente cautivado.

—Solo arranca el coche.

—Desde luego, señor DeVille. Enseguida. *Oh*, Nino llamó. Ha estado intentando localizarlo, ¿pero su teléfono está apagado?

Saco mi celular del bolsillo. La batería está muerta. Jodidamente perfecto.

—¿Qué quería?

—Mencionó que hay un problema en el sitio de Brooklyn. Lo está esperando en el lugar.

—Son las putas dos de la mañana —suspiro, apretándome el puente de la nariz—. De acuerdo. Acelera.

Nuestra nueva propiedad en construcción está a media hora de distancia, y me paso todo el trayecto preguntándome cómo se las arregló Tara Popov para desaparecer de mi vista en Naos.

Teniendo en cuenta la tensión existente entre Drago y yo, acorralar a su hermana delante de su gente después de que se alejara de mí furiosa no era una opción, así que mantuve mi distancia, esperando hasta que llegara el momento adecuado. No obstante, mi mirada la siguió durante el resto de la noche, mientras corría de un lado a otro atendiendo a un grupo de motociclistas revoltosos que nunca imaginé que vería en el lujoso *club* de Drago. ¿Qué demonios fue todo eso? Drago ha sido tan errático como su hermana con algunas de sus decisiones de negocios últimamente.

Una de esas decisiones acabó con una bala alojada en su pecho. Si no fuera por la *Cosa Nostra*, el hombre estaría a dos metros bajo tierra en lugar de ser una irritación constante en mi vida. Aunque quizá podría usar el hecho de que siga respirando como ventaja y conseguir que acepte que el matrimonio entre su hermana y yo siga adelante tal y como Ajello lo planeó. Tal vez. Nunca sé qué esperar cuando trato con este grupo de serbios.

Un ejemplo… Su hermana. Cualquier mujer sensata entendería que el matrimonio fortalecerá los lazos entre nuestras organizaciones. Y una mujer en su sano juicio ni siquiera habría considerado rechazar tajantemente la orden del Don de la *Cosa Nostra*. Las ramificaciones de tal acción únicamente podrían significar el fin para ella y su familia. A pesar de que la organización de Popov es bastante numerosa, no es rival para la *Familia* de New York. En un enfrentamiento directo, acabaríamos con ellos. Tara Popov seguramente debe saberlo. Ignorar tal amenaza solamente confirma lo que ya sabía. Claramente está loca.

El expediente que Nino me proporcionó sobre ella no tenía mucho. Parece que solamente la clasificaron como "importancia de nivel medio" en los últimos cuatro años, desde que Ajello decidió que valía la pena vigilarla. Nino pudo reunir algo de información básica sobre las escuelas a las que asistió, su historial laboral y un poco sobre su vida personal.

Al parecer, durante su primer año fue expulsada de su primera secundaria, pero se las arregló para graduarse en otra solamente con una suspensión en su expediente. Después siguieron unos "ilustres" años postsecundarios. El viaje de Tara hacia la educación superior la llevó por tres universidades diferentes antes de abandonar sus estudios, sin llegar a completar su licenciatura en artes liberales. Luego vino un periodo de trabajos esporádicos de corta duración que no la llevaron a nada, y fue entonces cuando su hermano debió de intervenir. Desde entonces, trabaja para él, y aunque pasó unos años como administradora de su negocio de piedras preciosas, parece que tampoco le fue bien, ya que ahora es camarera en su *club*. Eso no hace más que demostrarlo… Tara Popov es irresponsable, no se compromete y, obviamente, es una persona tonta. Una con la que esperan que pase toda la vida. Jesucristo, maldita sea.

Mientras que su trayectoria profesional es menos que impresionante, la mujer ciertamente se aseguró de que su vida amorosa fuera lo suficientemente agitada. Aunque carecía de todos los detalles, el expediente de Nino incluía una lista con los nombres, y a veces los oficios, de los hombres con los que Tara ha estado vinculada sentimentalmente. La lista llegaba a los dos dígitos, pero sus relaciones nunca duraban más de dos meses. Por si eso no bastara para demostrar sus malas decisiones en la vida, el hecho de que su novio más reciente sea Stavros Katrakis, el estúpido hijo del hombre que dirige el *Sindicato Griego*, es el colmo.

—Ya llegamos, señor DeVille —notifica Riggo mientras se detiene junto a la SUV de Nino, a seis metros de un edificio en ruinas que vamos a demoler a partir de mañana. Joder. *Hoy* más tarde.

Iluminados por un foco LED industrial instalado en el tejado, en la esquina de ese mismo edificio, tres hombres parecen estar envueltos en una acalorada discusión. Un coche que no reconozco está estacionado cerca.

Sin saber en qué me estoy metiendo, saco mi pistola de la funda que llevo bajo la chaqueta y me la pongo en la cintura. Fácil acceso.

—Ten tu arma lista, por si acaso —le indico a Riggo, luego salgo del coche y me dirijo hacia el grupo.

Nino está a la derecha, y los otros dos hombres están frente a él. El más bajito está en medio de un arrebato, gesticulando con la mano mientras sigue insistiendo en lo que sea por lo que está molesto. Está de espaldas a mí, así que no sé quién es el intruso mientras me acerco.

—… ¡y les exijo que suspendan todo el trabajo hasta que se resuelva este asunto! —grita el hombre con una voz con un leve acento.

Nino se da cuenta de que me acerco y un breve alivio se dibuja en su rostro resignado. En cuestiones de seguridad, Nino es un experto. Aunque su paciencia para lidiar con las estupideces de la gente es prácticamente inexistente. Por eso sé que, a pesar de las apariencias, Nino está harto. Casi nunca se involucra en nuestros asuntos de negocios porque su dedo en el gatillo está demasiado tentado a resolver cada confrontación.

—Tienes que hablar de esto con Arturo. —Nino asiente hacia mí. Su serenidad me dice que no parece que la situación vaya a empeorar. A menos que lo obliguen a continuar con esta conversación.

El tipo frustrado se da la vuelta. Frunzo el ceño en cuanto lo reconozco. ¿Cuáles son las probabilidades? Tobias Katrakis. ¿Qué demonios hace el mandamás de los griegos en nuestra propiedad? Aparte de un pequeño negocio de drogas entre nosotros hace seis meses, la *Cosa Nostra* no ha hecho ningún negocio con el *Sindicato*.

Su grupo se dedica sobre todo a los préstamos usureros y a administrar depósitos clandestinos de almacenamiento en el área metropolitana de los tres estados. Un negocio lucrativo para ellos, pero una miseria comparada con lo que nosotros hacemos. Típicamente, nuestros intereses no se cruzan.

—Katrakis. —Me coloco al lado de Nino—. ¿Cuál parece ser el problema?

—Esto. —Hace un gesto con la mano, indicando todo lo que nos rodea—. Este terreno es mío, y deben dejar de hacer lo que están haciendo inmediatamente. Ha habido un gran error y hay que resolverlo.

—No hay nada que resolver. Compramos este terreno hace meses. Yo mismo firmé el contrato de compraventa. El papeleo era claro; no había otras reclamaciones sobre la propiedad. Tampoco vi el nombre de Katrakis en ninguna parte del contrato de compraventa.

—Sí, bueno… La propiedad fue transferida *temporalmente* de nosotros a otra empresa por razones que no estoy dispuesto a revelarte. Y, por lo tanto, esta propiedad nunca debió ponerse a la venta en primer lugar. Quiero volver a comprarla.

—Sí, eso no va a pasar. —Hago un gesto con la cabeza hacia la puerta de salida—. Ahora vete.

—Tengo muchas conexiones en esta ciudad, DeVille. Muchas personas importantes acuden a mí cuando necesitan financiamiento, y a veces, a cambio, acepto el cumplimiento de un favor en lugar de dinero. Varios de mis deudores tienen tratos con la *Cosa Nostra*.

Entrecierro los ojos ante el cretino baboso y doy un paso hostil hacia él. Es prácticamente imposible que no vea lo mucho que me han enfurecido sus palabras.

—¿Me estás amenazando, carajo? Por favor, di que sí para que pueda hacer que mi día de mierda sea un poquito mejor rompiéndote tu miserable cuello.

El guardaespaldas de Katrakis saca su pistola, pero Nino agarra la muñeca del cabrón y le tuerce el brazo. Un disparo atraviesa el aire, y la bala acaba en algún lugar en la oscuridad. Inmediatamente le sigue un gruñido de dolor cuando Nino tira al guardaespaldas al suelo y le clava la rodilla entre los omóplatos al inútil de mierda. Antes de que el tipo se dé cuenta de lo que le acaba de pasar, el cañón de la Desert Eagle de Nino le besa la nuca.

La atención de Katrakis rebota entre su hombre inmovilizado y yo. Ni siquiera me he molestado en sacar mi propia arma. Un solo puñetazo en su horrible cara lo mandaría directamente al país de los sueños.

—¡Lárgate de mi propiedad, Katrakis! —reviro.

El bastardo me hace un gesto brusco con la cabeza y se dirige hacia su coche. Nino suelta al inútil del guardia y el hombre sigue a su jefe mientras Nino no lo pierde de vista. Luego, ambos esperamos a que sus luces traseras desaparezcan a través de la reja.

—¿No se supone que tú eres el tranquilo? —refunfuña Nino mientras nos dirigimos a nuestros respectivos vehículos—. Sabes que los griegos tienen sus garras en la administración de la ciudad.

—Son casi las tres de la mañana, Nino. Estoy jodidamente cansado, hambriento y más que un poco encabronado.

—*Mm-hmm.* ¿Supongo que la reunión con la hermana de Drago no salió como estaba previsto?

—No, no fue así.

—¿Así que pensaste en desahogarte arrastrándonos a un concurso de medir pollas con el griego?

—No nos arrastré a nada. Katrakis y su matón aparecieron sin invitación en nuestro territorio. Pero sí, supongo que tienes razón. Pude haberlo manejado mejor —admito—. Busca a ver si puedes averiguar quién está detrás de la empresa extranjera que nos vendió este terreno.

—Lo intentaré.

—Y de paso, localízame al imbécil del hijo de Katrakis. Puede que su padre no esté dispuesto a compartir cómo el terreno que no tenía intención de vender acabó en la subasta, pero apuesto a que ese idiota lo puso como garantía en uno de sus estúpidos negocios. Lo que significa que quien vendió la escritura nos metió en esta jodida situación y habrá que encargarse de ellos.

—Claro. ¿Sabes que Stavros ha estado viendo a tu futura esposa?

Me burlo.

—Sí, leí el expediente. Tendrá que terminar con eso inmediatamente. O yo lo terminaré por ella.

—Ten cuidado. Katrakis puede ser un pez pequeño, pero tiene dientes. El *Sindicato Griego* tiene recursos. No queremos enredos con ellos. Al menos, no más de lo que ya tenemos, aparentemente. —Me da un ligero empujón con el codo—. Entonces, ¿cómo es ella? ¿La hermana de Popov?

—Terca, imprudente y absolutamente irracional.

—Pero hermosa, ¿no? Solamente la he visto de lejos, pero... —Silba—. Es un bombón. No me importaría hacerlo con ella si ustedes dos no terminan…

Mi puño vuela como por su propia voluntad, golpeando directamente la cara de Nino.

—¿Qué carajos, hombre? —se queja, pasándose la mano por el labio partido.

—Cuidado con lo que dices —advierto, y me dirijo hacia el coche a ritmo acelerado.

Sí… ¿*Qué carajos* fue eso?

Capítulo 3

Tara

Voy a llegar tarde para mi turno. Otra vez. Y los sábados son las noches de más trabajo en Naos. Descuelgo mi abrigo del perchero del vestíbulo y salgo corriendo.

—Drago fue muy claro con sus instrucciones, Tara —comenta Iliya, uno de los hombres de mi hermano, mientras paso corriendo junto a él por la entrada—. Debes llevar a uno de los chicos contigo siempre que trabajes el turno nocturno. Sobre todo, cuando el jefe no está.

—Menos mal que no me delatarás. —Guiño un ojo, arrojo mi bolso y mi abrigo en el asiento trasero de mi auto destartalado y me deslizo tras el volante.

El trayecto directo entre mi casa y Naos suele durar poco más de una hora, pero no cuando yo conduzco. Para evitar el tráfico, suelo tomar calles secundarias en lugar de carreteras principales. Sin embargo, esta noche no. Ya llevo quince minutos de retraso, así que me meto a la interestatal.

Consigo atravesar la autopista sin perder la salida, pero ahora es cuando la diversión empieza de verdad. Cuanto más me acerco al *club*, más congestionadas están las calles, y tengo que concentrarme para no atropellar a ningún peatón idiota que cruza la carretera por donde le da la maldita gana o golpear a los mensajeros en bicicleta que se acercan peligrosamente entre los coches. Con el semáforo en verde, estoy a punto de girar a la izquierda cuando una camioneta que viene en sentido contrario se pasa el semáforo en rojo. Piso el freno de golpe en medio del cruce. Unos bocinazos enfurecidos estallan detrás de mí.

—Bien. De acuerdo. —Le hago un gesto con la mano al imbécil que se pone encima de mi parachoques y piso el acelerador. La vieja Betsy da un pequeño petardazo y el motor se apaga.

¡Mierda!

Giro la llave una y otra vez, sin obtener más que un rápido chasquido como respuesta. Los bocinazos continúan por todas partes, con el eco de los gritos furiosos del imbécil que está detrás de mí sacando la cabeza por su ventanilla. Es una escena bastante común en New York, y no debería molestarme, no obstante, mis hombros se tensan con cada bocinazo, cada palabrota que me lanzan. Cada sonido subraya lo incompetente que soy.

Mi ansiedad aumenta. Me imagino a otros conductores abandonando sus vehículos o acercándose al mío y gritándome todas las obscenidades del mundo. Cuando mi coche por fin arranca, el sudor me recorre el nacimiento del cabello y me tiemblan las manos.

Respirar profundamente suele ayudarme a calmarme, pero a medida que avanzo por la calle, los nervios no me abandonan. La adrenalina corre por mis venas. Aún estoy a unos diez minutos de Naos, sin embargo, no consigo mantener mi concentración en la carretera.

Mis dedos se flexionan alrededor del vinilo del volante y giro hacia la calle lateral más cercana, dándome cuenta demasiado tarde de que está cerrada debido a unas obras en construcción. Como sea. Me sirve, ya que parece estar completamente desierta a estas horas. En cuanto lo veo, me meto en lo que parece un callejón estrecho sin salida. A mi derecha hay un edificio que claramente está siendo remodelado. Grandes lonas cubren la mitad de la fachada. A mi izquierda hay un garaje público de tres plantas, pero también está cerrado y completamente vacío. Todavía puedo escuchar a lo lejos el zumbido del tráfico, el ruido omnipresente de la ciudad. Pero a mi alrededor reina una noche tranquila y apacible.

Justo lo que necesito para controlarme.

Me estaciono y salgo, apoyándome en la puerta del vehículo para estabilizarme. Siento que mis extremidades están débiles e inestables y que se me oprime el pecho, con rápidas bocanadas que escapan de mis pulmones. El aire frío me ayuda. Respiro profundamente, despacio, intentando visualizar un entorno sereno. Un campo verde. Flores silvestres. El alegre canto de los pájaros.

Exhalo un suspiro agitado. *Nop.* No funciona. Necesito otra cosa.

En lugar de imágenes tranquilizantes, mi mente evoca los ojos furiosos de Arturo DeVille dos noches atrás, mirándome por encima del borde de su copa de *champagne*. A pesar de lo furiosa que estaba con él aquella ocasión, me encantó ver cómo el estirado imbécil perdía un poco la compostura. Vi cómo su superioridad se le escapaba como una máscara mal ajustada. Me daba una satisfacción perversa alborotarle las escamas al diablo.

Jelena me contó que ha estado en Naos las dos últimas noches. Probablemente regresó, con la intención de presionar de nuevo con el estúpido arreglo matrimonial. El hombre no debe entender el significado de "vete a la mierda". Casi me arrepiento de haber aceptado cambiar turnos con Jelena, trabajando las tardes en su lugar. Me habría encantado borrar esa sonrisa de satisfacción de la cara de DeVille diciéndole una vez más cómo puede meterse la brillante idea de Ajello por el trasero. Podría haber sido la última vez que viera esas bonitas facciones sin estropear porque, cuando mi hermano regrese, seguramente le dará una paliza por siquiera sugerir ese estúpido plan.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Imaginar la muerte de Arturo DeVille está resultando más terapéutico que el tranquilo influjo del canto de los pájaros. De repente, me resulta mucho más fácil respirar.

Sintiéndome mejor, me doy la vuelta para volver al auto, pero una mano magullada me rodea el brazo y me aparta.

—¡Zorra! —Una voz masculina enfadada retumba en la noche.

—¿Stavros? —exclamo—. ¿Qué demonios? ¡Suéltame!

—Creíste que podrías librarte de mí, ¿no? —Mi ex me sacude, sus dedos y la banda de su horrible anillo con sello se clavan en mi piel—. ¿Ponerme en ridículo? ¿Decirles a tus amigos porteros que me echen como si fuera basura? ¿Y luego hoy me envías tu estúpido mensaje de texto rompiendo conmigo?

—¡Stavros! ¡Me estás lastimando! —Intento zafarme de su agarre, pero él planta la otra palma en el costado de mi coche, aprisionándome con su cuerpo.

—¡Te esperé casi una hora a que regresaras del baño! —brama, apretándome el brazo con tanta fuerza que me hace estremecerme. Ahora tiene el rostro enrojecido y una mirada homicida—. ¡Todos los malditos empleados de ese lugar se reían a mis espaldas! ¡Jamás me habían humillado tanto en mi vida!

Le doy un empujón en el pecho mientras intento no entrar en pánico. El bastardo debe de haberme seguido hasta aquí. El pavor se me acumula en la boca del estómago. Hace un minuto, pensaba que este tranquilo lugar era mi salvación; ahora se ha convertido en el lugar de mi último y, quizá más grave, error. No hay ni un alma a la vista. No hay posibilidad de que alguien se aventure por aquí o me ayude.

¡Maldita sea, debí haber escuchado a Drago! Me ordenó romper con Stavros cuando se enteró de que salía con este cretino, pero le dije a mi hermano que se fuera a la mierda y que dejara de meterse en mi vida personal.

Otro error.

¡Un grave error!

—¡Lo siento! —me disculpo, intentando aplacar al hombre que se desquicia rápidamente ante mí.

—¡Deberías sentirlo mucho, zorra de mierda! Mi padre es amigo del dueño de ese restaurante, y ahora todo el mundo sabe cómo una puta estúpida me dejó sin decirme nada.

El dolor estalla en mi cabeza cuando su palma choca con mi mejilla. Siento que me arde todo el rostro. Levanto los puños y golpeo el frente de Stavros, mientras mis ojos cerrados se llenan de lágrimas ardientes.

—¿Crees que eres especial? —sisea—. ¿Mejor que yo? Crees que puedes hacer…

Un estruendo sordo estalla en el aire justo cuando algo me salpica la cara.

Mi cuerpo se queda completamente inmóvil. Un momento después, me doy cuenta de que ya no estoy inmovilizada contra el vehículo. Siento que el brazo me pesa una tonelada cuando levanto la mano para limpiarme los ojos. Abro lentamente los párpados y me fijo en mis dedos temblorosos.

Están cubiertos de sangre.

—¿Stavros? —Me ahogo. Estaba aquí, delante de mí, y… Miro hacia abajo, boquiabierta ante el hombre desplomado en el suelo a mis pies.

Oh, Dios mío.

Retrocedo, con mi vista clavada en el cuerpo de Stavros. Tiene un costado de la cabeza ensangrentado y no parece estar respirando. Llenar mis pulmones de oxígeno se convierte en un problema. No consigo tragar el gran nudo que se me ha hecho en la garganta.

¿Qué demonios pasó?

Con mi espalda pegada a la puerta del coche, me quedo paralizada.

Pasos.

Vienen hacia mí desde la oscura esquina del callejón sin salida. Salen de las sombras donde no llegan las luces parpadeantes de la calle.

Cada vez más cerca.

Tengo que volver a mi auto, cerrar las puertas y alejarme tan rápido como la vieja Betsy pueda hacerlo. *«¡Date la vuelta, Tara!»,* mis instintos me gritan, impulsándome hacia un lugar seguro. ¿Pero es estar atrapada en un coche que podría no arrancar la opción más segura? Aunque quizás arranque. Por otra parte, con la suerte que he tenido últimamente, es probable que definitivamente *no* sea así.

Rechazando todos los impulsos que me dicen que huya, fijo mi atención en el cadáver e intento calmar mi ritmo cardíaco desbocado. En todo caso, tener por hermano a un hombre que dirige una poderosa organización criminal en New York me ha enseñado a nunca actuar antes de pensar.

Stavros trabajaba para su padre y tenía muchos enemigos, no me cabe duda. Es posible que uno de ellos decidiera acabar con él. No tengo ningún deseo de saber quién dio ese golpe ni de convertirme en una testigo desafortunada.

Alguien de quien habrá que deshacerse.

Si no veo al que disparó, tengo más posibilidades de salir de aquí. Viva.

Tap. Tap.

Tap. Tap.

Pasos cada vez más cerca. Un crujido de cristales rotos bajo una suela pesada. Proviene de mi derecha.

Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos.

—No vi nada —aseguro, lo suficientemente fuerte como para que el tirador me escuche—. Por favor. No te acerques más. No puedo divulgar nada que no sepa.

Tap. Tap.

Tap. Tap.

Pisadas lentas y acompasadas. Relajadas, como si estuviera dando un paseo nocturno.

Acercándose. Más cerca.

—No sé quién eres. Y no me importa. —Mi voz se vuelve chillona. Mi garganta comienza a cerrarse y me quedo luchando por respirar—. ¡No he visto ni escuchado nada!

Los pasos se detienen justo frente a mí. Al instante, un rico aroma amaderado con un toque de especias llena mis fosas nasales. Luego, un ligero contacto se apodera de mi barbilla. Unos dedos levantan mi cabeza y la giran hacia un lado.

Ya sin esperanzas, aprieto mis ojos con más fuerza.

—Por favor, solo quiero irme a casa. Prometo que mantendré la boca cerrada.

—Me cuesta mucho creer lo que prometes, Tara. —Un barítono intenso y aterciopelado llega a mis oídos.

Abro los ojos de golpe.

—¡Tú!

Arturo

Ignoro la mirada furiosa de Tara y me concentro en la herida que se extiende por su mejilla izquierda. El hijo de puta la golpeó con fuerza.

—¿Te duele?

—¡Sí! —Me aparta la mano—. ¿Qué diablos, DeVille? Pensé que eras alguien a quien mi ex había amenazado o con quien se había enredado. Tal vez un imbécil que no podía pagar su préstamo y decidió matar al mensajero en su lugar. ¡Y pensé que yo era la siguiente!

Miro al tipo muerto. Stavros Katrakis. El imbécil que seguí después de que los chicos de Nino consiguieran ponerle un rastreador al coche del pequeño desgraciado. Este cabrón con la polla del tamaño de un lápiz me debía respuestas. Respuestas que ahora no podré obtener. Jodidamente genial. Como si nuestros

problemas con el *Sindicato Griego* no fueran suficientes… Acabo de hacerlos infinitamente peores.

La verdad es que me importó un carajo a quién le estaba disparando cuando apreté el gatillo. Vi a ese imbécil abofetear a Tara, y en mis venas hirvió una rabia como nunca había experimentado.

—¿Y si hubieras fallado? ¿Lo consideraste? —continúa parloteando—. ¡Tu lunático trasero podría haberme matado, DeVille! Y, ¿qué demonios estás haciendo aquí, de todos modos?

No tardó mucho en volver a escupir clavos. Hace un momento, temblaba como una hoja. Aparto ese pensamiento. Ahora no es el momento de examinar por qué verla asustada y herida me hizo perder la cabeza. Matar al cachorrito Katrakis no fue precisamente inteligente, no es que me arrepienta. Pero si pensara con más claridad, habría elegido otra forma de hacerlo pagar.

—Yo no fallo, Tara. —Meto la mano en mi abrigo, saco mi teléfono y llamo a mi chofer—. Lleva el coche al final de la calle.

—¡Está oscuro! Y la cabeza de Stavros estaba como a… centímetros de la mía. ¡Y ahora míralo! Hay un agujero bastante grande en su cráneo. ¿Por qué demonios le disparaste?

De ninguna manera voy a admitir que maté al bastardo por levantarle la mano.

—¿Siempre eres así de histérica?

—No soy…

El estruendo de un motor y el chirrido de los neumáticos interrumpen el despotrique de Tara. Mi vehículo dobla la esquina y se detiene junto al cadáver, esquivando por poco la mano derecha de Stavros. ¿Qué imbécil necesita usar un anillo con sello simplemente para que los demás sepan de la autoridad que le ha dado su papi?

—¡Señor DeVille! —Riggo sale disparado del vehículo y se precipita por la parte delantera del sedán de lujo, casi tropezando

con el cuerpo sin vida de Katrakis—. Acabo de… ¿Qué? ¡Oh, mierda! ¡Este tipo está muerto!

—Tu razonamiento deductivo nunca deja de asombrarme, Riggo —suspiro, recordándome que no es más que un muchacho entusiasmado de diecinueve años—. Mete al tieso en el maletero. Dejaremos a la señorita Popov en casa y luego te desharás del cadáver.

—No me dejarás en ningún lado —objeta Tara—. Mi coche está aquí mismo. Además, ya voy tarde al trabajo.

Siento un *tic* en el ojo izquierdo. Esa mierda aparece cada vez que mi temperamento pende de un hilo. Respiro profundamente e intento mantener un tono calmado y ecuánime.

—No vas a conducir esta noche.

Puede que finja no estar alterada, pero la gente rara vez puede ocultarme algo. La mujer insensata apenas mantiene la compostura. Lo más probable es que tenga un accidente de camino a Naos, a casa, o a cualquier otro lugar al que decida aventurarse. Tal vez debería dejar que ella misma conduzca a su propia perdición. Resolvería todo este "problema del matrimonio" con bastante eficacia.

—¿Quién diablos te crees que eres para darme órdenes?

—Estás en estado de *shock* —siseo—. Tus manos no han dejado de temblar. Considérame un buen samaritano y entra al maldito auto. ¡Ahora, Tara!

—Estoy bien. Pediré un Uber. —Se da la vuelta y, pasando por encima del cadáver, agarra su bolso del asiento trasero. Apenas se tambalea mientras se dirige rápidamente hacia la entrada del callejón.

—¡Estás cubierta de sangre! —grito.

—¡Púdrete, DeVille!

La observo durante unos segundos, admirando la agilidad con la que recorre el pavimento desnivelado con sus tacones de

plataforma, y luego me dirijo a Riggo.

—Tienes diez segundos para meter ese cuerpo en el maletero —declaro y salgo en persecución de mi indeseada futura esposa.

Si bien es bastante rápida, sus piernas son mucho más cortas que las mías. La alcanzo justo antes de que llegue a la esquina. Siguiendo el ejemplo de su hermano, la agarro por la cintura y me la echo por encima del hombro. Con su trasero respingón saludando al cielo nocturno, me doy la vuelta para volver al coche mientras mi brazo rodea sus muslos que se agitan.

—¿Qué dem…? ¡Suéltame!

—Baja la voz.

—¡No bajaré la voz! Gritaré si no me sueltas en este instante.

—¿Debo recordarte que tenemos a un tipo muerto y estás cubierta de su sangre?

—¡Yo no tuve nada que ver con eso! Tú lo mataste.

—Exactamente. Y te mataré si no te callas.

—¡Ja! No te atreverías.

Me detengo y encuentro su mirada por encima del hombro.

—¿Quieres comprobar esa teoría? —Arruga su nariz y resopla —. Sí, eso pensé.

Para cuando me acerco a mi vehículo, Riggo ha conseguido meter el cuerpo de Katrakis en el maletero y ahora sostiene abierta la puerta trasera del pasajero. Bajo a la mujer refunfuñona al suelo y hago un gesto con la cabeza hacia el asiento.

—Súbete.

Algo duro se me clava en el estómago. Miro hacia abajo y veo mi propia pistola apuntándome a las entrañas.

—No voy a subir a ese coche contigo, DeVille.

Realmente debo de estar perdiendo mi habilidad si no me di cuenta de que sacó mi Sig de la parte trasera de mis pantalones

mientras ella colgaba boca abajo. O tal vez estaba demasiado distraído por su culo a escasos centímetros de mi cara.

—¿Sabes siquiera cómo usar un arma? —pregunto.

—¿Quieres averiguarlo?

Suspiro. El seguro sigue puesto. Ya estoy harto de este enfrentamiento. Agarro el cañón, lo subo lentamente y lo aprieto contra mi pecho.

—O disparas o entras al maldito auto.

Mirándome como si pudiera destriparme únicamente con la mirada, Tara suelta el arma a regañadientes. Entonces, por obra de un milagro, hace lo que le digo y sube al vehículo.

Le doy a Riggo la dirección y las indicaciones para llegar a la mansión de Popov antes de abrir el maletero. El cuerpo de Stavros está apretujado adentro, con los brazos doblados en ángulos extraños. Este cabrón tiene suerte de no estar vivo, de lo contrario por la mañana le dolería mucho. Lanzo la pistola al interior y esta golpea la cabeza de Stavros y rebota para caer en algún lugar detrás del cuerpo.

—Un auto de lujo y un chofer —murmura Tara mientras me deslizo en el asiento junto a ella—. Debí haberlo adivinado. ¿Conducir tú mismo es indigno de ti, DeVille?

—No. Recuperaré mi licencia en un par de meses.

—¿Cómo dices? ¿Cómo es que un obediente de las reglas como tú se las arregló para perder su licencia?

—Exceso de velocidad.

Presiono el botón para levantar la barrera de privacidad. Una vez que la barrera está completamente levantada, me giro para mirar a la pequeña diablilla.

Se ha alejado todo lo posible de mí, acurrucada con la cabeza apoyada en la ventanilla lateral. A medida que avanzamos por las carreteras iluminadas, el resplandor intermitente de las luces de la

calle cae sobre el rostro de Tara. Es una cosita bastante adorable. Aunque únicamente en apariencia.

Su larga melena de color castaño oscuro está recogida en una coleta alta que resalta sus delicados rasgos faciales. Los más llamativos son sus ojos grandes y redondos, delineados con largas pestañas negras. Su color es el verde más vibrante. Como un bosque en primavera. O esmeraldas. Me recuerdan a los iris del gato que saltó frente a mi SUV el otro día. Los ojos de ese felino brillaban en la oscuridad. Los ojos de una bruja. Pero los de Tara brillan con su determinación obstinada. Y luego está su labio inferior… Un poco más grueso que el superior, lo que le da un aspecto de puchero permanente. Su nariz es pequeña y ligeramente respingada, salpicada de un montón de pecas diminutas. Sin embargo, conociendo su personalidad, habría esperado que tuviera cuernos, no pecas. Aún no estoy totalmente convencido de que no los tenga, a pesar de su aspecto inocente.

—Tenemos que terminar nuestra discusión de la otra noche, Tara.

—¿La tontería del matrimonio? Creí que había sido muy clara.

—Sí. Pero al parecer yo no. Nos vamos a casar. La decisión está tomada y ninguno de los dos puede hacer algo al respecto. Sin embargo, te animo a que compartas tus preferencias en cuanto a la decoración y el *catering*.

Se retuerce en su asiento, prácticamente lanzándose a escasos centímetros de mi cara.

—De ninguna maldita manera…

Presiono mi dedo sobre su boca, silenciándola.

—No debiste matar al heredero de los Katrakis, Tara.

—¿Qué? ¡Tú mataste a Stavros, no yo!

—¿En serio? Entonces, ¿por qué están *tus* huellas en el arma que se usó para matarlo?

Esos seductores ojos verdes se abren de par en par y me observan con una expresión que denota confusión y preocupación. Y por tan solo un instante, me pierdo en sus misteriosas profundidades.

Tan bonitos.

Como si el rocío del amanecer brillara sobre un manto de hierba joven.

Me cuesta volver al aquí y ahora.

—Soy una persona muy cuidadosa, *Gattina*. Limpio mis armas todas las noches. No encontrarás mis huellas en ninguna de las armas que uso. No si puedo evitarlo. Después de todo, nunca se sabe cuándo una de ellas puede aparecer como arma homicida.

El rostro de Tara se transforma en una máscara de horror al verme quitarme los guantes de piel y tirarlos sobre la consola lateral.

—Tienes que tomar una decisión, Tara. Si te equivocas, te enfrentarás a uno de tres posibles resultados. Opción número uno: El cuerpo de Stavros es descubierto por la policía de New York, junto con el arma homicida con tus huellas. —Agarro su barbilla y dejo que la yema de mi pulgar roce su labio inferior.

Tan suave. Mucho más suave de lo que imaginaba.

—Dos… simplemente *te mataré*. Haré que tu cuerpo desaparezca sin dejar rastro. Eso sin duda resolvería más de uno de mis problemas. —La amenaza de muerte es una fanfarronada, pero le dejo ver la verdad de mis siguientes palabras—. No permitiré que se cuestione mi lealtad o mi compromiso. *Obedeceré* a mi Don y me casaré con la mujer que él elija. Aunque, por supuesto, eso no será necesario si mi prometida ya no está entre los vivos.

El labio carnoso que tengo bajo el pulgar comienza a temblar. Tara parpadea y dos lágrimas resbalan por sus mejillas. Mis ojos recorren el trayecto sobre su piel impecable y sonrosada. No es tan dura, después de todo. Sabía que no lo sería. Aunque, al minuto siguiente de dispararle a ese hijo de puta por pegarle, me

sorprendió. Se quedó totalmente calmada. No gritó. No huyó como la mayoría de las mujeres habrían hecho.

Sin embargo, las dos gotas brillantes que dejan huellas en su piel no mienten, aunque Tara permanece muda.

—Así que mi consejo es que tomes la tercera opción —continúo—. En menos de dos meses, caminarás hacia el altar. Sonreirás y, cuando te lo indiquen, dirás "sí, acepto". ¿Entendido?

Se le escapa otra lágrima, que cae sobre mi piel como ácido hirviendo. En cualquier momento, su actuación de chica fuerte se disolverá y se derrumbará por completo. Aceptará el matrimonio y me suplicará que me deshaga de la pistola.

Sus labios se entreabren ligeramente, como si estuviera a punto de pronunciar esas palabras. Por un instante, la punta de su lengua choca con la yema de mi pulgar. Ese leve roce envía una descarga de electricidad directamente a mi polla.

Tardo varios latidos en notar el dolor. No en la polla, sino en mi pulgar, atrapado entre los dientes blancos y afilados de Tara. ¡La mujer loca me mordió! Aparto bruscamente la mano, me abalanzo sobre ella y le rodeo la garganta con la otra. Me inclino hacia su rostro y gruño:

—Eres una maldita salvaje. Como el resto de los tuyos.

—¡Vete a la mierda! —vocifera mientras sus manos vuelan hacia mi cara e intenta hundirme los ojos en el cráneo con los pulgares—. ¡Me engañaste, bastardo!

—*Ma sei impazzita!* —«¡Estás loca!». La agarro de las muñecas y me quito sus manos de encima. Mis acciones la desequilibran y cae hacia delante, chocando su frente contra la mía.

—¡Ay! —se queja e intenta liberar sus manos.

Aprieto con fuerza sus delgadas muñecas, no lo suficiente para hacerle daño, pero sí para que no pueda escapar. Sus antebrazos quedan atrapados entre nuestros cuerpos mientras la aprieto contra mi pecho.

Un gran error de mi parte.

Nuestras frentes siguen presionadas y la punta de su pequeña nariz roza la mía. No tengo más remedio que mirar directamente a los místicos orbes verdes que están a un pelo de distancia. Me devuelven la mirada.

El dulce aroma de su champú de fresa me envuelve, perturbando aún más mi mente. Hubiera esperado de una bruja como ella el hedor del azufre y la salvia quemada, no el de unas bayas de verano que me hacen agua la boca.

Su respiración rápida y cálida me abanica el rostro, provocándome cosquilleos en los labios. Tratando de matar la sensación antes de que se extienda, me paso la lengua y los dientes por el labio inferior. Lo único que consigo es el ansia por conocer su sabor. ¿Dulce o amargo? Probablemente una fusión de ambos.

Y entonces, aflora un antojo diferente. Quiero saber cómo sería tener a esta gata infernal en mi cama. ¿Ronronearía? ¿Maullaría dulcemente? ¿O sisearía y me arañaría la espalda?

Conociendo a Tara tan poco como la conozco, apuesto por *ambas* cosas también en esto.

—Suéltame, Satanás —dice entre dientes.

Levanto una ceja.

—¿Satanás?

—DeVille. *Devil* (diablo). Satanás. Te queda perfecto.

Una comisura de mis labios se tuerce. No debería encontrarla tan divertida. Es salvaje, grosera e infantil. Justo lo contrario de las mujeres que me atraen. Entonces, ¿por qué carajos estoy fantaseando con tenerla debajo de mí? ¿Sobre devorar esa boca descarada solamente para que se calle?

La suelto de mala gana. En cuanto se libera, se aparta y se sienta lo más lejos posible de mí. Su blusa blanca de manga corta está manchada de sangre y también tiene manchas en la cara.

Agarro una caja de pañuelos desechables y una botella de agua del bolsillo de la puerta y los dejo en el asiento entre nosotros.

—Usa esto para limpiarte.

No me mira mientras saca un pañuelo y empieza a limpiarse con cuidado la mejilla izquierda. La que está enrojecida por la mano de Katrakis, pero no manchada por su sangre.

Aprieto los dientes y agarro otro pañuelo, salpicando un poco de agua en la servilleta.

—Mírame.

—*Nop*.

—Tara.

—¿Qué? —Se voltea hacia mí.

Le agarro la barbilla una vez más y le sujeto la cabeza mientras limpio la sangre de su suave piel.

La mujer me fulmina con la mirada todo el tiempo que paso con cuidado el pañuelo húmedo por el lado derecho de su rostro y alrededor de esos luminosos ojos verdes. Trabajo despacio, me detengo mientras le limpio con cuidado la barbilla, la nariz, la oreja… por todas partes, incluso después de haber eliminado todos los restos de sangre.

Tara no dice nada, continúa mirándome. Permanece inmóvil, pero el aire a su alrededor cambia constantemente. Es casi como si un gato salvaje y asustadizo estuviera paralizado frente a mí. La piel de sus brazos se ha erizado y los finos vellos que los cubren están parados. Igual que suele ocurrir con el pelaje de un gato momentos antes de que la criatura se lance al ataque.

—¿Tienes frío?

—Sí.

Me deshago del pañuelo sucio y me quito la chaqueta.

—Toma. Ponte esto. Voy a subir la calefacción.

Una mirada entre asqueada y anhelante se dibuja en su rostro cuando mira la chaqueta que tengo en la mano. Aprieta los labios, toma la prenda y se la pone.

—¿Mejor?

—Un poco —refunfuña, dándome la espalda—. ¿Por qué te importa que tenga frío?

—No me importa. Pero que acabes enferma y postrada en la cama no funciona con mis planes.

Tara tararea y se envuelve la chaqueta con más fuerza.

El resto del trayecto transcurre en silencio. La casa de Popov está a las afueras de la ciudad, en medio de la puta nada. El aire que nos rodea sigue cargado.

—Tengo que ocuparme de unos asuntos en los próximos días —comento cuando nos acercamos a la propiedad del serbio—. Pero el martes estoy libre. Te recogeré a las siete.

—¿Para qué?

El BMW se detiene ante la enorme reja que bloquea la entrada al recinto. Bajo la división de privacidad y le hago saber a Riggo que yo me encargaré de hacernos entrar.

Se acerca un tipo de seguridad, pero antes de que pueda tocar la ventanilla del conductor, bajo la mía y capto su atención.

—La señorita Popov tuvo un pequeño problema con el coche esta noche, así que vengo a dejarla.

El tipo mira a Tara, luego me hace un gesto con la cabeza y grita algo por encima del hombro en serbio.

—¿Por qué vas a recogerme, Satanás? —Tara vuelve a preguntar una vez que el coche avanza más allá de la caseta del guardia.

—Para cenar.

—No voy a cenar contigo.

—Claro que lo harás. Si no, Drago podría sospechar cuando, dentro de un mes aproximadamente, le digamos que nos vamos a casar. Tal y como están las cosas, nuestro segundo encuentro despertó una innegable atracción entre nosotros, y estamos ansiosos por ver a dónde nos lleva.

—¿De verdad crees que mi hermano se creerá esa mierda?

—Lo hará. Porque, seamos sinceros, no se te conoce precisamente por tus sabias decisiones, Tara. Créeme. Los antecedentes que tenemos de ti son muy completos.

El coche aminora la marcha y se detiene en un camino circular frente a una mansión de cuatro pisos. Salgo y rodeo el vehículo para abrir la puerta de Tara. Ignorando mi mano extendida y con los labios apretados fuertemente, sale disparada del vehículo en dirección a la casa. En algún momento de nuestro forcejeo, su cabello debe haberse soltado. O tal vez ella misma se arrancó la liga. Como quiera que haya sido, sus mechones oscuros se han alborotado con una ráfaga de viento.

Justo antes de llegar a la puerta principal, se detiene y gira sobre sus talones. La frialdad de la mirada que me dirige rivaliza fácilmente con la brisa de esta noche. Allí de pie, prácticamente sumergida en la chaqueta demasiado grande, bañada por el cálido resplandor de las ventanas a ambos lados de la puerta principal, su expresión de ceño fruncido se estropea un poco. Pero aún me duelen las pelotas ante la visión que ofrece.

Es preciosa.

Una gata vengativa, mostrando sus colmillos y garras afiladas.

—Recuerda mis palabras, Arturo DeVille. —Su rencor flota en el viento mientras me señala con el dedo. Al menos, eso es lo que imagino que está haciendo. Es difícil saberlo porque las mangas de mi chaqueta se tragan toda su mano—. Voy a hacer de tu vida un infierno.

—De eso, *Gattina*, no tengo la menor duda.

***

Las luces de la calle están apagadas y no hay ni una sola ventana iluminada. Únicamente una pizca de luna, oculta en su mayor parte por las nubes, proporciona luz suficiente para guiar mis pasos. El aire es fresco, insinuando una inminente nevada. Está helando.

—¡Asya! —grito mientras corro por el callejón desierto y oscuro.

El suelo es duro y frío. Tengo las extremidades entumecidas, aunque llevo horas corriendo. Buscando.

—¡Asya!

Me tropiezo con algo en el suelo y pierdo el ritmo, pero me recupero y sigo corriendo. Gritando el nombre de mi hermana.

Semanas. Han pasado semanas desde que desapareció sin dejar rastro. Los días y las noches se han mezclado, convirtiéndose en un olvido interminable y horrible del que no puedo escapar. He interrogado, sobornado o golpeado a todas las ratas de esta maldita ciudad que podrían darme alguna pista sobre su paradero. Todo sin éxito. Nadie la ha visto. Nadie sabe nada. Simplemente desapareció sin dejar rastro.

—¡Asya! —vocifero con todas mis fuerzas.

No hay respuesta. Únicamente el viento arrastrando latas de refresco vacías y trozos de papel a lo largo de la desolada carretera por la que corro a ciegas.

Es mi culpa. Debí haber protegido mejor a mis hermanas. Debí tener una seguridad más estricta, permanente, sobre ellas. Así, las chicas nunca habrían podido escabullirse. Son mi responsabilidad. Mía para vigilarlas. Mía para mantenerlas a salvo.

Fracasé.

Así que corrí. Buscando en la oscuridad. Buscando hasta encontrar algo.

Hasta que la recupere.

No puedo parar. Tengo que encontrar…

Me levanto bruscamente en la cama, cubierto de sudor. El corazón me martillea contra las costillas. Aún está oscuro afuera, sin siquiera un tenue rayo de luna que rompa la penumbra. Estiro la mano hacia la mesita de noche y agarro mi teléfono para ver la hora. Las cuatro de la madrugada.

—Genial.

Tiro el celular sobre las sábanas a mi lado y me dejo caer en la almohada. Faltan cinco horas para ir a la oficina. Mejor aprovecho para revisar mis correos electrónicos o el nuevo contrato que me llegó ayer a la bandeja de entrada. No hay forma de que pueda volver a dormirme ahora. No después de ese sueño.

Las pesadillas me han atormentado desde el día en que Asya desapareció. Se intensificaron diez veces más cuando Sienna se tragó medio frasco de somníferos debido a su dolor y casi muere. Continuaron durante meses, mucho después de que Asya fuera encontrada sana y salva. Antes de esta noche, no había tenido una en más de un año. Algo debe haberla provocado.

Solo que no sé qué.

Capítulo 4

Tara

La puerta de mi habitación se abre de golpe.

—¡Recibiste otro! —grita Sienna desde el umbral, dando saltitos de alegría en su lugar. Varios pétalos rojos se desprenden del ramo que tiene en las manos y caen sobre el piso de madera.

Observo el enorme ramo de rosas rojas que sostiene en los brazos y pongo los ojos en blanco. Es tan grande que la única parte de Sienna que puedo ver es el gran lazo verde neón en lo alto de su cabeza.

—*Yay.* —Intento sonreír, pero probablemente parece una mueca, así que bajo la cabeza rápidamente y me concentro en mi libro.

—¿Sabes?, no tenía idea de que mi hermano fuera tan romántico —comenta mi cuñada mientras carga las flores por la habitación—. *¡Wow!* ¡Cien rosas rojas! Arturo debe de estar muy enamorado de ti. No recuerdo que alguna vez le comprara flores a otra persona. Y… —Se detiene de repente—. ¿Dónde están las orquídeas?

—¿Orquídeas? —murmuro distraídamente. El héroe está a punto de salvar a su chica de los secuestradores. Es la mejor parte del libro.

—Las de ayer. Las blancas y rosas, en el bonito jarrón dorado que prometiste darme después.

Oh, mierda. Cierro rápidamente el libro y busco en mi mente una explicación creíble.

—*Um*… Me las llevé al trabajo.

—¿A Naos? —Sienna frunce la nariz y deja el ramo de hoy encima del tocador. El mismo lugar donde solían estar las orquídeas —. Pero ¿por qué? Se veían tan bien aquí, en tu habitación.

—Bueno, yo… ¿solo quería mirarlas mientras trabajaba?

Rayos. Eso no debería haber sonado como una pregunta, pero para mentir soy fatal.

En realidad, enterré las flores en el patio trasero, justo detrás de las casas de los perros. No había forma de que simplemente las tirara a la basura. Era demasiado arriesgado. Alguien podría encontrarlas y empezar a hacer preguntas. Pero el pequeño inconveniente y un poco de esfuerzo resultaron ser algo bueno. Como que me gusta la idea de los sabuesos de Drago meando y cagando encima del regalo de Satanás.

—¡Oh, eso es adorable! —Sienna canturrea. Echa otro vistazo a las rosas y, tras un suave suspiro, salta sobre la cama, a mi lado—. Me alegro mucho de que estén saliendo. Quería que Drago invitara a Arturo a cenar para que los cuatro pudiéramos pasar un rato en familia, pero se negó. Está convencido de que mi hermano y tú no están saliendo de verdad, y que Arturo te ha estado enviando flores simplemente para fastidiarlo. ¿Tal vez podrías hablar con Drago? Claro, si esto va en serio. Quiero decir… ¿es así? ¿Serio?

—Yo diría que es bastante serio. —Por desgracia.

—Tengo que admitirlo, nunca lo vi venir. Especialmente después de todo el fiasco que ocurrió en mi boda. *Oh*, y… um… no eres exactamente su tipo.

—¿Qué?

—Sí. Arturo es muy conservador. Solía reírme y burlarme de él diciéndole que se perdía muchas cosas. Si hubiera nacido unas décadas antes, podría haber tenido una esposa perfecta y sumisa. Ese es el tipo de mujeres con las que ha salido.

—¿*Oh*? —Arqueo las cejas—. ¿Y fueron… muchas?

¿Por qué pregunto eso? Me importan un carajo DeVille o sus aventuras sexuales.

Quiero decir su historial de citas.

Nop. No estoy pensando en sexo y Arturo DeVille.

—La verdad es que no. Al menos, hasta donde yo sé. —Sienna se encoge de hombros—. Nadie que le interesara en serio o que trajera a la casa para presentarnos a Asya y a mí. Pero cada vez que tenía una cita que lo acompañaba a una reunión o evento de la *Familia*, ella siempre era alguien educada y correcta, con la espalda erguida como si tuviera un palo clavado en el trasero. Imagínate esto: con las manos recatadamente dobladas sobre su regazo cuando estaba sentada. Sin pronunciar nunca una palabra a menos que le hicieran una pregunta concreta —se queja e imita que vomita metiéndose un dedo en la boca—. No sé de dónde sacaba a esas chicas. ¡No sabía que aún existieran mujeres así! Aunque supongo que Arturo está acostumbrado a tener el control, a ladrar órdenes todo el día y a esperar que se cumplan. Es lo que les exige a sus hombres, así que quizá no sea tan extraño que hiciera lo mismo con las mujeres con las que salía. ¿Te parece descabellado?

—*Hmm*. No pensé que fuera machista. No lo es, ¿verdad?

—No. Aunque es un poco tradicionalista, y las cosas más tontas lo sacan de quicio.

Me muerdo el interior de la mejilla para ocultar mi sonrisa.

—¿Qué tipo de cosas?

—Dios, ¿por dónde empiezo? —Se ríe, poniéndose más cómoda en la cama a mi lado—. Comida demasiado condimentada. Gente que duerme la mitad del día. *Um…* Maldecir, especialmente en público. De hecho, Arturo dice que las *mujeres* no deberían maldecir. Parece que eso de no decir palabrotas no se aplica a su propia boca sucia… *¡Oh!* El clima, cuando hace demasiado calor. —Sus ojos se desorbitan cómicamente como si se estuviera riendo por dentro de las ridículas manías de su hermano—. No soporta la comida rápida. Las toallas mojadas…

«Anotado. Anotado. Anotado». Hago una lista mental, añadiendo alegremente ideas a mi plan *"Cómo hacer que Satanás me desprecie".* ¿Quizá podría conseguir que cambie de parecer?

—… o cuando un atuendo es simplemente descuidado —sigue parloteando Sienna—. Nunca salía a menos que su ropa estuviera perfectamente planchada. Y no me hagas hablar de su obsesión con su tintorería *especial*. Evidentemente, nadie más puede hacer bien el trabajo. ¡Una sola arruga en su traje sería un crimen contra la humanidad! —Y luego voltea a verme—. Lo mismo piensa de sus citas. Dios no permita que una chica se ponga una falda corta o algo demasiado revelador. Nada más que un atuendo impecablemente elegante y apropiado para el lugar y el evento para la dama que mi hermano lleva del brazo.

—Por supuesto. —Asiento con entusiasmo—. Continúa.

—Las redes sociales. Realmente odia eso. Si fuera por Arturo, se desharía de todo menos de LinkedIn.

Crear una cuenta de IG. LO ANTES POSIBLE. Hecho.

—Es un bastardo tan gruñón —resoplo, y luego añado rápidamente—, es tan tierno.

—¡Lo es! —exclama Sienna. Acercándose a mi oído, a pesar de que estamos solas en la habitación, me susurra—: Nadie lo sabe, pero bajo su malhumor, sus gruñidos y su ceño constantemente fruncido, Arturo es en realidad un enorme y dulce osito de peluche.

Mis cejas se disparan hacia el cielo. La objetividad no es el fuerte de mi cuñada.

—Intentó matar a Drago, Sienna. ¿O acaso se te olvidó ese pequeño detalle?

—*Meh*. Arturo nunca lo habría hecho. Simplemente fue un malentendido entre ellos. Y Drago lo irritó burlándose de su lealtad al Don. Ese es el único tema con el que mi hermano es extremadamente sensible.

—Así que… ¿el "enorme y dulce osito de peluche" es realmente tan devoto? ¿Seguiría todas y cada una de las órdenes de Ajello, fueran las que fueran? —pregunto.

Sienna suspira, con la mirada perdida hacia la ventana. Ya no parece tan alegre como antes. El silencio entre nosotras se prolonga tanto que no creo que vaya a responder.

—No eres miembro de la *Cosa Nostra*, Tara, así que es imposible que lo entiendas —explica por fin—. El honor lo es todo. Es el ideal que se mantiene por encima de todos los demás en nuestra sociedad. Cuando los miembros juran lealtad a la *Familia*, juran respetar el liderazgo del Don y ser siempre leales a él. Negarse a seguir las órdenes del Don equivale a escupir sobre tu propio honor.

Maravilloso.

—Y… en el caso de Arturo —agrega, con voz cada vez más baja—, su lealtad a Ajello trasciende el código de la *Cosa Nostra.* — Se le llenan los ojos de lágrimas, rozando el borde, a punto de derramarse—. ¿Sabes que nuestros padres murieron durante un asalto al casino donde trabajaban?

Asiento con la cabeza. Drago me contó lo que les ocurrió a los padres de Sienna. Ella y su hermana tenían cinco años cuando ocurrió. Después de la tragedia, su hermano las crio. Sin ayuda de nadie, supuestamente. Pero me cuesta creer eso del imbécil que está arruinando mi vida actualmente.

—Arturo solicitó ser nuestro tutor legal. Sin embargo, el antiguo Don decidió que nuestra tía con la que no teníamos contacto debía quedarse con la custodia de Asya y mía. La palabra del Don es la ley. Él es la máxima autoridad. Nosotros… Nuestra… Lo que quedaba de nuestra pequeña familia estaba siendo destrozada. Íbamos a ser forzadas a alejarnos de nuestro hermano y enviadas a vivir con una mujer que ni siquiera conocíamos, Tara. Y Arturo no podía hacer nada para impedirlo.

Tomo su mano y la aprieto ligeramente. Sé perfectamente lo que es perder a seres queridos a una edad tan temprana. Por desgracia, mi historia y la de Sienna son muy parecidas. Probablemente por eso nos unimos tan rápido. Ambas perdimos a nuestros padres cuando éramos niñas. Las dos sobrevivimos a ese dolor inimaginable. Mi dolor se vio amplificado por la muerte de mi hermana gemela, que falleció al mismo tiempo que nuestros padres. Drago era el único familiar que me quedaba. Hasta que llegó Keva, claro. Los dos me ayudaron a superar esos tiempos oscuros. No sé si lo habría superado si me hubieran separado de ellos. Tan solo pensar en esa posibilidad me enferma físicamente.

—¿Pero no fue así? —Me ahogo—. ¿Te separaron de tu hermano?

—Si no hubiera sido por Ajello, sin duda nos habrían separado.

—¿Salvatore Ajello?

—Sí. Estábamos a punto de partir cuando llegó Ajello. Le dijo a Arturo que desempacara nuestras cosas, diciendo simplemente que el antiguo Don había cambiado de opinión. Eso fue todo. Un minuto después, se dio la vuelta y se fue. Hasta la fecha, no tengo idea de lo que pasó exactamente. Según dicen, el viejo Don no solía retractarse de sus decisiones, así que tuvo que ser cosa de Ajello. Pero jamás ha sacado el tema. O sea, nunca.

—Bueno… no estoy segura de que alguien sepa realmente cómo Ajello hace las cosas que hace.

—Sí. Ese hombre me asusta muchísimo. —Se ríe entre dientes —. Así que, como ves, esa es la verdadera razón por la que Arturo le es tan leal a Ajello. No es únicamente por el principio que ordena su obediencia a la *Cosa Nostra*. Para Arturo, es porque se siente en deuda. Tiene una deuda personal con Ajello, y pase lo que pase, mi hermano nunca irá en contra del Don.

Un gran peso se asienta en la boca de mi estómago. Esto es malo.

—*¡Oh!* ¡Casi lo olvido! —Sienna salta sobre sus rodillas y aplaude con alegría. Así es ella. Triste en un momento, emocionada al siguiente—. El primer borrador de mi novela de hockey está terminado. ¿Tendrás tiempo de leerlo y darme tu opinión?

—*Um*… claro. ¿Necesitas que cuente las extremidades otra vez?

Sienna es increíble cuando se trata de la trama general de la historia y de crear personajes y escenarios bien desarrollados, pero es terrible con los pequeños detalles molestos. Verificación de hechos. Coherencia. Ese tipo de cosas. Lo que significa que, en cada escena de sexo que escribe, de alguna manera parece tener al menos dos manos extra.

—¡Por favor! Te lo enviaré por correo electrónico en un segundo.

La observo salir bailando de mi habitación sobre las puntas de sus brillantes pantuflas color turquesa, luego me desplomo en la cama y me quedo mirando el techo. En un abrir y cerrar de ojos, mi *laptop* suena al recibir un correo electrónico. La agarro de la mesita de noche y la pongo sobre mi estómago, abriendo el archivo adjunto que Sienna me envió. Tras varios intentos, desisto de leerlo. No puedo concentrarme en el texto.

¿Qué voy a hacer? Me he pasado los tres últimos días esperando que el diablo arrogante recapacitara y se retractara de su estúpido plan de casarse. La verdad es que aún no me he hecho a la idea de que me están obligando a casarme, así que, de momento, me dejo llevar por la corriente. La tentación de contarle a mi hermano lo que pasó y confiar en él para que me saque de este lío es abrumadora. Probablemente mataría a DeVille por mí. Tal vez. No puedo imaginar que lastimaría a Sienna de esa manera. Y, aunque estuviera dispuesto a hacerlo, no creo que me atreviera a pedírselo. Además, tendría que explicar cómo mis malditas huellas terminaron en un arma homicida, y luego pedirle a Drago que limpie otro de mis desastres. Otra vez.

Como aquella vez que tuvo que recogerme de una comisaría después de que nos detuvieran a mis amigos y a mí por alterar el orden público. Un grupo de nosotros dejó montones de excrementos fuera de una *boutique* de lujo. En mi defensa, estaban vendiendo abrigos de piel. ¡Abrigos de piel *auténtica* hechos con pieles de animales en peligro de extinción! Como me consideraron la líder y utilicé las instalaciones de la escuela para organizar esta pequeña "protesta", me expulsaron de esa escuela particular en mi primer año.

Mi experiencia en mi segunda escuela no fue mucho mejor. Drago tuvo que pagar la descontaminación y renovación de todo un laboratorio de química después de que derramara accidentalmente una sustancia peligrosa mientras intentaba rescatar a un conejillo de indias residente que se había escapado del aula de biología contigua. Solamente me suspendieron por eso, y únicamente gracias a los bolsillos llenos de Drago. Estoy segura de que también sobornó a los directivos del colegio para sacarme del aprieto.

Siendo mayor, uno pensaría que habría madurado. Pero no. El año pasado, mi hermano tuvo que "rescatarme" una vez más. Completamente borracha, me equivoqué de tren, me quedé dormida y acabé en medio de la nada. Como era de esperar, mi cartera y mi teléfono no llegaron conmigo. Por suerte, eso fue lo peor que pasó. Tuve que suplicarle a un desconocido que me dejara usar su teléfono para enviarle un mensaje a Drago. Estaba furioso cuando me fue a recoger, prácticamente dispuesto a estrangularme por desobedecerlo. Me dijo explícitamente que me pusiera en contacto con él cuando estuviera lista para dejar el bar e irme a casa. Pero yo sabía que estaba agotado, era muy tarde y no quería despertarlo.

¡Dios mío! Estoy tan cansada de estar atrapada en este carrusel. Tan harta como estoy de meter siempre la pata, Drago debe estar llegando al límite de lo que está dispuesto a soportar. Ahora tiene una esposa. Su atención debería estar en cuidar de ella, no en limpiar mis desastres.

Y eso me lleva a la otra gran preocupación en mi mente. Me aterra la reacción de Drago si descubre la verdad. ¿Y si desafía a Ajello? Lo último que quiero es poner a mi hermano en peligro porque me las arreglé para meterme en otro lío.

Estoy con la mirada perdida hacia el techo, contemplando mis opciones, cuando de repente se produce un alboroto en la entrada. Debe de ser algo importante porque me llegan varias voces alzadas seguidas de rápidos portazos de vehículos. Me apresuro a mirar hacia afuera justo a tiempo para ver a Drago subiendo a su moto y saliendo a toda velocidad como si se le estuviera quemando el trasero.

—¡Adam! —grito después de abrir mi ventana—. ¿Qué está pasando?

El amigo de la infancia de mi hermano, y ahora su ejecutor principal, mueve su poderoso cuerpo para mirarme.

—Agentes especiales del Servicio de Impuestos Internos IRS acaban de llegar a Naos —informa mientras se coloca el casco de motociclista en la cabeza.

—Mierda.

—Sí. —Se baja el visor y, en el siguiente suspiro, se marcha también en moto.

Vuelvo a la cama y tomo mi *laptop* otra vez para revisar los archivos de administración de Naos, en caso de que haya algo que desconozca. Puede que Drago necesite mi ayuda para resolver lo que sea que estén investigando. Mi teléfono empieza a sonar y contesto sin mirar el identificador de llamadas, demasiado distraída abriendo una carpeta tras otra.

—Espero que no te hayas olvidado de nuestros planes para esta noche, Tara. —La voz profunda y pulida retumba a través de la línea, provocándome un ligero escalofrío, incluso a distancia.

—Ahora no es un buen momento, DeVille. —Presiono el círculo rojo de la pantalla y tiro el teléfono sobre la mesita de noche.

Empieza a sonar de nuevo en cuanto aterriza sobre la superficie de madera.

—Jesucristo. —Agarro el maldito aparato y me lo pongo en la oreja—. Te dije que…

—Nunca vuelvas a colgarme.

—Anotado. —Después de desconectar la llamada, apago el teléfono completamente. No puedo lidiar con este imbécil en este momento, no cuando podríamos enfrentarnos a un desastre en el *club*.

A lo largo de los años, le he pedido varias veces a Drago que me permitiera supervisar la contabilidad de Naos, pero por lo visto no soy lo bastante responsable. No puedo decir que lo culpo por mostrarse renuente, teniendo en cuenta mi historial. Prácticamente en todos los trabajos que he tenido, la he jodido de alguna manera. Tratar con la gente no es lo mío. En cambio, las palabras y los números son como plastilina en mis manos. Y soy excelente detectando incoherencias.

La primera carpeta en la que me sumerjo contiene copias de facturas de nuestros proveedores. Distribuidores de alcohol. Mayoristas de alimentos. La lista es interminable. En su mayoría son socios nuestros que inflan sus precios para que podamos mostrar más gastos en las declaraciones de pérdidas y ganancias. A simple vista, todo parece estar en orden. Aun así, saco cada factura del año en curso y la verifico con nuestra base de datos principal. Una vez que termino con los registros de la cocina y el bar, paso a los servicios para clientes, donde reviso minuciosamente las reservaciones de las butacas y los registros de los cargos nocturnos.

Con los agentes del IRS a nuestra puerta, es probable que busquen evasión fiscal o lavado de dinero. Keva se encarga del lavado de dinero a través del *club* y lo ha estado haciendo durante años. Ella es genial, pero en los últimos meses, ha estado muy ocupada. ¿Y si se le escapó algo? Drago podría estar en serios problemas.

A mitad del montón de recibos de febrero, tocan a mi puerta.

—Tara. —Jelena asoma la cabeza, sosteniendo su teléfono.

—Ahora no.

—*Um*… Tengo a Arturo DeVille en la línea para ti.

Levanto bruscamente la cabeza.

—¿Cómo demonios consiguió tu número?

—Ni idea, nena. Pero no parece contento. —Me lanza el teléfono y casi me caigo de la cama intentando atraparlo.

—*Um.* ¿Un poco de privacidad, por favor?

—Por supuesto. —Me guiña un ojo—. Las peleas de enamorados son de lo más adorable.

Me quejo. Más de la mitad del personal de mi hermano vive en esta casa. Son más de cincuenta personas bajo el mismo techo. Lo que significa que, aproximadamente veinte segundos después de la llegada del primer ramo de Satanás, todos y cada uno sabían que estaba "saliendo" con él.

—¿Qué? —le reviro al teléfono.

Un sonido grueso y gutural sale del otro lado de la línea.

—¿Me acabas de gruñir, DeVille?

—Tienes tres minutos. —Hace una pausa—. Para llevar tu trasero abajo. —Otra pausa—. O mi amigo de la División de Investigación Criminal del IRS empezará a hacer el tipo de preguntas que nadie en Naos quiere escuchar.

—¡Desgraciado! ¿Tú los enviaste?

—Me imaginé que necesitarías un incentivo —suelta—. Tres minutos, Tara.

Después de esa amenaza no tan sutil, lo único que me llega es aire muerto. Miro el teléfono y confirmo lo que ya sabía. En la pantalla parpadea: *Llamada finalizada*. Lo único que puedo hacer es apretar los dientes para no gritar de frustración.

¡Te odio, Arturo DeVille!

Arturo

—¿Todo bien, señor DeVille? —pregunta Riggo desde el asiento del conductor.

—*Síp*. Jodidamente perfecto.

Tiro el teléfono sobre el asiento de piel y me aprieto el puente de la nariz. Ninguna otra persona en mis treinta y seis años me ha hecho perder los estribos tan rápido como esa mujer insufrible.

—¿Seguro? Tiene una expresión muy extraña en la cara. ¿Quizás esté experimentando efectos secundarios después de esa donación de sangre? Mi hermana me dijo que podía pasar, sobre todo si toman demasiada…

Gruño para mis adentros. La única razón por la que hice a Riggo mi chofer mientras mi licencia está suspendida es que no quería desperdiciar a nadie más en este estúpido trabajo. El chico está dispuesto a ayudar, pero es un auténtico dolor de cabeza que habla todo el maldito tiempo. Su hermana trabaja en la clínica con Milene Ajello, y de alguna manera eso hizo que el jefe me pidiera que le buscara un trabajo al chico.

—… un acto tan noble. Salvar el mundo una gota a la vez, ¿no? Escuché a la doctora Ilaria decir que lo hace regularmente. Dice que su sangre O negativo salva a muchos de nuestros chicos. Especialmente con algunos de ellos recibiendo disparos tan a menudo y todo eso. *Uh*, ¿sabe quién será el próximo en recibir su sangre?

—Tú. A menos que dejes de hablar.

—*Oh*. Está bien. —Se atraganta—. *Um*… Entonces, ¿a dónde nos dirigimos desde aquí?

—Al Vecchio's Grill. —Es una joya de la cocina italiana, escondida en Brooklyn. El único lugar donde no han estropeado mi filete término medio hasta ahora.

Con toda la mierda que he tenido que lidiar en el último par de días, ni siquiera recuerdo la última vez que comí una comida decente. Tener que enfrentarme a la exasperante hermana de Drago, después de haber estado metido hasta las rodillas en la mierda que Wang no para de soltar, es lo último que me apetece hacer. Pero, para convencer a la gente que dispara con facilidad, hay que hacer sacrificios.

Me subo la manga de la chaqueta y miro el reloj. Veinte segundos. Si ella no…

La puerta del coche se abre y entra mi pesadilla. La miro de arriba abajo, desde el pantalón deportivo gris andrajoso hasta la camiseta recortada que le deja el vientre al descubierto y deja ver un brillante *piercing* en el ombligo. Finalmente, mi mirada se detiene en la parte superior de su cabeza.

—¿Me estás tomando el pelo, joder?

—Dijiste que tenía tres minutos —expresa despreocupada mientras se ajusta uno de los rulos de velcro naranja en el cabello—. Tuve el tiempo justo para hacer pis, tomar mi bolso y ponerme los zapatos. Así que…

—Iremos a cenar.

—*Oh*, lo sé. No te preocupes, me quitaré los rulos para cuando lleguemos.

Cierro los ojos y comienzo a contar hasta diez, esperando que eso calme las ganas de matarla.

—Riggo. Cambio de planes. Volvemos a casa.

—¿Qué? No iré contigo a cualquiera que sea el infierno que llamas casa.

«Madonna Santa*, dame la fuerza y la paciencia para no acabar este día con un derramamiento de sangre».* Respirando

profundamente, la miro fijamente.

—Irás a donde yo te diga, maldita sea. Estoy harto de tu comportamiento infantil, así que será mejor que te controles y empieces a seguirme la corriente. O haré que esta situación sea mucho, mucho peor para ti. ¿Lo. Entiendes?

—No creo que pueda ser peor de lo que ya es. Maldito Satanás.

—¡Deja de llamarme así!

Tara cruza los brazos sobre su pecho y mira hacia otro lado. Con su atención puesta en el paisaje más allá de la ventana, empieza a murmurar alguna tontería para sí misma. No capto todo lo que dice, salvo palabras como "esponjoso" y "oso", seguidas de un par de palabrotas.

Como sea. Saco mi *laptop*, abro mi correo electrónico y me pongo a trabajar. Ignorando por completo a la mujer furiosa a mi lado.

***

—¿Tienes hambre? —pregunto mientras tiro mi chaqueta sobre el respaldo del sofá.

—No voy a sentarme a comer con un enemigo, y menos bajo su techo.

Me detengo de camino a la cocina y echo un vistazo por encima de mi hombro. Tara sigue de pie en medio de la sala. Con las manos en la cintura, me lanza una mirada de irritación.

Encogiéndome de hombros, me dirijo a la nevera.

—Pues muérete de hambre.

En los últimos días, he salido a comer fuera una y otra vez, así que mis opciones para una cena hecha en casa son limitadas. Agarro un paquete de pechugas de pollo y unos champiñones

cremini, y los dejo junto a la tabla de cortar mientras me ocupo de preparar todo lo demás para hacer un platillo clásico italoamericano.

Mientras trabajo, cortando el pollo en tiras, sazonándolo, pasándolo por harina y sumergiéndolo en un sartén caliente con mantequilla derretida y aceite, le echo un vistazo rápido a Tara. Camina a grandes zancadas por la sala, observando las distintas baratijas de Sienna esparcidas por los estantes. Cada vez que toma alguna para examinarla, la vuelve a dejar pero nunca en su mismo sitio.

—No me habría imaginado que te gustaran las sirenas.

Levanto la vista dejando de darle vuelta al pollo en el sartén y veo a Tara rondando cerca del mueble de la televisión con una esfera de nieve en la mano.

—Es de Sienna. Le encanta dejar su mierda con brillantina por toda la casa —indico. Tan pronto como las palabras salen de mi boca, siento la necesidad de hacer una corrección—. Es decir, le encantaba. —A veces olvido que ninguna de mis hermanas vive ya aquí.

—¿Y las has mantenido en su lugar?

—Sí.

Tara devuelve el adorno al soporte, pero en el lado opuesto de donde estaba antes, y continúa su exploración. Luce una expresión ligeramente desconcertada mientras husmea descaradamente entre todas mis cosas. Creo que supuso que sería el típico soltero que prefiere una decoración minimalista. A decir verdad, el estilo ultramoderno que se ve en las revistas que Sienna solía dejar por ahí no me atrae en absoluto. Esas habitaciones siempre parecían estériles, montadas para ser vistas y nada más. Una casa debe verse y sentirse habitada, no como un puto anuncio de diseño de interiores.

Cruzando la habitación hasta la barra de desayuno que separa la cocina de la sala, Tara se detiene junto a las fotos que cuelgan de la pared cercana.

—Esta está rota. —Señala una foto enmarcada de Asya, cuando tenía doce años.

—Lo sé. Tu hermano me golpeó la cabeza contra ella. Aún no he podido cambiarla.

—*Mmmm*. Espero que te haya dolido.

Ahora que el pollo a la marsala ha terminado de cocerse a fuego lento en el sartén y la salsa cremosa se ha espesado, empiezo a picar un poco de perejil para finalizar el platillo.

—Probablemente menos que la cortada que le hice. ¿Cuántas puntadas necesitó?

—Varias. Por suerte, se recuperó en días y no en semanas. Por cierto, ¿cómo está tu muñeca? ¿Se curó bien? —La preocupación en su rostro es tan falsa como el tono compasivo con el que habla. Se acerca a la nevera, saca una botella de agua, vuelve a la barra y se sienta frente a mí—. He escuchado que la recuperación de una fractura de muñeca puede ser muy difícil y lleva mucho tiempo. Y, aun después, el hueso recuperado no es tan fuerte como antes. Es una pena.

Mi mano, unida a la muñeca recién recuperada, se detiene en la tabla de cortar. Sé que me está irritando a propósito, sin embargo, no entiendo por qué me exaspera tanto. *«Ignórala»*, me digo a mí mismo. No me rebajaré a su nivel ni le daré la satisfacción de obtener de mí la reacción que obviamente desea.

—Para alguien de tu profesión, es crucial tener una completa movilidad y unos reflejos de primera. —Sigue diciendo con voz melosa entre sorbo y sorbo de su bebida—. Odiaría saber que el daño que mi hermano te causó en la muñeca te ha dejado con una discapacidad.

Aprieto los dientes y me concentro en el perejil, que a estas alturas es un revoltijo magullado después de cortarlo tan agresivamente.

—Tus finas habilidades motrices parecen estar sufriendo un poco en términos de delicadeza, para ser honesta. Ese pobre perejil

parece casi molido.

Hijo de…

Mi autocontrol se rompe. Lanzo el cuchillo hacia arriba, lo agarro por la punta mientras gira en el aire y lo arrojo por los aires. La navaja pasa a escasos centímetros de la oreja de Tara, atraviesa la sala hasta chocar con la madera maciza de la puerta principal.

—*Huh.* —Inclino la cabeza—. Puede que tengas razón. Estoy medio centímetro a la izquierda de mi objetivo.

Cuando vuelvo a ver a Tara, me mira boquiabierta, con la sorpresa grabada en sus notables rasgos.

Una punzada de culpabilidad me golpea. *«No quería asustarla, ¡maldición!».* Yo solo… al diablo si sé qué. Nunca nadie me había molestado tanto antes. ¿Será porque aún no asimilo la astuta intromisión de Ajello en mi vida privada? ¿Se ha convertido simplemente en un blanco conveniente para que yo descargue mis frustraciones? ¿O es que sencillamente estoy tan jodido?

Cierro los ojos momentáneamente y me aprieto las sienes con las yemas de los dedos y suspiro.

—Escucha, Tara, lo siento. Yo…

Un líquido frío me golpea el rostro.

—No te atrevas a acercarte a menos de un kilómetro de mí, maldito enfermo —lanza con desprecio. Luego me tira la botella vacía al pecho y corre hacia la puerta principal.

Mierda.

—¡Tara!

Salgo tras ella, alcanzándola justo cuando intenta agarrar el picaporte.

—¡Aléjate de mí! —grita, apartando mi mano de su antebrazo cuando intento detenerla. Vuelve a agarrar el picaporte e intenta abrir la puerta de un jalón.

Empujo mi brazo por encima de su hombro y mi palma choca con la superficie de madera, cerrando la puerta de golpe. Mi pecho choca con su espalda, aprisionando eficazmente a la fiera furiosa. No tiene adónde ir.

—Tara. Intento disculparme.

—No necesito tus disculpas. —Tira de la manija con tanta fuerza que un chirrido se une al sonido de su respiración agitada—. ¡Necesito irme!

Con la forma en que se retuerce, está rozando mi entrepierna con su trasero firme, lo que hace que mi polla se ponga dura como el acero.

—Tara. Necesito que me escuches.

—¡No! ¡Puede que sea un desastre que no puede hacer nada bien, pero no seré aterrorizada por un chiflado inmaduro con problemas de ira!

Bien.

Cambio de táctica.

Rodeando sus rodillas y su espalda con mis brazos, la levanto y me dirijo a la sala.

Tara

Mi corazón retumba contra mis costillas mientras lucho inútilmente por escapar del agarre de Satanás. A pesar de mis pataleos y gritos, él se dirige despreocupadamente al sofá. Su fuerte agarre no cede, ni siquiera cuando se sienta y se reclina hacia atrás. La forma en que me ha colocado, sujetando rápidamente mis extremidades con su cuerpo, no me permite ni siquiera intentar darle un puñetazo en la cara.

—Alexa —dice—. Pon la lista de reproducción ambiental.

Un momento después, la habitación se llena con una combinación de una melodía clásica de piano y el relajante sonido de la lluvia.

—¿Es en serio? —Lo miro boquiabierta. Nuestras caras están tan cerca que puedo ver gotas de agua pegadas a sus cejas y su barba.

—Ya lo dije. Pero lo repetiré. —Se inclina aún más—. Lo siento. Por lo de antes. No fue mi intención asustarte así. Yo solamente… enloquecí… un poco.

—¿Porque herí tu orgullo masculino?

—¿Tal vez?

—Eso es jodidamente patético.

Algo parecido a una sonrisita se dibuja en sus labios. Se ven bastante bien. Sus labios. No demasiado carnosos, pero con un arco de cupido bien definido, que se suma a su apariencia atractiva.

—Lo sé. ¿Podemos por favor tener una conversación civilizada ahora?

—Suéltame y lo pensaré.

Me suelta. Me quito inmediatamente de su regazo y retrocedo varios pasos.

—No tiene sentido luchar una batalla que no puedes ganar, Tara. Nos vamos a casar, independientemente de cómo te sientas al respecto. ¿Por qué no aceptas la situación tal y como es?

¡Porque no puedo! Mi vida ha sido una puerta giratoria de desastres hechos por mí misma. Constantes metidas de pata y errores tremendos. Incluso cuando intenté hacer lo correcto, no pude cumplirlo.

Mis relaciones no han mejorado porque sigo eligiendo salir con un perdedor tras otro. Soy como un imán para todos los imbéciles e infieles a mi alrededor. Si tienen suerte, simplemente me pisotean el corazón y se van. Si no, acaban muertos. Salir conmigo parece ser peligroso para la salud de un hombre. Muestra A:

Stavros. Muestra B: Petar, que murió en un enfrentamiento con la *Cosa Nostra* hace casi tres años.

Ese tipo de historial no es un buen augurio para encontrar al amor de mi vida. El único hombre que me amaría a pesar de mis defectos. Cuyo amor por mí rivalizaría con las mejores historias de romance jamás contadas. Y pasaríamos nuestros días y noches siendo felices.

Eso es lo que quiero. Lo que sueño. Pero ahora, ese sueño está siendo aplastado por una idea estúpida que el Don de la *Cosa Nostra* de New York tramó. Y luego aún más aplastado por este Satanás cabeza hueca que se esconde tras una piel hermosa. Por alguna razón, los dos pensaron que tenían derecho a decidir sobre mi vida. A pisotear toda posibilidad de encontrar mi propia felicidad, todo por sus caprichos desalmados.

¡No puedo permitirlo! No puedo abandonar la lucha. ¡Quiero mi "final feliz"! ¡Y Arturo DeVille definitivamente no lo es!

—Adelante, entrega esa pistola con mis huellas —susurro—. Prefiero pudrirme en la cárcel que casarme contigo.

—¿Segura? Porque un tiempo tras las rejas no sería el peor de tus problemas. Dicen por ahí que el viejo Katrakis está como loco, buscando a su hijo por toda la zona de los tres estados. ¿Tal vez debería enviarle una pista sobre el paradero de tu ex?

—Haz lo que quieras.

DeVille se inclina hacia adelante, apoyando sus codos en las rodillas y sosteniendo su barbilla con sus manos entrelazadas. Sus oscuras profundidades me miran desde debajo de su ceño fruncido.

—Un año —suelta al cabo de un rato.

—Un año… ¿qué?

—Estaremos casados un año. Después, te daré el divorcio.

Alzo las cejas.

—¿Y qué diría tu amado Don al respecto?

—Ajello cree que el matrimonio entre nosotros arreglará mi relación con tu hermano. Y… algunas otras cosas. Cuando su táctica no dé resultado, y cuando se dé cuenta de que es probable que tú y yo nos matemos, no se opondrá.

—¿En serio? No sabía que tu Don fuera un hombre tan razonable.

—No lo es, pero es pragmático. Sin nada que ganar, cederá.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Dos meses —rebato.

—Un año. Ni un día menos.

—¿Por qué?

—Ajello no es de los que se convencen fácilmente de que están equivocados. Tardará un año, como mínimo.

Me doy golpecitos con el dedo en los labios mientras un sinfín de pensamientos recorren mi mente.

—¿Y si, en nuestra noche de bodas, intento degollarte? ¿Eso lo convencería más rápido de que estar casados es una mala idea?

—*Nop*. Simplemente dirá que no nos esforzamos lo suficiente. —Baja la cabeza y parece quedarse mirando la nada en el suelo.

Es evidente que no quiere este matrimonio más que yo, sin embargo, está empeñado en llevarlo a cabo. Está totalmente dispuesto a sacrificar todo lo que quiere en la vida para cumplir su compromiso con el Don. Admiraría a este hombre, su lealtad y determinación si su firme determinación no me arruinara *mi vida*.

Por milésima vez, desearía poder darme una patada. ¿Qué demonios me impulsó a tomar su maldita pistola? Si no lo hubiera hecho, no tendría con qué chantajearme. Sin huellas. Ninguna amenaza sobre mi cabeza. No es como si fuera a dispararle. Después de todo, es el hermano de Sienna. Y mi amor por ella supera incluso el odio que siento hacia él. ¡Carajo!

—De acuerdo. Un año. Y únicamente si es una ceremonia civil. No voy a casarme contigo en una iglesia. —Levanto la barbilla —. Y, quiero la mitad de *todos* tus bienes, no solo los bienes conyugales, en el divorcio. Puedes ponerlo en un acuerdo prenupcial.

Se echa a reír.

—Eso no va a pasar.

—Si me obligas a ser tu esposa, espero una compensación. Una compensación considerable. La mitad de todo lo que tienes me parece justo.

—No te voy a entregar quinientos millones, Tara.

Whoa. Parpadeo. No tenía idea de que el hermano de Sienna estuviera *tan* forrado de dinero.

—Bien. Tomaré doce. Un millón por cada mes que estemos casados.

No hay forma de que esté de acuerdo con esto. Lo único que los hombres de la *Cosa Nostra* valoran, aparte de su amada *Familia*, es el dinero. Sopesará los pros y los contras y verá que simplemente no vale la pena. Un precio demasiado alto para su orgullo.

«No. Vamos, déjame escucharlo. N-O.»

DeVille aprieta los dientes. Su mirada me quema mientras se reclina contra los cojines del sofá, extendiendo los brazos a lo largo del borde superior. Posó exactamente igual en Naos. Imbécil arrogante. Esa postura grita *Soy el rey, y tú deberías inclinarte ante mí*. Excepto que no funciona del todo con su ceño fruncido y la oscura expresión de frustración en su rostro.

«¿*Qué está esperando? ¿Realmente lo está considerando?*

Nah, DeVille es demasiado obstinado para ceder».

Sin embargo, por mucho que sus rasgos prepotentes hayan quedado claros desde el principio, ha conseguido sorprenderme con una cosa. Nunca habría imaginado que Arturo DeVille fuera un hombre aficionado a los tatuajes. Se subió las mangas de la camisa

de vestir cuando empezó a cocinar, y ahora estoy casi hipnotizada por la tinta oscura en su musculoso antebrazo derecho.

—De acuerdo. —Su voz profunda estalla en el silencio de la habitación—. Acepto las condiciones.

—¿Qué? —Me echo hacia atrás, confundida.

—Un año. Doce millones de dólares. Trato hecho, *Gattina*.

La bilis sube por mi garganta. No. No. No. ¡No quiero su maldito dinero! No quiero nada de él, excepto que desaparezca de mi vida.

—Yo… no hablaba en serio. Yo solo…

Se levanta del sofá de un salto y acorta la distancia entre nosotros tan rápido que ni siquiera tengo la oportunidad de terminar la frase.

—¿Qué? ¿Me estás jodiendo otra vez? —Sus ojos se oscurecen—. Nadie me jode, Tara. Me hiciste una oferta. Yo la acepté. Así que ni se te ocurra faltar a tu palabra. Porque si lo haces, te destruiré. Pedazo por pedazo. Junto con todos tus seres queridos. ¿Entendido?

Trago saliva mientras un sabor agrio me llena la boca. Se me revuelve el estómago y se me cae al suelo. Hay tanta hostilidad y convicción en sus ojos que no dudo ni una sola palabra. Habla en serio. La presión detrás de mis ojos significa que estoy a segundos de perder la compostura. Primero que me parta un rayo antes de volver a dejar escapar una sola lágrima delante de este desgraciado.

Levanto la barbilla y le devuelvo la mirada implacable.

—Quiero ver el acuerdo prenupcial en cuanto lo tengas redactado. Los doce millones se depositarán en mi cuenta el día que nuestro divorcio sea definitivo.

—Bien. El lugar del evento ya está arreglado, pero ¿tienes algún interés en elegir la decoración u otra mierda de la boda?

—*Ce-ro*.

Sus ojos se posan en mis labios cuando pronuncio el sonido *ro*.

—¡Perfecto! —brama—. Será un evento de alto nivel, al que asistirá la élite de la *Cosa Nostra*. No permitiré que me avergüences como intentaste hacerlo esta noche. Asegúrate de que tu vestido de novia sea bonito y elegante. Nada de aberturas hasta el trasero ni escotes que te dejen los pechos al aire. Nada de enseñar los ligueros para que todos los Tom, Dick y Harry puedan imaginarte con tu lencería. ¿Entendido?

Arqueo una ceja. ¿Se fijó en mi atuendo en la *svadba* de Drago y Sienna? Pensé que estaría demasiado ocupado esquivando los entremeses que le lancé. Sin embargo, teniendo en cuenta que acaba de describir con todo detalle lo que me puse ese día, no puedo evitar pensar que sí lo hizo.

—Me aseguraré de que me cubra de pies a cabeza. No quisiera ofender tu delicado sentido común.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. El jueves. Te recogeré a mediodía, para almorzar. Vístete adecuadamente para ser vista en público, y… —Me observa fijamente la parte superior de la cabeza—. Preferiblemente, mantén tu cabello… sin… *accesorios*.

—Por supuesto. Si eso es todo, yo misma me encargo de irme. No te preocupes, llamaré a un taxi.

—Eso. Es. Todo —gruñe—. Pero yo te llevaré de vuelta.

Capítulo 5

Una semana después

Tara

—En algún momento de este siglo, si eres tan amable, Tara.

Levanto la vista y me encuentro con el ceño fruncido de Keva. Está apoyada en el borde de la estufa con los brazos cruzados sobre el pecho. El vapor que sale de la olla detrás de ella hace que parezca que está tan furiosa que le sale humo.

—¿Qué?

—Papas. —Señala con una larga cuchara de madera el tazón que tengo enfrente. El que usé para apoyar mi libro para poder leer. Supongo que la historia me enganchó un poco.

—*Oh.* Lo siento. —Guardo el libro y vuelvo a pelar las papas.

Si no fuera Keva la que interrumpe mi lectura, los habría mandado al carajo. Pero no puedo hacerle eso a ella. Es prácticamente una madre para mí.

Tras la muerte de nuestros padres y nuestra hermana, Keva nos trajo a Drago y a mí a Estados Unidos, huyendo de Serbia para proteger nuestras vidas. Nosotros también podríamos haber acabado muertos si ella no nos hubiera sacado de contrabando. Trabajando en varios empleos, puso un techo sobre nuestras cabezas y se aseguró de que tuviéramos comida en la mesa. No fue hasta que el negocio de Drago despegó y sus logros le permitieron comprar esta casa, cuando Keva por fin dejó sus trabajos externos. Y en lugar de relajarse y disfrutar de un merecido descanso, se hizo cargo de la administración de una casa con casi la mitad de la gente de Drago. Cada día, alimenta a más de cincuenta personas, atiende las heridas

de todos y, por si eso fuera poco, lava el dinero de las operaciones de Drago. Lleva años haciéndolo, mientras cría a una hija casi adoptiva que ya le ha sacado más de una cana.

Sonrío. Cuando Keva me regaña, es cuando realmente aprecio lo increíble que es. Es imposible quererla más de lo que ya la quiero.

—¿Alguna vez te vas a tomar esas vacaciones de las que Drago te ha estado insistiendo? —pregunto, agarrando otra papa. Mi hermano ha estado intentando enviar a Keva de viaje con todos los gastos pagados. Cada dos o tres meses le compra un pasaje de avión en primera clase y hace reservaciones para el alojamiento más lujoso, pero Keva lo cancela todo.

—¡Ja! ¿Sabes adónde intentó enviarme el mes pasado? A las Maldivas. —Se ríe mientras revuelve el guiso—. ¿Qué demonios iba a hacer yo en las Maldivas? Esos lujosos *resorts* sobre el agua no son para mí. Y, además, ustedes se morirían de hambre o se matarían unos a otros sin mí.

—Estoy segura de que las chicas podrían arreglárselas. Y yo ayudaría.

Keva me mira por encima del hombro.

—Tara, ni siquiera sabes cómo preparar *pasulj*.

—¡Claro que sé!

—Seguro. Pero sabe a agua sucia, querida.

—¡Eso no es culpa mía! Cada vez que te pedía que me enseñaras, acababas haciéndome a un lado.

—¡Porque tu nariz siempre estaba metida en uno de tus libros de romance! No escuchabas ni una palabra de mis instrucciones, demasiado ocupada mirando a esos hombres semidesnudos de las portadas. Además, es difícil cocinar con una de esas cosas pegadas a tus manos. Casi nunca sueltas tu libro.

—Eso no es verdad.

Sus cejas saltan hacia la línea del crecimiento de su cabello y su mirada se dirige al libro que está sobre la encimera. Ni siquiera

me había dado cuenta de que lo había vuelto a abrir. Es solo que… Sienna me lo dio ayer. Dice que es la mejor novela de enemigos a amantes que ha leído. ¡Y estoy en el clímax de la historia!

—Necesitas sacar tu cabeza de esos y volver al mundo real, chica. Ese tipo de obsesión no es saludable.

—Lo sé. —Me encojo de hombros—. Pero es tan fácil perderme en la fantasía donde los personajes siempre, de alguna manera, se las arreglan para tomar las decisiones correctas. Especialmente la heroína tierna, pero tímida. No deja que nada la desanime, se enfrenta a sus problemas con calma y la cabeza en alto. Y todo el mundo no puede evitar quererla porque es absolutamente perfecta. Y luego está su súperatractivo y meditabundo interés amoroso. Es muy rudo y totalmente inflexible. Aunque eso es solamente una fachada. En el fondo, está loco por la dulce y perfecta heroína, y no puede esperar a robar las estrellas del cielo para ponerlas a sus pies. Quiero decir, ¿cómo no te va a gustar?

—Hay muchos hombres buenos y *reales* por aquí, Tara.

—Sí, claro. Y todos ellos me están esperando.

—Podrías averiguarlo si rompieras con el italiano gruñón.

Resoplo. Keva no forma parte de las admiradoras de Satanás.

—Es increíble que no estés fascinada por él como parecen estarlo todas las demás mujeres de la casa. Constantemente hablan de lo caballeroso que es por enviarme flores todos los días.

—¡Ja! Te envió lirios blancos anoche. Esas son flores para un funeral. Y anteayer… jacintos amarillos. Esos simbolizan los celos. Un *caballero* debería saber estas cosas. ¡Y no me hagas hablar de las cien rosas! No podría haber añadido una más, ¿verdad? ¡Qué vergüenza!

—Bueno, vendrá a recogerme pronto, así que lo animaré a que investigue a fondo el significado de las flores en las culturas balcánicas para que esté más informado en el futuro. —Me río.

Esta mañana me desperté con un mensaje de texto de un número desconocido. Lo único que decía era: *1 p.m. Estate lista*. No estaba firmado. Probablemente, el muy imbécil cree que todo el mundo debería ser capaz de reconocer su decreto real; no hace falta que se identifique. Ni siquiera se molestó en preguntarme si acaso tenía otros planes para hoy. Oh, no, *Su Majestad el Imbécil* dio por hecho que estoy sentada esperando a que me convoque para saltar y cumplir sus órdenes.

—¿Qué demonios estás haciendo con ese hombre, de todos modos? —Keva continúa, revolviendo el guiso con la fuerza suficiente para convertirlo en un pudín—. ¿Realmente estás saliendo con él o es una nueva forma de hacer enojar a Drago? Porque está funcionando.

Me muerdo el labio inferior. Estoy tan tentada de confesar, maldita sea. De decirle a Keva que Arturo DeVille amenaza con acusarme de un asesinato, ¡un asesinato que él cometió! A menos que siga con esta farsa de relación y me convierta en su esposa. Sé que, si le dijera la verdad, Keva me abrazaría, me acariciaría la cabeza y me dejaría llorar en su hombro. Pero entonces, ¡marcharía directamente a Drago y se lo contaría todo!

¡Ugh! Eso sería un desastre. Puedo imaginar fácilmente cómo se desarrollaría todo a partir de ahí. Mi hermano estaría furioso y trataría de matar a DeVille. Y si de algún modo consiguiera mantener la cordura, recordando que Satanás es el hermano de Sienna, Drago pondría la mira en Ajello.

¡Y entonces acabaría muerto!

No. No puedo arriesgarme. No permitiré que Drago salga lastimado de nuevo por mi culpa. Tiene suficientes cicatrices en su cuerpo como recordatorio diario de que estuvo a punto de morir en el incendio del que me salvó.

Nunca más.

—Drago no puede decirme con quién debo salir. —Levanto mi barbilla, con la esperanza de convencerla—. Y yo no necesito que él

apruebe a mi novio. Es mi vida.

—Solo está preocupado por ti.

Síp. Todo el mundo está siempre preocupado por mí. Es como si fuera incapaz de vivir independientemente, o algo así. Alguien constantemente necesita sostener mi mano para que no meta la pata mientras me pongo mis "bragas de niña grande".

Jesucristo, carajo. Todavía me resuena en la cabeza el discurso de Drago de "el mundo es un lugar peligroso y tengo muchos enemigos" de cuando me obligó a volver a la mansión. No importa que pueda disparar una maldita pistola mejor que algunos de sus hombres. En realidad, es una de las pocas cosas que se me dan bien. No obstante, mi hermano sigue pensando que no sé cuidarme sola.

—Bueno, no debería preocuparse. Estoy bien. De hecho, me siento de maravilla, demonios. —Suelto las últimas papas peladas en el tazón y salgo corriendo de la cocina.

Alguien me llama mientras corro por el vestíbulo, pero no les hago caso. Necesito un poco de aire fresco antes de perder la maldita cabeza. Abro la puerta de un jalón y salgo disparada, para chocar de frente con un ramo de pétalos rojos y suaves. El aroma meloso y floral de las rosas invade mis sentidos.

—¿Pero qué…? —Me empujo con las manos, intentando repeler el ataque de flores en mi nariz y estornudando al mismo tiempo.

—Debí haberlo esperado —comenta una voz irritantemente *sexy* directamente sobre mi cabeza—. Ni siquiera puedes aceptar flores con normalidad.

Empujo el maldito ramo y fulmino con la mirada al invitado no deseado. El sol del mediodía resalta un tono azulado en su cabello negro ligeramente ondulado. Lo peina apartándolo suavemente de su rostro, dándole un aspecto algo despeinado. El traje gris de tres piezas le ajusta como un guante, como todos los trajes que le he

visto. Es una pena que un tipo tan guapo como él sea tan cretino. Demasiado potencial desperdiciado.

—Ni siquiera es mediodía —refunfuño—. ¿Qué haces aquí?

—Cortejándote. ¿No es obvio?

—¿*Cortejando*? ¿Eres un fugitivo de la época de la Regencia o algo así?

Los ojos de Arturo se oscurecen.

—Créeme, no estoy disfrutando esto más que tú. Me estoy esforzando para guardar las apariencias. Y tú también deberías. Agarra las rosas.

Intenta darme las flores, pero se las devuelvo.

—No puedo. Se me acabaron los lugares para enterrarlas. Quédatelas tú.

—¿Tara? —La voz de mi hermano retumba detrás de mí—. ¿Qué está pasando?

Maldita sea.

Cambio el ceño fruncido por una sonrisa radiante, le quito el ramo a DeVille de las manos y lo aprieto contra mi pecho como si significara todo para mí.

—¡Mira qué rosas tan bonitas! —Mi voz bien podría estar recubierta de cristales de azúcar. Sabiendo que Drago probablemente no me escuchará con claridad, me doy la vuelta para que pueda leerme los labios—. ¿No es maravilloso mi hombre por traerme unas flores tan hermosas?

—*Mm-hmm.* —Por la cara de asco que pone mi hermano al mirar las rosas, cualquiera diría que son vísceras. Pero entonces, su atención se desvía hacia su cuñado, y la mirada de Drago se vuelve fría y dura—. Y de nuevo, ¿por qué te compra flores el chico bonito?

—Puede que te sorprenda —responde Satanás en tono condescendiente—, pero un hombre con modales hace eso cuando recoge a su novia para su cita.

—¿*Novia*? —Drago entrecierra los ojos.

—Por ahora. Espero que pronto sea mucho más que eso.

En un instante, mi hermano acorta la distancia entre nosotros. Un gruñido amenazante sale de su garganta mientras pasa junto a mí y golpea con el puño la parte delantera de la camisa de DeVille.

—*Sljamu nalickani!* —gruñe Drago.

—¡Cristo! —Tiro las flores a un lado y envuelvo uno de los brazos de Drago, intentando apartar a mi hermano de DeVille.

Sin embargo, Satanás utiliza eso a su favor, lanzando su propio brazo para envolver su mano alrededor de la garganta de Drago.

—Quítame tus putas garras de encima —sisea.

Los dos terminan jalándose sin soltarse, agarrándose el uno al otro con el brazo extendido. Mi cabeza se mueve de mi hermano a mi "novio" y viceversa. Estos tipos llevan librando una guerra fría en silencio desde que Arturo intentó entrometerse en la boda de Sienna con Drago. A juzgar por las expresiones asesinas de sus rostros, ese gélido conflicto está a segundos de ponerse muy, muy caliente.

—Estás haciendo esto únicamente para fastidiarme aún más, ¿verdad, cabrón? —ruge Drago.

—¡En contra de lo que puedas creer, el mundo no gira a tu alrededor, Popov! —revira DeVille.

—¡*Oh*, por el amor de Dios! —Suelto el brazo de Drago y me deslizo entre sus enormes cuerpos, girándome hacia mi hermano mientras enredo mis brazos en sus extremidades enganchadas. El resultado soy yo colgando de sus antebrazos tensos como una muñeca de trapo, con los pies colgando a varios centímetros del suelo—. ¡Deténganse! ¡Los dos, suéltense! —grito, esperando que mi peso haga que cada uno de ellos suelte su agarre.

—¡No! —Las dos voces estallan simultáneamente, haciendo vibrar las vigas del vestíbulo.

Mierda. No tengo más remedio que escupir las palabras con las que preferiría ahogarme.

—¡Drago! —exclamo. Y cuando me mira, continúo—: Por favor, para. Estoy… *um*… enamorada de él.

El ácido prácticamente me inunda la boca.

Mi hermano parpadea. Su mirada se desvía de nuevo hacia Arturo y luego vuelve a mí.

—No te creo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Eres la peor mentirosa que he conocido, Tara. Deja esta mierda, ¡ahora mismo!

—¡Pero estoy diciendo la verdad!

—Ah, ¿sí? Hasta hace unas semanas, te referías a este hijo de puta como "ese idiota italiano pretencioso". Y ahora, ¿de repente estás enamorada de él?

Bueno, rayos.

Abro la boca. La cierro. Mi cerebro se pone a trabajar a toda máquina, buscando una forma de convencer a Drago. Mientras tanto, él sigue fulminándome con la mirada.

Tiene que creerse esta farsa. Todo depende de que mi hermano nunca sospeche que me han obligado a mantener una relación con Satanás. Hay demasiado en juego. No dejaré que mi última metedura de pata ponga en peligro a mi familia. *«Limpia tus propios desastres, Tara»,* repito el mantra en mi cabeza.

—Sí, así es. —Abandono mi inútil agarre a los antebrazos de los hombres y me suelto. Cuando mis pies tocan el suelo, me quedo metida entre ellos, dándoles un empujón a cada uno. Sin esperar realmente que mi empujón sirviera de algo, me sorprendo cuando ambos bajan los brazos y dan un paso hacia atrás.

Tragándome el nudo que se me hace en la garganta, me doy la vuelta para mirar a mi némesis. Una sonrisa perversa baila en sus

sensuales labios cuando me mira. Me pesan las piernas cuando me acerco y me pongo de puntitas. Deslizo mis manos hacia arriba por su pecho y las engancho detrás de su cuello.

—Te detesto —susurro. Luego atraigo su cabeza hacia abajo y aprieto mi boca contra la suya.

Se suponía que iba a ser un áspero apretón de labios. Lo suficiente para convencer a Drago de que estaba diciendo la verdad, pero no tanto como para que luego quisiera vomitar. Ese era el único resultado que podía prever después de compartir tal intimidad con Satanás.

Sin embargo, como siempre, mis instintos e intenciones resultan ser una mierda.

En el momento en que nuestros labios se unen, mi cerebro sufre un cortocircuito, como si ciento diez voltios atravesaran nuestro contacto. No soy más que terminaciones nerviosas. Que me hacen sentir... todo.

Sobrecargada.

El aroma a especias de su colonia me está hundiendo. Sus tenues notas terrosas me están volviendo loca. Voraz. Lujuriosa. Quizá sea porque no esperaba que un hombre dominante como él tuviera unos labios tan suaves. O quizá porque en ese mismo instante me mete la lengua en la boca. Seguramente no porque sus fuertes manos me rodean el trasero y me levantan para aplastarme contra su duro cuerpo masculino.

Mis dedos recorren su cabello perfectamente peinado hacia atrás, enredándose en las sedosas hebras. Me devora la boca sin dejarme respirar. Mi labio inferior queda atrapado entre sus dientes; el ardor del mordisco es a la vez doloroso y eufórico. Si fuera capaz de pensar con claridad, me mortificaría el gemido de necesidad que se me escapa. El beso es brutal, contundente y… Santos cielos, Dios mío… el mejor que he…

—*Sunce ti jebem* «¡Maldita sea!».

La maldición en voz alta de mi hermano me golpea como un balde de agua helada.

Me paralizo y entonces lentamente alzo la cara, separándome de los labios más deliciosos que existen. De mala gana, y con temor a lo que pueda ver, abro los ojos. Dos orbes de color *espresso* me miran fijamente, con un destello perverso brillando en sus profundidades.

—Tara —ruge detrás de mí la voz agitada de Drago—. Bájate de él. Ahora. Mismo. ¡Joder!

Aprieto los dientes.

—Bájame.

—Tú eres la que se aferra a mí, *Gattina.* —Sonriendo, DeVille inclina la cabeza para susurrarme al oído—. Si no lo supiera, creería que lo disfrutaste.

Parpadeo para despejar las telarañas de mi mente, desenredo rápidamente mis piernas alrededor de su cintura y suelto el agarre como de boa que mis brazos tienen en su cuello y cabeza. Las manos del diablo permanecen en mis nalgas y me mantienen pegada a su torso mientras desciendo lentamente por su cuerpo.

—Teniendo en cuenta lo que está en juego, estoy bastante interesada en el trato que hicimos —murmuro mientras mis pies aterrizan en el pulido piso de loseta.

Me obligo a apoyarme en el pecho de DeVille y me doy la vuelta para mirar a mi hermano.

—Drago, tienes que dejar de meterte en mi vida privada. No te debo ninguna explicación sobre lo que siento por mi novio. Pero ya que insistes, te diré que todo ese odio entre nosotros acabó siendo bastante excitante. ¿Quieres una demostración? Si quieres una prueba, él y yo podemos follar aquí mismo delante de…

—¡Suficiente! —gruñe Drago.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Ahora, tenemos una cita pendiente, así que si no te importa…

—Ve a esperar a tu… *novio*… en el auto. Necesito hablar con él. Ahora, Tara.

—¡Oye! No… —Comienzo a protestar, pero un destello de preocupación en los ojos de Drago me hace titubear.

Conozco esa mirada. No tiene nada que ver con que intente darme órdenes. Más bien, es una pizca de tensión que invade la vida de mi hermano con demasiada frecuencia. El año pasado, la llevó durante días después de que me saliera de la carretera y me estrellara contra un árbol en medio de una tormenta. Al principio, pensé que estaba molesto por los destrozos, pero pronto quedó claro que eso le importaba un pepino. Le preocupaba lo que pudiera haberme pasado a mí.

Y antes de que me *permitiera* recoger mi coche del mecánico, tuve que aguantar más de cinco minutos de despotricar sin parar sobre los peligros de conducir. Fue como si hubiera perdido la cabeza y tuviera demasiado miedo de dejarme volver a manejar. Vi la batalla que libró consigo mismo antes de acabar cediendo. Y comprendí que, pasara lo que pasara, mi hermano siempre temería perderme. Puede que a veces se muestre sobreprotector e insufrible, pero yo sé exactamente a qué se debe. Y cuando veo ese destello de terror en sus ojos, lo mejor que puedo hacer por él es dejarlo decir lo que piensa.

—Bien. —Me encojo de hombros y recojo el ramo de rosas rojas que ahora está bastante estropeado del suelo. Inhalo profundamente su aroma y salgo.

Arturo

Mi mirada está clavada en Tara mientras cruza el pasillo. Contemplo su melena oscura y exquisita, que cae como una cascada brillante por su espalda y se balancea suavemente de un lado a otro con el vaivén de sus caderas mientras se dirige a la puerta. Trago

saliva con dificultad y no puedo evitar fijarme en su trasero, admirando la forma en que rellena sus *jeans* ajustados. Cristo. Dejo que mi mirada se deslice a lo largo de sus piernas tonificadas hasta sus Converse All Star de color blanco que lleva puestos. Cada paso que da la aleja más, dejando un rastro de pétalos de rosa aplastados que caen débilmente sobre el mármol. La visión que presenta es sencillamente extraña. Una guerrera abandonando un campo de batalla, con la sangre de sus enemigos goteando de su espada.

Es tremendamente *sexy*.

No hace ni dos minutos, estaba seguro de que tenía todo bajo control. Dirigiendo con maestría esta situación. Tara no sabe actuar un carajo. Pude leer sus intenciones mucho antes de que me agarrara del cuello y me atrajera hacia su boca. Fue totalmente incapaz de ocultar la expresión de asco en su rostro antes de que nuestros labios se unieran. No es que me hiciera ningún favor.

Pero al sentir la presión de sus suaves labios, fue como si un rayo me atravesara. Cada célula de mi cuerpo cobró vida, cargada por una extraña forma de energía. La corriente corría por mis venas, tensando cada uno de mis músculos. Todo… todo me hormigueaba, como si tras años de entumecimiento, de pronto me recorriera la vida. Y se dirigía directamente a mi maldita verga. Lo único que deseaba era tener a esa irritante mujer entre mis brazos. Así que la acerqué más, la aplasté contra mi pecho. Y la besé. Olvidando momentáneamente que era fingido.

¿Qué carajos me pasa? Nunca había tenido una reacción tan intensa hacia una mujer. Especialmente después de un simple beso. Y después de que ella insinuara que estábamos teniendo sexo, no pude sacarme la imagen de la cabeza y casi exploto. No puedo permitirlo. Necesito que este deseo no deseado desaparezca. Sentirme atraído por Tara Popov está simplemente descartado.

Con gran esfuerzo, por fin desvío mi mirada de la puerta por la que desapareció.

—Quiero que te alejes de mi hermana, DeVille —demanda Drago, encarándose conmigo.

—Pues menos mal que me importa una mierda lo que quieras —refunfuño—. ¿Debo recordarte que hace apenas un puñado de meses estábamos en una situación parecida? Solo que, en aquel entonces, mi hermana iba a casarse con un imbécil demente. ¡Tú!

—Exactamente. Y tú —Drago me clava el dedo en el pecho, rugiendo—, su querido hermano, cuyo deber era protegerla, no hizo nada.

Qué descaro el suyo, insinuando que no me preocupo por mi hermana tanto como él por la suya. Como si no fuera capaz de dar mi vida por Sienna, o por Asya. Lo haría, sin pestañear.

Mis dedos se cierran en un puño, pero me obligo a permanecer concentrado. Necesito que este idiota se crea nuestra maldita mentira. Romance. Amor. Boda. Ese es el objetivo del juego. Las reglas son turbias, pero no me pueden marcar un fuera de lugar.

—Sienna es una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones. Al igual que Tara. Por lo que he visto de ella hasta ahora, puede defenderse —expreso.

—¿En serio? Bueno, déjame contarte algunas cosas sobre ella que quizá no hayas notado. Mi hermana es la criatura más testaruda del mundo. Es obstinada, gritona y está convencida de que puede conseguir cualquier cosa que se proponga.

—Sí, me di cuenta.

—Por supuesto que sí. Pero aquí está el problema. La mayoría de las cosas que aborda por su cuenta acaban siendo un puto desastre. —Un *tic* le hace temblar la mandíbula y respira profundamente antes de continuar—. Tara es un hermoso desastre. Pero no hay nada que no haga por alguien a quien quiere. Si necesitaran un trasplante de pulmón, no dudaría en recorrer medio mundo para encontrar un donante compatible. Mutilaría, destrozaría o mataría si fuera necesario, y lo haría sin remordimientos. Usando sus propias manos, arrancaría ese órgano y se lo entregaría a un cirujano sobre sus palmas aún empapadas de sangre. Excepto, que estaría sosteniendo un maldito hígado. No un pulmón.

Suelto una carcajada. *Síp*, ya lo creo, demonios. Me la imagino haciendo eso.

—*Mm-hmm*. Eso. Esa carcajada condescendiente es exactamente a lo que me refiero —sisea Drago con desprecio—. Lo único que captaste de esa historia es que Tara metería terriblemente la pata. El resto ni se te pasó por la cabeza. El hecho de que estuviera dispuesta a asesinar a plena luz del día por el bien de alguien a quien ama. ¿Lo entiendes? —Su labio se curva mientras me mira—. Mi hermana se merece un hombre que la quiera y la aprecie. Tal y como es. Un hombre que no le reste importancia a las cosas en las que destaca simplemente porque cometa alguno que otro error por el camino. Y tú… Tú no eres ese hombre, DeVille.

La sonrisa se me borra de la cara cuando comprendo el significado de sus palabras.

—Así que vete a tu pequeña cita o lo que sea —continúa—. Dios sabe que Tara no reacciona bien cuando le dan órdenes, así que no me molestaré en intentar obligarla a que te deje. Pronto se dará cuenta por sí misma. Verá que no eres digno de ella.

Mientras Popov se aleja a grandes zancadas, cruzando el vestíbulo hacia el interior de la casa, me entran ganas de golpear su rostro seguro de sí mismo. Mientras intento reprimir las ganas de perseguirlo y clavarle sus acusaciones en su horrible rostro, una risita alegre resuena en el piso superior. Miro hacia arriba y veo a Sienna bajando a saltitos por la escalera de madera. Tiene puesto su mameluco rojo y amarillo que brilla bajo la luz del sol. El brillo de las lentejuelas compite con el brillo de sus ojos cuando salta del segundo escalón directamente a los brazos abiertos de Popov. Como si no necesitara oxígeno para respirar, empieza a hablar sin parar de impermeables a juego para los perros. Esa es mi Sienna.

Una opresión me oprime el pecho al ver a mi hermana con su esposo. Son tan… felices. Sin preocupaciones. Enamorados. No puedo negarlo. Este imbécil realmente ama a mi hermana. Tienen… algo que no es posible para mí. Ese deseo y devoción que todo lo consume. Un matrimonio lleno de pasión, de amor.

Odio admitirlo, incluso a mí mismo, pero Ajello tenía razón. Me he estado manteniendo ocupado solamente para escapar del repentino vacío en la casa. Sin embargo, esa no es la razón principal de mi falta de vida social. Follo. Aquí y allá. Como cualquier otro tipo con sangre roja, necesito liberarme de vez en cuando. Demonios, el sexo es sexo, pero lo que no es, en lo que nunca permitiré que se convierta, es en una excusa para formar un vínculo emocional. He hecho todo lo posible para no llegar a sentir algo por ninguna de mis parejas. Sencillamente, ya no tengo la capacidad de preocuparme por nadie más.

Después de quince años siendo el único padre para mis hermanas, preocupándome y obsesionándome con todas las formas posibles en que podrían resultar lastimadas por mi culpa, por mi profesión… Después de vivir con el miedo constante de joderlo de alguna manera… No puedo. No puedo permitirme sentir tanto. Especialmente no desde que Asya fue secuestrada y desapareció durante meses. Y luego Sienna intentó suicidarse. Perdí la puta cabeza entonces.

Nunca más.

Gracias a Dios, tanto Asya como Sienna ahora son felices con hombres que gustosamente darían la vida por ellas. Están a salvo. Siempre las amaré, siempre estaré ahí si alguna vez necesitan algo de mí, pero no busco reemplazar el cuidar de mis hermanas con cuidar a alguien más. En especial, una esposa. No necesito una relación que me provoque de nuevo ese miedo paralizante.

Pero conociendo el empeño de la *Familia* en mantener las tradiciones, siempre supe que un matrimonio arreglado era una posibilidad. Si llegaba a eso, supuse que se trataría de una mujer que hubiera sido educada consciente de lo que se esperaba de ella. Alguien dócil y obediente, alguien adecuada para ser la esposa de un subjefe de la *Cosa Nostra*. Alguien a quien pudiera mantener al margen.

A pesar de las apariencias, la mayoría de los matrimonios arreglados de la *Cosa Nostra* son sin amor. *Oh*, las parejas montan

un buen espectáculo para convencer a todos de lo contrario, pero las uniones no son más que transacciones de negocios. Y ese tipo de montaje me viene como anillo al dedo, porque el amor no es para mí. Nunca lo será. Pero saber eso… no disminuye el amargo ardor que me quema la garganta.

Tragándome el ácido, me doy la vuelta y salgo de la casa de Popov.

Mi coche está estacionado al otro lado de la entrada, con Riggo al volante, que mira atónito al frente. Como me imaginaba, Tara no está en el interior. Con sus brazos cruzados sobre el pecho, agarrando todavía el ramo de rosas hecho pedazos, la hermana de Drago está encaramada encima de la capota del vehículo, frunciendo el ceño hacia mí. Esta mujer parece sufrir la compulsión de no hacer lo que se le ordena. Es una de las muchas cosas que tendremos que solucionar antes de que pueda ser presentada a la *Familia* como mi futura esposa. Obligada a casarse o no, la señora DeVille tendrá que comportarse como se espera de ella.

—Pareces estar ileso —murmura cuando me acerco.

—Y tú pareces estar infeliz por eso.

—Supongo. Esperaba que Drago te diera una paliza, aunque fuera solo un poco.

—Es una actitud bastante arrogante la tuya. ¿Nunca se te ocurrió que podría ser tu hermano el que acabara peor? —Le abro la puerta del auto y asiento con la cabeza—. Sube.

Tan elegante como una gacela, salta al suelo. Luego, hace un ademán de recorrer con sus ojos desde la parte superior de mi cabeza hasta mis pies, y vuelve a subir hasta que nuestras miradas chocan.

—Oh, por favor. ¿Qué hubieras hecho? ¿Amenazarlo con golpearlo con tu premio al *Hombre más Amargado del Año*? ¿O quizás embarrarle tu gel para el cabello en la cara?

—Yo no uso ningún puto gel para el cabello —refuto bruscamente.

La comisura de sus labios se levanta en una sonrisita.

—*Hmm*, podrías haberme engañado.

Agarro la manija de la puerta con tanta fuerza que casi la arranco. Cierro los ojos y respiro profundamente. «Madonna Santa*, por favor, ten piedad y dame la fortaleza para no estrangular a esta mujer hasta matarla antes del día de nuestra boda».*

Capítulo 6

Una semana después

Arturo

—¡Oh, vaya! Un acogedor restaurante dirigido por una familia en los suburbios —comenta Tara, observando a su alrededor mientras la llevo a mi mesa habitual en la esquina más alejada. Es un lugar apartado, casi oculto a las miradas indiscretas, para que pueda cenar en paz. Al menos, la mayor parte del tiempo.

—*Hmm*, y yo que esperaba que me llevaras a otro ridículo establecimiento de alta cocina donde mis opciones son "caviar de Beluga esto" o "algo en salsa de trufa blanca aquello". Dios, creo que he comido suficiente *comida gourmet* en la última semana como para que me dure toda la vida.

—El sabor y el aroma exquisitos no están reservados exclusivamente a la alta cocina. Además, todo el mundo sabe que solo hay una forma de salir de un lugar así. —La miro mientras aparto su silla—. Con hambre. —Asiento con la cabeza y me aclaro la garganta—. Y hacen hincapié a un cierto código de vestimenta.

—*Oh,* sí. Lo había olvidado.

La veo sentarse en la silla y cruzar una pierna sobre la rodilla opuesta. Los *jeans* desteñidos abrazan sus delicadas curvas como una segunda piel. Su blusa sencilla de cuello verde marino está anudada a la altura de su ombligo. Los dos botones superiores están desabrochados, lo que deja entrever el sostén de encaje que lleva debajo, del mismo color que la capa exterior. Aparte de dos gigantescos aros dorados en sus orejas, que me recuerdan a los de una adivina de feria, no veo en ella ningún otro tipo de joya.

Esta vez tampoco lleva accesorios en el cabello. Su larga melena oscura está suelta en un velo sedoso que le cuelga hasta más de la mitad de la espalda. Hay tanta cantidad de esa preciosa masa ondulada que simplemente desafía a la lógica. En la cabeza de esta mujer hay más cabello del que hubiera imaginado, suficiente como para cinco personas por lo menos. La visión de todos esos mechones hace que las puntas de mis dedos me piquen. Las ganas de volver a tocarle el cabello son abrumadoras. Enrollar el grueso mechón alrededor de mi muñeca, apretar las puntas en la palma de mi mano mientras inclino su cabeza hacia atrás y me sumerjo…

—¿Por qué me estás viendo fijamente, DeVille?

—Deberías recogerte el cabello —refunfuño, tomando asiento rápidamente frente a ella—. Parece salvaje.

Levanta una ceja perfectamente arqueada.

—¿Te parece que me importa una mierda cómo me ves?

Nop. Por otra parte, incluso con sus enormes pendientes de aro, sin maquillaje y un atuendo totalmente informal, está hermosa. ¡Carajo!

—Tengo que volver a la oficina en un par de horas. Vamos a ordenar. —Agarro el menú del centro de la mesa, donde nos lo dejaron—. Supongo que no lees italiano, así que te lo traduciré.

—No hace falta. Quiero una hamburguesa con queso, papas fritas y un poco de *ketchup* aparte. —Sonríe.

La miro intensamente por encima del menú.

—Este es un restaurante italiano auténtico. Los dueños lo manejan de la misma manera que en la Toscana. No sirven hamburguesas con queso. Ni papas fritas. Y desde luego, nada de *ketchup*.

Su sonrisa se agranda.

—Lo sé. Investigué lo que los italianos consideran el mayor error culinario. —Sus ojos se iluminan con un brillo travieso—. También quiero un *cappuccino* grande.

Suspiro.

—Es más de mediodía. El *cappuccino* no se ofrece después de las once. Elige otra cosa.

—*Nop*. Quiero un *cappuccino auténtico*.

—Pues no te lo darán. Se considera malo para la digestión tomar bebidas con leche después de almorzar. Pedir uno podría ser visto como algo incivilizado.

Tara apoya sus codos sobre la mesa y se inclina hacia adelante, apoyando la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

—No me digas que el omnipotente Arturo DeVille no puede pedir lo que le dé la gana y cuando le dé la gana, al diablo las normas sociales y culturales.

Aprieto el menú con fuerza y respiro profundamente.

Mientras lucho por mantener la calma, se acerca el dueño del restaurante. Es un hombre mayor que usa un delantal negro sobre su camisa blanca impecable y pantalones oscuros. Juguetea con sus manos mientras permanece de pie, esperando, junto a nuestra mesa.

—*Signor* DeVille. —Hace una reverencia con la cabeza, hablando en un italiano rápido—. Es un honor volver a tenerlo como invitado. ¿Puedo ofrecerle las especialidades de hoy? O quizás le gustaría…

—*Bistecca alla Fiorentina* para mí —lo interrumpo—. Y una hamburguesa con queso para la dama.

—Desde luego. Le pediré al *chef*… Mis disculpas. *Um*. Creo que pude haber escuchado mal. ¿A la dama le gustaría…?

—Una hamburguesa con queso —digo entre dientes—. Y papas fritas con *ketchup* aparte.

El dueño parpadea y sus rasgos se contraen en una leve mueca.

—Yo… Bueno… Lo siento muchísimo, pero no tenemos *ketchup*, *Signor* DeVille.

—Entonces haz que alguien vaya a comprarlo. —El grueso papel del menú se arruga en mi mano—. Y la dama también quiere… un maldito *cappuccino*.

—Por supuesto. —El hombre asiente con la cabeza—. Absolutamente.

Una vez que el atónito dueño se retira, vuelvo a mirar a mi futura esposa. Tiene los labios fruncidos mientras hace un puchero al teléfono que tiene en la mano, como ha hecho en todas las "citas" que hemos tenido en las últimas semanas. Fingí que me importaba una mierda lo que estaba haciendo entonces. Igual que me abstuve de comentar cada vez que le echaba mucha sal y pimienta a la comida. Una vez le puso tanta pimienta a su comida que acabó tosiendo por la abundancia de especias. Pero no me importó. Ni en ese entonces ni ahora. Sus travesuras no me preocupan en absoluto.

Se pasa el cabello por encima del hombro, levanta la barbilla y vuelve a hacer pucheros ante la cámara. Sacando fotos. ¿Para qué? ¿Para enviárselas a alguien? ¿A Sienna quizás? ¿O… a otro hombre? ¿Seguramente no le enviaría fotos a un tipo cualquiera mientras almuerza conmigo? Como sea. No me importa. NO ME IM…

Puchero. Sonrisa. Beso al aire.

—¿Qué estás haciendo? —suelto bruscamente.

—Tomándome una *selfie.* —Utiliza la mano que tiene libre para abrirse más el cuello de la blusa—. Todavía estoy aumentando mis seguidores. Necesito que mi contenido sea más atractivo. —Un movimiento de su cabello envía una ráfaga de aire con aroma a fresas en mi dirección.

—¿Seguidores?

—En Instagram. ¿Sabías que las fotos en las que hago pucheros reciben diez veces más *likes* y comentarios que si sonrío? ¿Ves? —Gira su teléfono hacia mí.

Miro fijamente la imagen de Tara con un minivestido negro ceñido. Con una copa de *champagne* en la mano, está apoyada contra la barandilla. Su barbilla está inclinada hacia la cámara y sus pecaminosos labios rojos como la sangre están fruncidos como si estuviera lanzando un beso.

—Borra eso —gruño mientras una descarga eléctrica se dispara directamente a mi polla—. Ahora mismo.

—No me digas que eres igual que mi hermano salvaje, como te refieres a "los nuestros". ¿Tienes algún problema con que esté en las redes sociales como Drago lo tuvo con Sienna? ¿Sabías que hizo que le cerraran su cuenta? Tú nunca te rebajarías a ese mismo nivel bárbaro, ¿verdad?

Mi ojo izquierdo comienza a temblar.

—Supongo que no. Así que, oye, cuando nos traigan la comida, no empieces a comer enseguida. Quiero tomar algunas fotos. Las fotos de comida son casi tan populares como las mías haciendo pucheros.

—Mostrar lo que comes en Internet para que un montón de gente que ni siquiera conoces haga comentarios me parece más allá de una idiotez —reprocho. Aun así, eso es infinitamente mejor que tener fotos *sexys* de ella en Internet para que un sinfín de hombres cachondos las miren lascivamente y babeen por algo que me pertenece.

Odio la idea de estar de acuerdo con las acciones de mi cuñado, pero tengo que averiguar cómo se las arregló para eliminar la cuenta de Sienna de las redes sociales. Porque tengo que hacer lo mismo con la de mi futura esposa. Sin que se dé cuenta de mi implicación, por supuesto. Lo último que quiero es que piense que estoy celoso o algo así. Es simplemente decencia común. No puedo permitir que la segunda dama de la *Cosa Nostra*, en todos los sentidos, sature Internet con fotos provocativas de sí misma, ¿verdad? Afortunadamente, estaba vestida apropiadamente. Bueno, al menos en la foto que me enseñó.

Esperen.

¿Y si también ha publicado fotos desnuda?

Mi presión sanguínea se dispara.

—Su periódico, *Signor* DeVille. —El camarero pone un *New York Times* doblado en la mesa para mí. Como llevo años siendo un cliente frecuente, el dueño sabe muy bien que me gusta hojear las noticias mientras como.

Tomo el periódico y lo abro en la sección de finanzas, con la esperanza de que las últimas noticias de los mercados me distraigan de mis pensamientos del momento.

—Dios mío, DeVille. ¿Es en serio? —La mujer que vive libre de alquiler en mi materia gris se ríe. Es un sonido irritantemente *sexy*.

Aprieto la mandíbula.

—¿Qué?

—¿Un maldito periódico de verdad? ¿Cuántos años tienes, noventa? ¿Nadie te ha dicho que hoy en día todo está en Internet?

—No me interesa el periodismo sensacionalista. Nuestro mundo se ha vuelto adicto a los contenidos digitales. Algunos lo llaman "noticias", pero la mayoría es basura. La difusión generalizada de desinformación probablemente conducirá a la caída de nuestra sociedad. Y te agradecería que te abstengas de maldecir en público.

Vuelve a reírse. Suena como un ronroneo. Seductor. Suave. Como una caricia de su lengua contra la mía.

—Bueno. Solo tengo que saber una cosa más.

Doy vuelta la página hacia el resumen de los precios de las acciones.

—Te escucho.

—¿Usas ropa interior debajo de tus pantalones de montar? Ya sabes, esos pantalones largos termales para mantener tus riñones calientes. En la época en la que crees que vives, se consideraba escandaloso salir de casa sin ellos.

El periódico se rasga por el pliegue del centro, dejando dos mitades hechas trizas colgando de mis manos. Le clavo a Tara una mirada mientras echo humo por su atrevimiento. Mientras tanto, ella se ríe como una loca, tapándose la boca con las manos y esforzándose por respirar adecuadamente.

Maldita sea ella.

Está siendo ridícula. Y adorable.

Me tiembla la comisura de los labios. Luego, completamente en contra de mi voluntad, se inclina hacia arriba.

—Ya que hablamos de mi ropa, no me has devuelto mi chaqueta. —Desvío la conversación, esperando que este recordatorio haga que deje de reírse, porque está resultando irritantemente contagioso—. Quiero que me la devuelvas.

—Sí, perdona. Al principio se me olvidaba, pero luego decidí lavarla. Me enseñaron a devolver siempre limpio lo que me presten. Y, bueno, la dejé en la secadora.

La miro fijamente.

—¿La *lavaste*?

—No te preocupes. La puse en el ciclo delicado.

Metió mi chaqueta Ermenegildo Zegna en la *lavadora*. Perfecto.

—Ahora desearía haberme acordado de agarrarla. —Se estremece y se envuelve con los brazos—. Podría haber sido útil. Parece que a ustedes los italianos les gusta mantener las cosas muy frías.

—Aquí no hace tanto frío.

—Me gusta estar calientita.

Le gusta estar calientita. Estupendo. Gruñendo por dentro, me levanto y me quito la chaqueta. Tara me observa con asombro mientras doy un par de pasos y le coloco la prenda sobre los

hombros. Sus ojos se encienden cuando me inclino y acerco mi cara a la suya.

—Esta no se lava. ¿Entendido?

—*Síp*.

—Bien. —Retomo mi asiento y vuelvo a mi periódico. Es decir, a la mitad izquierda.

Capítulo 7

Tara

—De acuerdo. ¿Qué tal este? —Tomo el gancho que tiene mi vestido marrón—. El dobladillo me cae justo por encima de las rodillas.

Sienna arruga la nariz.

—Definitivamente, no. Irás a una recaudación de fondos con esnobs. Nada que no sea un vestido largo te servirá.

Mis hombros se hunden.

—Este es el vestido más conservador que tengo, Sienna.

—Déjame ver con qué podemos trabajar. —Me da un codazo para quitarme de en medio y se planta delante de mi armario, empujando los ganchos uno a uno.

—Muy corto.

Swoosh.

—Aburrido.

Swoosh.

—Demasiado corto. Color horrible. Mucho escote.

Swoosh. Swoosh. Swoosh.

Mi trasero golpea el borde de la cama y me dejo caer de espaldas sobre el colchón, cerrando los ojos.

Ese bonito vestido rosa que apenas me roza los muslos y los tacones de aguja de diez centímetros que gritan "fóllame" que pensaba ponerme habrían hecho que el trasero conservador de Satanás entrara directamente en crisis. Pero en cuanto Sienna irrumpió en mi habitación, insistiendo en que era absolutamente

necesario que me ayudara a elegir mi atuendo para el evento de hoy, mi retorcido plan se esfumó.

—¿Tara? ¿Por qué tienes cinco chaquetas de hombre en tu armario?

Abro los ojos de golpe. Mierda. Me olvidé por completo de mis prendas ocultas.

—Son de tu hermano. Olvidé llevarme mi abrigo cuando salimos, así que me prestó el suyo.

—¿Olvidaste llevar tu abrigo… cinco veces?

—Ajá.

Una sonrisa juguetona ilumina su rostro.

—Ustedes dos realmente se gustan.

Mis cejas se levantan bruscamente.

—*Ah*, ¿por qué lo dices… así?

—Bueno, voy a ser sincera. Al principio, estaba un poco escéptica. Arturo y tú son muy diferentes. Como dos especies separadas que nunca debieron ocupar el mismo hábitat, ni mucho menos tener otro tipo de relación.

—No podría estar más de acuerdo —pronuncio.

—Pero ya llevan semanas saliendo. Te ha llevado a su casa, y nunca había llevado a una mujer allí. Y tú, tú aceptaste ir con él a esta recaudación de fondos, y sé exactamente cuánto odias este tipo de eventos.

Por supuesto que acepté. Al principio, cuando me negué a ir, DeVille me amenazó con enviar a sus amigos del IRS… ¡de vuelta a Naos!

—Además, cada vez que llama, pones una expresión en tu rostro —continúa, sonriendo encantada—. Es como si estuvieras que revientas con una noticia emocionante, pero tratas de mostrarte tranquila al respecto. Como si te diera vergüenza mostrar tu

entusiasmo y trataras de ocultarlo. Mas el brillo de tus ojos no se puede reprimir ni ocultar.

¿Cree que estoy emocionada cuando en realidad intento ocultar mi tormento? Si de algo brillan mis ojos es de la ira que ese hombre despierta en mí. Aunque debo admitir que me produce un placer perverso descubrir qué botones suyos puedo apretar cuando salimos. Es divertido ver cómo intenta parecer todo amoroso frente a todos, aunque me doy cuenta de que está furioso. Me encanta ver cómo le tiembla el ojo izquierdo.

Aun así, no es un mal actor. Tiene a casi todo el mundo convencido de que es mi novio perfecto. A mí no. Prefiero sufrir una acidez interminable que salir con Satanás DeVille en serio. Lo único decente de él es que besa bien. Es increíble besando. Aunque nunca lo admitiría en voz alta. Bastante tengo con que nuestro beso se repita una y otra vez en mis pensamientos, y no consigo parar de verlo. Ni puedo olvidar el dolor punzante de mi clítoris cuando me apretó contra su pecho aquel día, mientras él…

—Pero creo que las chaquetas son un claro indicio. —La voz de Sienna me devuelve a la realidad—. Probablemente ya conozcas su trastorno obsesivo-compulsivo cuando se trata de sus trajes. Apuesto a que estás poniendo a prueba los límites de Arturo. ¡Y él te lo permite! Así que ahí lo tienes… Es como un ritual de apareamiento digno de Animal Planet. *Taaaan* adorable.

Mi cuñada está delirando. ¿*Un ritual de apareamiento*? ¡¿QUÉ RAYOS?! Quizá debería decirle las ganas que tengo de degollar a su hermano con la esperanza de que eso me salve de que me obliguen a casarme con ese bastardo. Pero no puedo. Estoy segura de que cualquier cosa que le cuente a Sienna sobre esta situación, se lo repetirá todo a Drago.

En cuanto a las chaquetas… No puedo evitar que siempre tenga frío. O ser un poco olvidadiza. No es como si estuviera robándole sus chaquetas a propósito. Sí, son exquisitas. Increíble calidad. Y huelen bien. Me encanta que, cuando DeVille me envuelve con su chaqueta, siempre siento un poco de calor corporal. Y aprecio

su disposición a prestarme la suya en lugar de hacerme volver al coche a buscar mi propio abrigo. ¿Y qué si pasó las últimas cinco veces? Eso simplemente demuestra que soy un poco despistada. Nada nuevo.

De acuerdo. Lo estoy haciendo a propósito. Pero solamente para poder fastidiar a Satanás.

—Definitivamente deberías elegir este. —Sienna saca un sencillo vestido de seda gris del armario y me lo lanza—. Combínalo con el abrigo de *cashmere* de diseñador que te compré. ¿A menos que prefieras la chaqueta de Arturo?

—Me aseguraré de llevar mi abrigo —musito.

Arturo

—Solo admítelo. Estás haciendo esto a propósito, ¿verdad?

—¡Llegaste diez minutos antes! —Tara arremete mientras desliza sus brazos en las mangas de mi chaqueta Armani—. Apenas tuve tiempo de terminar de maquillarme y evitar salir únicamente con el ojo izquierdo delineado como una pirata loca, ni hablar de acordarme de mi abrigo.

Suena un timbre estridente en mi teléfono. Lo saco de mi bolsillo y me lo acerco a la oreja mientras veo a Tara ajustarse la parte delantera del vestido. La voz de Tito se escucha a través de la línea, pero no entiendo lo que dice porque estoy absorto en la forma en que la seda gris abraza sus preciosos pechos.

—Repite eso —gruño al teléfono.

—Nos van a clausurar. Este tipo dice que es del Departamento de Obras Públicas, pero no me da más detalles.

Jodidamente genial. ¿Qué se le habrá metido por el culo al Departamento de Obras esta vez?

—Asegúrate de que se quede en el lugar. Estaré allí en veinte minutos. —Cuelgo y me encuentro con la mirada de Riggo en el espejo retrovisor—. Tenemos que desviarnos, Riggo. Dirígete a la zona en construcción de Brooklyn. A toda velocidad.

—*Hmm*. No sabía que la recaudación de fondos se iba a celebrar en una obra en construcción. —Tara se ha encorvado tanto que prácticamente se está fundiendo en el asiento de piel suave como la mantequilla de la parte trasera del coche. Sus ojos están fijos en un libro de bolsillo que tiene en las manos. ¿De dónde lo sacó?

—Tengo que atender una emergencia.

—Por mí está bien.

Se lame la yema del dedo y cambia de página. Es una acción bastante común, aunque descortés en público. No debería ser tan sensual como lo fue. La punta de su lengua asomando entre sus labios seductores hace que mi mente se desvíe e inmediatamente me veo catapultado de vuelta a nuestro beso "falso".

Una oleada de sensaciones me invade de golpe.

—Un asunto de negocios, ¿supongo? —continúa, aún concentrada en la página de su libro.

—Sí. ¿Sabes que es de mala educación leer mientras hablas con alguien?

—Claro. Pero estoy segura de que los problemas de Barbara son mucho más graves que los tuyos, así que ella necesita mi atención más que tú.

—¿Barbara?

—Ajá. La contrataron como mucama de un marqués malvado y detestable que intenta chantajearla con un matrimonio por conveniencia. Es la única forma que tiene de conseguir la herencia, junto con el título de duque, de su hermano mayor.

Mis ojos se clavan en su boca mientras vuelve a lamerse el dedo.

—Me identifico totalmente con la pobre Barbara, teniendo en cuenta las circunstancias —añade con una sonrisa burlona.

Acaba de cambiar de página hace unos segundos. Es imposible que lea tan rápido. ¿Lo está haciendo a propósito? ¿Provocándome? ¿Moviendo la lengua entre sus labios seductores?

—¿Estás leyendo rápido? —pregunto.

—*Síp*. Es mi cuarta relectura. Me salto a la parte buena.

—¿Y cuál es?

—El marqués intenta forzarla. Pero Barbara es salvada por un jardinero introvertido, que acaba de volver de la guerra. Más adelante, ella descubre que él es en realidad el hijo perdido del duque. El heredero legítimo de los bienes y el título de duque. —Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—. El verdadero héroe mata al malvado marqués y luego se casa con Barbara.

Me obligo a apartar la mirada de los labios de Tara y me enfoco en el libro que tiene en las manos. La colorida portada muestra a una mujer de la época de la Regencia con un elegante vestido que se aferra a un hombre con el torso desnudo, cuya camisa blanca con encajes de alguna manera se acumula en su cintura. Parece el tipo de libro que le gusta leer a Sienna. Solía dejar sus libros por toda la casa. Debo de haberme preguntado al menos cien veces qué tipo de satisfacción podía obtener una mujer tan inteligente como ella de esa literatura tan vulgar.

Sacudo la cabeza y miro mi Rolex, ansioso por acabar de una vez con la nueva situación de mierda en la obra. Sin embargo, como un imán, mis ojos vuelven a la boca de Tara. A esos… Carnosos. Suaves. Brillantes. Labios.

Labios que siguen sonriendo.

—Bueno, siento estropear tu fantasía, Tara, pero no hay ningún duque de brillante armadura que te salve de casarte conmigo.

—Lo sé. —Se encoge de hombros como si no le importara, aunque noto que su sonrisa se apaga durante medio latido—. No importa, porque me aseguré de que al final todo valga la pena. ¿Verdad?

Claro que lo hizo. ¿Qué carajos me llevó a aceptar darle doce millones de dólares en nuestro divorcio?

Sobre el asiento de al lado, mi teléfono emite otro insistente pitido y el nombre de Ajello se ilumina en la pantalla. Al contestar, me lanzo de lleno a informarle sobre la entrega más reciente de nuestro cargamento de droga, mientras sigo con los ojos pegados a los labios de Tara. Para cuando termino de poner al día al jefe, Riggo se detiene junto al lugar acordonado donde la demolición y la limpieza de la antigua estructura casi han concluido. Estamos listos para empezar la excavación de los nuevos cimientos la semana que viene.

Antes de que nos detengamos por completo, salgo del coche y me dirijo a toda prisa hacia dos hombres que están junto a la zona acordonada.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —bramo.

—¿Ese es el dueño? —le pregunta a Tito un hombre con un traje azul marino barato.

—Sí —confirma mi capataz—. Permítame que los presente. Este es el señor Arturo DeVille, CEO de Gateway Development Corp. —Se voltea hacia el empleado municipal—. Samuel Daniels. Trabaja en la Unidad de Cumplimiento del Departamento de Obras Públicas.

—Todo nuestro papeleo y permisos fueron aprobados hace meses. Me está costando dinero, señor Daniels. Le agradecería que sacara su trasero de mi propiedad. —Muevo la cabeza hacia la valla del perímetro.

Daniels se endereza y cruza los brazos sobre el pecho.

—Puede ser, pero hemos recibido información que requiere un mayor escrutinio. Vine a avisarle que todo trabajo en este sitio debe cesar de inmediato hasta que se resuelva este asunto.

—¿Qué información?

—No estoy en libertad de compartir los detalles pertinentes en este momento. Sin embargo, si puedo pedirle de favor…

Una voz alegre suena detrás de mí.

—Ese color azul marino te queda bien, Sammy.

Me doy la vuelta una fracción de segundo más rápido que el tipo del Departamento de Obras y ambos encontramos a Tara con una enorme sonrisa en su rostro.

—¿Tara? —exclama Daniels, y todo su comportamiento cambia de frío y rígido a amistoso y encantador, mientras prácticamente salta hacia ella, envolviéndola en sus brazos—. ¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Qué haces aquí, calabacita?

¿Sammy? ¿Calabacita?

¿Qué demonios? El hijo de puta tiene suerte de haberla soltado antes de volver a respirar. De lo contrario, podría haber sido la última vez.

—Siete años, más o menos. Te ves muy elegante, Sammy. ¿Cómo está mamá Daniels?

Veo a mi futura esposa ponerse de puntitas para darle a este hijo de puta un beso en la mejilla. Mis manos se cierran en puños a los costados mientras lucho contra el impulso de romperle el cuello.

—Está muy bien. ¿Y cómo has estado tú, pequeña embaucadora?

—*Oh*, ya sabes. Lo mismo de siempre conmigo. ¡Así que! ¿Qué está pasando que tiene a mi amigo tan alterado? ¿Estás aquí para molestarlo?

—¿Estás con él?

—¡Sí, ella está conmigo! —Acorto la distancia y le rodeo la cintura con el brazo.

Tara se encoge de hombros como si le fuera indiferente una cosa u otra.

—Digamos que hace poco hicimos un trato, pero aún estamos puliendo los detalles.

Sammy me mira de arriba a abajo antes de volver a centrar toda su atención en Tara.

—Recibimos una queja, afirmando que este lugar contenía un edificio de importancia histórica. Alguien muy importante me envió aquí para detener las cosas hasta que los peces gordos averigüen quién es quién y qué es qué.

—¡Esto es el maldito New York! —Me enfurezco—. No se puede tirar una piedra sin golpear algo que alguien ha reclamado como histórico o arquitectónicamente significativo para calificar para subsidios o deducciones fiscales. Pero el montón de mierda que había aquí, no lo era. Revisa tus registros. Fue evaluado como una estructura peligrosa, y es por eso que se nos concedió el permiso de demolición en primer lugar.

—Si es así, señor DeVille, no tiene de qué preocuparse —afirma Daniels mientras su mirada permanece fija en Tara—. Podrá reanudar el trabajo en cuanto hayamos hecho la confirmación necesaria.

Las ganas de derribar a este tipo y sacarle los ojos me inundan. ¿Por qué mira así a mi mujer? No hay duda de que están familiarizados y cómodos el uno con el otro. ¿Amigos o algo más?

¿Y qué? ¿Y si lo fueran? ¿Por qué carajos me importa? Ella será mi esposa solo de nombre. Tengo que recordarlo.

Rechinando mis muelas, me trago las ganas de darle un puñetazo al idiota.

—¿Cuánto tiempo llevará? —indago.

—No más de un mes. Quizá dos, ya que se trata de un asunto inusual.

—¿Qué?

—*Oh*, vamos, Sammy. —Tara se ríe, dándole una palmadita en el pecho—. ¿No puedes acelerarlo un poco? Sé que tienes esa

magia. ¿Qué tal para el fin de semana? Por los viejos tiempos. Si no, me temo que a DeVille le va a dar un infarto.

Daniels me lanza una mirada breve antes de que su atención vuelva a ser consumida por Tara. Parece tragársela con los ojos. Tienen que ser algo más que viejos amigos. Examantes. Estoy seguro de ello.

Esa certeza es como un puñetazo en las entrañas, que me deja sin aliento sin ninguna maldita advertencia.

—Claro, calabacita. —Asiente con la cabeza—. Veré qué puedo hacer.

—Gracias, Sammy. Te lo agradezco mucho. Por favor, saluda a Mamá Daniels de mi parte, ¿de acuerdo?

Un *flash* tras otro de varias formas en las que puedo mutilar al cabrón ocupan mi mente mientras fulmino con la mirada a *Sammy* a la par que él y Tara se despiden y prometen seguir en contacto. *Oh*, no habrá ningún contacto, literal o metafórico. Eso lo puedo garantizar. Justo antes de que Daniels se siente detrás del volante de su automóvil, mira hacia atrás y le guiña un ojo a Tara. Mis pensamientos giran en torno a una tortura prolongada y una matanza, así que me coloco frente a Tara para impedir que la vea.

—¿Quién fue ese hombre para ti? —De alguna manera consigo sonar como un ser humano y no como un toro gruñendo.

—Un viejo amigo. —Me llega su aroma a fresa mientras se pasa el cabello por encima del hombro—. De nada, por cierto.

Ignorando su último comentario, le pregunto,

—¿Solo un amigo?

Ella arquea una ceja y me rodea, volviendo al BMW. Parece que estamos jugando al ojo por ojo.

—¿Señor DeVille? —pregunta Tito, acercándose y colocándose a mi lado—. Esto afectará significativamente nuestro plazo. Puede que necesitemos…

—Tito, en este momento no quiero discutir sobre los malditos plazos —expreso bruscamente y sigo a Tara.

Dentro del amplio vehículo, Tara se ha vuelto a acomodar en su asiento, con la nariz metida de nuevo en su pornografía femenina. Me deslizo a su lado y le hago una señal a Riggo para que nos pongamos en marcha de nuevo.

—¿Ustedes dos fueron amantes en el pasado? —pregunto.

—¿Quiénes?

—Tú y *Sammy-boy*.

—Eso no es asunto tuyo.

—Es asunto mío ya que le pediste que me hiciera un favor. Los favores hay que devolverlos, y necesito saber con quién estoy en deuda —insisto, haciendo todo lo posible por creer que ese es el verdadero motivo de mi pregunta.

—No le debes nada a Sam. Simplemente le permití corresponder algo que hice por él hace años. Él hace esto, y estamos a mano.

—¿Qué hiciste?

Su maldito libro está ocultando la mayor parte de su cara, pero aun así noto que me pone los ojos en blanco.

—Fuimos juntos a la escuela. El padre de Sammy tenía una enfermedad terminal, y ninguno de los medicamentos disponibles ayudaba con su dolor. Así que yo… *um*… le traje algo de mi viaje a los Países Bajos.

Le arrebato el libro de la mano.

—¿Pasaste drogas de contrabando por la frontera para un tipo cualquiera? ¿Estás demente, joder?

—¡Eran medicinas, no cocaína! —Me quita el libro y lo acerca a su pecho—. Hice lo que creí correcto, ayudar a un amigo. Y tú, estás siendo un completo hipócrita ahora, ¡considerando que diriges la operación de tráfico de drogas más extensa de esta parte del país!

—¿Y si te hubieran atrapado?

—Gracias a esos medicamentos, por primera vez en meses, el señor Daniels no sintió dolor y murió tranquilamente mientras dormía. Estaba rodeado de su familia, que no tuvo que verlo sufrir en agonía. Para mí, eso valió la pena. Además, seguía siendo menor de edad, sin antecedentes penales. Me habría librado quizá con una multa. Los beneficios compensaban el riesgo.

—Eras menor de edad. Estupendo. —Me aprieto las sienes con los talones de las manos. La analogía del trasplante de órganos que usó Popov tiene mucho más sentido ahora.

—*Oh*, ahórrame tu actitud condescendiente, DeVille. No me juzgará alguien que no reconocería una buena acción ni aunque le picara el trasero. —Coloca su libro entre nosotros, bloqueando mi línea de visión.

Pasamos el resto del trayecto en absoluto silencio. Aparte del ruido del vehículo y de que el mundo exterior sigue girando como es natural, la tranquilidad solo se rompe por el sonido ocasional de una página que cambia. Tara se mantiene ligeramente inclinada, escondida detrás de su libro. No obstante, con mi ventaja de estatura, no tengo ningún problema para ver sus ojos mientras pasan rápidamente por las líneas de texto mientras lee su estúpida novela romántica. Eso hasta que llega al final de la página. Entonces, baja el libro y me deja ver esos labios hechizantes. Y la punta de esa lengua aterciopelada mientras se lame el dedo. Cada. Puta. Vez.

Y mi jodida polla se pone cada vez más dura.

Joder.

Necesito follar. Y pronto. Han pasado… ¿meses?... y mi verga no entiende que no nos gusta esta mujer exasperante. Justo cuando estoy a punto de agarrar mi teléfono para mandarle un mensaje a una de mis amantes ocasionales, ella vuelve a hacerlo.

Sus labios adquieren un aspecto ligeramente de puchero justo antes de llevar su pulgar a la parte inferior. Lo mantiene ahí durante

un instante, posado sobre la pequeña hendidura del centro. Y entonces… esa lengua. Rosada. Brillante. Tan tentadora, carajo.

Olvidado el teléfono y el mensaje de texto que pretendía enviar, mi atención permanece pegada a esa boca hasta que llegamos al local de Williamsburg donde se celebra la recaudación de fondos. Todo el tiempo, me siento como uno de los perros de Pavlov, esperando el siguiente cambio de página. Salivando ante la metafórica campana que ella agita. Frustrándome cada vez más con cada repetición.

Excitándome cada vez más con cada lamida.

Capítulo 8

Tara

17:11 Satanás: Estoy a quince minutos.

Un escalofrío me recorre la espalda mientras miro fijamente la pantalla del teléfono.

Ayer, mientras Satanás me traía a casa después de otra "cita para cenar", mi futuro esposo me informó que, la próxima vez que viniera, le pediría oficialmente mi mano a mi hermano. Lo que significa, que eso ocurrirá hoy.

—¡*Oh,* Dios mío! ¡Creo que la de los puntos negros está embarazada! —chilla Sienna. Tiene la nariz pegada al costado de la pecera, y sus ojos siguen al pez en cuestión mientras se mueve entre las plantas y estructuras que componen el paisaje acuático. No tengo idea de cómo logró convencer a Drago de que la dejara trasladar la pecera a su habitación.

—¿Ves? Su pancita parece hinchada. ¡Vamos a tener pececitos bebés!

—Estoy bastante segura de que los huevos se ponen primero —murmuro—. Y los peces grandes probablemente se comerán a las crías.

—¡*Oh,* no! Tenemos que separar a la mami de…

—Tu hermano y yo nos vamos a casar —suelto.

—… Los otros peces para que… —Sienna se da la vuelta, con los ojos desorbitados—. Ustedes ¿qué?

—Viene en camino hacia acá. Se lo diremos a Drago hoy.

—Pero… pero yo pensé que ustedes solo estaban, ya sabes, viéndose. —Sus ojos buscan los míos como si estuviera esperando a que grite: *¡Caíste!* o *¡Solo estaba bromeando, chica!*—. *Wow*, Tara. ¿Estás segura? Solo han pasado unas semanas. Un mes. ¿Un poco más, tal vez? *Um*… no me lo tomes a mal… me encanta la idea de que estén juntos, pero… ¿matrimonio? ¿Tan pronto?

Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que hago una mueca de dolor. Mantener esta farsa durante semanas, sin poder decirle una palabra a nadie, es insoportable. No hay nadie con quien hablar. Nadie a quien pedirle consejo. Nadie con quién quejarme de lo frustrante que se ha vuelto mi vida. Quiero soltarlo todo, pero sé que no puedo decirle nada a Sienna. No debo.

—Quizá deberías pensarlo un poco, Tara. Salir al menos unos meses más y…

—No hay tiempo —suelto—. Tenemos que estar casados para finales del próximo mes. Son órdenes de Ajello.

—¿Disculpa?

Mierda. Me dejo caer en el borde de la cama y entierro mi cara entre las manos.

—Sí. Al parecer, tu Don quiere que los lazos entre la *Cosa Nostra* de New York y el grupo de Drago sean aún más fuertes. Y cree que casarnos a tu hermano y a mí es la forma perfecta de hacerlo.

—¿Tú… no estás enamorada de Arturo? —Sienna me mira con ojos de cachorrito triste, como si el mundo entero se hubiera derrumbado a su alrededor—. Pero… pero… ¿las flores? ¿Todas sus citas? ¿El tierno ritual de apareamiento que están haciendo con las chaquetas? Prácticamente se han estado viendo a diario.

—Todo eso no fue más que una farsa por el bien de Drago. Lo último que quiero es que tenga un enfrentamiento con Ajello por mi culpa.

—¡A la mierda Ajello! ¡Es un imbécil manipulador y pomposo! ¿Cómo se atreve a hacer esta mierda otra vez? Vamos con Drago y

le cuentas todo.

—¿En serio? —Levanto la vista y me encuentro con la mirada frenética de Sienna—. ¿Y luego qué? Drago se enfurece. ¿Mata a tu hermano? ¿Entra en guerra con la *Cosa Nostra*? ¿Tal vez intenta acabar con Ajello también?

—Sí. Quiero decir, no. Mierda. Llamaré a Arturo y le diré que ponga fin a esta tontería.

—No te molestes. Ha dejado muy claro que nunca iría contra las órdenes del Don. Es un hecho.

Sienna baja los hombros. Se sienta en la cama a mi lado y suspira.

—Entonces, ¿dónde te deja eso? Parece que ustedes dos se llevaban bien. ¿Al menos te gusta Arturo? —Cuando lo único que puedo hacer es negar con la cabeza, continúa—: ¿Ni siquiera un poquito? Quiero decir… Sé que puede ser algo difícil, pero… —Sus ojos brillan con una leve esperanza mientras pregunta.

Mi cuñada siempre ve el vaso medio lleno. Incluso ante las situaciones más devastadoras, busca un rayito de esperanza. Desgraciadamente, esta vez no hay ninguno.

—No soporto a tu hermano, Sienna. Y él definitivamente no siente nada de amor por mí.

Me agarra la mano y la aprieta.

—No puedes pasarte toda la vida atada a un hombre al que no amas.

—En realidad, llegamos a un acuerdo. Solamente será por un año. Hoy, más tarde, firmaremos un acuerdo prenupcial. Doce meses de matrimonio, después de los cuales, él me dará un divorcio rápido y sin disputa —me obligo a esbozar una sonrisa—, y doce millones de dólares. —Hago una pausa, evaluando su reacción antes de continuar—. Marca tu calendario, chica. El próximo año por estas fechas nos iremos de compras a lo grande.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Pero no puedes decirle ni una palabra a Drago, Sienna.

Sienna salta de la cama y empieza a pasearse por la habitación. Se pasa los dedos por el cabello mientras traza un camino en el suelo. De izquierda a derecha. De derecha a izquierda. Permanece en silencio durante varios minutos, en los que únicamente su respiración acelerada y el ruido sordo de sus pantuflas de piel sintética de color naranja sobre el suelo llenan el espacio que nos separa. De vez en cuando, se detiene y me lanza una mirada. Está llena de preguntas, preocupaciones y un dolor que no se puede ocultar. Después, continúa su marcha frenética. Finalmente, Sienna se detiene y se rodea la cintura con las manos. En su rostro se dibuja una expresión de pura devastación.

—N-no puedo. N-no puedo mentirle a Drago, Tara —balbucea —. Le prometí que no volvería a hacerlo. Yo… No puedes pedirme eso.

La culpa me golpea de lleno en el pecho. En vez de lidiar con mi propia mierda como una adulta, abrí mi maldita bocota y solté la verdad. Y miren lo que conseguí. Un lío aún mayor que antes.

—Conoces a Drago —susurro—. ¿Crees que dejaría pasar esto sin un derramamiento de sangre? ¿Sin que tu hermano o el mío acaben heridos o algo peor?

Sienna se desploma a mi lado en la cama, con un aspecto totalmente abatido. Ambas permanecemos en silencio durante un largo rato, simplemente viendo la pared cercana como si las respuestas estuvieran escritas allí. La vista se me nubla poco a poco y empiezo a sentir un picor en la nariz. Respiro profundamente y me aprieto los ojos con las palmas de las manos, intentando contener las lágrimas.

—Siento mucho haberte puesto en esta situación, Sienna — sollozo—. Me sentía tan perdida y… tenía que contárselo a alguien.

—No pasa nada. —Se le escapa un leve sollozo—. Estoy segura de que Drago lo entenderá y me perdonará cuando

finalmente se lo explique.

—Podrías destruir a la mitad de la raza humana o hacer algo igual de catastrófico, y mi hermano seguiría a tu lado. Diablos, te ama tanto que da miedo.

Sienna apoya su cabeza en mi hombro.

—Algún día conocerás a alguien que te amará igual. Al principio será un gruñón testarudo, claro, porque no te gustan los hombres que se rinden con demasiada facilidad. Tal vez sea un marqués malhumorado. O un lobo cambiaformas alfa. O mejor aún, un lobo cambiaformas despiadado que sea un marqués, y te amará tanto que arriesgará su vida para salvarte.

No puedo evitar sonreír.

—Ya veo que has vuelto a tu era de cambiaformas.

—Sí. —Se encoge de hombros tímidamente—. *Oh*, Dios, Drago va a enloquecer cuando Arturo realmente pida tu mano hoy.

—*Síp.* —Mi mirada se desliza hacia la pecera, donde la pececita regordeta zigzaguea feliz entre sus amigos—. ¿Y si le digo a Drago que tu hermano me embarazó?

—¿Crees que *eso* mejoraría la situación?

Intento imaginarme la reacción de mi hermano al enterarse de que un tipo al que no soporta me dejó embarazada.

—*Nop*. Definitivamente, no.

El fuerte estruendo de un motor suena afuera. Sienna y yo intercambiamos miradas y corremos hacia la ventana. Un coche enorme se detiene y se estaciona en la entrada. Con las dos medio escondidas detrás de las cortinas, vemos cómo mi futuro prometido (oficialmente) sale del vehículo y se dirige a la puerta principal de la mansión.

—¿Crees que vino armado? —susurro.

—Arturo siempre está armado —replica Sienna con voz apenas audible—. ¿Deberíamos bajar? ¿O podemos esperar a que

escuchemos cómo destrozan los muebles?

—Claro que deberíamos bajar.

Salgo corriendo por la habitación con Sienna pisándome los talones.

Como ya es costumbre, los perros de mi hermano duermen frente a la puerta de la habitación de Sienna y Drago, pero en cuanto ella y yo salimos del dormitorio, los tres se levantan y bajan tres tramos de escaleras trotando detrás de nosotras. Llegamos a la planta baja justo a tiempo para ver cómo se cierra la puerta de la oficina de Drago. Mierda. Llegamos demasiado tarde.

—Y ahora ¿qué? —pregunto—. ¿Debo entrar ahí?

—Sí, es una buena estrategia. Hay menos posibilidades de que se maten entre ellos si estás presente.

—Muy bien. —Respiro profundamente y atravieso el pasillo.

Hasta hoy, era bastante fácil fingir que todo este embrollo no estaba sucediendo realmente. *«De todos modos, ¿qué es un año? Doce meses. Pasará rápido, ¿no?».* Prácticamente arrastrando los pies por el suelo de mármol, me acerco a la oficina de mi hermano. *«Trescientos sesenta y cinco días atada al maldito Arturo DeVille.* Oh*, Dios».*

Giro el picaporte y entro, justo a tiempo para ver cómo Drago y el verdugo del infierno se enfrentan en medio de la habitación, apuntándose con sus armas.

—No te casarás con mi hermana, DeVille. —La furiosa voz de Drago retumba en el despacho.

Genial. Obviamente, la feliz noticia ya se dio a conocer.

—En realidad no busco tu permiso, Drago. Te lo pedí porque algunos de nosotros aún respetamos las viejas tradiciones, incluso en estos tiempos. Pero me casaré con Tara independientemente de cómo te sientas al respecto —declara Satanás en un tono idéntico, furioso.

—De acuerdo, chicos. —Doy un paso hacia ellos, extendiendo las manos como si me acercara a dos depredadores gruñendo. Moviéndome lentamente, rodeo hasta detenerme al lado de DeVille. Puede parecer que estoy apoyando a mi hombre, pero en realidad necesito que mi hermano pueda verme y leerme los labios—. ¿Podrían los dos guardar las armas para que podamos discutir esto de forma civilizada?

—No —refunfuña Drago—. Sal de aquí, Tara. Y aléjate de la puerta.

—Escucha a tu hermano, Tara —concuerda el diablo—. Vete.

Bien, los dos machos arrogantes han hablado.

Me muevo, atrayendo la atención de ambos hombres hacia mí mientras siguen apuntándose con sus armas. Con el corazón en la garganta, mis ojos pasan frenéticamente de mi hermano a mi futuro esposo. *Carajo. ¡Carajo! ¡¡CARAJO!!* ¿Qué hago ahora? ¡Piensa, maldita sea, piensa!

—¡Estoy embarazada!

—¡¿QUÉ?! —gritan ambos hombres al unísono.

Las fosas nasales de Drago se ensanchan, y su mirada asesina fulmina a DeVille.

—¿Embarazaste a mi hermana, hijo de puta?

¡*Oh*, mierda! «*Mala jugada*, *Tara*. *Mala, pésima decisión».*

Me meto entre ellos, mirando a Drago.

—No lo hizo —musito, un instante demasiado tarde para darme cuenta de cómo suena *eso*, así que añado rápidamente—: Quiero decir… *tal vez.* Pero… puede que esté embarazada. Tuvimos sexo. Montones y montones de sexo. Tanto sexo que podría estar embarazada de gemelos. O incluso trillizos.

Veo por encima de mi hombro a DeVille. Me mira con las cejas levantadas. Sus ojos parecen brillar, sin embargo, no sé si es porque se está riendo o porque se prepara para dispararme después.

Si bien su arma sigue apuntando a la cabeza de Drago, no le costaría mucho cambiar de objetivo.

Bueno, ¡a la mierda con eso! Ya estoy harta.

—Baja la pistola —le exijo bruscamente a DeVille, y luego me dirijo a mi hermano—. Tú también, Drago, baja tu arma. Estoy harta de esta mierda machista entre los dos. Ya estoy grandecita y puedo decidir por mí misma.

—¿Y decidiste casarte con este tipo?

—Sí.

—¿Por voluntad propia? —Entrecierra sus ojos hacia mí—. ¿Nadie te está obligando a hacerlo? ¿Y esto no es una especie de juego en el que ambos me están jodiendo?

—¡Claro que no!

—¿De verdad estás enamorada de este cretino y quieres pasar tu vida con él?

Dando un paso hacia atrás, me apoyo en el pecho de Satanás y agarro su mano libre, envolviéndome con su brazo. Inmediatamente, siento el calor de su cuerpo y la dureza de sus músculos tensos en mi espalda, su cálido aliento en mi cuello y la flexión de sus dedos extendidos sobre mi estómago mientras me sujeta con fuerza. Su colonia de especias invade mis sentidos y el toque a humo dulce me produce escalofríos que recorren toda mi espalda. Mi pulso se acelera y espero que mi sonrisa parezca sincera cuando digo:

—Estoy total y completamente enamorada de este cretino.

Exhalando audiblemente, Drago baja su pistola y la vuelve a meter en su funda. Extiende su mano hacia mí mientras una extraña expresión cruza su rostro. Hay una mezcla de preocupación y resignación en sus ojos. Doy un paso hacia mi hermano, no obstante, el brazo que me rodea la cintura se tensa aún más. Cuando veo por encima de mi hombro, mi mirada choca con una oscura y abrasadora.

Antes de que pueda decir algo, la mano de DeVille se retira. La pérdida de ese contacto me da escalofríos.

Confundida por la gran cantidad de emociones que me embargan, me doy la vuelta hacia Drago. Cuando mi hermano me estrecha entre sus brazos, me envuelve una calidez absoluta, algo que siempre he relacionado con la seguridad y el hogar.

—Está bien, hermanita —susurra mientras me besa en la cabeza.

Me aparto y lo miro a los ojos. ¿Qué estoy buscando?

—¿Está bien? —Me atraganto. ¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—Tienes razón. Puedes tomar tus propias decisiones, Tara. Eso es lo que quieres, ¿no?

—*Um*… ¿sí? —¿Por qué salió como una pregunta?

Esta vez unos labios cálidos rozan mi frente.

—Espero que no te arrepientas de tu elección.

El pánico y el terror por lo que he hecho me revuelven el estómago cuando mi hermano da un paso hacia atrás. Me está dejando ir. Permitiéndome que me case con DeVille. A pesar de todo lo que dije, supongo que pensé que de alguna manera me "salvaría" de este lío. Como siempre lo ha hecho.

¿Drago finalmente decidió que ya no tengo salvación?

Drago

Veinticuatro horas antes

Naos

—Te ves bien, Ajello —elogio mientras me llevo un vaso de *whisky* a la boca para ocultar mi sonrisa.

Tres largos arañazos recién hechos marcan su mandíbula. Por la forma y el espacio de las delgadas líneas rojas, diría que las marcas se las hizo un animal pequeño. Mi suposición es que la interminable guerra entre el Don y el gato demoníaco de su esposa ha alcanzado nuevas dimensiones. A este paso, la disputa se está convirtiendo en una leyenda urbana, dejando a algunos de nosotros ansiosos por ver quién saldrá vencedor. Incluso podría haber una apuesta. En ciertos círculos.

—La vida te trata bien, ¿supongo?

—Perfectamente, en realidad —opina, su mirada intensamente enfocada en mi frente—. Me encanta lo que te hiciste en la ceja. ¿Quizás es una nueva moda entre los motociclistas?

Me paso la mano por la ceja y la palma queda embarrada de una sustancia viscosa rosa que brilla con pequeños destellos dorados. La última compra de Sienna: *el brillo de labios superbrillante de larga duración*. Acertaron con eso.

Maravilloso.

—Sí. Es la última moda. —Sonrío.

Esta conversación tonta no me engaña ni por un minuto, y no puedo evitar preguntarme qué demonios trama el Don italiano esta vez. ¿Y por qué exactamente está sentado en mi *club*?

Si mi memoria no me falla, Salvatore Ajello solamente ha pisado Naos una vez. Hace un año. Para discutir la renovación de nuestra colaboración. Fue entonces cuando me ofreció a Sienna DeVille como esposa, para endulzar el trato. Tenerlo de nuevo frente a mí, sentados en la misma butaca, me hace pensar qué retorcido plan habrá tramado ahora. Especialmente porque insistió en vernos cara a cara. Solo nosotros dos.

—¿Qué te trae por aquí, Ajello?

—Un asunto familiar delicado, si quieres saberlo. Uno en el que necesito que me escuches. No te vayas por las ramas y comiences a matar a las partes implicadas, como supongo que estarás tentado a hacer. Escucha las razones de lo que voy a decirte,

y estoy seguro de que comprenderás que hay beneficios para ambas partes.

Entrecierro los ojos.

—Deja de engatusarme, Ajello, y escúpelo de una vez.

—Estoy preocupado por un amigo mío, así que le sugerí que se casara.

Sacudo la cabeza. ¿Qué le pasa a Ajello con su reciente obsesión por casar a todos los que lo rodean? ¿Arreglar matrimonios es su nuevo *hobby* o simplemente está aburrido? Un hombre como Salvatore Ajello, sin nada productivo que hacer, es una seria amenaza para la sociedad. Solo Dios sabe qué ideas locas se le pueden ocurrir. Pero si ha desarrollado un repentino interés en ser casamentero, puedo hacer que Adam se ponga en contacto con un amigo suyo que dirige una estación de radio local. ¿Tal vez Ajello podría tener su propio programa? *Mm-hmm*. Consejos nocturnos de citas del Don de la *Cosa Nostra*. En vivo y en directo. Me río para mis adentros, imaginándomelo.

—¿Estás libre los jueves por la noche? —pregunto.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. —Me encojo de hombros—. Entonces, ¿por qué acudes a mí? ¿Quieres hacer una reservación en Naos para la celebración? ¿Buscas un descuento para amigos y familiares para estas pobres almas que se casan felizmente? ¿Quiénes son, por cierto?

—Arturo y tu hermana.

Arrugo la frente. Debo de haber leído mal sus labios.

—Dilo otra vez.

—Seguro que te has dado cuenta de que los dos están saliendo.

—Mentiras. Es una estúpida farsa que DeVille hizo que Tara fingiera de alguna manera. Todavía no descubro cuál es su objetivo

final, mas no creo ni por un momento que la mierda que hay entre ellos dos sea auténtica.

—Eso es desafortunado. —Ajello extiende los brazos a lo largo del respaldo del sofá—. Porque la cosa va en serio. De hecho, Arturo irá a verte mañana para pedirte formalmente la mano de tu hermana. Él valora mucho las tradiciones.

—Puede pedirla. —Sonrío—. Y yo lo mutilaré.

—Lo que deberías hacer, Drago, es preguntarte por qué tu hermana aceptó casarse con Arturo en primer lugar.

La rabia me nubla la vista. Me levanto y me inclino sobre la mesa, encarándome con Ajello.

—¿Qué hiciste, imbécil? ¿La amenazaste como amenazaste a Sienna? Porque si lo hiciste, voy a…

—No hice absolutamente nada más allá de ofrecer el nombre de una novia —interrumpe—. Lo que haya hecho que Tara aceptara la idea del matrimonio es algo entre Arturo y ella. Si tu hermana quisiera que intercedieras de alguna manera en esa situación, habría acudido a ti.

La ira que latía en mi cabeza se transforma en confusión. Un momento después, una sorprendente revelación me hace tambalear. Es imposible que Tara esté enamorada de Arturo. Lo que significa que ha estado fingiendo con ese cabrón, probablemente por mi bien. La pregunta es, ¿por qué? ¿En qué se metió esta vez? ¿Y por qué carajos no acudió a mí por ayuda?

—¿Dónde demonios está mi cuñado? ¡Voy a poner fin a esta locura inmediatamente! —reviro—. Sea lo que sea que ella haya hecho, yo lo arreglaré.

—¿Cómo siempre lo haces?

—¡Sí!

—¿Seguirás salvándola una y otra vez? ¿Robándole todas las oportunidades de resolver sus propios problemas? ¿De asumir los errores que ha cometido y sentirse orgullosa cuando por fin tenga la

oportunidad de solucionarlos? —Ladea la cabeza mientras su mirada se clava en la mía—. ¿De verdad eres tan egoísta? O quizá… simplemente tienes miedo.

Me arde la garganta con el ácido que me sube de las entrañas, y lo único que quiero es darle un puñetazo a este hijo de puta. Porque tiene razón. Y lo odio por ello.

—No puedes esperar que me quede de brazos cruzados viendo cómo Tara arruina su felicidad. Independientemente de cómo actúen, sé que ella lo odia. Intentar evitar que mi hermanita sea desdichada el resto de su vida —pronuncio con rudeza—, ¿*esa* es tu visión del egoísmo?

—En realidad, solo será por un año.

—¿Qué?

Algo parecido a una leve sonrisa baila en los labios de Ajello. Debe de ser un truco de la luz, porque el hombre nunca sonríe.

—Un pajarito me dijo que hicieron un trato. Arturo y Tara. Él le dará el divorcio a ella cuando cumplan un año de matrimonio. —Una comisura de sus labios se inclina hacia arriba—. Y ella recibirá un millón de dólares por cada mes que estén juntos. Eso fue lo que ella le exigió y Arturo no tuvo más remedio que aceptar. Muy lista, esa hermana tuya.

—*Isuse!* —Agarro el vaso de *whisky* de la mesa y me lo bebo de un trago.

—Sé que quieres a Tara. Es la única familia de sangre que te queda. Pero necesita desesperadamente aprender a lidiar con las repercusiones de sus actos. Sola. Y esta lección en particular se aprende mejor cuando se vive. A pesar de esta inútil enemistad entre Arturo y tú, debes saber que él nunca haría nada para lastimar a tu hermana. Así que, ¿por qué no dejar que este matrimonio se desarrolle y ver qué pasa? —Se encoge de hombros—. Además, está ese pequeño hecho de que le debes a la *Cosa Nostra* el haberte salvado la vida después de enfrentarte a los rumanos. Seguramente,

complacerme al no interponerte en el camino de esta unión es razonable en términos de pagar esa deuda.

—¿Qué ganas con eso? —inquiero—. ¿Este… este tonto experimento matrimonial o como quieras llamarlo? ¿Y qué gana DeVille?

—Quiero que Arturo sea feliz. Y tú, sin duda, quieres lo mismo para tu hermana. Estoy convencido de que él y Tara en realidad son la pareja perfecta. Ninguno de los dos lo cree, pero estoy seguro de que esta pequeña prueba se los demostrará. Sin embargo, para que sea un éxito, necesito que hagas tu parte.

—¿Quieres decir que me quede sentado, mire y finja que me creo su farsa?

—Exacto. —Ajello se levanta y se ajusta la chaqueta—. Confía en mí. Tengo un buen presentimiento sobre esto.

Con las manos en los bolsillos de su pantalón, el Don italiano cruza a grandes pasos la pista de baile vacía. A pesar de caminar de forma ligeramente inestable, da la impresión de estar dando un paseo casual. No le preocupa nada.

—Un puto trastorno cerebral —murmuro entre dientes—. Eso es lo que tienes, lunático manipulador.

Junto a mi vaso vacío sobre la mesa, mi teléfono vibra con un mensaje entrante. Lo ignoro, aún demasiado preocupado por esa conversación. Está claro que el hombre está loco. Pero también tiene razón. He estado apretando demasiado a Tara, intentando mantenerla a salvo. De todo. Incluso de sus propias decisiones.

Tal vez… Tal vez es hora de dejar que se salve a sí misma.

Pero, si las cosas salen mal… Si ese chico bonito cabrón y engreído le hace daño a mi hermana… Esa cruz de oro alrededor de su cuello no será la única que use. Y no sobrevivirá a mi tipo de fe.

Capítulo 9

Tara

—De ninguna manera. —Empujo con tanta fuerza la montaña de papeles que componen un acuerdo prenupcial extremadamente detallado sobre el escritorio, que la carpeta que los contiene resbala sobre la superficie pulida y aterriza en el regazo de DeVille.

—Pareces tener la impresión de que estas condiciones son negociables —gruñe—. No lo son.

—El trato que hicimos fue que me casaría contigo. No discutimos nada acerca de que no se me permitiera trabajar en Naos. Ni de que tuviera que acompañarte a todos y cada uno de tus elegantes eventos italianos, ni de ser anfitriona durante las cenas para ti y todos tus compinches de la *Cosa Nostra*. Y, por supuesto, ¡ni hablar de tener que vivir en tu casa!

Los ojos de Satanás se clavan en los míos mientras se levanta lentamente de su silla ejecutiva. Sujetando el folder en su mano, rodea el escritorio y se coloca justo a mi lado.

—No sé cómo funcionan los matrimonios de donde eres, y no me importa. —Vuelve a poner el acuerdo frente a mí—. Te voy a pagar un millón de dólares al mes, y me encargaré de que te *ganes* hasta el último centavo, Tara. Así que sí, durante el siguiente año, vas a ser la esposa obediente, dócil y modesta que actuará como se espera de ella. Como se espera de su posición… La esposa del segundo hombre más importante de la *Familia* de New York.

—*Oh*, ¿así que todos ustedes tratan a sus esposas como si fueran sus mascotas bien entrenadas? —Abro bruscamente el folder y hojeo las páginas que enumeran todos los requisitos de este bastardo—. *No contradecirá a su esposo delante de miembros de la* Familia *u otros testigos influyentes.* —Leo en voz alta.

—Consideramos muy importante el rasgo de que un cónyuge nos apoye.

—¡Quieres decir que esperas obediencia a ciegas! ¿Y qué me dices de esto? ¿Todos los italianos dictan cómo deben vestir sus esposas? —Señalo la lista de prendas no permitidas—. Jeans *o cualquier otro atuendo informal o que resulte indecentemente revelador (ropa deportiva y pijamas con bata, en particular); blusas transparentes y minifaldas que se considerarían inapropiadas en eventos de la alta sociedad. Calzado inadecuado, como tenis y chanclas, durante los eventos sociales. Accesorios inapropiados para el cabello (específicamente, rulos para el cabello y toallas).*

—Me importa un carajo cómo te vistas en privado, pero en público, sí. Espero que luzcas como es debido. Hasta ahora, cuando hemos salido, te has puesto las cosas más ridículamente inadecuadas. Supongo que lo has hecho simplemente para molestarme. —Agarra el respaldo de mi silla y me hace girar para que lo mire. Sus ojos casi brillan por la ira que arde en sus profundidades mientras se inclina, poniendo nuestras caras a la misma altura—. Eso se acaba ahora mismo, Tara.

—¿Esperas que también caliente tu cama todas las noches? —acuso con un rugido—. ¿Es un requisito para ser tu esposa? Ya que me vas a pagar, ¿quieres que sea tu puta?

Se le ensancha la nariz a Arturo. Se acerca aún más hasta que nuestras caras apenas se separan unos centímetros, hasta que prácticamente compartimos el mismo aire.

—¿*Calentar* mi cama? *Oh*, estoy bastante seguro de que la dejarías tan helada como el Ártico.

¡Imbécil! Levanto la barbilla.

—¿Entonces no te importaría si en lugar de eso elijo ocupar la cama de otro hombre?

—Mientras seas discreta, me importa una mierda.

Con mi mirada clavada en la suya, tomo el folder del escritorio y lo estampo contra su pecho.

—Quiero mi propia habitación, tal vez la antigua habitación de Sienna, ya que me dijo que le gustaba. Y quiero que se modifique la sección del pago. El importe total debe depositarse en mi cuenta bancaria. Nada de efectivo.

Su expresión se transforma en una máscara de indiferencia mientras sigue mirándome fijamente, pero no se me escapa el ligero *tic* de su ojo izquierdo. Debe estar furioso y tratando de no perder la cabeza. Bueno pues, ¡qué pena, maldita sea! ¿De verdad esperaba pagarme con su dinero ilegal en efectivo? No soy tan estúpida.

Se mete la mano en el bolsillo para sacar su teléfono y llama a alguien. Supongo que a su abogado. Los ojos de DeVille no se apartan de los míos mientras habla, pidiendo que revisen el acuerdo prenupcial.

—Hecho. Traeré la versión actualizada en un momento. —Mientras guarda el teléfono, una leve sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios—. Notaste la cláusula que especifica que, si no sigues estas reglas, no obtendrás nada, ¿verdad?

—Sí —refunfuño. Patán.

—Bien. En ese caso, podemos firmar en cuanto llegue.

Esa curvatura apenas perceptible de sus labios se convierte en una sonrisa de satisfacción completa. Una sonrisa de suficiencia propia de un hombre acostumbrado a ganar sus batallas.

Debe pensar que el documento, con sus casi diez páginas adjuntas que describen las exigencias de Satanás sobre cómo debo comportarme y mostrarme como su esposa, todo para que me paguen cuando se disuelva nuestro matrimonio, le asegurará mantener su cuidadosamente elaborada imagen dentro de la *Cosa Nostra* de New York. Que asegurará que sus queridos amigos nunca dudarán de su elección de esposa. Que estaré a la altura de sus estúpidos estándares sin dudarlo. Que me mostraré perfecta en todos los sentidos.

El problema de alguien tan egocéntrico es que, después de un tiempo, se deja absorber por sus propios delirios. Esa idea de

"siempre tengo razón" que tienen de sí mismos los ciega ante la verdad. Nunca comprenderán la posibilidad de que alguien por debajo de su nivel social los supere en su propio juego.

Me reclino en la silla, cruzo una rodilla sobre la otra y los brazos sobre el pecho, dejando que una sonrisa se dibuje en mis labios. Sé perfectamente que estoy en el extremo totalmente opuesto a la perfección. Pero lo que se me da bien, en lo que realmente destaco, es en encontrar los detalles que se pasan por alto. Tengo mucha práctica en detectar incoherencias y ambigüedades en un texto escrito. Y ese acuerdo prenupcial suyo tiene bastantes parámetros que podrían explorarse como posibles lagunas que ya detecté.

¿Quiere jugar sucio?

Que comience el juego.

—Desde luego. Prepara el bolígrafo —afirmo con regocijo.

El acuerdo prenupcial modificado llega unos minutos después. Su abogado debe de haber estado esperando la llamada de DeVille. En cuanto el documento sale de la impresora, Satanás se acerca a mi lado del escritorio y deja caer de golpe el montón de papeles delante de mí.

—Casi lo olvido. —Saca una cajita cuadrada de terciopelo rojo de su bolsillo. La abre y la pone encima de nuestro acuerdo prenupcial—. Para ti. *Querida*.

Un precioso anillo de oro, con la más exquisita esmeralda redonda en el centro y rodeada de varios diamantes brillantes en corte marquesa a lo largo de la fina banda, descansa sobre el sedoso cojín.

Su brillo es como un puñetazo en el pecho.

Observo fijamente la bonita reliquia que representa todo lo que siempre he soñado. Una promesa de para siempre. Alegría y felicidad. Un juramento de amor eterno.

Tantas veces he imaginado el día en que el hombre que amo se arrodillaría ante mí. Prometería atesorarme. Protegerme. Me pediría que fuera su esposa. Cada fantasía que soñaba era más romántica que la anterior. Ninguna incluía a un imbécil pretencioso poniendo un anillo de compromiso sobre una pila de papeles que contenían las condiciones del fin de nuestro matrimonio.

El maldito Arturo DeVille ha conseguido arruinarme incluso este momento tan especial. Me habría dolido menos si me hubiera enterrado una daga en el corazón.

—Veamos si te queda bien —anima Satanás, levantando el anillo.

Mi alma llora desesperada cuando toma mi mano derecha, no la izquierda. Envuelve su cálida palma alrededor de la mía. No importa que este matrimonio sea una farsa. Temporal. ¡No se supone que sea así!

El anillo se desliza en mi dedo como si estuviera destinado a ser mío.

El estúpido incluso sabía que los serbios usan sus anillos en la mano opuesta a la tradición occidental. Una pequeña parte de mí esperaba que metiera la pata y me colocara el anillo en la mano izquierda, simplemente para que la decepción me recordara que esto no es real. Pero el bastardo obviamente hizo su investigación.

—Perfecto. —Mi prometido asiente con la cabeza—. Trátalo con cuidado. Fue un encargo hecho a la medida desde Roma.

¿En serio?

En ese caso, me muero de ganas de lavar los platos con esta maldita piedra en la mano.

Apartando mi mirada de la brillante esmeralda, miro a mi futuro esposo a los ojos.

—Haré lo mejor que pueda, *cariño*.

Y haré todo lo posible para que Satanás se arrepienta del día que eligió casarse conmigo.

Arturo

Algo no está bien.

Agarro mi *laptop* y reviso mis correos electrónicos para poder trabajar, pero mis ojos no dejan de ver hacia Tara. Desde que nos subimos al coche, ha estado serenamente acurrucada en el asiento a mi lado, leyendo otro de sus libros con un tipo con el torso desnudo en la portada. Su rostro está iluminado por una sonrisa de satisfacción y en sus ojos bailan destellos. El brillo de esas profundidades verdes casi coincide con el del anillo de compromiso que lleva en el dedo. Casi.

¿En qué demonios estaba pensando? ¿Por qué gasté una pequeña fortuna en esa cosa? Sabía que necesitaría un anillo cuando nos comprometiéramos oficialmente, pero pensé en comprar algo de la zona. Cualquier cosa de Tiffany's habría cumplido las expectativas sociales, así que ¿por qué acabé pidiendo un anillo diseñado a la medida del joyero más exclusivo de Italia? ¿Por qué insistí en que debía llevar en el centro una esmeralda natural de grado de reliquia en el tono verde más intenso? ¿Por qué no un diamante o un rubí? Cristo. ¿Y por qué… por qué me siento casi con fiebre de emoción al ver esa piedra en la mano de Tara? Necesito que me examinen la cabeza.

¿Le gusta? Realmente no dijo nada al respecto. Tampoco pude leer su expresión. Parecía estar retraída. ¿Tal vez estaba demasiado distraída con nuestra discusión sobre el acuerdo prenupcial para apreciar el anillo? ¿O tal vez debí esperar a otro momento para dárselo?

Esa conversación no fue fácil, aunque sinceramente esperaba que discutiera más sobre el acuerdo prenupcial. No sobre las propiedades o bienes a los que no tendrá derecho, sino sobre los detalles de cómo debe actuar y vestirse que yo insistí en incluir.

Sin embargo, no hubo protesta alguna. Ni siquiera en cuanto al comportamiento que se espera de ella en eventos de alta sociedad. Pensé que me golpearía en las pelotas cuando señalé que no se debe hablar a menos que se le pida su opinión directamente, que no se debe beber más de una copa de vino y que no debe decir palabrotas. Pero *nop.*

Lo sé, todo eso me hace sonar como un machista imbécil. Yo no soy así. Pero en lo que respecta a Tara, no puedo arriesgarme. Es demasiado salvaje. Demasiado impredecible. Demasiado hermosa. Y a veces, demasiado ingenua. Demasiado inexperta en lidiar con la *Cosa Nostra*.

Como sociedad que se aferra a las tradiciones, hay muchos que dan gran importancia a la imagen pública. Pueden ser despiadados con cualquiera que se desvíe de las normas. La idea de que algún bastardo desprecie a Tara o, peor aún, la utilice para atacarme, me revuelve el estómago. Pero que me parta un rayo antes de que permita que *ella* se entere.

Su historial habla por sí mismo. Quiero decir, ¿qué mujer que se respete querría ir a cenar con rulos en el cabello y vistiendo algo apenas un paso por encima de un atuendo para hacer ejercicio desgarrado? De hecho, una vez sí se vistió con pantalones de yoga y un sostén deportivo, acompañado de un bolso deportivo colgado del hombro. Cuando le pregunté en qué demonios estaba pensando, me dijo que después de nuestra cita iría a una clase de zumba. En otra ocasión, se subió al coche en pijama y bata de baño. Su explicación: Llegué muy pronto y no quería hacerme esperar.

Sinceramente, fue mejor que el siguiente atuendo que eligió. Yo había reservado una mesa en un restaurante elegante en Tribeca, y ella apareció con un *top* de malla transparente y una falda tan corta que podría haber sido usada como cinturón. Riggo estaba acercando el coche justo cuando Tara salió por la puerta principal, y casi chocó contra un árbol.

Y luego, ayer… Sorprendentemente, estaba vestida de forma apropiada con un bonito enterizo de lana. Excepto que tenía una

toalla de baño alrededor de la cabeza. Aparentemente, el tratamiento especial de acondicionador sin enjuague que utilizó necesitaba otra hora debajo de la toalla. Por suerte, el trayecto desde la casa de Drago hasta nuestro destino fue largo, y se deshizo de la toalla antes de salir del coche.

Cada vez, las acciones de Tara son deliberadas, realizadas con el propósito de irritarme. Admiraría su atrevimiento si no me preocupara que hiciera algo parecido delante de mis socios o subordinados. Puede que sus chismes despiadados no me molesten, pero le harían la vida infinitamente más difícil. Le sonreirían a la cara, pero la destrozarían a sus espaldas. Nunca encajaría en nuestro mundo, porque el respeto lo es todo en la *Cosa Nostra*.

Sé que sus absurdas travesuras son únicamente para enfadarme. Una venganza por obligarla a casarse. Debería ponerme furioso en todos los sentidos. Sin embargo, el problema es que he empezado a disfrutar de sus pequeñas travesuras. Y no puedo permitirlo. Así que ese documento tiránico y condescendiente que le hice firmar a Tara Popov es tanto para protegerla como para protegerme.

Entonces, ¿por qué carajos está sonriendo? ¿Y por qué lo encuentro a la vez agravante y seductor?

—¿Es esa otra de las aventuras de Barbara? —le pregunto—. ¿Con quién está ahora? ¿Un marinero varado? ¿Otro duque rico, tal vez?

—No seas ridículo. Los personajes de las novelas de romance son como los cisnes. Se emparejan de por vida.

—*Oh*, lo siento. No fue mi intención hacer preguntas tan blasfemas.

—No pasa nada. No esperaría que alguien como tú comprendiera el sueño de encontrar una pareja amorosa para toda la vida.

—¿Alguien como *yo*?

Ella no contesta, simplemente sigue leyendo.

—¿Y? ¿Por qué no?

—Porque ya estás casado con tu preciada *Cosa Nostra*, DeVille. Y, de todos modos, no es como si una mujer razonable pudiera enamorarse de un imbécil que describe en un manifiesto de diez páginas cómo se espera que se comporte mientras esté casada con él.

—Ese acuerdo fue redactado específicamente para ti, Tara. No es algo que hubiera hecho para otra persona.

—*Oh*, ¿qué afortunada soy? —Ella inclina la barbilla, frunciendo los labios en el proceso—. Un contrato especial para una esposa especial. Qué bonito. Nunca me había sentido tan excepcionalmente señalada.

—Sabes exactamente por qué tuve que hacerlo.

—*Nop*, en realidad no.

—Nuestra primera "cita", cuando quise llevarte a una cena agradable en un restaurante elegante, apareciste con una sudadera recortada y esas cosas de plástico en el cabello. Mucha gente adinerada y poderosa, gente como los propietarios y CEOs de empresas influyentes y de renombre, muchas de las cuales colaboran con la *Familia*, cenan en el lugar al que nos dirigíamos.

—¿Y temías que tu dignidad se viera afectada si llegabas con una cita vestida con una sudadera vieja? No sabía que tu ego fuera tan frágil.

—La percepción es la realidad cuando se trata de esta gente. Y la *Familia* no puede permitirse ser percibida como débil. Cualquiera puede triunfar o fracasar en función de su imagen y reputación, y eso es tan cierto en la mafia como en el mundo corporativo. Por eso nunca verás a un CEO salir con una camisa polo o a un CFO usando chanclas. Y como mi trabajo es representar a la *Familia*, nunca me atraparán con algo tan abominable. A mi pareja tampoco. Y, sobre todo, tampoco a mi esposa.

—Dios, debes ser un Virgo.

—¿Un qué?

—Es un signo zodiacal. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El nueve de septiembre. Y no creo en la astrología.

—*Síp*, Virgo. Lo supe enseguida. Jesucristo, nunca había conocido a un hombre con un enorme palo metido en su culo.

Tuerzo los labios y apenas puedo contener mi sonrisa. Está claro que he perdido completamente la cabeza, porque en lugar de enfurecerme por su atrevimiento al hablarme así, me divierte. Su provocación constante me irrita sobremanera, pero al mismo tiempo estoy deseando ver qué se le ocurre después.

Mis reacciones ante Tara Popov se están convirtiendo en algo más que un simple inconveniente. No puedo creer que aún no haya llamado a Miranda, como tenía intención de hacer desde hace semanas. Mi examante podría haberme ayudado a exorcizar esta atracción enfermiza que parece que he desarrollado hacia mi futura esposa. ¿Por qué no he contactado a la rubia exuberante todavía? *Oh*, por supuesto. Porque cada vez que agarraba mi teléfono, la imagen de Tara aparecía en mis pensamientos. Una imagen de ella, desnuda y apretada contra mi cuerpo, jadeando para recuperar el aliento mientras me lanza un comentario sarcástico tras otro. Mientras me la follo hasta dejarla sin sentido.

Sacudo mi cabeza y busco mi teléfono.

—Uno de los socios de Gateway celebrará un aniversario de la empresa el viernes. Me acompañarás.

—No puedo. Nuestro *Slava* es el viernes.

—¿*Slava*? ¿Qué es eso?

—Una gran celebración cultural en honor a nuestro santo patrón. Todos nuestros amigos y familiares vendrán a almorzar. —Se lame el pulgar antes de dar la vuelta a la página—. Además, no puedo salir en ninguna cita falsa hasta después. Esperamos unos trescientos invitados, así que Keva ha reclutado a toda la casa para ayudar a preparar *sarma*. Me matará si intento faltar.

¿Trescientas personas?

—De acuerdo. Entonces, ¿a qué hora debo estar allí el viernes?

Tara cierra su libro con un fuerte golpe y frunce la nariz al mirarme.

—Familia y amigos, DeVille. Y tú no eres ni lo uno ni lo otro.

En todos mis tratos con los serbios a lo largo de los años, me he dado cuenta de lo coquetos que se ponen los hombres. De ninguna manera dejaré que Tara asista a ese maldito *Slava* sin supervisión.

—Llevaré el vino… mi querida futura *esposa*.

Capítulo 10

Tara

—Se autoinvitó —refunfuño mientras acomodo la salchicha de jamón y las rebanadas de queso en la bandeja ovalada grande—. No puedes autoinvitarte a la celebración familiar de otra persona.

Sienna toma una ramita de perejil plano y comienza a acomodarla sobre el recipiente de ensalada de atún, creando un diseño floral artístico.

—Drago me dijo que no se necesitan invitaciones para la *Slava*. ¿No son todos bienvenidos?

—Técnicamente… sí. Pero…

—Ustedes dos están oficialmente comprometidos ahora. Sería extraño que él no viniera, ¿no?

—Sí, pero…

—Y Drago, junto con todos los demás, seguramente sospecharía si tu prometido no estuviera presente. —Levanta el tazón de ensalada, admirando la elaborada decoración que creó con perejil y tomates *cherry*—. Así que, en realidad, esto es algo positivo.

Frunzo el ceño. Quizás lo sea. El comportamiento de mi hermano ha sido excepcionalmente extraño últimamente. Desde que DeVille vino a pedir mi mano en matrimonio, Drago no ha cuestionado nuestra relación en absoluto. No ha habido comentarios agrios. No ha habido amenazas dirigidas a DeVille. Ha estado actuando como si todo fuera perfectamente normal e incluso me preguntó si necesito ayuda con la planificación de la boda. Conociendo la hostilidad que Drago siente hacia el hermano de

Sienna, estoy completamente desconcertada por sus acciones. Es como si hubiera dado un cambio radical.

¡*Oh*, Dios mío! ¿Y si descubrió la verdad? Entonces este cambio de comportamiento tendría mucho sentido. Y podría significar… ¡Mierda! Drago cree firmemente que la venganza es un plato que se disfruta frío. ¿Y si está fingiendo que todo le parece bien por ahora, pero en realidad está esperando el momento oportuno para acabar con DeVille cuando menos se lo espere? ¿Quizás durante la ceremonia de la boda?

—Sienna —digo con voz entrecortada—. ¿Le has dicho algo… a Drago?

—¿Qué? —Se queda quieta y me mira brevemente—. Por supuesto que no.

—¿Estás segura?

—Te lo prometo, Tara —asegura, de repente demasiado preocupada por ajustar el lugar donde están los tomates *cherry*—. No le he dicho nada a Drago… —Su voz baja hasta poco más que un susurro—. Que él no supiera ya.

—¿Qué quieres dec…?

—¡Tara! —grita Keva desde algún lugar fuera de la cocina—. Tu italiano está aquí. Como llegó temprano, ponlo a trabajar. Las sillas no se bajarán solas y Jovan necesita ayuda en las fogatas.

—Será mejor que vayas —indica Sienna—. Yo terminaré aquí.

Mientras prácticamente me empuja fuera de la cocina, la miro con sospecha.

—Está bien, me voy. Pero estoy bastante segura de que tu hermano no estará interesado en ayudar. Dios no permita que se arrugue o se manche su traje elegante.

—Bueno, él te metió en este fiasco del matrimonio. Deja que coseche lo que sembró. Es lo justo, ¿no? —se burla.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Tiene toda la razón. ¿Por qué no aprovechar esta oportunidad para humillar a ese arrogante?

***

—No.

Le muestro a mi prometido mi sonrisa más dulce.

—Pronto formarás parte de esta familia, cariño. Es muy importante que participes. —Le rodeo el brazo con las manos y apoyo mi cabeza en su hombro—. No querrás que mi hermano sospeche y piense que pasa algo malo entre nosotros, ¿verdad?

DeVille me lanza una mirada que podría reducir a cenizas el suelo bajo mis pies. Los rasgos duros de su rostro y el brillo peligroso de sus ojos lo hacen parecer infinitamente más amenazador en este hermoso y soleado día. Y bastante apuesto.

Él dirige la mirada hacia la parte del patio trasero donde cinco cerdos enteros, bien gordos, están atravesados en varas de metal y giran lentamente sobre las fosas de fuego. Me cuesta mucho contener la risa, incluso cuando los nervios me hormiguean en la nuca por estar tan cerca de las llamas. Sin embargo, la expresión de su rostro es de total desconcierto ante lo que está viendo.

—Ustedes están completamente locos. —Sacude la cabeza—. Asando cerdos en su patio como si estuviéramos en la Edad Media. ¿No hay alguna ley que lo prohíba o algo así?

—Y como tú eres un ciudadano que respeta la ley, ya me imagino que eso te incomoda.

—¿De verdad no esperas que me siente junto al fuego y pase horas dando vueltas a los cerdos sobre las brasas?

Sonrío. Si el humo de los asadores penetra en su ropa, me temo que DeVille podría sufrir un infarto.

—Una hora como mucho. Quizás dos. Como puedes ver, Jovan necesita un descanso. Lleva ya casi tres horas ahí afuera. Pero tú eres un novato, así que, si tus sensibilidades delicadas no pueden soportarlo, lo entenderé.

Algo que suena como un gruñido bestial sale de la garganta de DeVille. Es profundo, retumbante y *sexy*. Supongo que ese sonido significa que está tremendamente frustrado. El ligero *tic* en su ojo izquierdo respalda esa teoría. Sonrío. Misión medio cumplida. Esta nueva tarea debería empujarlo completamente al límite. Pero es imposible que lo haga. Descargar diez docenas de sillas del camión repartidor y luego llevarlas hasta donde se instalará la enorme carpa detrás de la casa, ya dejó su huella. Su cabello, que suele llevar peinado hacia atrás, está un poco más despeinado de lo que pretendía su estilo. Dejó su corbata y su chaqueta por algún lado. Su impecable camisa blanca ahora está arrugada, sobre todo en las mangas, que lleva dobladas. He pasado la mayor parte de la última hora contemplando los músculos marcados de sus antebrazos, observando cómo se flexionaban y ondulaban mientras llevaba las sillas hacia la carpa. Satanás tiene unos antebrazos estupendos, maldita sea. Y su espalda… mierda. Su espalda… Ancha y esculpida, creando un triángulo perfecto con su cintura estrecha.

Mi embobamiento no tiene nada que ver con su hermoso físico, por supuesto. Solo me aseguraba de que no terminara discutiendo con Drago o con alguno de los otros chicos. ¿Y esa sensación de mariposas en mi estómago? ¿Esa que no puedo sacarme de encima? Sí, tampoco tiene nada que ver con él. Es solo mi ansiedad habitual de que algo pueda salir mal. Eso es todo.

Sus ojos se clavan en los míos y luego inclina la cabeza, acercando su boca a mi oído.

—Esto es una especie de venganza, ¿verdad? ¿*Querida*?

—Por supuesto que no —susurro en respuesta—. ¿Por qué tendría que vengarme? No es como si me hubieras amenazado con inculparme de un asesinato si no hacía lo que me ordenabas.

—Parece que no tengo otra opción. —Sus labios rozan mi lóbulo con cada palabra—. Sobre todo, con tu hermano acechando detrás de esa torre de sillas, creyéndose invisible. No podemos darle motivos para sospechar.

—Cierto —asiento rápidamente. El tono de su voz me poniéndome nerviosa.

—Me alegro mucho de que estés de acuerdo.

Se me escapa un gritito cuando DeVille me agarra por la cintura. En un movimiento instantáneo, nuestros pechos chocan al ponernos en contacto casi desde la cabeza hasta los pies. La palma de Satanás en la parte baja de mi espalda envía oleadas de calor que recorren mi piel, extendiendo la calidez a cada célula de mi ser. Me sujeta la nuca con la otra mano y mis terminaciones nerviosas se encienden como si estuvieran ardiendo. Sus dedos fuertes se abren paso entre mi cabello mientras me inclina hacia atrás.

Sintiéndome peligrosamente fuera de equilibrio, me agarro a sus hombros para sostenerme.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto con voz entrecortada, atrapada en la profundidad de sus sensuales y oscuros ojos, mientras su boca se detiene a solo unos centímetros de la mía.

—Asegurándome de que tu hermano no tenga dudas —gruñe y captura mis labios.

Su boca reclama la mía y todo mi interior se convierte en lava fundida. El roce de sus dedos sobre mi cuero cabelludo envía oleadas de calor por mi espalda. Su aroma me hace perder la cabeza, ardiendo de deseo. Quiero abrazarlo con fuerza. Acercarlo más. Sentir la presión de su pecho duro contra mis senos adoloridos. Quiero quedarme atrapada en sus garras candentes, mientras DeVille incendia todo a mi alrededor.

Puedo sentirlo. Su esencia. Irradiando a través de mi cuerpo y mi mente hasta que está en todas partes. En cada molécula. Extendiéndose. Como una enfermedad. Y se siente tan bien estar infectada, consumida por la destrucción que trae su boca devastadora.

Fuertes aplausos y risas explotan a nuestro alrededor, rompiendo el hechizo. Sacándome del abismo. Abro los ojos de golpe, solo para encontrarme con una mirada ardiente. Puede que

haya liberado mis labios, pero sus oscuras profundidades siguen manteniéndome cautiva.

Una ligera brisa sopla sobre mis rasgos acalorados, agitándome el cabello sobre el rostro. Trago saliva y desenredo rápidamente mis brazos de su cuello.

—Ya dejaste claro tu punto… DeVille.

—Estoy de acuerdo —asiente y se endereza, pero su brazo permanece firmemente envuelto alrededor de mi cintura—. ¿No crees que a estas alturas deberíamos tutearnos?

Se me corta la respiración. *Estuve* a punto de decir su nombre, pero logré detenerme a tiempo.

—*Nop.* —Me alejo, sacudiéndome de su abrazo—. Tengo trabajo que hacer. Nos vemos luego.

Sus ojos me siguen mientras me apresuro hacia la casa. Huyendo, pero sintiendo el peso de su mirada ardiente con cada paso.

Después de ese beso, estoy demasiado débil para enfrentar el tema de su nombre. Demasiado dañada para resistir la tentación. Demasiado desgastada para admitir la verdad. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se dio cuenta? ¿Cuánto tiempo ha esperado para confrontarme en esto? He sido muy cuidadosa. Nunca lo llamo por su nombre. Ni siquiera en mis pensamientos.

Tengo mis razones.

No obstante, en este momento, no estoy dispuesta a arriesgar mi destino y dejar que el diablo gane.

Arturo

—¡*Wow*! Es mucha gente, señor DeVille. Aunque parece divertido.

—Eso es discutible. —Arrojo mi camisa echa bola, apestando a humo y carne asada, en el asiento del pasajero junto a Riggo—. Lleva esto a la tintorería inmediatamente. El traje también.

—Claro. En caso de que pregunten, ¿qué les pasó? ¿Derramo vino o…?

—Pasé dos putas horas asando un jodido cerdo. Eso es lo que sucedió. —Deslizo mis brazos en la camisa nueva que me trajo Riggo y empiezo a abotonarla.

¡Maldita sea esa mujer! Y su loca familia. También podría patearme el trasero por ser un maldito tonto. Si me hubiera molestado en preguntar la hora a la que se suponía que debía comenzar este gran almuerzo (seis de la tarde, aparentemente) en lugar de asumir que sería una comida al mediodía como cualquier persona normal, habría evitado ser arrastrado a esta locura. Podría haber hecho parte del trabajo de verdad que se acumula en mi escritorio en lugar de ser tratado como uno de los payasos del circo de Popov.

Allí estaba yo, en mi Tom Ford hecho a la medida, cargando varias sillas plegables apiladas. Asando a un maldito cerdo sobre una fogata, mientras estaba rodeado por cuatro más. Persiguiendo a uno de los perros de Drago que se soltó y trató de darle un mordisco a esa carne cocida a fuego lento. Y luego, me reclutaron para ayudar a instalar una carpa del tamaño de un país pequeño. ¡Una puta carpa!

Gracias a Dios que ya se acabó esa tontería. Con toda la preparación terminada justo a tiempo, los invitados han estado llegando durante la última media hora, tomando asiento en largas mesas colocadas debajo del dosel de la carpa abierta. Su charla compite con la música que suena a todo volumen en los enormes altavoces instalados en las cuatro esquinas del pabellón de lona.

Me pregunto si estos recién llegados también tendrán estúpidas amenazas de muerte para mí. La mayoría de los hombres de Drago ya me han lanzado las suyas. Eso fue divertido. Nada dice "Bienvenido a la familia" como, *Te vamos a freír el culo.* Ese fue el mensaje de Jovan, el tipo al que relevé en la fogata. Antes de irse,

sintió la necesidad de decirme que ensartar a una persona como un cerdo era una práctica común en el pasado. Luego, me felicitó por mi compromiso. Más tarde, mientras ayudaba a perseguir al perro, el segundo al mando de Drago, Filip, mencionó que, con tan solo una palabra de mi cuñado, sus bestias me harían pedazos. Luego, preguntó si Tara y yo habíamos creado un registro de regalos en alguna parte. Incluso Keva, su ama de llaves y figura materna, según me han contado, no se contuvo. Se acercó a mí con unas grandes tijeras para carne cuando fui a la cocina a buscar algo de beber. Chasqueando las cuchillas justo en frente de mi rostro en una demostración de fuerza no tan sutil, me dijo cuánto ama a Tara. Esa mierda siguió sucediendo toda la tarde. Una amenaza encubierta, seguida de felicitaciones por mi próxima boda.

—*Oh*. Ahí está su prometida, señor DeVille. —Riggo empuja su brazo a través de la ventana del auto, señalando algún lugar entre la tienda y la casa.

Sigo la dirección de su dedo, tratando de localizar a la mujer con *jeans* desteñidos y un *top* corto, con una masa de cabello castaño oscuro enredado amontonado al azar en la parte alta de su cabeza. Sin suerte. Solo una multitud de hombres y mujeres con atuendos elegantes, dirigiéndose hacia las mesas del *buffet*.

—Ella no está… —Mi mirada se congela en una mujer con un largo vestido azul pálido. Está hablando con un chico cerca del borde de la carpa. El costado de su vestido cruzado se agita con la ligera brisa, levantándose de vez en cuando para dejar al descubierto toda su pierna. Si no hubiera movido la mano para sujetarlo, apuesto a que le estaría mostrando a todos su ropa interior. Por mucho que la visión de una chica *sexy* me haga bombear la sangre, nunca dejaría que mi mujer…

¡Esperen!

Conozco ese vestido. La última vez que lo vi, quien lo tenía puesto me roció con ponche.

Levanto la vista de golpe, concentrándome en el rostro de Tara. Su sonrisa es enorme y amistosa mientras charla con el chico a

su lado.

¿Están coqueteando?

Rechino los dientes.

No importa. Por mí, ella puede coquetear con quien quiera.

La mano del chico se eleva hasta la parte superior del brazo de Tara.

—¡Oiga, señor DeVille! —Riggo grita detrás de mí—. ¿Debería esperarlo o…?

Mis pies se comen la distancia a la carpa mientras mis ojos permanecen pegados en la mano del cabrón sobre Tara. ¿Cómo se atreve…?

Me detengo en seco a mitad de camino de mi destino. *Nop*. No actuaré como un patán celoso y haré una escena frente a toda esta gente. Solo porque…

La mano del imbécil se desliza hacia su antebrazo.

Una neblina roja llena mi visión.

Cierro la distancia hacia el idiota en diez segundos. Rodeando mi brazo derecho alrededor de la cintura de Tara, la levanto mientras entierro mi puño izquierdo en el plexo solar del tipo. El hombre se tambalea hacia atrás, su pie se engancha en el cable de alimentación de la bocina. El dispositivo electrónico gigante, montado en un tripié, se inclina cuando el hombre que cae jala el cable. Por un breve segundo, se mantiene en su lugar, pero luego se derrumba al final de la mesa del *buffet*. Varios tazones y platos de comida se lanzan como proyectiles en la dirección opuesta.

—¡Qué carajos! —Tara se retuerce en mi agarre—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué diablos noqueaste a mi primo?

¿Primo?

—No tienes primos.

—Por supuesto que sí. Baki es el sobrino de la hija del segundo marido de mi bisabuela.

Miro al tipo que yace inconsciente en el suelo, luego a la mujer en mis brazos.

—Parecía… —«*Que estaba coqueteando contigo*»—. Parecía sospechoso.

—¿Sospechoso?

«¡Te estaba acariciando el brazo!». Me aclaro la garganta.

—Tiene un arma.

—¡Por supuesto que tiene una pistola, DeVille! Está trabajando en la seguridad, por el amor de Dios. Pero en caso de que no lo hayas notado, ¡todos los hombres aquí tienen un arma! Ahora bájame para que pueda ver cómo est… —Ella toma mi barbilla e inclina mi cabeza hacia un lado—. *Um*… tienes algo en la frente.

—¿Qué?

—Creo que es… —Extiende su mano, deslizando su pulgar sobre mi piel. Sale manchado con algo blanco y pegajoso. Entrecerrando los ojos, se lleva ese dedo a los labios y lo lame—. *Síp*. Es ensalada de atún. Sienna pasó mucho tiempo arreglando la guarnición. Te va a matar cuando se entere de que la derribaste. Bájame para que pueda ayudar a limpiar este desastre.

No quiero bajarla. La forma en que su frente está aplastado contra el mío me hace consciente de cada centímetro de contacto entre nuestros cuerpos. Se siente tan bien. Y sus labios. Tan, tan cerca. Dios, quiero volver a devorar sus labios. Quiero…

—*Mm-hmm.* —La bajo rápidamente al suelo y doy un paso atrás—. Claro.

Aun así, no puedo apartar los ojos de ella, mirando como si estuviera hechizado mientras se agacha y comienza a recoger tazones y platos volcados del césped. Ella grita algo en serbio, y varios invitados se unen a ella para arreglar todo. El resto de la gente no parece demasiado perturbada por lo que acaba de suceder. La mayoría permanece en sus mesas, bebiendo y riendo, y ni siquiera miran hacia aquí. La banda sigue tocando en el otro lado de

la carpa. Ahora que lo pienso, la música ni siquiera se detuvo mientras causaba esa escena. Todos actúan como si nada hubiera pasado. Si algo así ocurriera en una de nuestras reuniones de la *Familia*, la gente se escandalizaría. Se sorprendería. Se horrorizaría. Se indignaría. Demonios, en este momento, incluso yo estoy horrorizado por mi propio comportamiento.

—Oye, tú. Chico italiano.

Miro a un anciano con un overol de mezclilla que de alguna manera se materializó a mi lado de la nada. Tiene una cabeza llena de cabello blanco, despeinado y una barba larga y desaliñada que cubre la mitad de su rostro. Unos ojos hundidos y arrugados me miran desde debajo de sus cejas pobladas.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto.

—Si lastimas a nuestra Tara —se inclina hacia mí—, te matamos. —Mis cejas se levantan de golpe—. Y te dolerá. Mucho. —Levanta la mano y hace un movimiento como cortándose la garganta —. *Zas*, cabeza cortada. Funeral con ataúd cerrado. *Capisce?*

Parpadeo. *¿Quién diablos es este tipo?*

—Muy bien. Buen italiano. —Me da una palmada en la espalda y me pone una botella de cerveza en la mano—. Salud.

Observo cómo el abuelo loco se aleja, dirigiéndose hacia el cobertizo del jardín a pocos metros de las puertas traseras de la cocina. Agarra un rastrillo de donde se apoya contra la estructura y se acerca a un macetero de flores que todavía está cubierto de hojas de la temporada pasada. Genial. Incluso el jardinero de Popov está repartiendo amenazas de muerte ahora.

Suspiro, apretando mis sienes. Este matrimonio es una idea estúpida. Un maldito error. Si algo merece esa etiqueta, es esto. ¿En qué realidad alternativa aterricé? Estoy agradecido de que Tara y yo acordáramos establecer una fecha de vencimiento para este desastre. De lo contrario, si me viera obligado a asociarme con esta familia por el resto de mi vida, podría volverme completamente loco.

Al darme la vuelta, dejo que mis ojos recorran la multitud a mi alrededor, buscando un vestido azul pálido en particular. Un momento después, localizo a Tara en cuclillas junto a la bocina caída, con un plato de ensalada arruinada en sus manos. Un gato negro escuálido está a su lado, lamiendo la ofrenda mientras mi prometida pasa sus dedos por la espalda del felino.

De pronto, todo a mi alrededor parece desvanecerse. La gente y su alboroto. La música espantosa que es demasiado alta para ser ignorada. Ese maldito gato negro, que se ve idéntico al que me he encontrado en varias ocasiones en los últimos meses. Todo lo que queda es la mujer de cabello oscuro con un vestido azul escandalosamente *sexy*. Ella se convierte en el centro de mi atención. Lo único que veo.

¿Cuándo se volvieron tan rosados y suaves sus labios? ¿Son los culpables de la abrumadora necesidad que siento de besarla?

Nah, solamente debe ser un truco de la iluminación. Y solo la besé para desempeñar mi papel en esta aventura desquiciada. No hay otra razón. Nunca podría haberla. Pensar lo contrario seguramente significaría que necesito ver a un psiquiatra.

Sin embargo, como si estuviera hipnotizado, sigo observando a Tara mientras acaricia al gato. Sus delgados dedos peinan el pelaje sedoso del animal, y recuerdo muy vívidamente cómo se sintió cuando acariciaron mi cabello mientras devoraba sus labios. El aire a nuestro alrededor se sentía caluroso y cada uno de mis receptores nerviosos latía con un voltaje crudo y ferviente. Quería estar en otro lugar. En algún lugar sin otras personas. Solo ella y yo. A solas. Para poder hacer mucho más que simplemente besarla. Para poder deslizar mi mano debajo de ese vesti…

¡Basta!

Me llevo la botella de cerveza a la boca y me bebo el contenido. El agotamiento y la falta de sueño obviamente me están pasando factura. Esa es la única explicación para que pierda la maldita cabeza. Tirando la botella vacía a la basura, me dirijo hacia Tara.

—La boda es en dos semanas. ¿Ya comenzaste a empacar? —inquiero cuando me acerco a ella.

—No. ¿Por qué?

—Comienza. Pero no te molestes con llevar este atuendo ni nada por el estilo que te haga parecer una mujerzuela cualquiera. Nadie quiere verte mostrando el trasero en una sociedad civilizada.

Creo que mis palabras la han aturdido momentáneamente. Aunque se recupera rápidamente y levanta su barbilla. Sus ojos verdes se endurecen hasta convertirse en cristales transparentes. Fríos. Entrecerrados. Lanzándome una mirada asesina.

Eso lo logró. Nos devolvió a como éramos antes.

Odiando todo lo relacionado con el otro.

Como deberíamos.

Bien.

Capítulo 11

Tara

—¿Y bien? —Me ajusto el velo y hago una pirueta rápida frente al espejo de la pared—. ¿Qué piensas?

La mirada horrorizada en el rostro de Sienna es francamente cómica. Está paralizada en medio de mi habitación, sus ojos frenéticos vagan de arriba abajo mientras ve boquiabierta mi vestido de novia.

—Arturo va a perder los estribos —susurra.

—No veo por qué. Seguí cada uno de los parámetros que especificó.

Mi vestido es largo hasta el suelo, cubriéndome desde el cuello hasta las puntas de mis zapatos puntiagudos. La falda de satín mate cae en una elegante línea A. La cintura imperial y la modesta cola de capilla irradian una sofisticación atemporal y crean una silueta favorecedora. Las mangas largas ajustadas y el corpiño ceñido al cuerpo son una fusión de detalles plisados y tejido de encaje, y un delicado cinturón y un precioso broche con incrustaciones de perlas se ajustan justo debajo del busto. Un impresionante motivo floral añade un toque de intriga al escote oculto. Para añadir dramatismo, una cascada de tela cae desde la cintura elevada hasta la parte delantera del vestido. Sonrío al ver mi reflejo en el espejo. El vestido es elegante y mil veces mejor de lo que jamás imaginé.

—¡Es *negro,* Tara!

—No es mi culpa que tu hermano no haya especificado el color en el acuerdo prenupcial. Eso significaba que era libre de elegir el tono que quisiera por mi cuenta. Él estableció las reglas, y yo simplemente exploté una laguna, por lo que no tiene a nadie más

que a sí mismo a quien culpar. Al menos el vestido no es tan deprimente como lo que pedí inicialmente. Originalmente, solo le pedí a Zahara Spada algo adecuado para usar en un funeral. Esto es hermoso, ¿no? —Mi escote no está a la vista. El majestuoso escote alto se encarga por completo de eso, en realidad. Es cierto que se ve un poco a través del elaborado patrón floral tridimensional. ¡Pero eso es encaje! Sin aberturas, nadie corre el riesgo de ver mis partes íntimas. Porque Dios no quiera que un viejo italiano pueda vislumbrar mi trasero. ¡Cielos!—. Y, mira, viene con un tocado de red con cuentas inspirado en lo *vintage*. —Me coloco la diadema y me arreglo el borde del velo corto sobre la parte superior de la cara—. Perfecto.

—¡No puedes presentarte a tu boda vestida de negro! Causará un escándalo de proporciones épicas.

—*Oh,* cuento con eso.

Sienna me agarra por los hombros, me da la vuelta para mirarla, y me quita la diadema para el cabello con el velo de la cabeza.

—Escucha, lo entiendo. Quieres vengarte de Arturo por obligarte a casarte con él. Pero ustedes dos llegaron a un acuerdo, ¿no es así? Es solo por un año. ¿Por qué no tratar de hacerlo lo menos doloroso posible, por el bien de ambos?

—No me dieron otra opción, Sienna. Me arrinconó y no puedo dejar que se salga con la suya. Puede que haya aceptado, pero nunca seré quien él espera que sea. Así que sí, tengo la intención de explotar cada laguna legal, cada ambigüedad en ese acuerdo prenupcial lleno de cláusulas insultantes que me hizo firmar. Estaré más que feliz de lidiar con la ira de tu hermano si eso significa que tengo mi propia oportunidad de joderlo.

—Arturo nunca te haría daño. Lo conozco.

—El hombre que conoces es tu hermano. Arturo. El hombre que te crio, te cuidó, te amó por encima de todo. Él es *ese* hombre solo para ti y tu hermana. Para todos los demás, él es Arturo DeVille,

la mano derecha de Salvatore Ajello. El subjefe de la *Cosa Nostra* de New York. Despiadado. Cruel. Incapaz de sentimientos desinteresados, al igual que su jefe. Créeme. —Vuelvo a colocar mi velo en su lugar, luego agarro mi bolso negro de la cama—. Y me aseguraré de que, por el resto de su vida, maldiga el día en que decidió meterse con la mía.

El fuerte golpeteo de mis tacones en el suelo de madera rompe el silencio anormal de la mansión. Mientras me apresuro a bajar por la enorme escalera, un eco de los zapatos amarillos brillantes de Sienna me sigue de cerca. Casi todos ya están en el lugar de la boda, y solo Drago y Keva permanecen en la casa. Ambos están esperando junto a la puerta principal, con sus rostros inclinados hacia arriba, mirándome boquiabiertos mientras desciendo.

—¡Tara! —Keva exclama cuando me detengo frente a ellos—. ¿Qué diablos es esto?

—Artie y yo queríamos combinar nuestros atuendos para nuestro gran día. —Sonrío—. Tan adorable, ¿verdad?

—Eso no es para nada apropiado. El negro es para el luto, niña, no para casarse. Drago, por favor, hazla entrar en razón y haz que se vaya a cambiar ahora mismo.

Observo a mi hermano, esperando que comience a cuestionar mi elección de atuendo. O, más específicamente, mis razones detrás de esto. Hasta este momento, ni siquiera consideré que podría darle una pista de que algo no es lo que parece. Mierda.

Drago me mira con los ojos entrecerrados durante lo que parece una eternidad, luego baja la cabeza hasta que estamos cara a cara.

—¿Tienes algo que quieras decirme, hermana?

—Bueno —me muerdo el labio inferior—, les pedí a los muchachos que desmontaran y empacaran mis libreros, y que los llevaran a mi nuevo hogar. ¿Espero que no te moleste?

—Por supuesto. ¿Algo más que quieras compartir? —La mirada en sus ojos se vuelve más intensa a medida que su vista se enfoca en mi velo negro.

—*Um*… Creo que podría haber matado a Norbert.

Una de sus gruesas cejas se dispara hacia arriba.

—El lirio de la paz que me regalaste. Le quedan solo un puñado de hojas, pero lo llevaré conmigo de todos modos. Con todo lo que está pasando, me olvidé de regarlo regularmente. Y, ya sabes, las plantas necesitan agua. Pero estoy segura de que se recuperará muy rápido. Un nuevo comienzo, para ambos —parloteo como una idiota, pero Drago me pone muy nerviosa cuando me mira así. Como si viera a través de cada una de mis mentiras.

—*Mm-hmm*. Espero que tanto tú como la planta disfruten del cambio de aires. Por cierto, me encanta el vestido. —Se endereza y abre la puerta principal—. Bueno, es hora de irnos. No podemos dejar que *Artie* se preocupe pensando que no vas a llegar, ¿verdad?

—Sí. Claro. —Me obligo a sonreír y paso junto a él rápidamente.

—*Oh,* solo una cosa más, Tara.

Me detengo en seco.

—¿Sí?

La grava cruje bajo las suelas de sus zapatos cuando Drago se acerca detrás de mí. Su andar es tranquilo y calculado. Se detiene justo a mi lado y se inclina para susurrarme al oído.

—Te quiero, Tara. Y siempre estaré aquí para ti. No importa lo que pase, escucharé y ayudaré si lo necesitas. Incluso si es algo realmente malo. Sé que quieres hacer las cosas por tu cuenta, pero con suerte, sabes que no tienes que hacerlo. Todo lo que necesitas hacer es pedírmelo. Nunca temas hacerlo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bien. Además… Si alguna vez descubro que el idiota italiano te ha lastimado de alguna manera… de cualquier manera… Lo voy a

matar.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Eso. Eso es exactamente lo que temía. Reuniendo cada gramo de determinación que me queda, me doy la vuelta e inclino la barbilla hacia arriba.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Pero ten por seguro que lo que siento por él, nunca lo he sentido por ningún otro hombre. Confía en mí en eso.

***

La puerta del coche se abre.

—Llegamos.

Observo la mano extendida de mi hermano, incapaz de moverme. Comenzó a llover cuando estábamos a mitad de camino del lugar de la boda. El sonido de las gotas de lluvia golpeando el techo del vehículo resonó dentro de mi cabeza, haciéndome sentir como si alguien estuviera golpeando un martillo contra mi sien. O tal vez ese era solo el latido de mi corazón. Mi pulso se disparaba con cada kilómetro que nos acercábamos.

—¿Tara?

—Lo siento. —Tomo la mano de Drago, imaginándola como un salvavidas, y salgo del auto—. Solo estoy *um*… emocionada. Y… *ah*… nerviosa también.

—Oye. Sé que habrá un montón de gente allí que no conoces. Si crees que no puedes manejar eso, solo dímelo. Me desharé de ellos más rápido de lo que puedes parpadear, y podremos tener una ceremonia más íntima.

—Estoy bien, Drago. Pero gracias. Eres el mejor hermano que una chica podría tener.

La opresión en mi pecho aumenta a medida que me acerco al edificio, y siento como si algo enorme y pesado me presionara,

haciendo que respirar sea casi imposible. Mis piernas se han convertido en piedra, pesándome mientras subo los resbaladizos escalones de granito. ¿Se retrasaría la boda si accidentalmente me resbalara y me rompiera una pierna? Lo más seguro es que no. Satanás probablemente exigiría que completáramos la ceremonia antes de considerar llevarme rápidamente a la sala de emergencias.

En la parte superior de las grandes escaleras, dos *valets* con uniformes rojos y dorados mantienen abiertas las puertas dobles de vidrio. El vestíbulo del complejo de lujo elegido como lugar para las nupcias está repleto de flores blancas y salvia. Están en todas partes. A lo largo de las paredes, suspendidas del techo alto, arregladas en altas macetas desbordantes colocadas en la base de la pérgola cubierta con tela de gasa. Más arreglos crean una estructura en forma de túnel de hermosas flores que conduce a otro conjunto de puertas. Más allá de ellas, la sala de conferencias que se convirtió en un salón para bodas.

Un pasillo épico enmarcado por flores divide fila tras fila de asientos blancos, donde se han reunido al menos quinientas personas.

Todos ellos, mirándome.

Si no me hubiera aferrado al brazo de Drago, sin duda me habría tropezado al entrar. Disimulo mis rasgos para ocultar el pánico que amenaza con consumirme y doy pasos cuidadosos hacia el altar y la mesa cubierta de satín blanco en la pared del fondo.

Cada par de ojos muy abiertos que encuentro me mira boquiabiertos con curiosidad, incredulidad e indignación.

Todos, excepto uno.

Vestido con un impecable traje negro, Arturo DeVille me espera al final de mi camino. Sus ojos oscuros siguen cada uno de mis pasos. A pesar de parecer un novio digno, reconozco la expresión estrictamente controlada en su rostro. No hay sorpresa, no hay conmoción oculta en sus rasgos. Es rabia pura y salvaje.

Escondida detrás de la máscara de una sonrisa educada destinada a engañar a todas estas personas.

Los murmullos se arrastran detrás de mí desde ambos lados del pasillo, los susurros *tsk-tsks* me persiguen desde la derecha. El lado del novio, donde están sentados los miembros de la *Cosa Nostra*. Nada de eso hace que los finos vellos de mi nuca se ericen como lo hace la mirada en los ojos del diablo. He llegado a reconocer el odio cuidadosamente oculto que persiste en sus profundidades color chocolate cada vez que su vista se dirige hacia mí.

Esa mirada iracunda ha sido mi compañera constante durante las últimas dos semanas. Desde ese beso montado que Arturo me dio en la *Slava*. El beso que, para mí, no se sintió falso en absoluto. Hasta ese momento, las cosas entre nosotros se movían en una dirección cordial. Incluso nos las arreglamos para divertirnos a veces. Pero luego, todo cambió.

Desde ese día, DeVille ha vuelto a ser Satanás. Ha estado actuando de manera molesta y, en ocasiones, abiertamente cruel. Salimos cinco veces más para mantener las apariencias, y cada una de nuestras interacciones empeoró progresivamente. Su reciente animosidad rivaliza con su comportamiento la noche en que trató de culparme del asesinato de Stavros.

Me he preguntado, ¿qué demonios pasó? ¿Qué lo empujó al límite? Me quedo en blanco tratando de racionalizar su actitud alterada y, francamente, el hecho de que me importe me está haciendo enfadar. Quiere ser un imbécil, pues adelante. Todo lo que está logrando es hacerme sentir menos culpable por mi elección de vestido de novia.

Con cada paso que doy hacia mi novio, veo su furia. Y un juramento de represalia. Quiero mirar hacia otro lado, pero no puedo. Es como si de alguna manera me hubiera atrapado, obligando a mis ojos a clavarse en los suyos. Es la misma sensación hipnótica que cuando me besó. ¿Qué es este poder que ejerce DeVille?

Sus besos se han enterrado en mi conciencia, tan profundos que no puedo borrar los recuerdos o las sensaciones que despertaron. Y ahora me mantiene cautiva, atrapándome dentro de su mirada sin fondo. ¿Por qué no puedo apartar la vista de ese peligroso destello en sus oscuras profundidades, que arden como si las llamas del infierno se desataran en su interior?

Tal vez realmente sea Satanás en persona.

—DeVille —pronuncia Drago a mi lado mientras cerramos la distancia al altar—. No me hagas matarte.

—Tara nunca será la razón por la que lo intentes. —La sonrisa de DeVille ilumina su rostro.

Drago me besa la mejilla y se da la vuelta, tomando asiento en la primera fila del lado de la novia. Dejándome de pie junto a mi futuro esposo. Un hombre que apenas se mantiene controlado, reprimiendo por poco su impulso de borrarme de la faz de la tierra.

—Bien jugado. —El timbre aterciopelado de su voz me hace estremecer. Una sonrisa amenazante tira de sus labios mientras extiende su mano y agarra la mía—. Pero pronto te darás cuenta de que no todas las victorias son dulces, *Gattina nera*.

Mi garganta se siente tan seca que es como si me hubiera tragado un puñado de bolas de algodón. Me obligo a mirar hacia otro lado, a concentrarme en el oficiante de la boda. Afortunadamente, no parece haber escuchado las palabras de mi novio. Esas fueron solo para mí. ¿Fue una amenaza? En realidad, no sonaba como tal. Más bien como… como una promesa.

Oh, Dios, ¿qué he hecho? Permití que algunas sonrisas torcidas y dos besos devastadores me hicieran olvidar quién es realmente. Fui demasiado lejos en un juego que no estoy segura de poder ganar. ¿Realmente pensé que podía joder con el segundo al mando de la Mafia Italiana de New York? ¿Esperaba salirme con la mía? Basándome en su fuerte agarre en mi mano, escapar ya no es una opción.

Mi maldita ansiedad se dispara a otro nivel. Nada de lo que intento parece sacudirla. Se arrastra por mi espalda como una criatura de múltiples patas, haciéndome estremecer y sudar frío.

Debí haber confiado en mi hermano. Si le hubiera dicho a Drago la verdad, habría encontrado una manera de sacarme de este desastre, y podríamos haber logrado resolverlo sin derramamiento de sangre. Pero fui demasiado terca para pedirle ayuda. Demasiado orgullosa para admitir que metí la pata una vez más. Y demasiado aterrorizada por la posibilidad de que mi último error causara su muerte.

Y ahora, es demasiado tarde. Con tantos miembros de la *Cosa Nostra* presentes, cancelar todo sería similar a una bofetada en la cara. Una señal evidente y muy pública de falta de respeto. Y una posible causa de guerra declarada entre nuestras dos organizaciones.

El oficiante comienza a hablar, pero sus palabras simplemente me pasan por encima, sin que su significado llegue a mí. Miro fijamente sus labios que se mueven mientras el pánico crece y crece dentro de mí. Cada vez me cuesta más trabajo respirar.

—Sí, acepto. —La voz de Arturo suena a mi lado, casi haciéndome estremecerme. Todo dentro de mí se tensa. Esto es real. Me voy a casar. Con Arturo DeVille.

Cambiando su atención hacia mí, el oficiante me acuchilla con su mirada de reproche, como si hubiera cometido un crimen indescriptible. Habla, pero sus palabras siguen sin llegarme. Todo suena apagado, como si viniera de las profundidades del mar.

—Tara. —Un susurro a mi derecha, seguido de un apretón de mi mano—. Dilo.

¿Decir qué? *Oh*. Claro. Trago una bocanada de aire.

Al igual que cuando era niña, a punto de hacer o decir algo que sabía muy bien que no debería, cruzo los dedos. Tengo suerte de que una de mis manos esté escondida entre los pliegues de mi falda, lo que me permite este pequeño acto de superstición. Un acto

de rebeldía primitiva que surge de lo más profundo de mi mente confusa.

—Sí, acepto. —Eso no sonó como mi voz, pero sé que lo dije.

Apenas me doy cuenta de que DeVille me pone el anillo de matrimonio en el dedo. Es una gruesa banda de oro amarillo que pesa una tonelada. O al menos eso parece. Como un grillete. Brillando junto al anillo de compromiso.

Sintiéndome ansiosa y confundida, miro hacia arriba y lo encuentro frunciendo el ceño.

—Tu turno. —Señala sin mover los labios, gesticulando discretamente con los ojos y una ligera inclinación de su cabeza hacia la niña que está a nuestro lado. Se ve linda con un vestido de princesa con vuelos, sosteniendo un cojín de terciopelo blanco. Sobre la pequeña almohada descansa un anillo de bodas más grande. ¿Cómo es que no noté a la niña en primer lugar?

Temblando, tomo el anillo. Como si estuviera en cámara lenta, levanto la mano izquierda de DeVille y empiezo a deslizar la argolla en su dedo. La maldita cosa se atasca alrededor de su nudillo. *Mierda.* Siento el escrutinio de cientos de ojos mirándome fijamente y mi incapacidad para deslizar el anillo en mi novio. El silencio que nos rodea es ensordecedor.

—No lo dejes caer —susurra Arturo para que solo yo pueda escuchar—. Es de mala suerte.

—No puede ser peor que esto —opino en voz baja, mordiéndome el labio mientras empujo la banda dorada lo más fuerte que puedo. Finalmente se desliza en su lugar. *Gracias a Dios, carajo.*

De repente, siento que mis oídos están tapados, así que trato de tragar. ¿La habitación está empezando a girar? Lo único que parece mantenerme estable en este punto es el calor de la mano de Arturo que se extiende a la mía. No. Arturo no. *Satanás.* Satanás DeVille. Necesito recordar eso.

Miro a mi alrededor, veo el elegante bolígrafo y los documentos sobre la mesa para firmar y, automáticamente, doy un paso hacia ella. La presión sobre mi mano me hace detenerme. Solo por una fracción de segundo, porque mi novio se apresura a llevarme él mismo hasta allí. Toma el bolígrafo y añade su firma al certificado de matrimonio.

Me toca a mí y casi se me cae el bolígrafo. ¿Por qué me siento un poco mareada? Me concentro en la línea punteada al final de la página y, de alguna manera, consigo firmar con mi nombre. El apellido parece un poco torcido. Probablemente porque me tiemblan los dedos. Me di cuenta mientras firmaba. Ya no soy una Popov. Tuve que escribir DeVille.

Ahora soy Tara DeVille.

La esposa de Arturo DeVille.

Soy oficialmente la esposa del diablo.

Regresamos al altar después de que nuestros testigos también firman y nos paramos ante el oficiante. Cierro los ojos, sin querer enfrentar la verdad.

—Ahora los declaro marido y mujer.

¿Dijo algo más después de eso? No estoy segura. Los aplausos estruendosos invaden la sala, amenazando con asfixiarme como la pesadilla que solía tener de niña. Una en la que me encontraba sola en una habitación oscura y, de repente, una cacofonía de voces estallaba a mi alrededor. Desde lo más profundo de mis pies, desde detrás de las paredes ocultas… todas me llamaban, animándome a unirme a ellas. Nunca supe adónde querían que fuera y, por mucho que me tapara los oídos con las manos, no conseguía ahogar las voces. En aquel entonces, la única forma de escapar era la brillante luz del día. Ahora, por desgracia, no hay forma de despertar de esta pesadilla.

Abro los ojos con fuerza y parpadeo, tratando de aclarar la visión borrosa que se ha apoderado de mí. Me giro y me encuentro frente a mi esposo, mientras mi corazón late con fuerza contra mi

pecho y un zumbido pulsante resuena en mis oídos. Es tan fuerte que bloquea los rugidos de alegría en la sala. Tiemblo mientras un frío gélido me invade como una ola tras otra. ¿Me estoy enfermando? Hace mucho frío aquí. ¿Por qué hace tanto frío de repente? ¿Y por qué la cara de mi esposo empieza a balancearse frente a la mía? De pronto, su brazo musculoso me rodea la cintura. Mis pies se despegan del suelo cuando me levanta y me acerca a él.

—No te atrevas a desmayarte, Tara. —Siento cómo sus palabras vibran a través de su pecho, pegado al mío—. Toda la *Familia* está aquí, mirando.

—Tú y tu *Familia* pueden irse al infierno, Satanás. —Jadeo. No parece haber suficiente oxígeno en esta habitación—. Necesito salir de aquí. Ahora mismo.

Su agarre en mi cintura se hace más fuerte. Me sujeta la barbilla con la mano libre y me inclina la cara hacia arriba, mirándome fijamente con los ojos entrecerrados. Veo el momento exacto en el que se da cuenta de lo que está pasando.

Arturo

Debí haberlo notado antes.

Dificultad para respirar. Mirada desenfocada. La forma en que sus manos tiemblan mientras aprieta las mías con fuerza. Por lo general, soy mucho más observador con mi entorno. Si fuera cualquier otra persona, probablemente lo habría visto de inmediato. Pero Tara siempre ha tenido una extraña habilidad para sacarme de quicio. Lo hace mejor que nadie. Cuando estoy con ella, toda mi capacidad mental se divide entre luchar contra mi atracción y tratar de contener la furia que me provoca. He estado enfurecido desde el momento en que se abrieron las puertas del salón y mi prometida, vestida de negro, apareció en la entrada. No obstante, al verla

ahora, tan frágil de repente y desmoronándose en mis brazos, mi furia se evapora y se transforma en una profunda preocupación.

—Respira —susurro.

—Lo… intento. —Suena aterrorizada. Su voz es temblorosa.

Carajo.

Mi mirada se posa en sus labios ligeramente separados. Todos esperan el beso mientras parecemos intercambiar palabras de amor. No iba a besarla. No podía permitirme acercarme a esa boca hechizante de nuevo. No tenía idea de cómo iba a escabullirme sin hacer una escena o llamar la atención, pero ahora mismo ya no importa.

Está teniendo un ataque de pánico.

Sin una idea mejor de qué hacer, tomo la única medida posible.

Una que me prometí a mí mismo que nunca repetiría.

Choco mi boca con la suya.

El fuego cobra vida dentro de mis venas, quemando cada célula de mi cuerpo. Me consume tan completamente que los gritos que explotan a nuestro alrededor son puntos insignificantes en mi radar. Nada importa. Nada más que la deliciosa mujer que se aferra a mí.

Devoro sus labios como un hombre hambriento. Durante semanas, he imaginado hacer esto, necesitando saber si mi próximo beso con ella igualaría a los dos anteriores. Es más. Mucho más. Más dulce. Embriagador. Revitalizante.

Una sacudida de poder puro se desliza directamente en mis entrañas.

O tal vez un poco más bajo.

Después de un latido de vacilación, ella me devuelve el beso con un vigor igual al mío y entierra sus dedos en mi cabello. Apretando los mechones, raspando sus uñas contra mi cuero

cabelludo. Dientes delicados y afilados se hunden en mi labio inferior. La gatita salvaje me mordió.

Yo también la muerdo.

Queriendo profundizar el beso, inclino la cabeza y siento que algo extraño roza mi mejilla. En algún lugar de lo más recóndito de mi mente, me doy cuenta de que es su velo. Sin romper nuestro beso, deslizo mi mano hacia la parte superior de su cabeza, le quito la estúpida diadema con esa cosa que parece una red y la lanzo detrás de mí. Como si un vestido de novia negro no fuera suficiente, agregó un velo de luto a su atuendo.

—Nadie me ha desafiado como lo hiciste hoy —murmuro en su boca.

—Bien —susurra—. Es imperativo mantener tu enorme ego bajo control.

Mis labios se crispan con una risa silenciosa. Parece haber vuelto a ser la misma de antes.

Los estridentes aplausos y gritos se han calmado, y solo quedan aplausos educados. Probablemente hemos ido más allá del beso de boda aceptable, sin embargo, no me importa nada de eso en este momento. El sabor de Tara se ha convertido en ambrosía para mí. Con cada bocado, mi deseo por ella crece.

Deslizo mis palmas hacia su trasero, levantándola más arriba, más cerca, colocando su pelvis para descansar sobre mi entrepierna. Inmediatamente envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, con solo las capas de nuestra ropa entre nosotros. Con suerte, esa falda suya ocultará lo dura que está mi polla. Ha estado lista para atravesar mi cremallera desde el instante en que nuestros labios se conectaron.

El dolor se dispara por la parte posterior de mi cabeza mientras me jala el cabello, mientras su boca sigue atacando mis labios. Pequeña gatita salvaje. Cuando suelta mis mechones, sus palmas se deslizan a lo largo de mi cuello para posarse en mi

corbata. Y luego, comienza a aflojar el nudo. Gruño profundamente en mi garganta y agarro su barbilla con mis dedos.

—Tu maniobra para manejar crisis es excelente. —Sonrío, disfrutando al contemplarla. Mejillas sonrojadas, cabello completamente despeinado, maquillaje corrido por todo su rostro, y está jadeando como si de repente le hubieran quitado su soporte vital—. Después de esto, nadie recordará tu vestido de novia.

Dos brillantes ojos verdes, enmarcados por unas largas pestañas oscuras, me miran con confusión.

—¿Qué?

—Tu intento de arrancarme la ropa en el altar, delante de todos nuestros invitados, puede que haya sorprendido a todo el mundo y les haya hecho olvidar tu vestido negro.

Ella parpadea y luego mira lentamente hacia la multitud reunida, hacia los cientos de personas que nos miran atónitas. La sala está en un silencio sepulcral. La multitud contiene la respiración.

La atención de Tara se centra en mí. En lugar de confusión, esa mirada de pánico vuelve a aparecer en sus ojos y su labio inferior tiembla.

—Yo… —El agarre de sus piernas alrededor de mi cintura se aprieta—. Yo… ¿Podemos irnos, por favor?

—Ese es el plan. La recepción se ha preparado en el salón de banquetes de al lado.

Lo que le quedaba de color en su piel antes, se drena. Como si inesperadamente estuviera agotada, envuelve sus brazos alrededor de mi cuello y entierra su rostro en el hueco de mi garganta.

—No creo que pueda manejar más a la multitud el día de hoy.

Mi nariz hormiguea con la fragancia de su champú de fresa. El aroma dulce y ligeramente ácido de la frescura, el verano y simplemente ella. Lo inhalo, lo absorbo. Deleitándome con su

esencia. Debería insistir en que asistamos a nuestra recepción, hacerla sufrir durante horas de brindis incómodos y grandes alardes. Sería un castigo apropiado por lo que hizo hoy. Ella necesita saber desde el principio que mi tolerancia al comportamiento irrespetuoso es inferior a cero. Incluso cuando se trata de mi esposa.

Sin embargo, mientras sostengo el cuerpo tembloroso de Tara en mis brazos, en lugar de un gato montés desafiante, parece un gatito abandonado, temblando bajo la lluvia. Instantáneamente me invade la necesidad de cuidarla, mantenerla alejada de cualquier daño. Quiero que mis brazos la protejan a partir de este día. Quiero ser a quien recurra en busca de calidez.

Lo cual es más que estúpido, considerando que la mayoría de las veces no puedo estar en la misma habitación que ella sin perder la maldita cabeza.

Sin mencionar que esta gatita es más que capaz de sacarme los ojos con sus pequeñas garras.

Pero no hoy. Ha dejado de luchar.

Mis ojos recorren la sala, observando a los invitados que siguen sentados en hileras, esperando con confusión evidente a que nos retiremos por el pasillo. Ya deberíamos haber salido, en lugar de seguir de pie ante el altar durante interminables minutos.

—De ninguna puta manera vamos a provocar un escándalo aún más grande por no aparecer en nuestro propio banquete de bodas, Tara.

—Mis dientes están en tu arteria carótida, Satanás. —Sus labios se deslizan a lo largo de mi piel mientras susurra en mi cuello —. ¿Quieres que esta sea una boda sangrienta?

No puedo evitar reírme. Su voz es débil y temblorosa. Todavía está aturdida, pero eso no le impide lanzar su amenaza. Mi gata feroz y salvaje.

Cambio la posición de mis manos debajo de su trasero, saco mi teléfono de la chaqueta y llamo a mi chofer.

—Riggo. Necesito el coche en la entrada trasera.

***

—Y ahora ¿qué? —pregunta Tara, levantando la cola de su vestido del piso del auto.

Ignoro la llamada entrante de Cosimo y me concentro en mi *dulce* esposa. En el momento en que salimos del lugar, ella casi saltó de mis brazos y se apresuró a subir al vehículo que nos esperaba. Desde entonces, ha estado taciturna en su asiento a mi lado. Estas son las primeras palabras que pronuncia en los últimos veinte minutos.

—Ahora te ayudaremos a instalarte en tu nuevo hogar. Tus cosas ya deben haber llegado.

—Solo tengo un hogar. Y tú me obligaste a abandonarlo, junto con todo lo demás. Mi familia. Mis amigos. Mi libertad.

—¿Realmente vamos a repetir esto de nuevo? Hicimos un trato. Deja de quejarte como si fuera el fin del mundo.

—¡No me estoy quejando! ¿Cómo puedes esperar que me emocione por verme obligada a pasar un año de mi vida viviendo con un hombre que apenas conozco?

—Creo que ya nos conocemos lo suficiente. —Mi teléfono vuelve a sonar, así que lo busco y miro la pantalla. Nino Gambini. Probablemente llamando para averiguar dónde diablos estamos—. Tengo la agenda muy apretada durante las próximas semanas. Aparte de la mierda habitual del trabajo, hay varios compromisos sociales a los que se espera que asista. Te enviaré el enlace a mi calendario.

—¿Por qué crees que me importa un comino tu vida social?

—Tal y como se establece en nuestro acuerdo, me acompañarás a todos ellos, Tara. Asegúrate de que tus atuendos sean adecuados.

—Sí, claro, Satanás. —Me lanza una sonrisa condescendiente —. ¿Alguna instrucción más?

—Sí. Deja de decirme así.

—¿Y cómo te gustaría que te llamara? ¿Su Alteza? ¿Señor DeVille, tal vez?

—Arturo bastaría. O, siempre puedes llamarme "cariño".

—Absolutamente, *cariño*.

El automóvil reduce la velocidad, girando hacia la reja y, más allá, hacia la casa.

—¿Tienes algo en contra de mi nombre? —inquiero.

—¿Por qué?

—Porque no lo has usado. Ni una sola vez. Siempre es *DeVille*.

Tara mira hacia otro lado.

—Parece que ya llegaron mis cosas.

El coche se detiene junto a un camión de mudanzas de tamaño considerable estacionado en la entrada principal de mi casa. Una montaña de maletas y cajas se amontona en el porche, bloqueando casi por completo la puerta.

—¿Estás segura de que empacaste todo? —pregunto, saliendo del auto y extendiendo mi mano para ayudar a Tara mientras me sigue.

—Creo que sí —canta, ignorando por completo mi gesto—, pero Drago traerá lo que se me haya olvidado.

—Estaba siendo sarcástico, Tara. ¿Qué diablos tienes dentro de esas cosas?

—Libros. Ropa. Libros. Mi sillón reclinable favorito. Libreros. Más libros.

Sacudo la cabeza. *Cristo*.

—Todo eso no cabrá en la antigua habitación de Sienna.

—*Hmm,* eso es una lástima. Supongo entonces que, necesitaré la habitación más grande que tengas.

—Ese sería el dormitorio principal. Y da la casualidad de que es el mío. —Me inclino para susurrarle al oído—: ¿Me estás ofreciendo compartir la habitación conmigo?

—Dios no lo quiera. Cualquier otra habitación que sea lo suficientemente grande como para que quepan todas mis cosas, y que también esté lo más lejos posible de tu guarida, servirá. Por favor y gracias.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. No es que tuviera intención de dejarla usar la habitación de Sienna.

—Como gustes.

Los ojos de Tara se entrecierran mientras me mira con sospecha. Pero luego, levanta la barbilla y se dirige a la puerta principal.

Nop, eso no va a pasar. La alcanzo y la levanto rápidamente entre mis brazos.

—¡Oye!

—Apariencias, *Gattina*. Es tradición que el novio cargue a su novia al otro lado del umbral.

—Nadie de tu preciada *Familia* está aquí, así que no hay necesidad de pretender. Bájame.

—Mi ama de llaves está aquí y le encanta chismear. Abandonar la recepción de nuestra boda es lo máximo que estoy dispuesto a ceder en las tradiciones por ti. Y solo lo hice porque tuviste un ataque de pánico y casi te desmayas en el altar.

—¡No tuve un ataque de pánico! Y yo no me desmayo. Debes haberme confundido con una de tus delicadas chicas italianas.

—Nunca cometería un error así. Eres tan diferente como se puede ser de una mujer italiana. —Dejo que sus pies toquen el suelo y asiento con la cabeza a mi ama de llaves que tiene los ojos muy

abiertos, observándonos desde el pie de las escaleras—. Greta te mostrará el camino. En breve subirán tus cosas.

—Genial. —Tara intenta quitarme la mano de su cadera—. ¿Te importa?

—Creo que olvidaste algo. —La acerco más—. Hay muchos testigos, con todos los chicos de la mudanza alrededor y Greta aquí. Estoy seguro de que esperan que los recién casados muestren su afecto de forma romántica. Un beso les aseguraría que todo es como debe ser.

—No te soporto. Las tres veces anteriores que te besé delante de nuestras familias para guardar las apariencias ya fueron bastante horribles. No tengo ningún interés en repetir esa experiencia. Jamás. Entonces, ¿qué te hace pensar que te besaría por el bien de tus empleados?

—Mis sentimientos por ti no son tan diferentes, Tara. Tocar tus labios con los míos es como dejar que me quemen vivo. Pero hay que hacer sacrificios personales por el bien común. —La atraigo hacia mi pecho—. Asegúrate de que parezca sincero.

Los labios de Tara esbozan una sonrisa melosa. Toma mi cara entre sus manos y roza ligeramente mis labios con los suyos.

—Por supuesto. Déjame demostrarte lo mucho que me encanta ser tu esposa, *cariño*.

Felicidad absoluta. Así es como se siente tener su boca sobre la mía otra vez. Su aroma… su suavidad… el dulce, dulce… ¡DOLOR!

—*Uups.* —La pequeña diabla sonríe inocentemente mientras se lame una gota de mi sangre del labio inferior—. Lo siento, *cariño*. Me dejé llevar un poco. Pero tú insististe en que te mostrara lo profundo de mis sentimientos.

Mis fosas nasales se dilatan. La furia explota dentro de mi pecho, aunque no tiene nada que ver con su maniobra. Estoy furioso conmigo mismo, con las reacciones de mi cuerpo y mi mente. Porque cada vez que nos besamos, siento como si estuviera conectado directamente a una fuente de energía pura que hace que

mi corazón se acelere y todas mis neuronas se incendien. Todos mis sentidos se agudizan en el momento en que nos tocamos. Ella me provoca eso. Solo ella. Me despierta del limbo en el que estaba atrapado. Ni siquiera me había dado cuenta de que me estaba ahogando en ese infierno. Y ahora, estoy furioso porque es ella quien tiene ese efecto en mí.

—Greta está esperando —digo entre dientes—. Deberías irte. Empieza a desempacar.

Pasa junto a mí sin decir nada más, con la cabeza en alto, y sube las escaleras al piso superior. La pobre confundida Greta trota tras Tara.

En cuanto Tara desaparece de mi vista, exhalo audiblemente, permitiéndome finalmente relajarme. Sin embargo, liberar la tensión de mis músculos no ayuda a aliviar la presión en mi polla. Llevo más de una hora con una erección tan dura como una roca. Desde el momento en que mi boca se unió a la suya. Me alegro de que, por una vez, me haya hecho caso. Si no lo hubiera hecho y se hubiera quedado, mis manos y mi boca habrían recorrido todo su cuerpo, y luego la habría tirado al suelo y me la habría follado allí mismo.

Tara

—La bruschetta *de trufa es increíble. Realmente te lo estás perdiendo* —murmura Sienna al teléfono, con la boca obviamente llena del delicioso aperitivo—. *¡Y el vino! Dulce y fresco a la vez, y con un sabor perfecto. Combina muy bien con las costillas de cerdo.*

—Me alegro de que lo estés disfrutando. —Me dejo caer de cara sobre la enorme cama con dosel.

—Claro que sí. Ustedes dos causaron un gran revuelo al desaparecer así. Pero supongo que no es tan sorprendente, después de ese beso y todo eso. Es de lo único que habla todo el mundo.

Escuché a alguien mencionar que debían tener prisa por... consumar el matrimonio. —Ella se ríe.

—Sí, claro. ¿Drago ha dicho algo?

—Nop. *Nada en absoluto.*

Frunzo el ceño. Eso no suena como mi hermano. Incluso si se creyó la farsa de que me casaba con DeVille por amor, esperaba que hiciera… *algo*.

—Tal vez lo convenciste de que estás enamorada. Quiero decir, ese beso me pareció jodidamente real. Ustedes dos prácticamente intentaron devorarse el uno al otro. Fue más caliente que el infierno. ¿Estás segura de que no te gusta Arturo?

Cierro los ojos y dejo que mi mente vuelva al altar. Un escalofrío me recorre la espalda al recordar los fuertes brazos de mi esposo rodeándome. Apretada contra su duro pecho mientras él devoraba mi boca ante cientos de miradas de asombro. ¡Ese maldito beso! Fue… lo fue todo, menos un rescate de mi ataque de pánico.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la ansiedad me abrumó en público. La última vez, tuve que esconderme en algún lugar donde no me vieran. Esperé sola hasta que finalmente pasó, una hora más tarde. Pero hoy... Bueno, nunca hubiera imaginado salir de mi espiral tan rápido. Y todo por cómo me besó ese demonio. Debió haber sido el *shock.* Mi reacción. Solo por el *shock*. Probablemente habría actuado igual si me hubiera abofeteado.

—Créeme, estoy segura. —Me doy la vuelta y miro al techo—. ¿Algo más interesante está sucediendo en la recepción de mi boda?

*—Bueno… El Don y su esposa también desaparecieron poco después de la ceremonia. Honestamente, me sorprendió que asistieran, considerando que su bebé tiene apenas un año. Todavía me resulta difícil creer que Ajello tiene una hija. ¡*Oh*! ¡Hay salmón a la parrilla aquí! Ustedes realmente deberían haberse quedado.*

—*Sí....* no, gracias. Si hubiera tenido que pasar un minuto más con tu hermano, me habría vuelto loca.

—No puede ser tan malo. ¿Quizás te acabe gustando? Quiero decir, Drago y yo no nos conocíamos para nada cuando nos casamos, y mira cómo estamos ahora.

Es cierto. Pero todo el mundo se dio cuenta enseguida de que mi hermano se enamoró locamente de Sienna en cuanto la vio. Estaba completamente perdido y no dejaba que otros hombres la miraran, y mucho menos la tocaran. Hasta el día de hoy, adora el suelo que ella pisa.

—Drago y Arturo no se parecen en nada, Sienna —digo con voz ronca.

—Lo sé, pero…

—Escucha, estoy muerta de cansancio y tengo un montón de cajas que desempacar. Te llamaré mañana, ¿de acuerdo? Adiós.

Cuelgo y me cubro la cara con la almohada extra. Quizás yo también habría tenido el tipo de amor que tienen Sienna y Drago si hubiera intentado que funcionara en alguna de mis relaciones anteriores. Quizás podría haber tenido un hombre dispuesto a interponerse entre una bala y yo, tal y como hizo mi hermano con su esposa. Pero no es así. En lugar de eso, estoy atrapada con un imbécil arrogante con muy mal genio, que preferiría arrojarme a los lobos antes que salvarme.

Mientras me sumerjo en mi miseria, escucho un suave golpe en la puerta.

—Señora DeVille, soy Greta —pronuncia una voz alegre—. Los encargados de la mudanza ya organizaron todas sus cosas. ¿Podemos meterlas?

—Claro. Espera un momento.

Me arrastro fuera de la cama y me acerco con paso lento para abrir las puertas dobles de roble. Cuatro hombres con camisas de trabajo de mezclilla azul a juego entran tranquilamente, todos resoplando mientras cargan enormes cajas de cartón.

—Solo apílenlas allí, frente a la chimenea. —Me muevo hacia el lado izquierdo de la habitación.

—¿Quizás le gustaría tenerlas al otro lado, junto a la ventana, señora DeVille, en caso de que haga frío? Es posible que desee encender la chimenea —sugiere uno de los trabajadores.

Me estremezco de tan solo pensarlo. Prefiero morir congelada que acercarme a una llama.

—Junto a la chimenea está bien, gracias.

Mientras los chicos trasladan todas mis pertenencias, echo un vistazo rápido a mi nueva habitación.

Es más bien un estudio espacioso con dos zonas de estar independientes. Por un lado, hay un rincón abierto para sentarse, ubicado en una bahía circular creada por altos ventanales franceses. El otro extremo está dominado por una cama tamaño *king*. Separando ambos espacios hay una partición del suelo al techo, totalmente giratoria, con tablillas de madera que permite un concepto abierto y transparente o una mayor privacidad cuando las tablillas están cerradas. El diseño general es moderno, pero resulta cálido y acogedor, no frío como muchos otros lugares similares. Además, parece que nadie ha habitado el cuarto antes.

La alfombra de color durazno bajo mis pies debe ser la más suave y gruesa que existe. Parece estar hecha de la lana más suave que se pueda imaginar. Disfruto de la sensación mientras cruzo hacia la pared de vidrio que da al jardín frontal. Incluso en esta época del año, los jardines son bonitos, y me imagino acurrucada con un libro a la sombra de un enorme abedul. Sin embargo, mi momento de tranquilidad se ve interrumpido por el rugido de un motor que cobra vida en el exterior.

Retiro un lado de las cortinas de satín blanco suave como la mantequilla justo a tiempo para ver a mi esposo bajando apresuradamente por los escalones delanteros hacia su habitual BMW estirado y elegante. Se está poniendo la chaqueta del traje mientras habla por teléfono. Debe tener mucha prisa. Cuando llega a

la puerta trasera del coche, se detiene y lanza un vistazo por encima de su hombro. Mirándome directamente.

Suelto la cortina como si me hubiera mordido y la dejo caer en su sitio. Cuando me atrevo a asomarme un minuto después, tanto el vehículo como Arturo se han ido.

—El señor DeVille ha sido llamado por un asunto urgente —informa Greta mientras coloca mi maceta de lirios de la paz en la mesita de café—. Mencionó que probablemente no regresará antes de mañana.

—Como si me importara —suelto, aunque no lo suficientemente fuerte como para que ella en realidad me escuche.

Mi querido esposo obviamente no se molestó en tomarse ni siquiera el día de nuestra boda libre. No es que quiera que esté aquí conmigo ni nada por el estilo, pero esto demuestra que vive y respira por su preciada *Cosa Nostra*. El hombre simplemente me abandonó en su casa sin decir apenas una palabra. Ni siquiera pudo enseñarme la casa él mismo. ¿Y se supone que tengo que vivir aquí?

Como sea.

—Bien, creo que eso es todo. —Greta señala con la cabeza hacia la montaña de cajas—. ¿Gusta que le ayude a desempacar, señora DeVille?

—Creo que lo dejaré para mañana. Gracias.

—¿Puedo traerle algo de comer?

—No, gracias. —Tengo el estómago tan revuelto que no creo que pueda volver a comer otra vez.

—Está bien. Si cambia de opinión, hay algunas cosas en el refrigerador.

Espero a que se vaya y luego busco en una de las cajas etiquetadas como *Libros.* Me cuesta un poco, mas finalmente consigo sacar mi novela de romance de fantasía favorita. Puede que sea mi noche de bodas, pero al parecer la pasaré en un baño agradable y tibio.

Patética. Pero eso no es nada nuevo.

Capítulo 12

Arturo

—No, nadie ha podido localizar a Mendoza durante meses. Después de que su complejo fue volado en pedazos, desapareció. —Tiro mi chaqueta sobre el respaldo del sofá y me hundo en los cojines—. Hernandez tampoco responde.

—¿Cuánto producto nos falta? —pregunta Ajello. Prácticamente puedo verlo frunciendo el ceño al teléfono.

—Nuestros chicos todavía están revisando todas las cajas y midiendo todo. Pero nos falta un cuarto de tonelada, al menos. —La agresiva luz del sol de la mañana atraviesa la ventana abierta de mi sala, golpeándome de frente. Cierro los ojos, tratando de escapar del brillo y también disminuir la presión penetrante en mis sienes. Dejándome caer más profundamente en el sofá, pongo mi antebrazo sobre mi cara—. Dejé a Pietro en el almacén. Me llamará tan pronto como tenga el recuento final.

—¿Dejaste a tu novia sola en tu noche de bodas para poder supervisar a nuestros hombres descargando un camión? ¿No eran capaces de hacerlo por sí mismos?

—Esta entrega se retrasó. Y ahora, la cantidad de cajas no coincide con lo que esperábamos. Los compradores ya me estaban presionando, lo han estado haciendo durante días. Estarán aún más disgustados con este último cambio repentino de los acontecimientos. Por supuesto que tuve que ir y ver el cargamento yo mismo. Necesito saber qué diablos está pasando. Está en la descripción de mi trabajo, jefe.

—Tu papel requiere que estés en la cima de tu rendimiento, no que juegues a la mamá gallina y te encargues de mierda que tienes personas competentes para manejar. ¿Dormiste siquiera?

—No. Acabo de llegar. —Miro mi reloj. Son poco más de las siete y media—. Esperaré una hora más o menos, luego llamaré a Spada. Podría tener una cantidad extra de coca que estaría dispuesto a vender. Lo suficiente como para apaciguar a nuestros compradores hasta que llegue el próximo cargamento.

—Yo me pondré en contacto con Massimo. Tú ve a dormir. Es una orden, Arturo. —La línea se corta sin preámbulos.

Jodidamente genial. Arrojo el teléfono sobre la mesita de centro y suspiro, pero un repentino ataque de tos se apodera de mí. Me inclino hacia adelante, tratando de despejar mis vías respiratorias. Siento que pasan varios minutos antes de que pueda respirar profundamente. Me duele el pecho por la presión. Maldito sea Pietro, fumador empedernido, y sus estúpidos cigarrillos. La próxima vez que encienda uno cerca de mí, se lo haré tragar.

Una vez que logro arrastrarme a la cocina, tomo una botella de agua de la nevera y luego subo las escaleras hasta el segundo piso. Fuera del rellano a la derecha hay un pasillo que conduce a las antiguas habitaciones de Sienna y Asya, así como a un par de habitaciones de invitados que dan al patio trasero. Girando a la izquierda, me dirijo hacia dos pares de puertas.

Después de ahorrar suficiente dinero, compré esta casa para mis hermanas y para mí. Quería un nuevo comienzo para nosotros y pensé que un nuevo hogar podría darnos eso. Tal vez estaba equivocado. Tal vez debimos habernos quedado en nuestra antigua casa, donde los recuerdos de nuestros padres llenaban cada habitación. Pero no pude hacerlo más. Ya no podía soportar estar entre esas paredes. Porque en medio de los recuerdos felices de nuestra familia, había otro. Uno que se hizo más y más fuerte con cada año que pasaba, ahogando todo lo demás. El recuerdo de mí en ese lugar, diciéndole a mis hermanas de cinco años que su mamá y su papá nunca volverían a casa.

Fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

Deteniéndome frente al primer par de puertas dobles de roble, miro fijamente su superficie blanca como si fueran a contarme

sus secretos, lo que se esconde detrás de su masa sólida. Pero ya sé qué cuarto hay más allá. Y a quién pertenece. La mera posibilidad parecía un futuro lejano cuando compré este lugar.

El agente inmobiliario siguió y siguió diciendo que esta propiedad tenía dos dormitorios principales considerables. Los más grandes del mercado en este vecindario, dijo. Como si eso me importara un carajo en ese momento. Lo más importante para mí era que tenía un enorme patio para que mis hermanas jugaran, y que la casa estaba en los suburbios, lejos del ajetreo y el bullicio de la ciudad. Una vez que la compré, ocupé la habitación al final, mientras que la que está detrás de estas puertas permaneció vacía. Diseñada como una *suite* secundaria para la señora de la casa, el espacio estuvo vacío y estéril, incapaz de cumplir su verdadero propósito durante años. Pensé que seguiría siendo así, es decir, hasta que las necesidades del negocio ganaran y me seleccionaran como el candidato ideal para un matrimonio arreglado.

Parece que llegó el momento.

Sin embargo, mi esposa, que está durmiendo detrás de estas puertas, no se parece en nada al tipo de mujer con la que pensé que tendría que casarme.

El giro de la perilla no crea el más mínimo sonido, así que abro la puerta y entro. Mis pasos son amortiguados por la gruesa alfombra que cubre el rincón para sentarse. Hace solo unas semanas, esta habitación estaba completamente desprovista de muebles y otros accesorios. Era un espacio sombrío e inacabado. Decidí remodelarlo y equiparlo después de regresar a casa de una de mis visitas con los Popov.

A la gente le encanta chismear. Las palabras ociosas viajan más rápido que una rata de New York por una tubería de desagüe, y la información de que la esposa de Arturo DeVille está durmiendo en la habitación de su hermana se habría extendido por todas las ramas de la *Cosa Nostra* como una tormenta de fuego. ¿Y dónde nos habría dejado eso? En lo profundo de la puta mierda.

Nunca intentamos hacer pasar esto como un matrimonio arreglado, donde se podría haber explicado un escenario como ese. Pero incluso si lo hiciéramos, una vez que se llevara a cabo el trato, se esperaría que nos presentáramos como otra pareja feliz. Nunca sacar nuestros trapos sucios al sol para que todos los vean. Así es como funciona la *Cosa Nostra*. Y como Ajello lo ha dicho tan bellamente, como su subjefe, es mi trabajo dar el ejemplo en nuestro círculo social. Promover esos valores familiares de los que habló.

Esa fue mi única motivación para preparar esta segunda habitación principal para Tara. El hecho de haber tomado esa decisión después de la primera vez que nos besamos no es más que una simple coincidencia.

Ese beso no significó nada. Solo un medio para un fin. Como todos los demás.

Deteniéndome silenciosamente junto a la partición que separa las dos partes de la habitación, apoyo mi hombro en el marco de madera. Un rayo de luz fluye a través del estrecho espacio entre las cortinas que cubren la ventana, iluminando la delicada forma femenina acurrucada en las sábanas enredadas.

Sus diminutos *shorts* para dormir no ocultan sus largas y hermosas piernas. Dejo que mi mirada viaje hacia arriba hasta donde su camiseta se ha subido, dejando al descubierto su estómago. Un destello brilla en el *piercing* de su ombligo, proyectando brillantes rayos de sol en el espacio oscuro. No puedo quitarle los ojos de encima. Y no por mi creencia de que los *piercings* en el ombligo son impropios de una dama refinada. Más de una vez me he despertado con la polla dura después de soñar con lamer esa joya deslumbrante.

Finalmente, saliendo del estado hipnótico inducido por esa brillante tentación, continúo mi ferviente observación de mi esposa dormida. Mi mirada hambrienta devora las franjas de su piel suave, la curvatura de sus senos debajo de su camiseta y la elegancia de su cuello hasta que aterrizan en sus labios ligeramente separados. Es la

única parte de su rostro visible para mí. El resto está oculto por el manto de sus mechones brillantes y oscuros que le cubren los ojos y la nariz.

El martilleo en mis sienes aumenta y casi me estremezco por la presión aplastante. El interior de mi garganta se siente tan crudo, como si lo hubieran rasgado en pedazos. Desenrosco la tapa de la botella y me bebo el agua, estremeciéndome con cada trago doloroso. No empaña el cómo disfruto ver dormir a mi pequeña gatita. No tengo dudas de que me hará la vida imposible en el instante en que se despierte, así que me tomo el tiempo para apreciarla así. En una paz preciosa. Su estado de tranquilidad actual es la representación más falsa de su verdadera naturaleza peligrosa. Sin embargo, de alguna manera, admiro su lado salvaje que la insta a desafiarme a cada paso. Me deja tan jodidamente excitado.

Sin hacer ruido, me dirijo a su cama y levanto una esquina de la manta, liberándola del enredo alrededor de sus pies. Tara se queja constantemente de tener frío, tanto que falta la mitad de mi guardarropa. Será mejor que las chaquetas de mis trajes estén entre las cosas que trajo consigo, o esta gatita podría encontrarse con más problemas.

Con la manta metida debajo de la barbilla de Tara, me dirijo al conjunto de puertas corredizas frente a las ventanas. Otra característica sin sentido en esta casa. Pero no puedo esperar a ver la reacción de mi esposa cuando lo descubra.

Las puertas que conectan nuestras habitaciones.

Tara

—Por fin. —Me quito el cabello de la cara y disfruto de mi obra.

Mis cuatrocientos diecisiete libros están organizados en los estantes en el área de estar de mi habitación. Me tomó un tiempo

organizarlos por subgénero. Lo único que me queda por hacer es desempacar mis ediciones especiales. Esos los colocaré en mi preciado librero que traje de casa. Pero antes de eso, tengo que lidiar con mi ropa.

Anoche, solo tuve suficiente energía para sacar mi pijama y un cambio de ropa para hoy. Todo lo demás todavía está en las maletas y cajas alineadas cerca de la cama. Después de cortar la cinta adhesiva de la caja etiquetada como *Vestidos,* abro las solapas y empiezo a sacar mi colección.

La mayoría de mis vestidos son casuales de uso diario. Tengo algunos que podrían considerarse vestidos elegantes y pomposos. Pero la mayor parte del tiempo, soy una chica de pantalones. En mi opinión, un buen par de zapatos de tacón puede elevar cualquier atuendo de pantalón a un conjunto elegante. Sin embargo, eso no será suficiente con mi querido esposo. Los términos exclusivos de nuestro acuerdo prenupcial describen claramente que espera vestidos largos de diseñador para sus malditos compromisos sociales. Y de acuerdo con el itinerario que tuvo la amabilidad de compartir conmigo, habrá tres de esos solo este mes. Estoy agradecida de haber podido asaltar el armario de Sienna y tomar prestadas algunas de sus prendas más modestas. Servirán a corto plazo, pero un viaje de compras inevitable definitivamente está en mi futuro.

Sosteniendo un puñado de ganchos antideslizantes y los vestidos que los acompañan, me dirijo a través de la habitación hacia el vestidor. Está convenientemente ubicado cerca de la cama, con puertas dobles de roble que combinan en estilo con la entrada ornamentada de la habitación. También hay una sección del armario independiente en el otro lado, pero es demasiado pequeña para toda la ropa que tuve que traer. Sin mencionar mi reserva de chaquetas "prestadas" de Arturo que todavía están escondidas entre mis cosas sin desempacar.

Cambiando los ganchos a mi mano izquierda, agarro la manija y deslizo la puerta hacia un lado. Se mueve suave y silenciosamente,

sin mucho esfuerzo, para revelar…

—¿Qué demo…? —Me atraganto.

Mis ojos rebotan a través de la espaciosa habitación, y finalmente aterrizan en la enorme cama en el otro extremo y el cuerpo masculino musculoso desplomado boca abajo sobre ella.

Un cuerpo masculino desnudo.

Mi mandíbula golpea el suelo. Esto no es un vestidor. ¡El imbécil de mi esposo me puso en una habitación que se conecta con la suya! ¡Y el hombre duerme desnudo! ¡Desnudo!

Me doy la vuelta, queriendo cerrar la puerta de golpe. No importa lo hermoso que sea, no merece ninguna atención de mi parte. El ego del bastardo es lo suficientemente grande. No obstante, una abrumadora sensación de curiosidad se apodera de mí. Mordiéndome el labio inferior, echo un vistazo por encima de mi hombro.

Es innegable que Arturo DeVille es un demonio atractivo, especialmente con esos trajes de tres piezas suyos a la medida. Pero nunca esperé que tuviera tan buen cuerpo. Mentiría si no admitiera que los latidos de mi corazón se aceleran mientras observo lascivamente los enormes músculos impecablemente definidos que se presentan ante mis ojos. Cada parte de él parece estar tallada en mármol. Cada plano, cresta y valle definidos están cincelados a la perfección. Incluyendo su trasero. Especialmente su trasero. Estoy bastante segura de que podría hacer rebotar una moneda con esa cosa.

¡*Ugh*! ¡Me odio a mí misma por mirar!

¡Estúpido idiota! ¿Por qué tiene que ser tan condenadamente hermoso?

Apartando mi mirada de su glorioso trasero, miro fijamente su grueso antebrazo entintado mientras agarra la almohada sobre su rostro. El recuerdo de ese brazo fuerte sosteniéndome durante nuestra ceremonia de boda, me inunda. La forma en que su presencia, solo siendo sostenida por él, logró sacarme de mi espiral

hacia un inevitable ataque de pánico fue simplemente irreal. Increíble. Improbable. Pero cierto de todos modos. Es como si Arturo DeVille fuera una fuerza de la naturaleza, más implacable que cualquier cosa en su camino.

Aparte de mi familia o amigos muy cercanos, nunca me he sentido segura con la gente. Pero en ese momento, los brazos de mi archienemigo eran el lugar más seguro de la tierra. Habría hecho cualquier cosa para permanecer dentro de su abrazo seguro. Solo la idea de que podría dejarme ir aumentó la ansiedad.

Anhelaba más de esa calidez que lleva dentro. La piel del bastardo siempre está caliente al tacto. Agarré su corbata, tratando de acercarme a su calor. Necesitando más contacto piel con piel. Pero asumió que simplemente quería follármelo. Como sea. Satanás DeVille puede imaginar cualquier fantasía que quiera.

Sin embargo, la verdad… la verdad que no puedo negar, es que en sus brazos me sentí protegida. Como si tenerlo conmigo de alguna manera arreglara todo. Que, incluso después de todo lo que ha hecho, la forma en que me ha tratado… algo dentro de mí todavía reconocía a Arturo DeVille como seguro.

¿Podría ser porque él ya sabe el desastre que suelo ser? Leyó esa verificación de antecedentes sobre mí, así que no es posible que lo decepcione. ¿Es por eso por lo que se volvió un refugio en mi mente que no deja de dar vueltas? Debe de serlo. No puede ser otra cosa.

¿O sí?

Pensar en esto no me lleva a ninguna parte. Puede que Arturo DeVille *me haya* ayudado, pero esa es la cuestión. ¿Quién dice que no exigirá algo a cambio? Bueno, no lo hará si simplemente no admito nada. A partir de este instante, todos los pensamientos estúpidos sobre él deben desaparecer.

Después de dejar el montón de vestidos en la silla cercana y caminar de puntitas hacia su cama, jalo la esquina de la almohada, arrancándola de su agarre.

—Es hora de despertar, cariño. ¿Te importaría explicarme qué pasó con que mi habitación estaría lo más lejos posible de la tuya?

Arturo abre un ojo, entrecerrando sus ojos hacia mí.

—¿Qué hora es?

Parpadeo, desconcertada momentáneamente por lo… joven que se ve. No hay rastro de su habitual estilo impecable y peinado hacia atrás. Su cabello está despeinado por estar durmiendo, sobresaliendo en todas direcciones y cayendo sobre sus ojos. Ese ceño fruncido constante que tiene también falta en su rostro. Su voz matutina es ronca, más de lo normal.

—*Um*… es casi mediodía.

—Mierda —suspira, moviendo su enorme mano para cubrir la mitad de su rostro que no está aplastada contra una almohada—. Necesito volver a la oficina. Solamente iba a dormir un par de horas cuando mu…

Silencio. Espero a que continúe, pero en lugar de palabras, sus respiraciones rítmicas profundas llenan la habitación. Está dormido de nuevo. ¿Debería despertarlo?

Le toco los bíceps abultados.

—DeVille.

—*Ma lasciami dormire* —«pero déjame dormir»*,* murmura contra su almohada.

Madre mía. Su voz es aún más seductora cuando habla italiano. Ronca, fascinante, como un ronroneo. Estoy segura de que lo que sea que dijo no fue una invitación para que me le uniera, pero demonios, así me sonó.

Le doy otro empujoncito, pero ni siquiera se mueve. ¿Está muerto? No, no tendría tanta suerte.

Mis ojos se deslizan a lo largo de su brazo que parece un tronco, catalogando las figuras tatuadas en su piel. Una serpiente gris delgada se enrolla dos veces alrededor de su muñeca antes de abrirse camino entre el follaje representado. Parte de su cuerpo

desaparece detrás de un cráneo humano de aspecto malvado en la parte superior del antebrazo de DeVille. Las alas de una especie de criatura mítica abrazan sus enormes bíceps y tríceps, y encima tiene una daga con una cinta atada a la empuñadura. Una palabra que no puedo distinguir está grabada en la tira ondulada. Inclino la cabeza, tratando de ver mejor, pero todo lo que puedo distinguir es *l'On*.

No debería estar tan ansiosa por inspeccionar los tatuajes de mi esposo. En realidad, nada sobre Arturo DeVille debería interesarme, pero aun así me encuentro inclinándome más cerca, estirándome para descifrar lo que tiene escrito en su brazo. ¡Ja! La primera palabra es *l'Onore*, pero hay más. Me apoyo en una pierna, extendiendo los brazos para mantener el equilibrio y tener un mejor ángulo. Si me estiro un poco más, podría…

Mi pie resbala.

Lanzo mi mano frente a mí para recuperar el equilibrio, solo para terminar tendida encima de mi esposo.

—Mier…

Se mueve más rápido que un maldito ninja. Un segundo, me caigo sobre él, y al siguiente, estoy de espaldas, atrapada bajo una furiosa montaña de músculos firmes. Mis muñecas están aseguradas por encima de mi cabeza en las manos de Arturo, y él me está mirando.

—¿Tara? —Parpadea mientras su expresión se transforma de un gruñido asesino en un ceño fruncido perplejo—. ¿Qué carajos?

—¡Exactamente! —Intento liberarme—. ¡Suéltame!

—¿Qué estás haciendo en mi cama?

—¡No estoy en tu cama!

Él levanta una ceja.

—Fue un accidente, ¿de acuerdo? Estaba tratando de ver mejor tu tatuaje y me resbalé. Ahora, suéltame.

—Creo que esta es la primera vez que una mujer termina en mi cama *por accidente*.

Mi boca se abre, preparándome para enviarlo hábilmente al infierno, solo para quedar completamente atrapada por el perverso brillo en sus ojos. Ojos que están completamente enfocados en mis labios. Su cabello está de alguna manera aún más despeinado, lo que lo hace lucir un poco salvaje y *sexy* de todas las formas posibles. Es como si de pronto se hubiera convertido en un hombre totalmente diferente al idiota tenso que he llegado a conocer y odiar. El elegante, decoroso y exigente Arturo DeVille siempre ha sido un espectáculo para la vista, aunque extremadamente irritante. Pero esto… Nunca podría haberlo imaginado así. Desaliñado. De aspecto ligeramente salvaje. Oliendo a jabón fresco y champú, sin rastro alguno de esa rica mezcla de especias exóticas y sensualidad terrosa de la colonia que siempre usa.

El Arturo DeVille desaliñado es mil veces más ardiente.

Mi respiración se agita en mis pulmones. Y parece que no puedo hacer que mis extremidades se muevan. O tal vez simplemente no quiero hacerlo. Tener a Arturo DeVille, un Arturo DeVille muy desnudo, aplastándome contra el colchón debajo de él, es embriagador. Una experiencia que desencadena un dolor profundo en mi centro y hace que mi clítoris palpite.

Deseo. El deseo me inunda, esparciendo hormigueos por cada parte de mi cuerpo.

Se me seca la garganta al recordar esos labios siniestros en los míos. Tengo unas ganas enormes de estirar la mano y despeinar ese cabello, todo para poder deleitarme sabiendo que fui yo, y no el sueño, quien lo dejó así. La cruz que cuelga de su cadena atrae mis ojos hacia su clavícula. Es una clavícula innegablemente *sexy*. Quiero extender la mano y acariciarla con la punta de mi dedo. O tal vez mi lengua. ¿Cómo se sentiría…?

¡No!

Detente.

Cierro los ojos con dureza, tratando de sacar las imágenes mentales de él follándome, con fuerza, aquí y ahora, fuera de mi

cabeza.

—¿Estás segura de que no fue intencional? —Su susurro grave y profundo se apodera de mí mientras su cálido aliento roza mi oreja. Suena como el pecado personificado, como el diablo que es. Tentándome a entrar en su guarida de villano, para hacer cosas perversas y lujuriosas de las que debería, pero no sé si lo haría, arrepentirme—. Si quieres ampliar los artículos cubiertos en nuestro acuerdo prenupcial, *Gattina*, todo lo que tienes que hacer es decirlo.

—Sigue soñando, Satanás. —Canalizando toda la fuerza que puedo, saco mis brazos de su agarre y empujo su pecho, quitándomelo de encima. En el instante en que estoy libre, me levanto de la cama—. Prefiero follarme un tostador.

Moviendo mi cabello sobre mi hombro, me doy la vuelta y huyo rápidamente de regreso a mi habitación. Y me aseguro de hacer que la puerta se deslice con fuerza contra su gemela mientras la cierro. Anticipando un fuerte estallido, me decepciona un poco cuando se conecta con un golpe suave. *¡Malditas comodidades modernas!*

—Qué idiota —murmuro mientras cruzo mi dormitorio y luego bajo las escaleras en busca de algo para comer.

La mayoría de los días no desayuno, pero hoy, hay un gran agujero en mi estómago que exige ser llenado. Sin embargo, no tiene nada que ver con el hambre. Como por estrés, y que me excite inesperadamente por mi *esposo* requiere una intervención gastronómica. Inmediatamente.

Tan pronto como el pensamiento de la comida entra en mi mente, un fuerte estruendo brota de mi estómago. A pesar de que mi nivel de temor se disparó ayer a medida que se acercaba la boda, no pude soportar comer nada. Asociarme con Arturo DeVille parece haber vuelto incluso mis propias peculiaridades en mi contra. Me estremezco al pensar que otro nuevo infierno me traerá vivir con él. Sea lo que sea, tendrá que esperar hasta que pueda conseguir algo de comida decente. Algo me dice que voy a necesitar mantener mi fuerza.

No hay nadie en la cocina, así que decido servirme algo yo misma, yendo directamente a la nevera. Es uno de esos enormes refrigeradores de puertas francesas, que promete una variedad de cosas sabrosas y reconfortantes dentro de su frío interior. ¿Habrá alguna posibilidad de que nos hayan enviado algunas de las sobras de nuestro banquete? Ya se me está haciendo agua la boca al imaginar la *bruschetta* de trufa que mencionó Sienna. Sonaba divina. O tal vez haya pastel. ¡Seguro que alguien trajo al menos unas rebanadas de nuestro pastel de bodas!

Ansiosa, abro la puerta del refrigerador y siento que mi entusiasmo cae como un globo de plomo.

Tomates. Pepinos. Pimientos. Calabacín. Un racimo de cebollín, eneldo, perejil y un montón de otros alimentos para conejos. Muevo las cosas, con la esperanza de encontrar algo más que ingredientes para ensaladas para picar. *Nop*. Un cartón de huevos. Mucha carne, pero toda está cruda, apilada cuidadosamente en envases de plástico. Algunos champiñones blancos, así como otro recipiente de cosas moradas de aspecto extraño. Y queso. Una gran rueda de queso amarillo pálido. También hay varios paquetes de diferentes tipos de queso rallado y un recipiente de otras cinco variedades cortadas en cubos pequeños. *¡Dios Santo!* La bandeja deslizable parece como si una granja lechera hubiera vomitado dentro.

—Bueno pues, huevos serán.

Saco tres huevos y un trozo de queso duro de la nevera y los coloco en la encimera. A solo unos pasos de distancia y directamente frente a la barra de desayuno hay un horno doble y una estufa con varios quemadores. El enorme electrodoméstico está colocado debajo de una elegante campana extractora de acero inoxidable. Apuesto a que un *chef* profesional estaría celoso de esta cocina. Estoy metiendo la mano en el gabinete lateral para tomar un sartén cuando mis ojos se posan en la superficie de la estufa.

Quemadores de gas.

Mi garganta se aprieta, cerrándose.

Escalofríos estallan y recorren mi cuerpo.

Con mi mirada pegada a la estufa, retrocedo lentamente. Cada paso tembloroso hacia atrás es precedido por una rápida exhalación de aliento. Sigo retirándome hasta que choco con una pared.

—¿Nos vas a preparar el desayuno? —susurra la pared con esa voz profunda y grave justo al lado de mi oído.

Grito, casi pegando un brinco del susto.

—¿Qué diablos, DeVille? ¿Quieres que me dé un infarto?

—No imaginé que fueras tan asustadiza.

Resoplo y rápidamente me deslizo pasando junto a él, fingiendo estar súper ocupada encendiendo la cafetera.

—¿Qué pasa con nuestro desayuno? —Arturo asiente con la cabeza hacia los huevos y el queso que dejé en el mostrador.

—No es *nuestro* desayuno. Se supone que sería el mío, pero cambié de opinión. ¿Tienes embutidos fríos o algo que pueda usar para hacer un sándwich?

—Trato de evitar los alimentos procesados. Hay algo de carne *ribeye* que puedes asar a la parrilla.

Mi mirada salta hacia los quemadores de nuevo.

—*Nop*. Realmente no tengo ganas de cocinar.

—¿Quieres que cocine la carne para ti?

—¿Y darte la oportunidad de envenenarme y deshacerte de mí por completo? Eso no pasará.

—Como gustes. —Se encoge de hombros con indiferencia.

Una vez que mi café está preparado, lo llevo a la barra de desayuno y me siento en el taburete más alejado. La ubicación me permite una vista completa de la cocina, incluida una línea de visión sin obstáculos hacia Arturo, que está hurgando en el refrigerador y sacando un montón de ingredientes. Está vestido con pantalones negros planchados y una camisa gris con los dos botones superiores

desabrochados. La cruz de oro que siempre usa cuelga de su cuello. Cada vez que se mueve y la luz del sol que entra por la ventana cae sobre la alhaja, mi mente vuelve a la habitación de Arturo. A su cama, más específicamente.

«Me refiero a la de DeVille. El dormitorio de Satanás. ¡No el de Arturo*!».*

Bebiendo mi café, finjo un completo desinterés en lo que está haciendo mientras lo observo en secreto. Se mueve por la cocina con una precisión sin esfuerzo. Cada una de sus acciones es metódica y la expresión de su rostro muestra una profunda concentración. El *steak* ya está chisporroteando en la parrilla lateral. Los pimientos morrones están cortados en tiras y el calabacín en cubos pequeños antes de arrojar todo al sartén. Después, toma una botella delgada y oscura de aceite de cocina y vierte un poco de aceite sobre las verduras.

Mientras deja el aceite a un lado, un destello de llama azul surge del quemador. Mi taza de café casi se me resbala de la mano. Aprieto los dientes y miro hacia otro lado, obligándome a permanecer sentada. Respirando profundamente para calmar mi ritmo cardíaco.

—Voy a cenar con un socio de negocios el martes —dice mientras agrega tomates *cherry* y luego revuelve la comida, condimentándola al mismo tiempo. Cuales quiera que sean las especias que esté usando se mezclan con el aroma de la carne de res a la parrilla y las verduras salteadas, y la cocina huele divinamente—. Viene de Boston. Desafortunadamente, debido a algunos compromisos personales, no pudo asistir a nuestra boda.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Me acompañarás. Y te comportarás como se debe. ¿Entendido?

—Define "como se debe". ¿Debería mantener la boca cerrada y lucir elegante? ¿O te gustaría que también buscara una pelota

cuando la lances? Ya sabes, ¿para mostrarle a tu importante socio la bien entrenada esposita que soy?

—Muy gracioso. Adriano Ruffo forma parte de la élite de la sociedad italiana, Tara. También se ha convertido en nuestro principal contacto con la *Cosa Nostra* de Boston en el proyecto de construcción en el que estamos trabajando juntos.

—¿*Oh*? ¿Es un príncipe o algo así? ¿Debería hacer una reverencia cuando lo conozca? Besarle la mano o…

—¡No le besarás nada! —revira Arturo.

Suena un chisporroteo ruidoso y sonidos como estallidos de la estufa, probablemente por el chorrito de aceite o un poco de grasa golpeando el quemador. A pesar de conocer la causa probable, aun así, mis ojos se dirigen a la estufa, buscando ansiosamente las llamas naranjas gigantes de un infierno que se extiende hacia mí. Pero no hay nada allí excepto la pequeña llama azul.

—Malditos tomates mojados —refunfuña Arturo, concentrándose de nuevo en el sartén—. Y no, Adriano no es un príncipe. Pero su bisabuelo fue un duque. Adriano es propietario de una de las empresas de transporte más grandes de los Estados Unidos. Estamos considerando proponer una colaboración adicional, centrada en su flotilla de camiones. Otro vínculo entre New York y Boston.

—¡Imagínate eso! ¿Está casado?

—¿Por qué?

—¿De verdad necesitas preguntar? —Inclino mi taza de café, tratando de obtener las últimas gotas—. Un duque. Y uno muy rico, cabe mencionar. Es como si un héroe de una de mis novelas hubiera cobrado vida. Con suerte, todavía estará disponible dentro de un año, una vez que sea una mujer felizmente divorciada, claro.

¡Bang!

Me estremezco.

—¡Adriano es viudo! —brama Arturo mientras cierra de golpe la puerta de un armario—. Su esposa murió trágicamente hace apenas unos meses. Así que, asegúrate de guardarte esos comentarios cuando lo conozcas. ¿Entiendes, Tara?

—*Guau, guau.* —Sonrío.

Mi maridito me lanza una mirada enojada mientras sirve la comida. Luego, trae los platos a la barra de desayuno y los coloca con fuerza sobre la superficie de madera entre nosotros.

—Come. ¿O quieres que te traiga croquetas? Solo avísame si prefieres una marca en particular.

Me inclino sobre la barra, invadiendo su espacio.

—Prefiero comer comida para perros que cualquier cosa que hayas preparado, querido.

—Bueno, en ese caso… —Con una sonrisa de satisfacción en su rostro, toma el plato que era para mí y transfiere la deliciosa comida al suyo.

El aroma divino invade mis sentidos. Verduras salteadas. Carne a la parrilla. Algo picante y dulce. La saliva se acumula en mi boca y cada inhalación es prácticamente una tortura. Mi última comida decente fue ayer por la mañana. Y después de esa maldita boda, la comida era lo menos que estaba en mi mente. Bajé las escaleras alrededor de la medianoche y tomé un plátano de un tazón de fruta de la sala, pero eso fue todo.

—¿Estás segura de que no quieres un poco? —Satanás pregunta mientras clava un trozo de carne jugosa y se lleva el tenedor a la boca. Sus movimientos son lentos y deliberados. Burlándose. Me está provocando a propósito.

—No tengo hambre de nada que me ofrezcas, DeVille. —Golpeo mi taza de café vacía contra la barra de desayuno y dejo al imbécil con su increíble comida, retirándome por principio mientras mi estómago se revuelve en protesta.

Capítulo 13

Tara

—¿Oye, Greta?

El ama de llaves deja de esponjar los cojines en el sofá y me mira por encima del hombro. El sonido bajo de una interpretación de una canción francesa suena desde uno de los auriculares que cuelgan de la banda alrededor de su cuello.

—Señora DeVille. ¿Puedo ayudarla con algo?

—*Um*, sí. —Junto mis manos detrás de mi espalda—. Me preguntaba si… ¿Serías tan amable de prepararme el almuerzo?

Ella parpadea confundida.

—Bueno, por supuesto. ¿Qué le gustaría comer?

—Cualquier cosa casera sería genial. No soy exigente. —Le sonrío tímidamente.

Durante los últimos dos días, he estado viviendo de plátanos y queso. Supongo que podría haber pedido comida a domicilio o pedirle a Riggo que me llevara a algún lugar donde pudiera conseguir una comida de verdad, pero no quería que DeVille se enterara y que hiciera preguntas al respecto. Lo último que quiero es tener que explicarle a ese idiota que le tengo mucho miedo al fuego. Cualquier tipo de fuego, en realidad, pero especialmente el tipo asociado con las estufas de gas. No necesito que piense que soy un caso perdido.

—Puedo prepararle un plato de pasta simple rápidamente. ¿O le gustaría también acompañarla con algo de carne? Llevaría un poco más de tiempo prepararla, pero…

—La pasta suena increíble. Gracias.

Sigo a Greta a la cocina, luego me siento en mi lugar favorito en el desayunador. Alguien movió el tazón de fruta de la sala, dejándolo en el mostrador justo al lado de la máquina de café. Tan pronto como noto ese hecho, aparto la mirada del racimo de plátanos frescos. Si no veo ninguno en la próxima década, será demasiado pronto.

—*Oh*. El señor DeVille debe haberle leído el pensamiento —dice Greta alegremente mientras mira debajo del papel de aluminio que cubre una bandeja para hornear profunda que está sobre la estufa—. Lasaña de carne. Y todavía está caliente. Le serviré un poco de esto.

—Absolutamente no —gruño, luego me aclaro la garganta rápidamente—. Quiero decir… No, gracias. No soy fan de la combinación de dos salsas. ¿Podrías hacerme otra cosa?

¡Mentiras! Me encanta la lasaña. Las capas de pasta, carne y queso… Jesucristo, puedo sentir cómo babeo.

—*Oh*, es una pena. Debería compartir eso con el señor DeVille. Es muy apasionado cuando se trata de comida, ¿sabe? Francamente, nunca he conocido a un hombre que disfrute cocinar tanto como él. Aparte de en ocasiones especiales, cuando el *catering* es más conveniente, siempre prepara sus propias comidas. Sin alimentos procesados, por supuesto. Sin sabores artificiales. Solo ingredientes frescos y orgánicos. No encontrará bocadillos de comida chatarra ni nada por el estilo en su cocina, eso es seguro.

—Me he dado cuenta —gruño. *Maldito psicópata*.

—Una vez, cuando fue anfitrión de una cena de negocios aquí, se negó a servir una orden completa de una docena de langostas, todo porque no estaban bien preparadas. Así que hizo que uno de los hombres condujera a una hora de distancia, a un lugar que el señor DeVille aprueba, y trajera mariscos frescos, que procedió a cocinar él mismo.

—Suena exactamente como él. —Un perfeccionista obsesivo —. ¿Y dónde está el gran *chef* ahora?

—*Oh*, se levantó a las seis en punto y se dirigió a la oficina poco después. Algo sobre algunos permisos que debían renovarse lo antes posible. Regresó hace un par de horas, pero justo antes de que usted bajara, lo vi volver a subirse a su enorme coche y marcharse con Riggo. —Hace un sonido de desaprobación como una madre inquieta en lugar de una empleada hablando de su jefe—. Estoy preocupada por el señor DeVille. Ha estado trabajando mucho estos últimos meses. Siempre en movimiento. No es saludable. Siempre ha sido incansable en su dedicación a su trabajo, pero ni siquiera él puede funcionar con tan poco sueño. Y le dije esta mañana que necesita ver a un médico por esa tos que tiene. ¿Pero sabe qué fue lo que dijo? Que no tiene tiempo. —Greta sacude la cabeza como si todo esto fuera una grave tragedia y me da una taza de café.

Después de quedarme despierta hasta tarde anoche, editando el último manuscrito de Sienna, definitivamente lo necesito. Dormir demasiado no es algo normal para mí, pero funcionó de maravilla porque no necesité fingir esta vez. Sin embargo, mi cerebro todavía estaba bastante aturdido cuando por fin me levanté. Cuando creí escuchar algunos sonidos amortiguados como ladridos y sibilancias, los descarté como ruidos imaginarios o al azar. *Hmm*, debe haber sido Satanás, tosiendo a todo pulmón. Como sea. Puede morirse, en lo que a mí respecta.

—Se sabe que los hombres son testarudos. —Me encojo de hombros, sin tener una mejor respuesta para ella.

—¿Tal vez usted podría hablar con él? Con usted aquí ahora, seguramente pasará más tiempo de calidad en casa, ¿verdad? Ustedes podrían ir al cine. O incluso ver un espectáculo de Broadway. Un picnic en el parque siempre es agradable. —Levanto una ceja. Un picnic. ¿Con Satanás DeVille?—. O… tal vez no un picnic. En realidad, al señor DeVille no le gustan.

Pongo los ojos en blanco. ¿Hay algo que le guste al señor DeVille?

—Lo tendré en cuenta.

—Aquí tiene. *Cacio e pepe.* —Greta pone un plato frente a mí —. Es la receta de mi *nonna*. Espagueti con pimienta negra y *Pecorino* Romano. Espero que le guste.

—Muchísimas gracias, Greta. Eres un ángel.

—*Oh,* no es nada. Casi nunca puedo cocinar aquí, ya que el señor DeVille se encarga de eso él mismo. Si gusta, puedo mostrarle cómo prepararlo la próxima vez.

Mis ojos se dirigen a la estufa, pero rápidamente los desvío.

—*Um*… No soy muy buena cocinera. Soy algo desastrosa, en realidad. Así que, ¿podrías prepararme algo mañana también?

—Absolutamente. No es ningún problema en absoluto.

Greta se coloca los auriculares y desaparece a la vuelta de la esquina. Tan pronto como se va, empiezo a meterme en la boca bocado tras bocado. El espagueti sencillo mezclado con una salsa de queso y pimienta con mantequilla es… diferente. No *del todo* desagradable. Simplemente hay algo raro en ella. Aunque realmente no me importa. Después de dos días de opciones limitadas, estoy muy agradecida por algo de comida "de verdad". Pero mi mirada sigue desviándose hacia la bandeja de lasaña de Arturo, y mi nariz se siente tentada por el aroma celestial del platillo.

¡No importa! No lo voy a tocar, no lo haría incluso si fuera lo último que quedara en la tierra para comer. ¡No puedo! Sabiendo que Satanás la preparó… para mí… ¡Eso es impensable! Demasiado íntimo, en mi opinión.

Ser parte de una pareja que cocina el uno para el otro es una de las nociones románticas que siempre he querido experimentar. Significaría que ambos nos tomamos el tiempo para conocer los gustos del otro. Que compartimos una conexión profunda y significativa, infinitamente más intensa de lo que jamás pretendí tener con DeVille. Así que no dejaré que ese hombre me robe otro momento especial: que mi *verdadero* esposo me prepare la comida. Eso, lo atesoraré y lo guardaré para mi matrimonio *real*, no para esta farsa que actualmente me veo obligada a vivir.

No permitiré que Arturo DeVille destruya otro preciado sueño mío. No dejaré que me lo quite. Ceder no es una opción. Porque algunas cosas tienen un sabor demasiado amargo, aunque prometen ser dulces.

***

—Rayos. —Bajo el taladro y observo los resultados de mi trabajo. Hay exactamente doce agujeros poco profundos en la pared, todos a unos dos centímetros de distancia entre sí, pero ninguno es lo suficientemente profundo como para atornillar.

Después del almuerzo, una vez que terminé de editar mi proyecto, decidí abordar mi próximo desafío. Armar el librero para exhibir mi colección de ediciones especiales. Lo trasladaron aquí desde mi habitación en casa de Drago, pero permaneció empujado en la esquina de mi nueva habitación durante los últimos dos días, esperando que encontrara un lugar ideal para él. Y lo hice. El tramo de pared entre los dos ventanales franceses es perfecto. Sin embargo, dado que el librero mide más de un metro ochenta de altura, debe anclarse para que no se caiga. No hay problema. Le pedí a Greta que me buscara un taladro.

—Esta maldita pared debe estar hecha de concreto —me quejo y presiono el gatillo de la herramienta eléctrica nuevamente—. Pero me he enfrentado a enemigos más viles en mi vida y he vencido.

El intento número trece resulta ser tan desafortunado como debería haber esperado. La broca encuentra algo justo debajo de la superficie y, debido a un contragolpe inesperado, termino haciendo un corte a lo largo del panel de yeso. La herramienta se me resbala de la mano y cae al suelo con un fuerte ruido sordo. Y, debido a que activé el bloqueo del gatillo cuando mi mano comenzó a cansarse, el taladro sigue vibrando a través de la alfombra como una criatura convulsionándose.

—¿Qué diablos estás haciendo, mujer? —Retumba una voz masculina detrás de mí.

—¿No es obvio, DeVille? —Me doy la vuelta para poder enfrentarme al intruso.

Me muevo demasiado rápido y el banquillo que estoy usando se tambalea debajo de mí. Aviento un chillido y me agarro al panel de cortinas cercano para estabilizarme. Inmediatamente, un breve crujido y luego un chasquido agudo emanan de algún lugar sobre mí. Ocurre una fracción de segundos antes de que toda la barra de la cortina se desprenda de la pared y vuele hacia mi cabeza. Me estremezco y grito, cerrando los ojos. Preparándome para lo inevitable. Antes de que la idea de la autopreservación entre en mi mente, dos brazos fuertes me envuelven y me alejan.

—Tú —sisea la voz profunda e irritada junto a mi oído—, eres un desastre andante, Tara. ¡Un peligro para ti misma!

Entreabriendo mis párpados con cautela, me encuentro cara a cara con mi esposo furioso. Me acuna en sus brazos, fulminándome con su mirada. Hay una gran roncha roja en su frente, justo encima de su ceja. De pronto me inunda una preocupación por su bienestar. *¡Esa maldita vara lo golpeó!* Pero casi de inmediato se disipa cuando finalmente asimilo sus palabras.

Un desastre andante.

No es como si no me hubieran llamado de peores maneras que eso a lo largo de mis diversas relaciones. *Tonta. Despistada. Melodramática. Desquiciada*. Por nombrar solo algunas. Así que no sé por qué el que Arturo me llame por una más me golpea tan fuerte. *DeVille.* Quise decir DeVille.

—Bueno, gracias, cariño. ¡Me alegro de que me tengas en tan alta estima! —Me zafo de su abrazo y me agacho para buscar el maldito taladro entre la montaña de cortinas blancas destrozadas. La maldita cosa sigue vibrando—. ¡Mierda!

—Tara —gruñe Satanás.

—Solo… déjame en paz.

—Te vas a lastimar. Déjame… —Estalla en un ataque de tos, sonando genuinamente horrible.

Dejo caer el borde de la cortina y entrecierro mis ojos hacia él.

—Deberías escuchar a Greta y hacerte un chequeo.

—¿Tienes miedo de terminar como una joven viuda, *Gattina*? —Otro ataque de tos lo supera. Entierra su cara en el hueco de su codo hasta que puede volver a respirar profundamente—. Estoy bien.

Localizando el taladro debajo del material apilado, se acerca para inspeccionar mi obra maestra.

—¿Estabas tratando de hacer un agujero para otra ventana aquí o algo así?

—El taladro seguía golpeando… lo que sea. —Volteo la mano hacia la pared—. Y no la atravesaba.

—¿Así que lo intentaste una docena de veces?

—En realidad, fueron trece.

DeVille sacude la cabeza. Una sonrisa torcida juega en sus labios mientras aparta el taburete del camino. Le toma solo unos segundos perforar el agujero que he estado luchando por hacer durante casi una hora. Le lleva aún menos tiempo crear otro sobre el otro sitio marcado con una X.

—Listo. —Extiende su mano— ¿Anclas?

—¿Qué?

—Las cosas de plástico que encajan en los agujeros. Mantienen los tornillos adentro.

—*Oh.* —Me arrodillo junto a la caja de herramientas que me dio Greta y hurgo en ella—. No esperaba que supieras cómo hacer estas cosas de remodelación casera manualmente.

—¿Por qué no?

Levanto una de mis cejas mientras lo observo. Incluso con las mangas de su camisa dobladas y mientras sostiene un taladro, de alguna manera se las arregla para parecer sofisticado.

—Simplemente no pareces de ese tipo —indico, volviendo mi atención a encontrar lo que necesito en la caja de herramientas. Finalmente, veo las cositas de plástico naranja y tomo un par—. Toma.

DeVille extiende su mano hacia mí, pero en lugar de tomar lo que le ofrezco, su brazo serpentea alrededor de mi cintura y me atrae hacia él. Mi pecho choca con el suyo, sacándome el aire de los pulmones.

—¿Y de qué tipo parezco, Tara? —pregunta, inclinándose.

—Uno demasiado arrogante. Uno que nunca se rebajaría al trabajo manual duro y práctico.

—*Mmm*. Puedo asegurarte de que disfruto del trabajo *duro* y nunca le he rehuido a nada que requiera esfuerzo *manual*. También soy muy hábil en una variedad de técnicas. Especialmente del tipo carnal.

Hay un brillo perverso en sus ojos mientras sostiene su declaración. ¿Está insinuando…?

¡*Oh*, Dios mío!, ¡lo está haciendo!

Un escalofrío se abre paso a través de mi cuerpo, y una necesidad profunda y palpitante se instala en mi centro. Me muerdo el interior de la mejilla, tratando de eliminar las imágenes mentales de Arturo poniendo en práctica *sus esfuerzos manuales*. Específicamente, sus dedos en mi coño. Mi clítoris late con anticipación, y no puedo evitarlo… Se me escapa un suspiro.

Su mirada llena de deseo cae instantáneamente en mis labios. Sin pensar en lo que estoy haciendo, me encuentro inclinándome más hacia él. Más cerca de esa boca sensual suya. Atraída magnéticamente, como si sus ojos tuvieran el poder de convocarme. Respiro profundamente, inhalando su aroma. Estimulante. Seductor. Adictivo. Su labio inferior apenas se posa sobre el borde del mío, y

cada uno de mis pensamientos racionales sale volando directamente por la ventana.

Envuelvo mi brazo alrededor de su cuello y lo atraigo hacia mí, capturando ese tentador labio suyo con el mío.

Me devuelve el beso. El aliento caliente me abanica la cara a la par que me aplasta contra él. Mientras toma mi boca sin piedad y me devora como un hombre hambriento en un festín que ha esperado por mucho tiempo. La fragancia de especias de su colonia juega con mis sentidos mientras lo contrarresto beso por beso.

Su mano se arrastra hacia abajo, apretando mi trasero, haciendo que mi necesidad sin sentido se dispare en un…

El calor de su palma se detiene sobre mi nalga. Y, de alguna manera, esa repentina falta de movimiento es un chorro de agua fría sobre mi piel acalorada. Mis ojos se abren de golpe. Chocando con profundidades de color chocolate. Nos miramos el uno al otro, ambos tratando de recuperar el aliento.

Una fracción de segundo.

Luego, como si hubiéramos sido electrocutados, él y yo nos separamos. Forzando varios metros entre nosotros.

—*Umm*… —Miro hacia otro lado, sin querer enfrentarlo. Reacia a volver a mirarlo a los ojos—. Necesito encontrar esa ancla de pared que se me cayó.

—Sí. Bien. Está bien.

Arturo asiente con la cabeza, evitando verme a los ojos cuando le paso la cosita después de verla en el suelo. Mi propia vista no se aventurará a acercarse a la suya, pero probablemente no por la misma razón.

¿En qué diablos estaba pensando? ¿Besarlo?

Rayos. Nunca me dejará olvidar eso.

—Eso es perfecto —determina, deslizando el ancla en su lugar.

Continúa trabajando completamente imperturbable. No sobre lo que acaba de suceder entre nosotros. Ni por mancharse su traje elegante de polvo de paneles de yeso. Como si su elegante atuendo de negocios fuera simplemente una parte de quien es y no de lo que usa, el hombre progresa rápidamente hundiendo las anclas en sus agujeros. Luego, desliza el librero pesado en su posición y finalmente asegura los soportes del estante a la pared con tornillos. Hace que todo parezca fácil y sin esfuerzo. Realizar tareas manuales sin sudar.

—Listo. Acabé. —Hace un gesto hacia el librero y, recogiendo la caja de herramientas, se dirige a través de la habitación como si no nos hubiéramos besado hace unos momentos.

Al llegar a la puerta, lanza una rápida mirada por encima de su hombro.

—Espero que no hayas olvidado nuestros planes para esta noche.

—¿Qué planes? —Exhalo.

—Nuestra primera aparición pública como marido y mujer. Como te dije, iremos a encontrarnos con Adriano Ruffo, así que asegúrate de revisar cada cláusula de nuestro acuerdo para instrucciones específicas sobre cómo presentarte como mi esposa. Y que no se te olvide sonreír.

Arturo

—Sí, la primera fase se está llevando a cabo según lo programado. El pequeño contratiempo debido a la confusión por parte de la ciudad con nuestro papeleo fue en un proyecto no relacionado. —Me llevo la copa de vino a los labios y me trago todo el contenido.

Adriano Ruffo se recuesta en su silla, observándome con ojos de halcón. Esta es la primera vez que conozco al hombre en

persona, aunque he escuchado varias cosas sobre él durante años. Principalmente a través de los rumores que corren desenfrenados dentro de la *Cosa Nostra*.

Habiendo conocido a Spada, esperaba que su contacto directo tuviera un aire similar. Rudo, temperamental y al borde de estar completamente loco.

Ruffo no es para nada así. En realidad, es el polo opuesto de su Don. Calmado. Culto. Civilizado. Nada en él es exagerado y, sin embargo, parece un hombre que usa el poder como una segunda piel. Tiene poco más de cuarenta años. Cabello negro, con un toque de gris en las sienes. Su altura podría ser la única similitud entre Ruffo y Spada. De hecho, el lugarteniente de Boston puede incluso tener unos centímetros más que su jefe. En general, aunque todas las apariencias externas lo hacen lucir del tipo corporativo, tiene una complexión que dice que podría defenderse en una pelea. Y con eso, probablemente pueda elegir entre muchas mujeres, a pesar de tener algunos kilos de más.

Nada sobre el hombre sentado frente a mí insinuaría su alto estatus dentro de la *Familia* de Boston. Por lo que puedo ver, no está armado. No hay tinta visible en ninguna parte de él. Tampoco le gustan las joyas llamativas que muchos de mis compañeros italianos tienden a preferir. Cualquiera que lo mirara lo consideraría un hombre de negocios rico, pero ordinario. Y tengo la sensación de que eso es exactamente lo que quiere proyectar. Las gafas de montura negra que usa refuerzan esa imagen.

—Estoy feliz de escuchar eso, DeVille. —Él hace ese suave movimiento de cabeza para transmitir que está prestando atención —. Como sabes, este proyecto en particular es muy importante para nuestra *Famiglia*, y esperamos sinceramente que todo se desarrolle sin problemas. Tal como le aseguraste previamente a Don Spada que sería durante tu reunión con él.

—Me alegra que nuestras dos organizaciones reconozcan que este proyecto es crucial, no solo por su valor sino también por su

importancia para nuestra colaboración continua. Como ya he dicho, continuarán recibiendo actualizaciones periódicas.

—Excelente. —La mirada de Ruffo se desliza hacia Tara, que está sentada a mi derecha—. ¿A tu esposa le gustaría algo más, tal vez? Ni siquiera ha tocado su comida.

—¿Tara? —Me cuesta mucho mantener mi rostro inexpresivo. El esfuerzo es colosal, igual que cómo me he controlado durante los últimos veinte minutos. ¡Un solo error y la estrangularé hasta matarla!—. ¿Hay algo malo con tu comida, *Gattina*?

Su sonrisa es tan grande como la del gato *Cheshire*. Y sus ojos están tan abiertos que prácticamente sobresalen de una cara que está completamente congelada en un gesto de felicidad caricaturesca. Parece demente. Inclinando la cabeza, me sonríe locamente. Ha estado usando esta expresión estúpida desde el momento en que pusimos un pie en este restaurante. ¡No se la ha quitado ni por un segundo en toda la puta noche!

—Se ve increíble, cariño —dice sin mover los dientes. Esa maldita sonrisa permanece en su lugar—. Simplemente no tengo hambre.

—Llamemos al *chef*. Tal vez pueda preparar algo más del agrado de la señora DeVille. —Ruffo hace una seña con la mano apenas perceptible y, en cuestión de segundos, cuatro camareros, un *maître* y el *chef* aparecen de la nada junto a nuestra mesa. Se alinean como soldados esperando una inspección, con las manos entrelazadas detrás de la espalda—. Por favor, ordene lo que se le antoje, señora DeVille.

Tara mira al personal reunido, luego dirige su atención a Ruffo. Su sonrisa ya increíblemente amplia crece aún más.

—No me gustaría ser una molestia. Tal vez haya otros clientes que estén esperando sus comidas.

—Ninguna molestia en absoluto. Alojarme en hoteles no es lo mío, así que compré todo el *resort* antes de esta reunión. Somos los únicos aquí, como puede ver. Siéntase libre de pedir lo que quiera.

—*Oh*, eso es muy amable de su parte.

Su voz es como el canto de un pájaro. Dulce. Encantadora. Juguetona. Ella nunca ha usado ese tono conmigo.

Me duele la mandíbula por lo fuerte que la tengo apretada. Los celos arden dentro de mí como un infierno.

—Nunca he conocido a un caballero como usted, señor Ruffo —agrega.

¡Ya basta! Me levanto tan bruscamente que mi silla casi se vuelca.

—Mis disculpas por acortar esto. Tenemos un compromiso previo al que debemos asistir esta noche.

—Por supuesto. —Ruffo se pone de pie y me ofrece su mano —. Espero con ansias nuestra próxima reunión. Con suerte, tendremos la oportunidad de discutir esa oportunidad adicional de colaboración que mencionaste. Estoy ansioso por saber cómo mi red de transporte podría fortalecer los lazos entre nuestras *Familias.*

—Estoy seguro de que lo haremos. —En lo que a mí respecta, ahora puede meterse su negocio de camiones por el culo.

Envuelvo mi brazo alrededor de la cintura de Tara y prácticamente la arrastro fuera del lugar.

Unos cuantos gruñidos guturales y un garrote de aspecto amenazante, y pasaría por un neandertal en un abrir y cerrar de ojos.

—Fuiste excepcionalmente grosero —comenta Tara mientras cruzamos el estacionamiento casi vacío, ocupado solo por dos vehículos esencialmente idénticos. El mío y el de Ruffo, supongo—. Y yo que estaba haciendo todo lo posible para parecer tan obediente y dócil tanto como pude —continúa.

—Sí, claro.

—Obviamente, nada te satisface, DeVille. Seguí todas las instrucciones que me diste. Hasta el más mínimo detalle. Llevo un vestido de moda hasta los tobillos. Muy poco maquillaje. No

pronuncié una palabra hasta que me hablaron directamente. Y cuando lo hice, ni una sola palabrota salió de mis labios. Hablando de eso… Mantuve la sonrisa obligatoria siempre presente.

—Estoy seguro de que tus músculos faciales se acalambrarán por toda esa sonrisa falsa. —Le abro la puerta trasera del BMW, permitiéndole deslizarse detrás del conductor—. Te veías ridícula, por cierto.

—Me alegro. —Ella me sonríe entonces. Esta vez no es falsa. Esta sonrisa es genuina y deja en claro lo que no dijo. *Vete a la mierda, DeVille*.

Cierro la puerta de golpe una vez que ella está adentro y me dirijo al otro lado del vehículo con la sangre hirviendo en mis venas. De alguna manera, mi querida esposa ha encontrado los planos de todo lo que me hace enfurecer. Ella sabe exactamente qué nervio mío tocar para hacerme perder la maldita cabeza. En más de un sentido.

¿Qué diablos me poseyó para besarla antes? ¿O ella me besó? No lo recuerdo, joder. No había nadie para quien tuviéramos que actuar. Nadie a quien necesitáramos engañar con nuestros besos. Aun así, mi cerebro debe haber sufrido un cortocircuito. Lo único que recuerdo es el deseo incesante. Por ella. Quería devorarla. Consumirla. Quería dejarme llevar. Darme un gusto. Complacerme.

¿Qué carajo?

Me acomodo en mi asiento, inmediatamente meto la mano dentro del bolsillo de la puerta para buscar la botella de ibuprofeno que puse allí ayer. Toda esta semana me he sentido fatal, y esta mañana, una opresión y un dolor se asentaron en mi pecho. ¿Quizás son las píldoras las que están causando mi comportamiento? Debo haber tomado demasiadas en las últimas veinticuatro horas. Sí, eso tiene que ser.

Saco una botella de agua del portavasos y me tomo dos pastillas más.

—¿Ahora consumes drogas? —Tara refunfuña a mi lado.

—Sí. Un hombre necesita estar completamente drogado para pasar tiempo en tu encantadora presencia.

Los ojos de Tara brillan con sorpresa, y tal vez un poco heridos, antes de mirar rápidamente hacia otro lado, enfocándose en algo más allá de la ventana. Aunque está tratando de ocultar su reacción, no me pierdo el ligero temblor de su labio inferior. *Mierda.* Cada vez que me permito sentir esta loca atracción hacia mi esposa, mi instinto de supervivencia se activa y me convierto en el peor tipo de imbécil. Del tipo que necesita vomitar tonterías para desviar la atención y volver a alinearme.

Aprieto mis sienes, sintiéndome como el idiota absoluto que soy.

—Solamente son analgésicos de venta libre, por el amor de Dios. Yo solo…

—Realmente no me importa —resopla.

—Tara…

—¿Podemos pasar el resto del camino en silencio? —suspira —. Por favor

—Bien. Como sea.

Saco mi teléfono para comprobar cuánto tiempo tardaremos en llegar a casa. Casi una hora, según el GPS. Con Ajello controlando la ciudad de New York, este *resort* de golf y *club* campestre para la élite ha sido elegido con frecuencia como lugar para reuniones. Dado que se encuentra fuera de las fronteras de nuestro territorio, es lo más cerca que podría estar un miembro de otra *Familia* sin el permiso expreso de nuestro Don. Pero su ubicación remota es también la razón por la que Adriano Ruffo debe haber podido comprar el establecimiento en primer lugar sin incurrir en la ira de Ajello.

Agarrando mi *laptop* de la consola lateral, la coloco en mi regazo para comenzar a revisar los correos electrónicos que llegaron en las últimas horas. Hay más de una docena que necesitan mi atención inmediata. Primero respondo al de Ajello, con un informe

sobre los cargamentos de drogas del próximo mes, luego paso a revisar los bocetos conceptuales presentados por nuestra firma de arquitectura. A veces, este maldito trabajo se siente como si fuera un CEO de *Fortune 500* en lugar del subjefe de una familia criminal de New York.

Trabajo durante casi media hora, tomando notas sobre los cambios que me gustaría ver. Las píldoras finalmente han hecho efecto, disminuyendo el dolor en mi pecho y el martilleo en mis sienes. Sin embargo, incluso sintiéndome un poco mejor, todavía me cuesta concentrarme en lo que estoy haciendo. Y todo eso es gracias a Tara. Mi esposa, que ha estado deprimida en silencio en el asiento a mi lado.

Por enésima vez, mis ojos se dirigen hacia ella.

—¿Por qué no comiste nada? —Cierro la computadora portátil y vuelvo a deslizar el dispositivo sobre la consola—. Ese *steak* estaba decente.

—No puedo seguir sonriendo mientras como. Y fuiste inflexible sobre ese requisito en eventos sociales en nuestro acuerdo.

—Cristo. Te prepararé la cena cuando lleguemos a casa. ¿Disfrutaste la lasaña?

—No la he tocado. Greta tuvo la amabilidad de prepararme algo más.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ya te lo dije, DeVille. No comeré nada de lo que prepares, por principio.

Mi nariz se ensancha. No entiendo por qué esto me molesta tanto. ¿Qué me importa si prefiere devorar comida para llevar o basura procesada? Sin embargo, me importa. Me irrita mucho. En lugar de dormir un poco después de mi reunión temprana esta mañana, pasé más de una hora preparándole lasaña casera. Y quería que le gustara, maldita sea.

—¿Piensas morir de hambre, entonces? Porque por lo que veo, no sabes cocinar.

—Sí cocino. Simplemente no lo haré en una cocina donde el *feng shui* está mal. Tu estufa está cerca de la esquina noroeste. ¿Tienes idea de que eso es de muy mala suerte? Me niego a tocarla. —Cruza los brazos sobre su pecho—. Greta dijo que no le molesta prepararme mis comidas. Pero si no está disponible, siempre hay comida para llevar.

¿Sí? Ya lo veremos.

Acabamos de girar hacia una carretera más ancha cuando el automóvil se sacude violentamente hacia un lado y los neumáticos chirrían cuando Riggo pisa los frenos. Los movimientos bruscos hacen que Tara se precipite directamente hacia mí. La atrapo a tiempo para evitar que se golpee la cabeza contra la ventana o sea arrojada hacia la partición de privacidad entre nosotros y el asiento delantero.

Deslizando la división hacia abajo, Riggo me mira por encima del hombro.

—Disculpe, señor DeVille —dice—. Ese vehículo frente a nosotros se derrapó y luego se detuvo repentinamente. Se les pudo haber reventado un neumático. ¿Debería ver si necesitan ayuda?

Miro hacia adelante, revisando las condiciones de la carretera a través del parabrisas. Un tipo con *jeans* y una sudadera con capucha negra está agachado junto a la llanta del lado del conductor de su camioneta negra tamaño grande. Puede que esta sea una carretera secundaria poco utilizada, al menos en esta época del año, pero el asfalto es nuevo. Sin baches ni nada que pueda causar daños repentinos a un neumático de uso rudo como los del vehículo de este tipo. Especialmente en la medida en que sería necesaria una parada abrupta. Ni siquiera se molestó en detenerse al costado.

El hombre se levanta y patea la llanta con su bota, luego voltea hacia nosotros. Con un casual encogimiento de hombros, le hace señas a Riggo para que se acerque, como si necesitara ayuda

después de todo. Mantengo mi atención en el idiota mientras meto la mano en mi chaqueta y saco mi arma.

—¿Es en serio? —Tara refunfuña junto a mi oído. No me di cuenta de que todavía la estaba sosteniendo con fuerza a mi lado—. ¿En serio vas a salir, con las armas en alto, porque un pobre tipo tiene un neumático ponchado?

—Riggo. Cuando te diga, pisa el acelerador. —Me giro para mirar a mi obstinada esposa, golpeando mi nariz con la suya en el proceso—. Tírate al suelo.

—¿Por qué?

—Porque las puertas pueden bloquear más balas que las ventanas. Abajo. ¡Ahora!

—¿Balas? —Ella parpadea dos veces confundida, luego rápidamente desenreda sus piernas de las mías y se agacha en el suelo entre los asientos—. Jodidamente genial.

Teniendo en cuenta que experimentó un ataque de pánico durante nuestros votos matrimoniales, espero que pierda la cabeza en cualquier momento. De hecho, esperaba que ya estuviera a mitad de camino, justo después de que se mencionaran las balas. Pero en lugar de ahogarse en la histeria, mi esposa simplemente se ajusta la falda y me muestra un ceño fruncido enojado. Increíble.

Amartillo mi arma.

—Acelera, Riggo.

El coche se lanza hacia adelante.

El *pobre tipo con un neumático ponchado* estira su mano hasta detrás de su espalda, sacando un arma. Al mismo tiempo, la puerta del pasajero y las dos puertas traseras se abren y otros tres tipos saltan del *pickup* justo cuando nuestro coche pasa rápidamente junto a ellos.

Los *pings* rítmicos salpican la parte trasera del vehículo mientras los tiradores nos rocían con disparos. Una de las balas rebota en el parabrisas trasero, dejando una hendidura en el vidrio a

prueba de balas. Los bastardos están usando munición antiblindaje, joder. Bajo la ventanilla y devuelvo el fuego.

—Debí haberme casado con Conrad —refunfuña Tara desde su lugar en el suelo—. Podría estar pasando un buen rato en algún lugar de Europa, disfrutando de un cóctel de camarones en este momento. No recibiendo disparos en medio de la nada.

—¡¿Quién carajos es Conrad?! —bramo mientras apunto a la camioneta que nos persigue. Un par de tipos tienen la cabeza fuera de las ventanas laterales, mientras que otro aparece por el techo corredizo. Probablemente debería agradecer que su conductor esté demasiado ocupado para dispararnos también en este momento.

—Alguien con quien salí en la universidad. Éramos una buena pareja. Su padre es un magnate del petróleo, así que Conrad solía mimarme en exceso. Pero solo nos habíamos estado viendo por un corto tiempo antes de que él me propusiera matrimonio. Entré en pánico y rompí con él. Sin embargo, todavía me llama de vez en cuando.

Aprieto los dientes y envío otra ronda de balazos al vehículo que está pisándonos los talones.

—Bueno, dile a tu mocoso magnate del petróleo que, si vuelve a telefonear a mi esposa, la próxima llamada que recibirás es una invitación a su funeral.

—¡No puedes prohibirme hablar con mis amigos!

Volteo bruscamente hacia ella.

—Por supuesto, yo…

Una bala pasa zumbando por mi cara, fallando por apenas unos centímetros. ¡Esta maldita mujer hará que me maten! Vuelvo a centrar mi atención en los imbéciles que nos persiguen, no obstante, la camioneta se ha dirigido hacia el medio de la carretera, escapando de mi línea de fuego. *Mierda.* Cambio el cargador del arma, luego me deslizo hacia la ventana opuesta, abriéndola para reanudar los disparos.

—Pensé que eras zurdo —continúa murmurando Tara—. Encaja con tu personalidad. Se sabe que los zurdos son dominantes.

—¡¿Puedes. Dejar. De. Hablar?!

—Y se distraen fácilmente. Parece que los malos nos están alcanzando. No estás haciendo un muy buen trabajo aquí, ¿sabes?

—Hay tres de ellos y... —por el rabillo de mi ojo noto que se asoma por el borde del asiento trasero—. ¡TÍRATE AL PUTO SUELO, CARAJO!

Agarro la parte trasera de su vestido, alejándola justo cuando el coche se desplaza hacia la izquierda. La fuerza del movimiento hace que ambos terminemos tumbados en el suelo del auto, y que yo aterricé sobre ella.

—¿Qué demonios te pasa, mujer? —reviro—. ¿Quieres que te vuelen tu bonita cabeza?

—¡Estoy preocupada por nuestra situación!

Más balas nos bombardean mientras Riggo cambia de carril, tratando de sacudirse a los tiradores. Necesito volver a disparar para cubrirnos, pero no puedo apartar la mirada de los labios de puchero de Tara. Me están atrayendo de nuevo.

—Nuestra situación está bastante bien —siseo entre dientes.

—¿No me digas? —responde sarcásticamente, sus ojos brillando con desafío.

Es tan jodidamente *sexy* cuando está enojada. Le quito un mechón de cabello que ha caído sobre su cara, tratando de luchar contra esta atracción gravitacional hacia ella. Esa resistencia dura dos latidos antes de rendirme al impulso.

Golpeo mi boca contra la suya, agarrando sus tentadores labios. Tal vez sea nuestra terrible experiencia, o podría ser solo el sabor de ella, pero mi mente hace un viaje inesperado por un precipicio. Nada más parece importar, excepto tener a mi esposa inmovilizada debajo de mí mientras me devuelve el beso. Los sonidos de los disparos, el chirrido de los neumáticos, los gritos

preocupados de Riggo… Todo queda ahogado por los suaves gemidos de Tara.

Una grieta penetrante explota sobre nosotros. Inmediatamente envuelvo mis brazos alrededor de la cabeza de Tara mientras llueven pedazos de vidrio roto de la ventana trasera. El coche se desvía hacia la izquierda, enviándonos a chocar con los asientos.

—¡Nos dieron! ¡Perdí el neumático trasero del lado del conductor! —grita Riggo—. Necesito orillarme antes de que perdamos el control.

Jodidamente genial. Giro la palanca debajo del asiento para liberar el compartimento oculto debajo del reposapiés expandible y saco una Uzi de mi arsenal de armas de reserva.

—No salgas del vehículo hasta que yo te lo ordene —demando mientras coloco el cargador en la Uzi—. ¿Entendiste, Tara?

—*Síp.* —Se atraganta.

—Bien. —Agarrando la parte posterior de su cuello, la atraigo hacia mí, presionando mi boca contra la suya para otro beso rápido. Luego, poniéndome de pie, abro la puerta y salgo.

El *pickup* se detuvo en un ángulo a varios autos de distancia detrás de nosotros, y tres atacantes están reunidos en el otro lado de la caja del vehículo, disparando balas en nuestra dirección. El cuarto hombre está desplomado, inmóvil, en el asiento del pasajero delantero.

Me cubro junto a la rueda trasera y desato ráfaga tras ráfaga semiautomática sobre el maletero del coche, apuntando a las cabezas de los imbéciles que sobresalen por encima de la llanta de su vehículo. Los idiotas no tuvieron suficiente sentido común para asegurarse de que su emboscada no ocurriera bajo la maldita luna llena, y ahora estamos involucrados en un jodido juego de "golpea al topo". Mi bala le da al tipo que está más lejos de mí y se sacude hacia atrás. Los otros dos se agachan rápidamente. Sigo disparando mientras salto y corro hacia la camioneta.

Estoy a medio camino de mi objetivo, disparando al tipo agachado en el parachoques trasero, cuando el otro matón rodea el capó del *pickup*, con su arma apuntándome. Una sensación de ardor explota en mi brazo cuando la bala me alcanza justo debajo de mi hombro. Sin interrumpir mis pasos, cambio la Uzi a mi mano derecha y me enfrento al tirador, justo cuando tropieza y cae al suelo.

Aleluya, joder. Por fin Riggo entró en razón y decidió unirse al tiroteo.

Giro y sigo hacia la camioneta mientras disparos constantes resuenan a mi espalda, con Riggo cubriéndome. Otro puto milagro. El chico debe haber practicado porque generalmente no puede disparar una mierda. Su técnica le haría la competencia a una mujer histérica, porque normalmente envía balas volando en todas direcciones. Como si la cantidad en lugar de la precisión fuera más importante. Hago un sonido de *Tsk*. Malditos chicos de hoy en día.

El último tirador que queda está agachado detrás del auto cuando doy la vuelta a la parte delantera del vehículo. Es el conductor, agarrando un arma. Conmigo disparando balas por un lado y Riggo haciendo lo mismo por el otro, el bastardo quedó atrapado sin ningún lugar adonde huir.

—Tira tu arma —demando, apuntando al centro de su cabeza —. Luego levántate. Lentamente.

El hombre no se mueve, solo me mira con las cejas fruncidas en una V profunda. No creo que entienda lo que dije. ¿O tal vez no soy a quien esperaba?

—El arma —repito, apuntando con la mía—. Tírala.

Sus ojos se dirigen a mi derecha, donde uno de sus camaradas muertos está tumbado en el suelo. El sonido débil del clic de una pistola amartillando resuena en mi punto ciego. Aprieto el gatillo, dándole al conductor entre los ojos, y me doy la vuelta justo cuando otro disparo atraviesa la noche temprana. El tipo que asumí que estaba muerto está medio erguido, agarrándose el cuello que le

está sangrando con ambas manos. La sangre brota como un géiser. Un arma desechada yace en el asfalto junto a él.

Hijo de puta. Hace una hora, la idea de que Riggo me salvara la vida habría sido ridícula.

—¡Buen tiro! —vocifero detrás de mí, apuntándole al hombre moribundo. El chico definitivamente ha mejorado.

—*Oh*, gracias, cariño.

Mi cabeza se mueve bruscamente hacia la parte trasera del *pickup*. Donde mi esposa está parada en medio de la carretera, apuntando con un arma al tirador ahora muerto.

Capítulo 14

Tara

—¿Quieres dejar de moverte? —Estallo.

Un gruñido bajo es la única respuesta que obtengo.

Poniendo los ojos en blanco, continúo desinfectando el hombro de Satanás. Por suerte, la bala solamente lo rozó y la herida no necesitará más que un par de puntadas. Qué pena.

—Todavía no puedes superar que un *desastre andante* te salvó la vida, *¿eh?* —Miro hacia arriba, encontrándome con la mirada entrecerrada de Arturo.

La iluminación de su baño es genial, alumbrando todos los ángulos de su hermoso rostro. Me gustan los hombres con pómulos afilados y los suyos tienen un aspecto como si fueran tallados en una piedra filosa. Y esas no son las únicas partes de él que parecen esculpidas. Con su camisa completamente desabrochada y los lados colgando sueltos y abiertos, sus pectorales cincelados están a la vista. A pocos centímetros de mi cara. Lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su piel.

Como si eso no fuera suficiente, el tipo luce un abdomen marcado. ¡Con ocho músculos! Pensé que eso era solo un mito. Tenía que ser el mismo diablo quien pervirtiera mi realidad. Realmente es una pena que alguien tan hermoso sea un idiota tan irritable.

—¿Y bien? —insisto—. ¿Es por eso por lo que has estado de mal humor durante la última hora? Lo entiendo completamente. Debe ser un golpe terrible para tu enorme ego, cariño.

Otro gruñido, seguido de un resoplido. Tal vez su garganta esté en carne viva después de todos los gritos. Mientras

esperábamos la llegada de la caballería, tuve que soportar su ataque de furia. Allí mismo, en medio del camino desolado.

Fue más o menos como me lo esperaba, aunque con un giro inesperado. Muchos, *¿estás completamente demente, carajo?* Algunos, *¿Qué diablos te poseyó?* Seguido de un sorprendente, *¡Podrías haber salido herida!* Dudo seriamente que este último fuera por una preocupación real por mi bienestar. Satanás probablemente estaba enojado por lo cerca que estuvo de tener que explicarle a Drago mi repentina imitación de un queso suizo. *Si* se diera la situación. Pero no fue así, así que ahora me toca lidiar con el oso petulante.

Aunque sí cedió y me dio su chaqueta cuando notó que temblaba de frío. Eso fue algo asombroso, considerando el momento. Pensé que, dado que ya estaba inspirado, también me regañaría por olvidarme una vez más de traer mi abrigo. No lo hizo. Pero sí me dejó bien claro que, a partir de ese momento, pondría a la *Familia* en "alerta máxima" y que no se me permitiría ir a ningún lado sin un equipo de seguridad. Luego, se calló y no dijo una palabra más. Ni mientras sus hombres descendían sobre nosotros, ni durante todo nuestro viaje a casa. Fue un poco desconcertante, en realidad.

Miro hacia otro lado y jalo la tela de su camisa.

—Necesitas agacharte. No alcanzo el…

Arturo envuelve su brazo ileso alrededor de mi cintura, levantándome sobre la encimera del baño.

—Supongo que eso también funciona. —Armada con una aguja e hilo del botiquín de primeros auxilios, me concentro en la herida en su piel—. ¿Estás seguro de que no tienes nada de anestesia local?

En lugar de responder, agarra la botella de *whisky* que dejó junto al lavamanos antes y se toma un enorme trago directamente de la botella. Eso explica por qué nos desviamos a la cocina antes de que subiéramos las escaleras, supongo.

Respiro profundamente, pellizco los lados de la herida e inserto la aguja en su piel. Él ni siquiera se inmuta.

—¿Tu hermano te enseñó a disparar? —Su voz profunda en los confines del baño casi hace que me sobresalte.

—*Oh,* ¿ahora me hablas? —Levanto una ceja—. Sí, Drago me enseñó. ¿Tú les enseñaste a tus hermanas?

—Por supuesto que no. Las mujeres no deberían manejar armas de fuego.

—"*Las mujeres no deberían manejar armas de fuego*" —digo en mi mejor imitación de su voz—. Jesucristo, escúchate.

Gruñe de nuevo, y los músculos de su mandíbula se tensan.

Apenas puedo contener mi risa. ¿Qué pensaría si supiera que Sienna es casi tan buena con un arma como yo? ¿Debería decírselo? ¿Solo para molestarlo un poco más?

Mis ojos vagan por el antebrazo derecho de Arturo. La manga de su camisa está rota en varios lugares y saturada de sangre. Se lastimó mientras me protegía con sus brazos cuando el parabrisas trasero explotó. Nadie que conozco, aparte de mi hermano, habría estado dispuesto a hacer eso. Por mí. Ponerse en peligro para *salvarme*. Ciertamente no los perdedores con los que he salido antes.

—Esto ya está. —Ato el hilo tal como Keva me enseñó y asiento con la cabeza hacia su brazo derecho—. Veamos esas cortadas ahora.

—Están bien.

Me encojo de hombros.

—Como sea. Si se infectan y terminas con gangrena, los médicos simplemente te cortarán el brazo. Pero supongo que eso no es un problema ya que eres ambidiestro, ¿verdad?

Sus ojos se entrecierran muchísimo en tanto me observa. Esa mirada diabólica me mantiene hipnotizada mientras se quita

lentamente la camisa y la tira al suelo. Luego, extiende su brazo, colocando su palma en el espejo detrás de mí.

De repente, mi garganta se siente seca, pero trato de tragar, sintiéndome casi intoxicada por su proximidad. La necesidad de envolverlo con mis brazos y apoyar mi frente en su pecho es casi insoportable. Necesito ese contacto. Necesito sentir los latidos de su corazón. Necesito estar segura de que él… no está muerto.

El peligro para mí durante esa persecución y tiroteo no fue prácticamente nada comparado con el peligro en el que se puso voluntariamente. Enfrentándose a cuatro hombres armados. ¡Solo! Lejos de la cubierta de nuestro vehículo. ¡Idiota!

Casi me da un maldito infarto al ver a Arturo correr hacia los atacantes. ¿Acaso cree que es indestructible? ¿Un maldito superhéroe? Los gritos de Riggo para que me agachara fueron en vano. No podía apartar los ojos del tonto intrépido. No podía moverme, no podía respirar. Demasiado aterrorizada de que una bala le diera. Corrió a través de una tormenta llena de ellas. Y luego lo vi. El impacto y su ligero tirón cuando una lo atravesó.

Fue entonces cuando mi corazón dejó de latir. Cuando el aire abandonó mis pulmones. Cuando un grito silencioso atravesó mi cabeza hasta que finalmente noté que todavía se estaba moviendo. Seguía avanzando. Todavía disparando. Todavía estaba vivo.

Sacudiendo la cabeza para deshacerme de este ridículo deseo de acariciar su cálido y ancho pecho, me obligo a concentrarme en su brazo.

—Jesús, maldita sea, Arturo. —Me atraganto, mirando el desastre sangriento de su antebrazo.

—Solo rocíalo con un desinfectante y véndalo. Los cortes no son profundos.

—Primero tengo que verificar si hay vidrio en las heridas.

—No ves la hora de meterte bajo mi piel, ¿eh, *Gattina*? —Sus labios se curvan en una sonrisa torcida.

—*Síp*, acertaste.

Su sonrisa se ensancha. Toma otro gran trago de su *whisky* y asiente.

—Continúa.

Con toda la sangre seca y la tinta debajo, no puedo ver una mierda. Agarro una toalla que cuelga de la pared a mi lado y la sumerjo bajo el chorro de agua tibia. Me toma al menos diez minutos lograr limpiar su brazo. Debe doler muchísimo, pero Arturo no deja escapar ningún sonido. Sin embargo, toma unos tragos más y deja la botella ahora medio vacía.

Irritantemente, también tenía razón. Los cortes parecen superficiales. Se veía mucho peor con toda esa sangre embarrada. Tampoco hay fragmentos de vidrio en las heridas, gracias a Dios. Cubro las cortadas con *spray* desinfectante, luego tomo un rollo de vendaje y empiezo a envolverlo alrededor de su antebrazo.

Mientras lo hago, mis ojos siguen dirigiéndose a sus bíceps. A las alas de una criatura y la daga en lo alto.

A las palabras tatuadas en su piel.

l'Onore… Rispetto.

Quiero saber qué significan. ¿Por qué son importantes? Para él.

Si hay algo que he aprendido, es que mi esposo no hace nada a medias.

Y, joder. ¡Esos músculos! El baño es grande, pero desde aquí, aplastada entre el espejo y el cuerpo de Arturo, el espacio parece minúsculo. Tan cerca, puedo sentir su cálido aliento abanicando mi mejilla.

—¿Esto es lo que se necesita para que finalmente digas mi nombre? —susurra justo al lado de mi oído.

—¿De qué estás hablando? —replico por lo bajo mientras hurgo en el botiquín de primeros auxilios en busca de cinta adhesiva médica para asegurar el vendaje.

—Me gusta bastante cómo suena saliendo de tus labios. Tal vez se me haga costumbre sangrar más a menudo, solo para escucharte decirlo de nuevo.

—No tengo idea de lo que estás divagando, DeVille.

—¿No? —Coloca su mano sobre la mía, justo donde sostengo el extremo del vendaje presionado contra su antebrazo para evitar que se deshaga—. Yo creo que sí.

Esa sonrisa perversa vuelve a aparecer en sus labios. Mantiene cautiva mi mirada mientras aplica presión en el dorso de mi mano.

—¿Qué demo…? —Intento quitarla, sin éxito—. Detente. Detente ahora mismo.

Sigue presionando más fuerte, hasta que las manchas rojas brillantes comienzan a filtrarse a través de la gasa blanca estéril, extendiéndose debajo de mi palma.

—¡¿Qué demonios, Arturo?! ¡Deja de hacer eso!

Esa sonrisa diabólica en su rostro se transforma en una sonrisa desconcertantemente devastadora.

—Tenía razón.

—Estás absolutamente desquiciado.

—*Hmm,* tal vez. —Agarra mi barbilla entre sus dedos y se inclina hacia adelante hasta que sus labios flotan a solo unos centímetros de los míos—. Pero al parecer, solo cerca de ti.

—Estás borracho —susurro.

—Ciertamente eso espero.

Su boca choca contra la mía con tanta fuerza que el aliento queda atrapado en mis pulmones. El beso es duro y lleno de rabia. Y de inmediato me sumerge en un estado de éxtasis. Algún lugar donde todo pensamiento racional deja de existir.

Todo lo que queda es la capacidad de sentir.

Mis brazos se envuelven alrededor del cuello de Arturo por voluntad propia. Mi lengua se bate en duelo con la suya como si este beso nunca fuera suficiente. ¡Dios mío! Sus labios… Arrastrándose a lo largo de mi barbilla, bajando por la columna de mi cuello, a través de mi clavícula, son la encarnación del pecado en su forma más pura. No puedo escapar de ellos. ¡No quiero hacerlo! Todo lo que puedo hacer es aferrarme como si mi vida dependiera de ello.

Clavo mis dedos a través de los suaves mechones de su cabello, arqueando mi espalda para ofrecerle más de mí misma. Más para que esa boca perversa suya explore mientras continúa en su camino descendente, arrastrando esos tentadores labios hacia mis pechos.

—Maldita bruja.

Su gruñido bajo es seguido por el sonido de tela rasgada. El aire fresco golpea mi piel acalorada mientras las dos partes de mi vestido arruinado cuelgan de mí, sostenidas solo por las delgadas tiras. La brecha que dejó me expone por la mitad, casi desnudándome por completo hasta la cintura.

—Sin sostén. —Carraspea, devorando mis senos desnudos con su mirada—. Eres una mujer deliciosamente perversa.

Las palmas ásperas se apoderan de mi piel. Si bien su toque es firme, también increíblemente suave mientras aprieta mis delicados pechos. No tiene sentido. ¿Cómo es posible que sea una contradicción andante? ¿Cómo puede su toque encenderme y, al mismo tiempo, calmar todos los dolores ardientes? Pero eso es exactamente lo que hace.

Baja la cabeza y mete mi pezón izquierdo en su boca, haciendo rodar el pico entre sus labios mientras lo mueve con la lengua. Un gemido explota de mi garganta cuando sus dientes rozan esa carne sensible. Se me eriza la piel por todo el cuerpo en tanto una sacudida de adrenalina corre directamente por mis venas. Todo, absolutamente todo me hormiguea. Espasmo tras espasmo recorre mi espalda.

Justo cuando la sensación comienza a disminuir, cambia su atención a mi pezón derecho.

Mis ojos ruedan hacia atrás a la parte posterior de mi cabeza.

—¡*Oh*, Dios! —grito en éxtasis.

—No tardaste mucho en verme con mejores ojos.

Sus palmas se deslizan por mis muslos, arrastrando la falda de mi vestido, acariciando.

Debería estar lanzando un comentario sarcástico, no obstante, cada célula cerebral funcional que tengo está enfocada en sus labios otra vez. ¿Cómo pueden ser tan suaves? ¿Cómo pueden ser tan tentadores? ¿Cómo puedo mantenerlos fusionados con los míos de esta manera? Devorando. Reclamando. Dando.

En algún lugar en el fondo de mi mente, suena una alarma estridente. Instándome a ponerle fin a esto. Huir de esta loca avalancha de emociones peligrosas. Sentimientos que ni siquiera puedo comenzar a comprender. En cambio, aprieto mis brazos alrededor del cuello de Arturo, levantándome del mostrador mientras trato de acercarme a él.

Manos ásperas se deslizan debajo de mi trasero, jalando mi falda hacia arriba unos centímetros a la vez. Dejándola enrollada alrededor de mi cintura. A medida que esas manos se retiran, explorando la curva de mis caderas, mis muslos, arrastran mi tanga de encaje junto con ellas. Deslizándola por mis piernas temblorosas mientras la boca de Arturo se mantiene ocupada devorándome.

—Pequeña gata feroz… deshaciéndose bajo mis caricias. —Dientes afilados se hunden en mi labio inferior—. No eres una princesa de hielo ahora, ¿verdad, *Gattina*?

—Vete al infierno, Satanás. —Agarro sus labios en un beso brutal.

—*Aw*, me han vuelto a degradar.

Sus manos suben por mis piernas de nuevo, separándolas, acercándose poco a poco. Más cerca de mi centro que está llorando

de necesidad. Las puntas de sus dedos rozan mi coño y casi me quiebro.

—Di mi nombre. —Un gruñido. Un susurro. Una súplica reverente.

Mi centro palpita, rogando por… algo. Algo que me niego a reconocer, pero que no puedo reprimir. Una urgencia absoluta para que Arturo DeVille posea mi cuerpo, de todas las formas carnales posibles.

Con un mordisco más en sus labios, me inclino hacia atrás. Poniendo distancia física entre nosotros. Sus ojos diabólicos se clavan en los míos. Firmes. Esperando. Sin pestañear.

Esperando en vano, porque no volveré a decir su nombre en voz alta. Nunca.

Usar el nombre de pila de una persona es darle poder. Poder sobre ti.

Algo en lo que he creído desde que era una niña. Algo que los cuentos de hadas me enseñaron. Algo que todavía me asusta muchísimo hasta el día de hoy.

Pronuncia el nombre de un monstruo y te quedas en la ruina. Y él se va con un pedazo de ti.

—No —objeto*. «Siempre has sido y siempre serás un villano en mi historia, DeVille. No hay forma de que permita que me robes. Ni mi alma. Y definitivamente no mi corazón».*

Arturo

Enojo. Frustración. Tormento.

La ira me invade con otro de sus ataques desafiantes. Está siendo obstinada, terca sin ninguna razón lógica para serlo.

La frustración se apodera de mí al darme cuenta de que haría casi cualquier cosa para escuchar a Tara decir mi nombre

nuevamente. Casi me corro la primera vez que salió de sus labios. Quiero, no, *necesito*, que lo diga. Estoy harto de esta mierda de "DeVille".

Y el tormento de la pura agonía de la presión insoportable en mi miembro. El pobre bastardo está más duro que el maldito acero, listo para estallar debido a la insaciable necesidad de estar enterrado dentro del calor de mi esposa.

Jodidamente increíble. Las tres emociones rugen en mi interior. Trato de mantener la calma, de mantener intacta mi compostura cuidadosa. Todo mientras la maldigo una vez más por hacer de mi cerebro un desastre revoltoso. Convirtiéndome en un lunático delirante. Cuanto más me niega, más quiero lo que sea que esté reteniendo. Pero lo verdaderamente loco de esto es que disfruto del anhelo. Me consume el deseo de lo que no puedo tener.

—Te prometo que lo harás. —Sonriendo, me inclino más cerca, lamiendo el borde del lóbulo de su oreja—. Lo gritarás para mí, *Gattina*.

Hundo mi dedo en su coño en su siguiente aliento.

La inhalación aguda, y luego el gemido que sale de ella… *Oh,* joder, podría venirme solo de escuchar ese quejido suave. Mi pulgar encuentra su clítoris y empiezo a frotar ese dulce capullo en círculos lentos, todo mientras me empapo observándola.

La cabeza de Tara está echada hacia atrás, con los párpados medio cerrados. Ese hermoso cabello suyo cae en cascada por su espalda. Su aroma a fresa me envuelve por completo, volviéndome totalmente loco.

Debo poseerla.

Debo hacerla mía.

Necesito… Necesito verla desmoronarse.

Por mí. Solo para mí.

Sus senos suben y bajan con respiraciones superficiales, aumentando rápidamente en ritmo a medida que presiono más

fuerte su clítoris. Empujo mi dedo más profundamente dentro de su coño, acariciando suavemente esas paredes internas. Está tan condenadamente apretada. Tan malditamente hermosa en su éxtasis. Estoy pendiendo de un hilo extremadamente frágil.

Toda mi mano ya está empapada con sus tentadores jugos. Quiero probarlos, pero no puedo. Todavía no. Necesito torturarla un poco más, tal como ella me ha estado atormentando. Durante semanas. Meses, en realidad. Esta mujer tiene un talento para irritarme.

Muevo mi mano libre hacia su delicado cuello, envolviendo mi palma alrededor de su garganta. No aprieto, solo la sostengo ligeramente, dejándola montar mi dedo como una mujer poseída. Puedo sentir cada respiración rápida y su pulso acelerado bajo mis dedos. Es rápido. Tan jodidamente rápido. Y su coño tiembla.

Con los ojos entreabiertos, me fulmina con la mirada. Una mezcla de furia y euforia apoderándose de sus rasgos. Está tan claro como el día que detesta que yo sea quien le brinde este placer, pero tampoco puede negar el querer más.

—Mi nombre —gruño, sacando mi dedo, solo para empujarlo con fuerza y profundamente dentro de ella nuevamente—. Dilo, Tara.

—Satanás. —La palabra es amortiguada por su gemido mientras empujo mi dedo lo más profundo que puedo.

Pequeña criatura terca y obstinada.

Demasiado testaruda para admitir a quién pertenece.

—Voy a hacer que te vengas… Tan fuerte... —Mi agarre en su cuello se aprieta—. Que todos los que estén a un kilómetro y medio de nosotros te escucharán gritar. —Agarrando su barbilla, inclino su cabeza para que pueda mirarme completamente—. Y lo haré usando una sola mano.

—Eso no va a pasar.

Hay tanta molestia en esas profundidades verdes mientras me mira, nuestras caras a solo unos centímetros de distancia.

—Obsérvame. —Sonrío, sintiendo el temblor revelador de sus paredes alrededor de mi dedo aún enterrado.

Con mi mirada fija en la de ella, presiono justo sobre el epicentro de su clítoris, justo sobre donde es más sensible. Simultáneamente, dejo que mi dedo se curve dentro de su coño, encontrando ese otro punto especial suyo.

Un agudo maullido de placer explota de su garganta. El sonido casi es mi perdición. Mi polla está llorando en mis pantalones. Estoy tan excitado que es jodidamente doloroso.

Deslizo mi pulgar un poco más abajo, agregando más presión a su clítoris mientras los espasmos de su coño continúan alrededor de mi dedo. La satisfacción de ver a mi esposa desmoronarse en mis manos debido al placer que le di solo rivaliza con la sensación de su orgasmo caliente en toda mi palma. Ella puede negarlo, pero la prueba es indiscutible. Y verla perdida en el éxtasis casi me hace correrme. Madre santa, joder, estoy tan excitado y mi verga ni siquiera está dentro de ella.

Bajo la cabeza y le muerdo el labio.

—¿Qué decías?

Ninguna palabra sale de su boca. Está temblando tanto que muevo mi mano hacia la parte posterior de su cabeza, preocupado de que vaya a golpearse contra el maldito espejo.

Lentamente, deslizo mi otra mano fuera y me la llevo a los labios.

—Si te comportas como debes —lamo su néctar de mi dedo —, la próxima vez, te comeré el coño hasta que te desmayes.

La mirada que me lanza está llena de desdén. Agarrando los pedazos de su vestido arruinado, los presiona contra sus pechos mientras se desliza del mostrador.

—Gracias por la oferta —agrega en medio de respiraciones agitadas—. Pero no habrá una próxima vez.

—¿Por qué no?

Se mete entre el tocador y yo para recoger sus zapatos del suelo. Cuando se endereza, ni siquiera hay un indicio de la felicidad en su rostro que esperaría después de lo que acaba de suceder. Solo determinación inquebrantable.

—Porque aprendí a nunca repetir mis errores, DeVille.

Dándose la vuelta, sale del baño, dejándome rodeado del aroma más estimulante de la tierra. El aroma de las fresas y el orgasmo de mi esposa.

Se me hace agua la boca.

¡Maldición, carajo! Cuando la puerta se cierra a su paso, apenas tengo fuerzas suficientes para sofocar el impulso de perseguirla. De alcanzarla y follármela, esta vez como se debe. Pero la dejo escapar.

Porque esto es una locura.

¡Todo esto es una maldita locura!

Pasando mi mano por el mostrador, lanzo la botella de *whisky* por los aires. Golpea la puerta con un fuerte *crujido* y se rompe en un millón de pedazos.

Tal como lo hizo mi mente hace un momento.

Maldita sea esa mujer.

Capítulo 15

Tara

—Mis más sinceras disculpas, señora DeVille, pero no sé dónde está su coche.

Miro al chico rubio que lleva un traje azul grisáceo.

—Eres Tony, ¿verdad?

—Eso es correcto.

—Bueno, Tony… —Doy un paso amenazador hacia él—. Mi amigo Jovan dejó mi auto aquí anoche. Dijo que se lo dejó a un tipo llamado… ¿Puedes adivinar? —Doy otro paso—. *Síp*. *Tony*. ¿Hay varios Tony por aquí?

—*Umm…* —Lanza una mirada fugaz hacia la ventana a nivel del suelo—. Creo que debería preguntarle al señor DeVille.

Lo supuse. Aprieto los dientes y me doy la vuelta para regresar a la casa. ¿Qué diablos hizo ese imbécil esposo mío con mi coche?

Han pasado tres días desde esa desastrosa escena en el baño de DeVille. Y todos los malditos días desde entonces he estado tratando de borrarla de mi mente, de olvidar lo fácil y completamente que me deshizo, de cómo me dejó jadeando sobre su mostrador. Cada gemido, cada respiración entrecortada, todos resuenan en mi mente como una alarma aérea. Mis pensamientos están plagados de la manera tan lujuriosa en que me comporté. Todo por culpa de Arturo DeVille. Porque fue *él* quien me hizo así. Pero no puedo. No puedo pensar más en eso. Me niego a reconocer esos minutos trascendentales de mi vida. Nunca sucedieron.

Lástima que mi cuerpo traicionero parezca no poder olvidarlos. Tan pronto como DeVille entra en mi campo de visión,

todo dentro de mí vibra instantáneamente. Cada célula, cada terminación nerviosa, resuena con el eco de sus caricias. Mi labio inferior, que mordió tan tentadoramente esa noche, inmediatamente comienza a hormiguear, como si estuviera listo y esperando otro beso.

La situación entre mis piernas es aún más drástica. Mi coño llora, anhelando su caricia perversa. Los músculos de mi centro se contraen cada vez que surge un recuerdo de sus manos sobre mí. El dolor punzante es casi insoportable. La necesidad que despertó es tan abrumadora que apenas puedo dormir por la noche.

Me odio a mí misma por la reacción de mi cuerpo. Estoy furiosa porque no puedo borrar a Arturo de mis pensamientos. Pero más que nada, detesto a mi estúpido corazón por su traición. Porque cada vez que ese hombre entra a la habitación, cada vez que mis ojos lo encuentran en cualquier lugar, mi corazón traicionero alza el vuelo. Como si estuviera feliz de ver al bastardo. Como si se lanzara hacia él con desesperación. Como si creyera que, de algún modo, es deseado. Qué corazón tan tonto e ignorante.

Menos mal que el hermoso diablo debe estar de acuerdo conmigo en que lo que sucedió entre nosotros en su baño fue un gran error. Al día siguiente, ni siquiera me miraba. Vi más de su espalda y escuché más de sus gruñidos que en cualquier otro momento anterior de nuestra relación. Y no ha tratado de maniobrarnos en una circunstancia similar otra vez. ¡No es que yo fuera a permitir que eso suceda! ¡No, de ninguna manera!

Últimamente, DeVille me ha estado tratando casi como si no existiera. Sale de la habitación tan pronto como me ve en ella. No dice nada en absoluto cuando ocupamos el mismo espacio. Lo cual realmente ha sido muy raro. Ha estado fuera durante largas horas todos los días.

La mayoría de las veces, me levanto por la mañana y él ya ha salido de la casa. Regresa, casi en todas las ocasiones, después de que me duermo. Pero, en algún lugar entre esos momentos, todavía me prepara los platillos más deliciosos, dejándolos en la encimera de

la cocina para volverme loca con su aroma celestial. Carbonara. Salchichas a la parrilla con verduras salteadas como acompañamiento. Un platillo de ternera de aspecto delicioso en salsa blanca. ¡Incluso una *pizza* casera! He comenzado a soñar con estas malditas cosas, me imagino devorándolas. Es decir, cuando no estoy soñando con Arturo comiéndose... mi coño.

Por supuesto que no toco la comida que prepara, manteniéndome fiel a mis convicciones al respecto. Sin embargo, los últimos días han sido realmente difíciles y mi determinación está comenzando a quebrarse. Hay una tentación limitada que una persona puede soportar. También estoy tan harta de comer nada más que queso, ensaladas y frutas. Solicité comida a domicilio una vez y le pedí a Greta que me preparara otra de sus comidas insípidas, pero eso fue lo más que me atreví a arriesgarme. Todavía estoy decidida a asegurarme de que DeVille no se entere de mi miedo irracional. No puedo darle más municiones para usar en mi contra.

Por eso me emocioné tanto cuando Jovan me envió un mensaje diciendo que mi auto finalmente había sido reparado. Necesitaba una nueva bomba de combustible, que tuvieron que buscar y ordenar especialmente para mi vieja Betsy, por lo que tomó mucho tiempo. Jovan trajo mi coche a la reja principal de DeVille, y estoy tan emocionada como una *bomba* (chiste intencional) de poder usarlo de inmediato. Ahora puedo ir a un montón de lugares, conseguir la comida que quiera, ¡y Satanás nunca lo sabrá!

Excepto que… aparentemente mi coche ha desaparecido.

—¿Dónde está mi auto, DeVille? —estallo tan pronto como irrumpo en la sala.

Mi esposo está holgazaneando en el sofá, con una *laptop* apoyada contra sus rodillas. Una taza de té humeante y un frasco de ibuprofeno están al alcance de la mano en la mesita de café, justo al lado de su *mouse.*

Ni siquiera me honra con una mirada, solo continúa golpeando el teclado.

—¿Tu auto?

—No te hagas el tonto conmigo. Jovan me envió un mensaje de texto diciendo que lo dejó en la reja anoche. Lo dejó con un tipo llamado Tony.

—*Oh,* ¿te refieres a ese pedazo de basura de quince años con una grieta en el parabrisas y óxido en toda la carrocería y el chasis? —Cierra la computadora portátil de golpe—. Hice que alguien lo entregara a una de las organizaciones benéficas locales. Incluso obtuvimos un recibo de impuestos.

—Tú *¿qué?*

—No se verá a mi esposa conduciendo ese viejo montón de chatarra, Tara. Es vergonzoso y humillante. Riggo te llevará a un concesionario para elegir algo nuevo. Algo más apropiado de tu nuevo estatus. Toma.

Completamente estupefacta, observo cómo saca su billetera y arroja su Amex negra sobre la mesita de centro.

—¡No tenías derecho!

—Tenía todo el derecho. Soy tu esposo. Durante el próximo año yo mando, ¿o lo olvidaste?

—Como si pudiera.

—Bien. —Toma dos analgésicos—. Me alegro de que lo hayamos solucionado.

Imbécil.

—¿Y qué podría ser "más apropiado para mi nuevo estatus", *oh* Su Alteza Esnob? ¿Un superdeportivo? ¿Con el techo dorado, quizás?

—Lo que sea que haga que la gente voltee a ver con asombro.

—Ah, ¿sí? —Sonrío y agarro la tarjeta de crédito de la mesa —. Nos vemos luego.

***

Doy golpecitos en mi barbilla con el dedo mientras observo detenidamente el Bentley rojo brillante en medio de la sala de exhibición del concesionario. Según el pequeño cartel al lado del vehículo, viene completamente equipado con todos los aparatejos y cómo-se-llamen, lujos innecesarios y asientos de piel genuina cosidos a mano.

—*Nop* —objeto.

—Pero… Este es el vehículo más lujoso que tenemos disponible, señora —asegura el vendedor—. Y es una edición limitada, para garantizar la exclusividad. Puedo garantizarle que no encontrará un coche de tecnología tan avanzada en New York.

—El auto no es el problema. Es el precio.

—*Oh.* Entiendo. Bueno, ¿qué tal si echamos un vistazo a algunos de nuestros modelos más accesibles…?

—Es demasiado barato —agrego.

El vendedor se queda boquiabierto.

—Cuesta… cuesta cuatrocientos mil, señora.

—Exactamente. —Con mis manos en las caderas, echo un vistazo a la sala de exhibición.

Este es el tercer lugar que visito, y ninguno ha tenido nada por más de medio millón disponible en el lote. Los autos más costosos son de pedidos personalizados, con meses y meses de tiempo de espera. Sin embargo, quiero asegurarme de seguir las instrucciones de mi esposo hoy, preferiblemente gastando al menos un millón de dólares de su dinero.

Estoy pensando si simplemente debería aceptar mi derrota y comprar la monstruosidad roja que está a mi derecha cuando mi mirada se fija en la cartelera publicitaria al otro lado de la calle. Es un anuncio de un nuevo éxito de taquilla. Pero no es el tipo con un

traje de spandex lo que llama mi atención. Es lo que hay en el cielo sobre él.

Sonrío.

Bingo.

Arturo

—Estoy en una reunión, Tony —bramo al teléfono e inmediatamente empiezo a toser. Carajo, siento como si fuera a escupir un pulmón. Busco en mi bolsillo, agarro otra pastilla y me la meto en la boca—. A menos que sea urgente, puede esperar. —Finalmente logro agregar.

—No es urgente, señor, pero pensé que tal vez querría saber que… *um*, su esposa… Llegó el vehículo que compró. Es…

—Tony, eso definitivamente no es algo que necesite saber en este momento. —Cuelgo la llamada y arrojo el teléfono al enorme escritorio—. ¿Dónde estaba?

—Aumento proyectado en los ingresos y otros beneficios de cambiar de nuestro proveedor actual a la compañía de transporte de Adriano Ruffo para su distribución —pronuncia Ajello desde su silla ejecutiva detrás del escritorio de su oficina—. ¿Está abierto a discutir una posible asociación en ese frente?

—Sí. En nuestra videollamada de esta mañana, después de discutir lo último sobre el proyecto en Manhattan, volví a plantear la idea. Ruffo insistió en que debería discutirse en persona, por lo que no entramos en detalles. Pero sin duda está interesado. —Me muevo en mi asiento. A pesar de la forma en que he estado tragando pastillas para la tos como si fueran caramelos, la molestia en mi garganta persiste—. Revisé un poco los números. La flotilla de Ruffo consta de más de quince mil camiones y casi cuatro veces más remolques. Mueven carga para más de cincuenta empresas exclusivamente en los Estados Unidos. Se trata de nombres

importantes, contratos de varios años. Todo, desde muebles y electrodomésticos para el hogar, hasta productos refrigerados y materiales de construcción.

—¿Cuáles son sus ingresos anuales?

Miro mis notas.

—Los informes financieros sitúan TTM en seis mil doscientos mil millones. Eso sí, esas son las cifras de los últimos doce meses solo de su lado de camiones. No incluye todas las otras cosas en las que está metido Ruffo, como los servicios logísticos que brinda su empresa.

—Admirable. —Ajello asiente—. Pero esto es lo que no entiendo. Al trabajar con grandes corporaciones, los procesos logísticos deben ser vigorosos, sin mencionar todas las regulaciones e inspecciones que enfrentan. Y me imagino que la mercancía está sellada para transportarse mucho antes de ser recogida. Eso significa que las posibilidades de alterarla o las oportunidades de usar rutas como fachada para contrabandear productos deben ser limitadas. Entonces, ¿cómo se las arregla para distribuir toneladas de drogas así?

El dolor agudo y punzante cada vez que respiro profundamente asoma su horrible cara. Mi garganta se obstruye con una presión ardiente y estallo en una tos que me retuerce las entrañas. Una vez que finalmente se me pasa el ataque, agarro la botella de agua de la mesa.

—No tengo idea.

—No te ves bien, Arturo. —Ajello me lanza una mirada de desaprobación mientras me observa tragar otro analgésico—. Deberías tomarte unos días libres. Es viernes. Vete a casa, descansa un poco.

—Está fuera de discusión, jefe. La gala anual de los Líderes en el Mercado es mañana por la noche. No podemos… —Otro ataque de tos se apodera de mí—. No podemos perder esta oportunidad de establecer contactos, sin mencionar charlar con

posibles socios comerciales abiertamente. El lunes, me sentaré a discutir con Wang acerca de ese puto desastre en Chinatown. Y al día siguiente, me reuniré con el arquitecto principal del complejo de condominios. Además, ¿ya mencioné la llegada de nuestro próximo cargamento en solo unos días?

—Cierto. Esa gala te daría la oportunidad de pasar tiempo de calidad con tu esposa. —Su cabeza se mueve como si hubiera sopesado mis palabras y hubiera visto el error de su comentario anterior—. Pero fuera de eso, estás con incapacidad médica, a partir de ahora. Le haré saber a los de seguridad que no te permitan ingresar al edificio hasta que les informe lo contrario.

—No necesito una incapacidad. Y no tengo tiempo para estar enfermo, especialmente ahora, ya que Nino no está disponible para cubrirme.

Todavía no hay información sobre los tipos que nos atacaron en la carretera a principios de esta semana. Ninguno de los tiesos tenía identificación. El *pickup* que usaron fue reportado como robado dos días antes de que nos emboscaran. Con el número de personas o grupos con rencores contra la *Familia*, o contra mí, personalmente, siendo interminable, ni siquiera puedo adivinar quién podría haber estado detrás del ataque. Nino ha pasado la última semana revisando todos los bares de mala muerte y clubes de *striptease* donde se juntan los maleantes de otras organizaciones criminales, tratando de averiguar si hay algún rumor. Todo sin éxito.

Ajello me clava la mirada.

—Sí, la necesitas. Ya puedes retirarte, Arturo.

La indignación corre por mis venas mientras agarro bruscamente mi *laptop* y las carpetas de archivos del escritorio y salgo furioso de la oficina del Don. Ginger, la asistente administrativa de Ajello, se apresura hacia mí, parloteando sobre el almacén de Princeton y el contrato de renta que expira la próxima semana. Aprieto los dientes y continúo por el pasillo hacia el ascensor. Aunque prácticamente la ignoro, ella sigue trotando detrás de mí.

—¿Sabes qué, Ginger? —Presiono el botón del ascensor con demasiada fuerza. Metiendo la computadora debajo de mi brazo, le entrego las carpetas de archivos—. Llévale esto al Don y dile que espero que se divierta con el papeleo.

El ascensor suena. Entro y golpeo con el dedo el botón del nivel del estacionamiento. Cuando las puertas se cierran, la cara estupefacta de Ginger se bloquea de mi vista.

Jodidamente genial. No puedo creer que Ajello me haya puesto en incapacidad médica obligatoria. Especialmente cuando la mierda de la que tengo que ocuparme se está acumulando por las nubes. En el último año, me tomé exactamente un día libre. ¡Uno! El día que Sienna se casó. Nadie puede argumentar que no llevo a cabo mis deberes hacia el Don y esta *Familia* con suma eficiencia. ¿Y este es el agradecimiento que recibo? ¿Todo por un poco de tos?

Dicha tos elige este momento exacto para recordarme que me está dando una paliza. Me inclino, tosiendo tanto que comienzo a preguntarme si se me saldrán los órganos. Me siento fatal, pero no voy a dejar que eso me detenga. A pesar de que mis pulmones se sienten como si fueran a implosionar por la presión que aprieta mi pecho, y cada músculo de mi cuerpo está adolorido. Maldita sea, necesito deshacerme de este virus ya. Saco otro caramelo para la garganta y me lo meto en la boca.

Para cuando el ascensor se detiene en el garaje subterráneo, una vez más siento que puedo sobrevivir con las respiraciones superficiales a las que me he visto reducido. Finalmente recuperé mi licencia de conducir esta mañana, así que me dirijo directamente a mi Land Rover. Deslizándome al volante de la SUV, suspiro e inclino la cabeza hacia atrás por un minuto.

¿Qué coche compró mi diablilla? Recibí una llamada hace unas horas para confirmar que mi tarjeta de crédito no había sido robada. Aparentemente, mi esposa estaba tratando de realizar una transacción de uno punto dos millones en la Amex. Eso me pasa por decirle a Tara que podía comprar lo que quisiera. Reconozco mis

errores, así que permití la compra. Con suerte, no compró un horrible convertible. Los detesto.

Tan pronto como vi su chatarra estacionada en el camino de entrada, el recuerdo de Tara en ese callejón oscuro vino a mi mente. No me importa qué tan bien arreglaron su coche; no confío en él. No pueden convencerme de que la chatarra oxidada no la defraudará de nuevo. ¿Y si no estoy allí la próxima vez? ¿Qué pasa si está sola y se queda varada en medio de la nada? ¿Qué pasa si le fallan los frenos y mi esposa termina en un accidente? *Nop.* No pude hacerlo. No podía permitir ni la más mínima posibilidad de que eso existiera. Así que lo hice desaparecer. Lo envié al cielo de los autos, o donde sea. Me aseguré de que nunca volviera a subirse a eso.

También dupliqué su equipo de seguridad, asignando otro grupo de guardaespaldas para seguirla. Siempre. Nunca más se quedará desprotegida. Y sé que el nuevo vehículo tendrá todas las funciones de seguridad. También me aseguraré de instalar todas las actualizaciones personalizadas. Rastreo. Vidrio a prueba de balas. Todo el paquete completo. Solo necesito saber qué coche seleccionó.

Tal vez Tara habría reaccionado mejor a lo que hice con su auto viejo si simplemente yo hubiera admitido la verdad. Pero en lugar de eso, se me ocurrió esa explicación estúpida, haciendo que pareciera que necesitaba conducir algo llamativo, algo más apropiado para mi esposa. Como si fuera un esnob engreído, o algo así.

Estúpido, lo sé. No obstante, funciona mejor para la situación en la que estamos.

El reloj del tablero indica que son poco más de las seis, todavía es temprano. Hay mucho tiempo para hacer más trabajo. Visitaré a Wang y trataré de resolver cualquier problema que su gente tenga con el horario de nuestros trabajadores. Esa maldita ubicación de almacenamiento debe terminarse lo antes posible. Demonios, tenía que estar terminada hace semanas. Luego, puedo hacerle una llamada rápida a nuestro arquitecto principal y revisar las nuevas representaciones digitales que envió para la siguiente

fase de nuestro proyecto de construcción. Algunos de los detalles no se muestran como los imaginé. Eso significa que comenzaré mi incapacidad a partir de mañana. Esta noche, mantenerme ocupado me distraerá de pensar en mi esposa. Y su pequeño coño apretado.

No es que haya ni siquiera una remota posibilidad de que pueda quitarme de la cabeza la imagen de su rostro sonrojado. Durante días, he estado caminando con una enorme erección, pensando constantemente en cómo se veía mientras tenía un orgasmo en mi mano. Mierda, la última semana, encontrarme con ella por la casa fue una puta tortura. Cada vez que la veía, mi mente instantáneamente volvía al baño con ella. Así que me he mantenido alejado. Trabajo tanto como puedo. Demonios, he hecho más de ciento sesenta kilómetros en la caminadora en el gimnasio solo para no ir a oler su champú de fresa. Pero cada vez que cierro los ojos, ahí está ella. Hermosa. Excitada. Eufórica.

Y ahí va mi polla de nuevo.

Cada.

Jodida.

Vez.

***

Es casi medianoche cuando llego a casa. Mientras conduzco hacia la casa, dirigiéndome al garaje en la parte trasera, vislumbro una enorme sombra en medio del césped del patio trasero.

¿Qué demonios…?

Piso los frenos y salgo del SUV.

No es posible.

Ni siquiera *ella* estaría tan demente. ¿Cierto?

—*Um*… Traté de decírselo, señor —murmura Tony mientras se acerca a mí.

—¿Cómo carajos llegó esa cosa aquí?

—Lo dejaron con un camión de plataforma, cortesía del vendedor. Los repartidores se disculparon por arruinar el terreno, pero este era el único espacio lo suficientemente grande como para dejarlo.

Doy un paso más cerca, todavía incapaz de creer lo que estoy viendo.

¡Mi esposa impertinente compró un maldito helicóptero!

¡Esa mujer audaz… con agallas… imprudente, lista y astuta!

Una risa explosiva se acumula en mi garganta. Presiono mi puño sobre mi boca, tratando de tragármela.

—¿Señor? —Tony me mira preocupado—. ¿Está… está usted bien?

La carcajada profunda y gutural estalla en mí y explota en la noche. Mi garganta y mis pulmones gritan en protesta, y otro ataque de tos me supera. Nada de eso es suficiente para hacer que pare de reírme, carajo.

—*Um*… ¿señor? ¿Debería intentar devolverlo?

Finalmente, logro controlar mi respiración.

—No. Solo déjalo donde está.

Sacudiendo la cabeza, me dirijo hacia la casa.

—Greta —llamo, entrando por la puerta principal—. ¿Dónde está mi esposa?

Mi ama de llaves se asoma por la esquina.

—Arriba, durmiendo. ¿Supongo que ya vio el helicóptero?

—Es difícil no verlo.

—¿Está enojado con la señora DeVille?

No estoy seguro de por qué, pero no lo estoy. No puedo obligarme a estar ni siquiera un poco enojado con Tara. En realidad, ella simplemente me alegró el día, borrando por completo las últimas

horas de mierda de mi mente. Maldita sea, ni siquiera recuerdo la última vez que me reí tanto.

—*Nop*. No estoy enojado en absoluto, Greta.

Dos cejas grises se alzan hasta su línea de cabello igualmente gris.

—*Huh*. Bueno, me alegro. Pero lo entiendo, señor DeVille. Es difícil enojarse con la persona de la que está enamorado.

Me detengo en seco.

¿Cómo diablos tuvo mi ama de llaves la absurda idea de que estoy enamorado de mi esposa? Eso es ridículo. No, esperen. Supongo que tiene sentido. Hemos estado fingiendo ser una pareja feliz cada vez que hay otras personas alrededor. Nuestra pequeña actuación debe ser convincente.

—¿Se comió el guiso que le preparé?

—*Oh*… *um*… No. No, no lo hizo. La señora DeVille prefirió pedir hamburguesas.

El músculo de mi mandíbula se tensa. Mi esposa todavía preferiría comer comida chatarra a una comida casera.

—Estoy segura de que no estaba tratando de herir sus sentimientos, señor. A la señora DeVille probablemente no le guste el cordero. Tampoco parece ser fanática de la carbonara, porque no se comió la pasta que dejó para ella ayer. Yo, *uh*, le serví un sándwich de queso a la parrilla y prácticamente lamió el plato.

De repente, sin sentir nada de mi alegría anterior, cruzo la sala hasta que estoy a un brazo de distancia de Greta.

—A partir de mañana, no debes preparar más comida para mi esposa. ¿Está claro?

—*Oh*. Si usted lo dice, señor DeVille.

—Así es. Y hazle saber a los guardias de la puerta que todas las entregas de comida están estrictamente prohibidas. Si el repartidor merodea alrededor, dile a los guardias de seguridad que le

disparen como si el bastardo estuviera allanando propiedad privada. ¿Está claro?

—Muy claro, señor. No habrá entregas de comida en absoluto.

—Bien —asiento mientras subo las escaleras.

—*Oh*, señor DeVille —me habla Greta desde la puerta principal—. Olvidé decirle… Hace un poco de frío esta noche, así que encendí la chimenea de la señora DeVille. Espero que disfrute despertándose en una habitación calientita y con los agradables sonidos de un fuego crepitante.

Ajá. Me importa una mierda lo que le guste a la señora DeVille.

Arrastro mi trasero. Me cuesta mucho reunir la fuerza para ducharme y ponerme un nuevo vendaje en la herida del hombro. A pesar de que estoy completamente destrozado, siento la necesidad de echarle un vistazo rápido a Tara antes de irme a dormir. Después de abrir la puerta que conecta nuestras habitaciones, apoyo mi hombro bueno en el marco de la puerta y simplemente veo a mi esposa dormir, bañada por el cálido y parpadeante resplandor de la chimenea.

Si Tara y yo estamos de acuerdo en algo, es que lo que sucedió la otra noche fue un error. Pero el suyo no fue el mismo que el mío. No sé qué me pasó. Por qué no pude contener mi deseo. Tal vez sí bebí demasiado cuando ella se encargó de curar mis heridas. En realidad, no hay un maldito "tal vez" al respecto. Esa mierda dolió como el infierno. Bebí más que suficiente para emborracharme, y eso es lo que me hizo perder el control.

El impulso maníaco de probar a mi pequeña gata infernal me atravesó como una tormenta de fuego. Mi sangre hirvió con la necesidad de poseerla. Mis pulmones ardían con el deseo de robarle el aliento. No he tocado ni una sola gota de alcohol desde esa noche y, sin embargo, mi cabeza todavía da vueltas por la media botella de *whisky* que me bebí. Supongo que es mejor que tener disfunción eréctil a causa del *whisky*.

No hay tal problema en ese departamento. Me duele muchísimo la polla, joder. Masturbarme no ha ayudado. Quiero probarla. Quiero sentirla temblar en mis brazos de nuevo. Anhelo sus gemidos, sus maullidos, sus quejidos. El jadeo en su respiración. Me muero por saber si puedo hacerla gritar mi nombre.

Aparentemente mi locura es más profunda que el anhelo sexual. Lo que me está volviendo loco va más allá de meter a mi esposa en mi cama. Existe esta necesidad de conquistar. Reclamarla de todas las formas posibles. De asegurarme de que todos sepan que ella es mía, maldita sea, y no por un simple pedazo de papel poco convincente. No por el trato que hicimos. Ella es mía. Mía para sostener. Mía para conservar. Mía. Incluso si ella no lo sabe. O no quiere. Ella sigue siendo mía.

Y esa es la mierda que ha estado recorriendo mi mente durante días. Jesucristo. La mujer me vuelve loco. Realmente no sé qué diablos me pasa. Mirando a Tara desde el otro lado de la habitación, dudo seriamente que obtenga mis respuestas.

Una de sus piernas bien torneadas escapó de los confines de su edredón, y no puedo evitar mirar lascivamente la suave y delicada extensión de su piel. Quiero explorar cada centímetro de ella. Con mis manos. Con mi lengua. Con mi polla. Quiero escuchar sus sonidos entrecortados mientras me follo su coño apretado y empapado. Mirar su rostro mientras hago que se corra.

Sí, tocarla fue sin duda un error colosal. Ahora sé exactamente lo que me estoy perdiendo. Nunca debí haber dejado que mis manos se aventuraran cerca de su coño. Entonces, ¿por qué, en lugar de estar de acuerdo con ella en que fue un "error", me molestó que lo llamara así?

Caminando tan silencioso como puedo, cruzo la distancia hasta su cama. Como de costumbre, está enredada en la manta, pero la mayor parte se le ha deslizado hasta la cintura. ¿Cómo se las arregla para retorcerse tanto todas las noches? Agarro uno de los bordes y la enderezo para que la cubra hasta el cuello. Le gusta la calidez.

—Me estás jodiendo la mente, *Gattina* —susurro en la oscuridad y salgo silenciosamente de la habitación de mi esposa. Mi cabeza me está matando, así que tan pronto como toca la almohada, caigo en un sueño profundo y sin sueños.

Tara

Huele a madera quemada. Humo. Tanto que se está volviendo imposible respirar. Grito. La puerta se abre de golpe y Drago entra tropezándose a la habitación. Y con él, una avalancha de calor y una nube espesa y oscura.

—¡Tara! —grita mientras me agarra de la cama. Incluso a salvo en sus brazos, no puedo dejar de gritar.

Mis pequeñas manos se agitan locamente frente a mi cara.

Mis ojos arden por el humo, llenos de lágrimas. Sin embargo, de alguna manera, todavía logro ver a mi hermana gemela. Está encogida al otro lado de la habitación, con la espalda pegada a la pared. Con su cuerpecito temblando y el horror grabado en su dulce rostro de bebé, simplemente está parada allí. Inmóvil. Callada, como siempre.

Drago sigue gritando, extendiendo su mano hacia ella, pero mi propio llanto hace que sea difícil escuchar lo que está diciendo.

Parpadeo y todo a mi alrededor se desintegra. Ya no estamos en nuestra habitación. Y no veo a Dina por ningún lado.

—¡Dina! —grito, pero solo un sonido roto escapa de mi garganta adolorida.

Mis pulmones ya no funcionan. No hay aire. El humo pútrido me chamusca la nariz, me quema los ojos. Envolví mis brazos alrededor del cuello de Drago mientras me lleva a través de un túnel de fuego. Se está acercando a nosotros por todos lados, preparándose para tragarnos sin piedad. Vamos a morir. Vamos a…

Mis párpados se abren de golpe. El aliento me sale jadeando. Una maldita pesadilla. Una que no he tenido en bastante tiempo.

No, no es un sueño espantoso.

Es un recuerdo.

Apenas tenía cuatro años, pero esa noche se ha enterrado para siempre en mi mente. Sigo reviviéndola, una y otra vez. Sintiendo la devastadora impotencia de una niña, pero viéndola retorcida por mis pensamientos adultos. En las dos décadas transcurridas desde entonces, su control sobre mí nunca ha disminuido. Incluso ahora, puedo sentir el calor en mi piel. Puedo saborear el humo en el aire. Mi garganta está en carne viva, lo que me dificulta tragar. Es como si todavía estuviera allí. En medio de un infierno, reviviendo ese tormento de nuevo.

No hay forma de que pueda dormir más esta noche. Por lo general, me lleva un rato sacudirme una pesadilla, y esta última es peor que cualquier otra anterior. Más real de alguna manera. Casi como si todavía pudiera oler el aroma carbonizado en la habitación. Está invadiendo todos mis sentidos, envolviéndome como un velo mortal.

Lanzando mis piernas sobre el borde de la cama, me siento. Me toma un momento darme cuenta de que la oscuridad en la habitación no es total. Una luz extraña parpadea en algún lugar detrás de mí, proyectando mi sombra sobre la puerta que conecta mi habitación con la de Arturo. Miro por encima de mi hombro, buscando la fuente, cuando mis ojos encuentran el fuego.

Un grito aterrorizado brota de mis labios. Salto de la cama y me arrastro hacia atrás, pegándome a la puerta corrediza, con los ojos aún fijos en la llama naranja al otro lado de la habitación. ¿Me ha seguido desde mi espeluznante pesadilla hasta esta horrible realidad? Los temblores sacuden todo mi cuerpo. Un miedo helado se desliza por mi espalda. Se me debilitan las piernas, tambaleándose mientras luchan por soportar mi peso. Y todo lo que puedo hacer es mirar fijamente el fuego furioso que baila sobre troncos apilados en la chimenea.

—¡No! —exclamo entre dientes, empezando a caer.

Mi mente no puede procesar lo que está sucediendo. Las llamas que parecían contenidas hace un momento aparentemente han crecido, llenando completamente mi visión. Una neblina desciende a mi alrededor. La habitación se llena de humo. Tanto humo. Me pica los ojos. Mi nariz. Me estoy ahogando con su hedor amargo.

—No. No. No. —Estoy sacudiendo la cabeza, tratando de huir con las piernas temblorosas del infierno que surge hacia mí. La superficie fría a mi espalda me recuerda que no hay adónde ir, y algo intrínseco me dice que no confíe en mis ojos. El pensamiento apenas se ha formado cuando la puerta detrás de mí se desliza hacia un lado.

—Tara. —Un gran brazo tatuado se envuelve alrededor de mi cintura, evitando que caiga al suelo—. ¿Qué…?

Me doy la vuelta, lanzo mis brazos alrededor del cuello de Arturo y trepo hasta la mitad de su cuerpo.

—Sácame —susurro en su pecho. Aferrándome como si mi vida dependiera del refugio que solo él puede darme, me aferro a él con todas mis fuerzas. Se me escapa un quejido—. Por favor, sácame de aquí.

—Lo haré, nena. —Su mano aterriza en la parte posterior de mi cabeza, acariciándome como si fuera un animal herido—. Solo dime a dónde quieres ir.

Las lágrimas amenazan con ahogarme, pero de alguna manera formo las palabras.

—Lejos de… las pesadillas.

La puerta se cierra y me cargan. ¿A dónde? No lo sé. No me importa. Solo sé que estoy a salvo. Entierro mis dedos en el cabello de Arturo, sujetando los suaves mechones en mi agarre. Champú almizclado, jabón de limón y hombre limpio. Su aroma me envuelve, y respiro profundamente por primera vez desde que me desperté,

emocionada hasta los huesos porque ya no puedo oler la madera carbonizada y el humo.

El marco de la cama cruje cuando Arturo se sube al colchón. Manteniéndome presionada contra su pecho, se acuesta sobre sábanas blancas. No me atrevo a mover un músculo mientras termino tendida encima de mi esposo, escuchando el sonido rítmico de los latidos de su corazón. La melodía me adormece y, junto con su olor, ahuyenta mis feos pensamientos de fuego y destrucción.

—¿Tara? —Su palma cálida se desliza por mi espalda—. ¿Quieres hablar de eso?

Niego con la cabeza y acaricio el punto blando donde se unen su cuello y hombro, justo encima de su clavícula.

—¿Estás segura? Sé un par de cosas sobre las pesadillas. —Su tono es suave, relajante. Nada parecido que haya escuchado de él, pero todo lo que necesito en este momento.

—No, gracias —musito.

—Está bien. —Todavía manteniendo su brazo fuertemente envuelto alrededor de mí, jala las sábanas, cubriéndonos a ambos. Cuando finalmente me permito relajarme, mi respiración se nivela y entro en un estado de tranquilidad mientras su mano continúa deslizándose por mi espalda. Su recorrido es lento y ligero. Tierno. Algo que nunca hubiera esperado de Arturo. Especialmente después de mi último acto de desafío. ¿Quizás aún no ha visto el helicóptero?

—¿Viste que añadí algo nuevo a tu… flotilla? —Presiono la pregunta en su cuello.

—Sí.

Oh…

Espero a que diga algo más, pero nuestras respiraciones constantes son los únicos sonidos en la habitación. Cualesquiera que sean sus razones, aprecio que haya elegido esperar hasta mañana para regañarme por la locura que hice. Esta noche, no puedo soportar más "emoción".

Mis ojos se cierran y me entrego al ensueño. Mecida al país de los sueños por el reconfortante ascenso y descenso de su pecho debajo de mí. Protegida por el ritmo constante e hipnótico.

Capítulo 16

Tara

—¿Compraste un helicóptero? —El chillido de Sienna resuena en el comedor.

—*Síp*. —Hundo mi tenedor en el recipiente y me meto otro bocado de deliciosa chuleta de cerdo en la boca—. Tu hermano insistió en que consiguiera algo que llamara la atención.

—Ajá. ¿Pero un helicóptero?

—No se puede hacer una entrada más grandiosa que llegar en un… *¡Ay!* —Me aparto y le arrebato el cepillo de la mano—. ¿Podrías hacerlo con más delicadeza? Me gustaría que me quedara algo de cabello después de todo esto.

—Bueno, *ese* peinado requiere volumen con una V mayúscula. —Señala la imagen en mi teléfono que apoyé contra la botella de agua, luego me arrebata el cepillo de nuevo y continúa peinándome los mechones en la parte superior de mi cabeza—. ¿Qué dijo Arturo sobre el helicóptero? Apuesto a que perdió la cabeza, ¿verdad?

Lamo el tenedor hasta dejarlo limpio, luego lo sumerjo en otro tazón agarrando un poco de arroz.

—Bueno, esa es la cuestión. No fue así.

Me desperté en la cama de mi esposo esta mañana. Afortunadamente, su legítimo ocupante se había ido hace mucho tiempo. Las sábanas frías indicaban que lo había hecho horas atrás. Mi cerebro confuso tardó casi un minuto en recordar cómo terminé en la habitación de DeVille, en su cama, en primer lugar.

Mi pensamiento inicial fue que tuvimos sexo. A fin de cuentas, ese podría haber sido el menor de los males. Si pudiera elegir,

elegiría hacer cosas sucias con Satanás DeVille en lugar de que fuera testigo de mi crisis. Y si eso no fuera suficiente, estoy bastante segura de que pasé el resto de la noche durmiendo encima de él. La sensación de sus brazos envolviéndome persiste incluso ahora como una caricia fantasmal. Si me hubiera despertado todavía entre sus brazos, me habría mortificado y estaría lista para suicidarme.

—Ya estaba dormida cuando llegó a casa anoche, y ya se había ido mucho antes de que me despertara esta mañana. Así que, aún no hemos hablado de eso. —Me encojo de hombros, decidiendo que no quiero discutir con Sienna ni reflexionar por mi cuenta, los eventos que sucedieron entremedio—. Simplemente me envió muchísimos mensajes de texto con un montón de enlaces a varias regulaciones y a los programas de capacitación y certificación. Luego, la información de contacto de su agente de seguros. Y finalmente, el nombre de un tipo que aparentemente es piloto y ya trabaja para él. No fue en absoluto la reacción que esperaba.

—Eso es extraño. Tal vez Arturo solo está en estado de *shock.* Pero, chica, ¿qué diablos vas a hacer con un helicóptero?

—Ni idea —refunfuño a través de otro bocado de chuleta de cerdo—. Especialmente ahora, con un equipo de guardaespaldas que me siguen a donde quiera que vaya. —Mientras hablo con la boca llena de comida deliciosa, me siento como un cerdo, pero no me importa. Me estaba muriendo de hambre cuando vine a casa de Drago hoy—. Dios, extraño la comida de Keva. ¿Crees que haya más sobras en el refrigerador que pueda llevarme a casa?

—*Um*… claro. Sabes que generalmente hay toneladas. Pero ¿estás segura de que vas a tener espacio para ellas en tu casa? ¿Qué te parece la comida de Arturo, de todos modos? Pásame el pasador para el cabello.

—No la he probado. Es una declaración. No comeré nada de lo que él prepare —digo, entregándole un pequeño alambre en forma de U. Las palabras apenas han salido de mi boca antes de estremecerme cuando los extremos metálicos se clavan en mi cráneo—. Cristo, Sienna.

—Está bien, es justo. Pero no estoy acostumbrada a jugar a la estilista en el comedor. Subamos las escaleras. La iluminación es mucho mejor allí.

—¡No podemos! Estamos chismeando, y la regla serbia no escrita es que todos los chismes ocurren en el comedor.

—¿*Por quéééé?*

—No lo sé. Simplemente así es. —Me encojo de hombros justo cuando Sienna jala otro mechón de mi cabello con tanta fuerza que parece que lo arrancará. *¡Auch!*

—Sabes, realmente esperaba que esta animosidad entre tú y Arturo desapareciera.

—No sucederá pronto —suelto entre dientes. Mi tono es duro, pero en el fondo, siento que mi determinación vacila un poco. Arturo no me presionó para que explicara mi comportamiento anoche. Tampoco me llamó un caso perdido de histeria, lo que pensé que haría. Simplemente… me abrazó. Y se sintió tan jodidamente bien.

—Podrías cambiar de opinión si le das una oportunidad a su estofado de cordero. De todos modos, ¿qué estás comiendo? ¿Comida a domicilio? —Sienna pregunta mientras hunde más alfileres en el enorme moño en la coronilla de mi cabeza—. Sé que Greta es una cocinera terrible. Incluso podría ser peor que tú.

—Un poco de ambas, ordenando comida y aguantando algunas de sus comidas. Eso es, hasta esta mañana. Aparentemente, tu hermano prohibió todas las entregas de comida a la casa y le dio a Greta una orden directa de no cocinar más para mí. Creo que está haciendo su propia declaración. Puedo comer lo que él prepara o morir de hambre. —Respirando profundamente, continúo —: Veo muchos sándwiches, cereales y ramen instantáneo en mi vida durante el próximo año. Solo piénsalo: una semana menos, faltan cincuenta y una más. Hurra por mí.

—¡*Oh*, por el amor de Dios! Ustedes dos no tienen remedio. —Ella sacude la cabeza—. Pero… ¿por qué no simplemente…?

—¿Me preparo algo yo misma? —Levanto una ceja—. Sienna… Estufa de gas. ¿Recuerdas?

—*Oh*…

—Sí. *Oh* —suspiro—. Me dan escalofríos cada vez que miro esa cosa. —Después de anoche, creo que podría mantenerme alejada completamente de la cocina. Al menos por ahora.

—Se lo explicaré a Arturo. La cambiará por una estufa eléctrica.

—No le dirás nada. Esto es algo privado, y no quiero que todo el mundo se entere. Especialmente tu hermano. —*«No más de lo que ya lo dejé ver».*

—Tara…

—¿Ya casi acabamos? —interrumpo.

—Sí, ya terminamos. Solo necesita agregar *spray* para el cabello. Cierra los ojos.

—No olvides las plumas —indico mientras la fina niebla llueve sobre mí desde todas las direcciones. Sienna parece decidida a usar una botella entera en mi cabeza.

—Está bien, pero no las pierdas. —Pincha mi cráneo de nuevo cuando clava una pluma de pavo real en la maraña de mis mechones —. Son mis favoritas.

—Lo tendré en cuenta.

Una vez que Sienna se aleja, recojo el espejo de mano de la mesa y lo levanto frente a mi cara. Hizo un trabajo increíble. Mi cabello se ve casi idéntico a la imagen que le mostré como referencia.

—Excelente. ¿Crees que durará toda la noche?

—Absolutamente. ¿A dónde diablos irás, a un baile de disfraces o algo así? —comenta alegremente, ajustando uno de los rizos detrás de mi oreja—. No tenía idea de que a Arturo le gustaría algo así.

Sonrío.

Arturo

Cruzo los brazos sobre mi pecho, viendo a mis hermanas moverse inquietas en sus asientos al otro lado de la mesa.

—Está bien. Escuchémoslo.

—¿Escuchar qué? —pregunta Sienna con un tono alegre.

—Este asunto tan, tan urgente que necesitaba ser discutido. En persona. Ahora mismo. Y no podía esperar ni un momento más.

—¿No podemos simplemente querer tomar un café con nuestro querido hermano porque lo extrañamos?

—Es el segundo sábado del mes. Lo que significa que tu zapatería favorita está teniendo una venta a mitad de precio, la cual comienza —miro mi reloj—, ahora mismo. No veo que te la perdieras por tomar un café conmigo.

—¡Te quiero más de lo que amo los zapatos bonitos y con descuento!

—Ajá. Y, Asya, ¿simplemente decidiste hacer un viaje improvisado a New York solamente para acompañarnos a tomar una bebida demasiado cara?

—El avión privado del *Pakhan* siempre está en espera, y a Pasha y a mí nos gustó la idea de un viaje rápido. Este lugar tiene los mejores sándwiches de pastrami con pan de centeno —murmura Asya.

—*Mm-hmm.* —Pongo las manos sobre la mesa y me inclino—. ¿Estás embarazada, Asya?

—¿Qué? No.

Mi mirada se desliza hacia Sienna.

—¿*Tú* estás embarazada?

—No lo estoy. Y para de decir tonterías. Solo queríamos tener una pequeña charla contigo.

—Conque sí había una intención oculta. ¿Qué es esto? ¿Una intervención?

—Quizás. —Su sonrisa es perfectamente inocente.

—*Claro*. Soy todo oídos.

Se miran la una a la otra. Luego, Sienna le da un codazo a Asya, asintiendo hacia mí. Asya sacude la cabeza, regresándole el codazo.

—Está bien, de acuerdo. Lo diré. —Sienna imita mi pose anterior y cruza los brazos sobre su pecho—. Estamos preocupadas por ti, Arturo.

Resoplo.

—¿Qué hay de mí que les preocupa tanto?

—Tu esposa —pronuncia Asya inexpresivamente.

—¿Disculpa?

—A ambas nos cae bien Tara. Mucho. Pero la forma en que la has tratado suena como realmente horrible. Sienna me ha mantenido informada, y debo decirte que estoy completamente en *shock*. ¿Realmente hiciste que Tara firmara un acuerdo prenupcial con un montón de reglas sobre cómo se le permite vestirse y actuar?

Volteo bruscamente hacia Sienna.

—Así que, Tara te dijo la verdad, ¿no?

—Sí. Cada parte terrible. Incluyendo que la amenazaste con incriminarla por asesinato. Tengo que decir que estoy horrorizada, Arturo.

—Horrorizada. —Asya asiente al mismo tiempo—. Tienes suerte de que Sienna no se lo haya dicho a Drago. Le mencioné que debería hacerlo. Estoy tan decepcionada de ti, hermano mayor.

—¡Mi matrimonio no es asunto tuyo! —ladro—. O tuyo, Sienna.

—Ya que estás haciendo todo lo posible para sabotear tu felicidad, diría que lo es —agrega Sienna.

—¿Felicidad? No elegí a Tara como esposa. Me ordenaron casarme con ella. Si ella fuera la última mujer en la tierra, no la habría elegido.

—Claro —continúa—. Porque ella no es italiana. No le importan nuestras tradiciones sociales. No teme desafiarte o decir lo que realmente piensa. Ella es básicamente el polo opuesto de la esposa ideal que creaste en tu cabeza.

—No podría haberlo dicho mejor.

—*Síp*. Qué fastidio debe ser haberte enamorado de la esposa que no querías, entonces.

—Eso es lo más loco que he escuchado en mucho tiempo. —Me río.

—¿Lo es?

—Escucha, hermanita. Entiendo que tienes estos lindos delirios sobre cómo gira el mundo en torno al amor y toda esa mierda sentimental. Culpo a esos libros que te gusta leer por esas tonterías. Pero la vida no es una novela romántica, Sienna. Y ciertamente no la vida que he elegido llevar. Es difícil y desalentadora, y la única forma de sobrellevarla es siguiendo la razón, no fantasías.

—Así que, ¿sentir algo por Tara no es razonable?

—Exactamente. No mentiré y diré que no me siento atraído por ella de alguna manera desconcertante. Después de todo, es una mujer muy hermosa. Pero eso es solo química. Nada más.

Sienna se inclina hacia su gemela.

—Te lo dije. Se acostó con ella.

—No lo he hecho.

—¡Pero quieres!

—Sí quiero. Eso no significa que esté enamorado de ella. —Tomo un sorbo del café que me entregó nuestro camarero—. Ella ha hecho de mi vida un completo infierno, Sienna. Tara es completamente impredecible. Y tiene un verdadero talento para hacerme enojar. Esa mujer me saca de quicio como ninguna otra. ¿Cómo podría estar interesado en alguien así por algo más que una buena follada?

—*Mm-hmm.* —Sonríe Sienna, luego inclina la cabeza hacia Asya nuevamente—. Es por eso por lo que la hizo firmar ese estúpido acuerdo prenupcial.

Entrecierro los ojos hacia ella.

—Le hice firmar ese acuerdo prenupcial para proteger mis intereses y asegurarme de que no me deje en ridículo, especialmente en público.

—*Oh,* por favor. Tu ego es del tamaño de un pequeño planeta. Como si la elección de ropa o un poco de dramatismo de tu esposa pudieran siquiera dañarlo.

—Está bien, ya que eres tan psicoanalista, ¿por qué no explicas mis verdaderas motivaciones, entonces?

—Es simple. —Se encoge de hombros—. Te ha gustado desde el principio, con todo y dramatismos. Eso la convirtió en una anomalía que amenaza con aplastar tu idea cuidadosamente construida de cómo deberían ser las cosas. Que para ti sería lo mismo que fracasar. Así que tu solución fue neutralizar esos rasgos exactos que te atrajeron de ella en primer lugar haciéndola comportarse como todos los demás. Porque Dios no quiera que realmente desarrolles algún tipo de sentimientos profundos hacia tu esposa y no solo la tengas cerca para cumplir un rol dentro de la sociedad.

—¿No me escuchaste? No siento nada por Tara, ¡maldita sea! Ella es grosera. Medio salvaje. Testaruda. Y a ella no le importa una mierda…

—Tú. —Mi hermana sonríe—. Sí. Eso tiene que ser un fastidio. El amor no correspondido es lo peor. No es de extrañar que te estés volviendo loco.

Me paso las manos por el cabello y jalo las raíces, mirando fijamente a la mesa que tengo enfrente.

—Ella exigió un millón de dólares por cada mes que esté casada conmigo.

—Arturo, amenazaste con incriminarla por asesinato —objeta Asya en voz baja.

—Así es —agrega Sienna—. ¡Si yo estuviera en su lugar, habría insistido en al menos el doble de eso! Te lo hubieras merecido solo por ser un imbécil con ella.

—En ese caso, debería haber pedido el triple. —Esto lo dice Asya, mi pequeña alma bondadosa.

Miro fijamente a mis dos hermanas.

—¿No se supone que ustedes dos deberían de estar de mi lado?

—¡Esta vez no! —claman al unísono.

—Genial —suspiro.

—Habla con ella. —Asya se hace cargo ahora—. Deja de ser un idiota y admite que te gusta.

—No hay nada de qué hablar. —Bebo lo que queda de mi café y me levanto—. Lamento acortar esta reunión, pero necesito irme a casa para cambiarme para la gala de esta noche.

—Ten cuidado, hermano —advierte Asya en esa forma suave de ella—. O podría ser demasiado tarde.

Busco mi billetera.

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Para que entres en razón. Hay muchos hombres prominentes por ahí, y uno podría terminar arrebatándote a Tara.

—¿Sí? Pues, ¡qué alivio!

Capítulo 17

Tara

Presiono mi bolso contra mi estómago e inhalo, mirando hacia la puerta de Satanás. Llegó a casa hace unos veinte minutos mientras yo daba los toques finales a mi maquillaje. Lo escuché toser en el pasillo y sonaba mucho peor que ayer. Idiota obstinado. Lo voy a delatar con Sienna a primera hora de la mañana. Tal vez ella pueda hacer entrar en razón a su hermano estúpido.

No es que esté preocupada por su salud ni nada. Dios sabe, si DeVille cayera muerto, resolvería muchos de mis problemas y… Se me revuelve el estómago. Esa tos realmente sonaba seria. ¿Y si realmente está enfermo?

Metiendo la mano en mi bolso, saco mi teléfono y le envío un mensaje de texto rápido a Sienna. Bien. Ya está. Hice mi buena acción. Ahora, alguien más puede preocuparse por Arturo, y yo puedo volver a no preocuparme por él en absoluto. Es solo que… *Ugh*. Bien, tal vez sí me importe. Pero solo un poquito. ¿Quizás debería sugerir que no vayamos a esta estúpida fiesta? Pero incluso si lo hago, dudo que lo considere.

Mis dedos tiemblan ligeramente cuando levanto la mano para tocar. No estoy segura de por qué estoy tan nerviosa de enfrentarlo. Sé que no es por la reacción que seguramente obtendré tan pronto como abra la puerta. ¿Me siento ansiosa por verlo por lo que sucedió anoche?

No puedo sofocar el huracán de emociones que se ha estado gestando en mi interior. No puedo descartar la sensación de sus brazos alrededor de mí. La forma en que me abrazó… delicadamente. Con su palma acariciando suavemente mi espalda, todo mientras me aferraba frenéticamente a él. La paz que sentí en

su abrazo. La seguridad. Por ese breve momento, finalmente sentí que nada en esta tierra podía hacerme daño. Ojalá pudiera olvidarlo, pero no puedo.

Algo cambió entre nosotros, allí en la oscuridad de la noche, y no estoy segura de si fue algo *malo* o *algo bueno*. Tal como están las cosas, una de las muchas barreras entre nosotros ha desaparecido. Es como… como si no lo odiara tanto como antes. Y no me gusta. No me gusta en absoluto. No disfruto esta sensación en lo más mínimo. Especialmente porque está dirigida al hombre que eligió ponerme de cabeza. Me arrancó de mi familia, sin pensarlo ni arrepentirse en algún momento. Como si fuera una especie de juguete para que juegue con él. Así que me niego a sentir algo por él más que desdén.

Vine a esta casa con la intención de mantener a Arturo DeVille alejado de mí. Tanto física como emocionalmente. Ese era mi plan, mi red de seguridad. Fracasé en una condición; no tengo la intención de fallar en la otra.

Enderezando mi espalda, toco la puerta. Dos veces. Del otro lado, pasos rápidos y medidos. Acercándose. La puerta se abre, revelando a mi molesto esposo, que está en el proceso de cerrar el broche de su reloj de pulsera. ¿Cómo puede hacer que un acto tan simple se vea tan *sexy*?

—¿Estás lista? —pregunta mientras ajusta a tientas la cinta dorada—. Tenemos que darnos prisa si…

Se queda sin palabras en el momento en que levanta la vista. Un hambre absoluta brilla en sus ojos mientras me mira. Sin embargo, esa mirada de deseo se transforma rápidamente en *shock* tan pronto como nota mi cabello.

—¿Estás bromeando, carajo? —gruñe.

Sonrío.

—¿Qué quieres decir, cariño?

Arturo aprieta los dientes y da un paso amenazante hacia mí. Mi instinto de autoconservación me hace alejarme de él.

—Vas a volver a tu habitación —otro paso más cerca—, y no me importa cómo, pero vas a arreglar esa… —El último paso me hace chocar con una pared—. Esa monstruosidad y te arreglarás de manera normal.

—No se puede. Tengo tanto *spray* para el cabello que necesitaría lavarme el cabello. Y si hago eso, definitivamente llegaremos tarde.

Él no responde, pero veo el espasmo muscular en su mandíbula cubierta de barba. La furia se eleva de él como una nube espesa y oscura. En cualquier momento, podría estrangularme. El hombre amable y cariñoso de anoche no se encuentra por ninguna parte.

Dentro de mi pecho, mi corazón se siente como si estuviera siendo apretado. Una mano invisible se ha apoderado de él. Eso es lo que quería, ¿verdad? Provocarlo para que se enoje conmigo. Si lo está, hace que sea mucho más fácil odiarlo. Mucho más fácil para mí olvidar… otras cosas. Entonces, ¿por qué no estoy saltando de alegría, habiendo tenido éxito en mi objetivo? ¿Por qué tengo ganas de llorar?

—No veo cuál es el problema —continúo, clavando mis uñas en mi palma para asegurarme de que mi voz no se quiebre—. No he incumplido ninguno de los términos de nuestro acuerdo. El peinado es elegante. Como de la realeza. Usé una pintura de María Antonieta como inspiración. Su apariencia siempre ha simbolizado riqueza y poder. "Cuanto más grande es el cabello, mayor es el estatus social", dijeron. Así que pensé que esto sería más que apropiado para el extravagante evento de esta noche.

—¡Tal vez en el siglo XV! —exclama.

—En realidad, ella vivió en el siglo dieciocho.

La nariz de Arturo se ensancha. Planta las palmas de las manos en la pared a ambos lados de mí y baja la cabeza. Esa mirada voraz regresa cuando sus ojos se enfocan en mis labios.

—¿Podrías al menos quitarte las malditas plumas?

—Lo consideraré. *Si* me lo pides amablemente.

El párpado de su ojo izquierdo comienza a temblar. *Uy*. Parece que le di en el blanco con ese comentario de "pedírmelo amablemente".

Se inclina más cerca hasta que nuestras mejillas casi se tocan. Un agradable temblor se desliza a lo largo de mi columna vertebral mientras su barba incipiente roza ligeramente mi piel.

—Pareces estar muy interesada en encontrar formas de desafiarme, *Gattina.* —Sus labios están justo al lado de mi oído mientras susurra. El cálido aliento abanica la delicada piel del lóbulo de mi oreja—. He estado pensando mucho en eso.

—*¿Hmm?* —Su proximidad está poniendo todos mis pelos de punta. Inhalar el dulce aroma amaderado y las exóticas especias cálidas de su colonia, me tienta a girar la cabeza y enterrar mi nariz en el hueco de su cuello. Tal como lo hice anoche—. ¿Y a qué conclusión llegaste?

—Creo… —Esos suaves labios rozan un lado de mi cara, y cada neurona de mi cuerpo se incendia—. Creo que te excita, Tara.

El aire se atora en mi garganta. Abro la boca para negarlo, para decirle lo completamente idiota que es su presunción, pero las palabras no se forman en mi lengua.

Baja la cabeza hasta que sus labios presionan justo debajo de mi oreja mientras continúa con esa voz sensual y ronca.

—Pregúntame cómo lo sé.

—¿Cómo? —Exhalo.

—Porque tiene el mismo efecto en mí… *gattina mia.* —Sus labios se cierran alrededor del punto de pulso en la columna de mi cuello, chupando mi piel entre el roce de sus dientes.

Una corriente eléctrica recorre mis venas, sacudiendo mis huesos hasta la médula. Cada parte de mí hormiguea con energía cargada. Así es como me siento cada vez que nos besamos. Como si me estuviera derritiendo. Disolviéndome en el éter solo para

mantenerme unida por sus caricias ardientes. Este hombre va a ser mi ruina. Simplemente lo sé.

Se me escapa un débil gemido, traicionando mi firme determinación de resistir la seducción de Arturo. Agarro las solapas de la chaqueta de su traje e inclino la cabeza hacia un lado, dándole un mayor acceso. Sus labios recorren un camino dolorosamente lento hasta la unión entre mi cuello y mi hombro. Es un beso abrasador. De repente, parece estar en todas partes, aunque solo su boca me está tocando. Puedo sentir el poder de ese contacto entre mis piernas, donde mi centro se aprieta con una necesidad desesperada.

No. Esto no puede estar sucediendo. No otra vez. No me atrae Arturo DeVille. Y nunca será así.

Su boca continúa el asalto a todos mis sentidos, iluminándome desde adentro. Estoy tambaleándome entre rogar por más y buscar la fuerza para detener esto. No importa lo que haga, pierdo.

Pero no se siente como una derrota cuando sus dientes raspan suavemente mi hombro. Cuando la tela sedosa de mi falda comienza a ser deslizada hacia arriba a lo largo de mis piernas desnudas. Mis pantorrillas. Mis muslos internos. Esperen… Esos son dedos callosos. Tocando ligeramente mi piel hipersensible. Hacia arriba. Arrastrándose hacia arriba. Tirando de mi tanga hacia un lado…

La repentina presión sobre mi clítoris adolorido envía una oleada de calor a través de mí, encendiendo la llama que ahora me quema viva. Un gemido bajo escapa de mi garganta mientras el aire sale apresuradamente de mis pulmones.

—Me encanta la forma en que ronroneas cuando acaricio tu coño.

Mi capacidad para contestarle sarcásticamente es inexistente. Todo por la forma en que ahora está frotando mi clítoris. Sus movimientos lentos pero contundentes me están volviendo loca.

Aprieto las solapas de su chaqueta, aferrándome con todas mis fuerzas. Aferrándome a él.

Su ritmo oscila, cambiando de lento a rápido, rápido a lento. Es como si supiera exactamente lo que se necesitará para que mi mente vuele por completo. Echo la cabeza hacia atrás, jadeando, mojándome más a cada minuto. Cada vez más cerca del límite.

¡Santos cielos!

Puede hacer eso solo con su mano. Nadie más me ha hecho llegar al orgasmo simplemente dejando que sus dedos jueguen con mi clítoris. Sin embargo, aquí estoy. A punto de caer una vez más por el borde, guiada por el maldito Arturo DeVille.

Me odio a mí misma por cada gemido de placer, cada segundo de rendición, cada respiración temblorosa. Todo lo que me está haciendo sentir. Y, aun así, no quiero que se detenga nunca.

Sus labios caen sobre mi cuello nuevamente, reclamando mi piel con una fuerza que se extiende a ambos lados de la línea entre el placer y el dolor. Las caricias en mi coño se detienen, y estoy a punto de protestar cuando de repente me pellizca el clítoris. *¡Hola, cosmos!* Exploto. Reducida a polvo de estrellas en una maldita supernova.

—¿Ves? Después de todo, tenía razón, gatita.

La satisfacción en su voz es inconfundible. Retira su mano y se lleva los dedos a los labios. Con su mirada fija en la mía, los lame hasta dejarlos limpios. Tal como lo hizo la otra noche. Y al igual que antes, tiene exactamente el mismo efecto en mí. Casi me corro de nuevo solo de ver cómo lo hace.

—Sabes tan dulce, maldición. —Una sonrisa diabólica tira de la comisura de sus labios. Desliza la punta de su pulgar en su boca, chupando el resto de mi orgasmo—. Ni siquiera la más mínima pizca de esa amargura que tanto disfrutas escupir. Lo que me hace pensar. Todo eso… Tu veneno… Es simplemente una actuación.

—Suficiente. —Planto mis manos en su pecho para alejarlo, pero termino dejándolas allí. Demasiado débil para forzar incluso

una pizca de distancia entre nosotros. Todavía temblando después de bajar del éxtasis—. Muévete.

Da un paso atrás sin prisas mientras su mirada se desplaza hacia un lado de mi cuello, justo donde mi piel todavía hormiguea por su beso.

Lentamente, levanto la mano, tocando el punto sensible justo debajo de mi oreja.

—Tú… ¿Me dejaste un chupetón?

—Supongo que sí.

Abro la boca. Luego la cierro de golpe y paso apresuradamente junto a él tan rápido como mis tacones me lo permitan. Satanás DeVille me dejó un maldito chupetón. Marcándome donde cualquiera puede ver como si yo fuera… fuera... su propiedad o algo así. Y… y me gusta.

Mierda.

Arturo

Debajo de los altos techos de más de cinco metros, los enormes candelabros de cristal arrojan una luz brillante sobre los asistentes. Este salón de baile es algo impresionante. Un espacio opulento que recuerda la grandeza de los hoteles históricos europeos. Está adornado con una pista de baile brillante, un tragaluz majestuoso, columnas imponentes e innumerables puertas francesas que en los meses más cálidos permitirían a los huéspedes explorar las otras áreas del lugar.

Es casi irónico que, en este salón de banquetes neoclásico, todo el mundo esté mirándonos. A nosotros. No es una sorpresa, considerando que la monstruosidad que adorna la parte superior de la cabeza de mi esposa mide al menos quince centímetros de alto. Ni siquiera estoy seguro de cómo describir su "peinado". ¿Un moño

inspirado en un pastel de bodas de tres pisos? ¿Una torre de cabello inclinada de desastre emplumado? Quién sabe. Pero nadie podría decir que Tara carece de creatividad, eso es seguro.

Sin embargo, no todas las miradas de asombro se deben a su moño que data de hace siglos. A pesar de su cabello escandaloso, mi esposa se ve divina con su elegante vestido formal azul marino. Abraza su cuerpo, envolviendo sus curvas leves, aunque deliciosas, antes de ensancharse suavemente cerca de la mitad del muslo, resaltando su figura. El escote descubierto de los hombros agrega un toque de sofisticación sin revelar demasiado de esa piel blanca de la que no puedo alejarme. Es hermosa. Deslumbrante. Y *mía*. Pero sigue siendo tentadora para todos estos imbéciles. No pueden ocultar lo que están pensando, y me invade de nuevo la rabia volcánica cada vez que veo a otro hombre mirando a mi esposa, devorándosela con los ojos.

No estoy preparado para sentir estos celos tan intensos y no sé cómo manejarlos. Aunque lo que sí sé es que cuanto más tengo en mis manos a esta mujer seductora, más la anhelo. El aroma y el sabor de su excitación están infundidos para siempre dentro de mí. Incluso ahora, entre la multitud de los mejores y más inteligentes, el brillo y el glamur de la alta sociedad, lo único en lo que puedo concentrarme es en ella.

Su sonrisa es brillante, pero no le llega a los ojos. Y sus dedos se sienten húmedos en mi mano. Algo en eso roza los rincones más remotos de mi mente. Debe estar nerviosa, saliendo en un evento muy público por primera vez como mi esposa.

La acerco hacia mí, principalmente porque no puedo evitarlo, pero también parece reconfortarla. Se hunde ligeramente contra mí al parecer sin darse cuenta de que lo hace.

—¿Ese es…? —Tara murmura a mi lado—. Ese tipo, con el traje marrón… Es…

—*Nop.* —Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y la dirijo en la dirección opuesta. No hay forma de que permita que Adriano Ruffo vuelva a estar cerca de ella.

¿Qué carajos sigue haciendo en New York? ¿Y Ajello lo sabe? Como sea, no tengo el tiempo ni la inclinación para lidiar con la política de la mafia esta noche.

—Ni siquiera me dejaste terminar.

—No lo conoces. —Hago un gesto hacia un hombre que mira un jarrón de piso rebosante de un enorme arreglo floral—. Ahí. Ese es el senador Larson. Su familia posee varios viñedos en California. ¿Te gustaría conocerlo?

—¿Por qué querría conocer a un jabalí viejo que parece que ya está borracho?

Porque *es* un jabalí viejo, interesado solo en el golf y el vino. No es un multimillonario recientemente soltero a quien ella considera un *caballero*.

El agarre alrededor de mis pulmones se tensa y empiezo a toser. *Carajo.* Antes de salir de casa, me tragué un par de pastillas para ayudar con este maldito resfriado, pero nada parece estar funcionando. Mi dolor de garganta y el dolor punzante en mi cabeza me tienen en un estado de irritabilidad constante. Y con la forma en que me siento, no tengo la paciencia para seguir ignorando las miradas lujuriosas que mi esposa ha estado acumulando desde el momento en que llegamos a la gala.

—Buen punto. —Me hago a un lado para agarrar un vaso de la bandeja que está pasando el mesero más cercano y me bebo el contenido sin pensarlo dos veces. El *whisky* me quema la parte posterior de la garganta, calmando la incómoda picazón.

—De todos modos, ¿por qué estoy aquí? —pregunta Tara—. Este no es un evento familiar, así que no veo por qué necesito estar presente.

—No quería robarte la oportunidad de mostrar tu desafío a las directivas explícitas que acordamos.

—*Oh*. Podrías haberme ahorrado estar tres horas atrapada en una silla mientras tu hermana creaba el símbolo de mi rebelión. —

Señala su cabello—. Tres horas. Me dolió. Muchísimo. Y ahora me pica el cuero cabelludo por todo el *spray* para el cabello.

—Los extremos a los que estás dispuesta a llegar son dignos de elogio.

—Bueno, me alegra que puedas reconocer mi arduo trabajo, cariño. —Me sonríe con esa ridícula sonrisa falsa y asiente con la cabeza a la izquierda—. ¿Amigos tuyos?

La dirección de su mirada me lleva a una pareja de ancianos que se acerca con atuendos a juego. El traje azul del hombre es exactamente del mismo tono que el vestido de su acompañante. Los botones dorados en las mangas de su chaqueta complementan el broche decorativo en el hombro de la mujer.

—No hay "amigos" en este círculo social, Tara. Esos son los Wright. Lejanos en la línea de sucesión, pero aún relacionados con la familia real británica. Sin embargo, ser considerados "parientes muy lejanos" no los convence de tener una alta opinión de sí mismos. Todavía piensan que son mejores que todos los demás. Los Wright son dueños de una de las compañías de cosméticos más grandes del mundo.

—¿En serio? Tal vez podría pedirle a la aristocrática dama algunas muestras. Es decir, si se me permite hablar. —Su sonrisa falsa se agranda.

—Claro que puedes —refunfuño. No es que necesite nada de esa nano-lo-que-sea-que los Wright han estado tratando de meterle a todos en la garganta. Dudo que haya algo que pueda hacer que Tara sea más hermosa de lo que ya es.

—¡Señor DeVille! —*Lord* Wright exclama, estrechándome la mano—. Estoy encantado de verlo aquí esta noche. Especialmente en una compañía tan encantadora.

Voltea hacia Tara, su palma ya está medio extendida hacia ella. No sucederá. Casualmente aparto su mano. Un hombre de sesenta años, casado o no, no tocará a mi mujer.

—Esta es Tara. Mi esposa. —Le rodeo la cintura con el brazo y le lanzo a Wright una mirada mordaz. Una que dice: *Mantén tus patas alejadas, o no te gustarán las consecuencias*.

—*Oh,* sí, ya veo. —El hombre se ríe nerviosamente—. Por supuesto. No tenía idea. Es un placer conocerla, señora DeVille.

Tara sonríe aún más ampliamente.

—Es un honor conocerlo, *lord* Wright. —De alguna manera, se las arregla para decir eso entre dientes, sin permitir que su sonrisa se deshaga ni por un momento.

Cristo. Aprieto ligeramente su cintura como advertencia.

Inclinando la cabeza hacia un lado, me hace ojitos con sus largas pestañas, dándome su mirada más inocente.

Bien. Me rindo. Puede sufrir calambres faciales, para lo que me importa.

—Y esta es mi encantadora esposa, Loretta —continúa Wright, y luego me mira—. Loretta me ha estado insistiendo en llamarlo sobre esa maravillosa oportunidad de inversión que discutimos el año pasado. Dígame, ¿ha tenido la oportunidad de considerarlo?

—Las cremas exfoliantes y los productos que minimizan los poros no son una buena opción para Gateway Development Corp. Tendremos que rechazarla.

—Es una pena —comenta Loretta, con su mirada calculadora fija en Tara—. ¿Pero tal vez su hermosa esposa estaría interesada en convertirse en embajadora de nuestra marca? Tienes una tez maravillosa, querida. Ya puedo ver la pantalla publicitaria en Times Square y…

—No —reviro. Solo de pensar en la imagen de mi esposa pegada en todas partes para que los hombres babeen y se masturben hace que la ira asesina dentro de mí se encienda.

—Pero ¿por qué no? —Loretta insiste—. Sería una sensación mundial a las veinticuatro horas de su debut. Sin el cabello atroz,

por supuesto.

Volteo bruscamente hacia la mujer desagradable.

—¿Quiere repetir eso? —gruño, inmovilizando a la musaraña con una mirada que normalmente reservo para los degenerados que atrapo hablando pestes sobre la *Familia*. Por lo general, es seguido por el sonido de sus huesos al romperse.

—*Um*… Yo… yo —tartamudea, lanzando una mirada fugaz a su esposo—. Me refería al estilo vanguardista que obviamente prefiere su esposa.

—Entonces, debo haber escuchado mal. —Dirijo mi mirada a su esposo.

—Sin duda. Vanguardista. Alta costura. Ella es simplemente deslumbrante. —Wright asiente, agarrando el codo de Loretta—. Pero… ah, deberíamos irnos. Buenas noches a ambos. —Desaparecen de la vista en cuestión de segundos, perdidos entre la multitud.

Y justo a tiempo.

Me alegro de haber logrado alejar a Tara del resto de la horda. Con mi ocasional pelea para no perder un pulmón, no puedo imaginar a nadie queriendo acercarse demasiado de todos modos. Aun así, hay algunos que parecen querer intentarlo. Y no puedo permitirlo. A pesar de su bravuconería, mi esposa definitivamente no se siente cómoda con estas miradas puestas en ella. Mientras está presionada contra mí, sigue jugueteando con el costado de su vestido sin parecer darse cuenta de que mientras lo hace, su mano se frota contra mí. Peligrosamente cerca de mi polla ya medio dura. Ni siquiera lo está intentando, pero su tendencia a provocar caos es insuperable.

—Pensé que habías dicho que mi cabello era ridículo. Lo insinuaste cuando lo llamaste "monstruosidad" —musita Tara a mi lado mientras observa con cautela a la multitud reunida alrededor de la torre de *champagne*.

Doy un paso detrás de ella y aprieto mi agarre en su cintura, sumergiendo mi cabeza para hablarle suavemente al oído.

—Independientemente de las razones que nos obligaron a este matrimonio, eres mi esposa. Y serás tratada con respeto. No permitiré que nadie sea grosero o hostil contigo, especialmente en público. Lo que tú y yo nos decimos en privado, eso se queda entre nosotros. —Soplo la pluma de pavo real clavada en el costado de su moño mientras me hace cosquillas en la nariz—. Y *ridículo* ni siquiera se acerca a describir esta abominación, *Gattina*.

Tara inclina la cabeza, mirándome de reojo mientras algo que suena como un gemido ahogado sale de sus labios apretados. Parece como si estuviera luchando por no reírse. Por un par de latidos, la victoria está casi a su alcance. Hasta que fracasa. Sus ojos brillan con picardía mientras sus labios se dibujan en una sonrisa radiante.

—Estoy de acuerdo contigo en eso, Satanás. —Una risa baja y sensual se desliza de ella, el sonido se mezcla con la charla de la gente y el tintineo ocasional de las copas.

Su sonrisa ilumina todo su rostro. Esta vez no es la sonrisa fingida. Es real. Y cálida. Y dirigida a mí. Su ansiedad también parece haberse desvanecido; ya no se jala la falda. Debo haber sido capaz de distraerla lo suficiente como para permitirle olvidar sus problemas. Darme cuenta de eso me hace sentir como un maldito superhéroe o lo que sea. Es una sensación muy buena saber que pude hacerla reír, hacerla feliz. Y hacerla sentir segura. ¿Cuándo fue la última vez que una pequeña cosa como esa hizo que mi corazón latiera más rápido? ¿Me hizo hacer una pausa para disfrutar de un momento pequeño y simple? Ni siquiera lo recuerdo.

—¿Es típica la multitud de esta noche? —inquiere—. Parece que hay un verdadero desfile de personajes entre los invitados.

—Sí. —De alguna manera, me las arreglo para recuperarme —. Nos esperan muchas oportunidades de negocio potenciales. Vamos a mezclarnos.

El presidente de la junta, que representa a una conocida firma de capital de riesgo, está bebiendo una copa de *champagne* junto a la mesa de entremeses en el centro del salón. He estado tratando de concertar una reunión con él durante los últimos dos meses. Pero en lugar de dirigirme directamente a él y aprovechar la oportunidad de esta noche para arrinconarlo hasta que acepte, me encuentro dirigiéndonos en la dirección opuesta.

Uno de los propietarios de una cadena minorista en todo el país está junto a la barra libre en el extremo izquierdo del salón de baile, balanceándose ligeramente como si ya hubiera bebido demasiado. Este sería un buen momento para charlar con el hombre, tratar de ver si puedo desenterrar información confidencial. Justo la semana pasada, Ajello y yo estábamos debatiendo si deberíamos comprar algunas de sus acciones. En cambio, dirijo nuestro camino hacia la derecha.

Durante casi media hora, caminamos sin rumbo fijo por la habitación, todo mientras hago todo lo posible para evitar ser arrastrado a una conversación por quienquiera que nos crucemos. ¿Qué carajos estoy haciendo? Los negocios eran la única razón por la que quería venir aquí esta noche. Debería estar haciendo contactos, haciendo conexiones con los peces gordos en el salón y tratando de determinar si hay una manera de explotarlos, no paseando casualmente con mi brazo alrededor de mi esposa.

Sin embargo, eso es todo lo que parece interesarme. Desearía que todas estas personas desaparecieran mágicamente, dejándome solo con la hermosa mujer a mi lado. *Mi esposa*. Mi esposa, a quien solo quiero llevar a casa y encontrar alguna basura mundana y sin sentido sobre la que discutir. Todo para poder disfrutar de su descarado intento de desafiarme. Para darme una razón para llevarla a mi cama. Cargarla como una especie de cavernícola, y luego follármela hasta dejarla inconsciente, convirtiendo mi dormitorio en una guarida sexual.

El pensamiento me detiene en seco. ¿He perdido completamente la cordura?

—¿Estás bien, DeVille? —Tara arquea su ceja perfecta hacia mí.

No. No creo que esté bien.

¡Y joder! ¡Odio, *odio*, *oooodio* que no use mi nombre!

—Arturo DeVille —me llama una voz gutural con un ligero acento—. Y la pequeña Tara Popov. Qué sorpresa tan inesperada verte aquí.

Me doy la vuelta, lanzándole al intruso una mirada fulminante. Katrakis *senior*. Se tambalea hacia nosotros con pies inestables, luciendo un poco desaliñado y obviamente borracho.

—Escuché que tuviste problemas con algunos trámites recientemente. Que incómodo. —Arrastra sus palabras.

Cabrón. Sabía que él estaba detrás de ese fiasco con los permisos.

—No hay problema. Se resolvió. Algo perdido se encuentra fácilmente cuando tienes personas capaces trabajando para ti. —Aprieto la cintura de Tara, haciendo señas discretamente a mis chicos de seguridad cuando los veo acercarse—. Pero escuché que todavía estás buscando el tuyo. ¿Has tenido suerte para localizar a tu hijo desaparecido?

La espalda de Tara se pone rígida y se inclina hacia mí. Tal vez no debí haber mencionado eso, considerando todas las cosas.

—¿Sabes algo sobre el paradero de mi hijo? —pregunta el griego entre dientes.

—No me molesto con los peces pequeños, Katrakis. Quizás deberías buscar a tu engendro en Atlantic City. He escuchado que tiende a frecuentar los casinos con bastante regularidad. ¿Quizás así es como terminó perdiendo la escritura de la propiedad que ahora es mía?

—Desgraciado —sisea—. Siempre tan arrogante. ¿Te crees mejor que los demás? ¡Bueno, no lo eres! ¿Ves? —Su mirada

enojada se desliza hacia Tara—. Te estás follando las sobras de mi hijo. ¿Cómo…?

Durante más de una década, una regla simple ha sido mi credo. *No pierdas la compostura frente a posibles socios de negocios.* Eso significa que he tenido que controlar mi temperamento más a menudo que las veces que el engendro sin cerebro de este hijo de puta se masturba con su propio reflejo. Además de morderme la lengua, he tenido que frenar todos los impulsos violentos. Cualquier desviación empañaría la reputación cuidadosamente elaborada que nuestra *Familia* ha estado tratando de mantener. Para la sociedad exterior, he hecho todo lo posible para parecer nada más que un hombre de negocios inteligente. Uno que nunca se involucraría en una confrontación física con alguien en medio de una multitud de testigos. Jamás.

Mi puño se conecta con la cara de Katrakis antes de que el hijo de puta pronuncie su siguiente sílaba. Vuela hacia atrás, aterrizando sobre su trasero a varios metros de distancia.

Los gritos estallan en el salón cuando los invitados notan la conmoción y la sangre que brota de la nariz rota de Katrakis. No intenta levantarse, solo sigue acostado entre dos mesas altas y gimiendo como el maldito imbécil que es.

—Esta es la única vez que le faltarás el respeto a mi esposa —gruño—. Di otra palabra sobre ella, y te arrancaré la lengua y te la meteré por el culo. Tenlo por seguro.

Un grito ahogado colectivo se eleva desde la multitud que se ha reunido alrededor del griego. No obstante, nadie ni siquiera intenta ayudarlo porque todos me están mirando. Los he conocido a casi todos en un momento u otro, y probablemente pensaron que me conocían. Yo también pensé que me conocía a mí mismo. Me equivoqué. No me detuve a pensar en ese credo mío o en las ramificaciones de mis acciones. Todo lo que pensaba era en mi esposa. Y cómo nunca permitiré que nadie la lastime.

—Vámonos. —Poniendo mi mano en la parte baja de la espalda de Tara, la insto hacia la salida, diciéndoles en silencio a mis

chicos con una mirada que se queden y se ocupen de las consecuencias aquí.

—Eso fue sutil —murmura Tara a mi lado mientras nos alejamos—. ¿Qué pasó con ese decreto de "no hacer escenas" y "no causar escándalos" que pegaste en todos los términos de nuestro acuerdo?

—Estoy. —*Toso*—. De mal humor —refunfuño mientras trato de sofocar la presión áspera en la parte posterior de mi garganta.

—No me digas.

Recogemos nuestros abrigos y nos dirigimos por el pasillo que conduce a las puertas principales cuando el sonido de alguien llamando el nombre de mi esposa detrás de nosotros me detiene. Miro por encima de mi hombro y veo a un hombre de unos veintitantos años con un traje ajustado que corre hacia nosotros.

—¡Tara! —grita de nuevo—¿Realmente eres tú?

Mi esposa se da la vuelta y mi mano cae de su espalda.

—¿Conrad? ¡*Oh*, Dios mío! ¡¿Cuándo regresaste?!

¿Conrad? Busco en mi memoria. ¿Me mencionó a un *Conrad*? El dolor en mi cabeza está aumentando y no puedo recordarlo. *Joder.* De verdad necesito un buen descanso y dormir bien.

Cuando el tipo nos alcanza, me doy cuenta. El mocoso de un magnate del petróleo. El que *todavía* la llama. Con el que *podría haberse* casado. Y probablemente desea haberlo hecho.

—¡No puedo creer esto! ¡Sí *eres* tú! —exclama el tipo y abraza a *mi esposa*.

Esa es la gota que derrama el vaso. El punto de inflexión. La última gota que envía mis celos desbordantes al límite. Envuelvo mi brazo alrededor de la cintura de Tara por detrás, levantándola fuera de su alcance mientras aprieto la parte delantera de la chaqueta del idiota con la otra mano.

—Aléjate.

—¿Qué carajos, DeVille? —Tara se retuerce en mi agarre, sus pies patean varios centímetros sobre el suelo—. ¿Qué te pasa?

—¿*Arturo* DeVille? —El mocoso retrocede un paso. La sorpresa brilla en sus ojos mientras se dirigen de mí a Tara y viceversa.

—Es correcto. —Con mi mirada fija en el cabrón manoseador, bajo mi cabeza hasta que mi mejilla incipiente descansa contra la suave de Tara—. ¿Ese es tu exprometido?

—¿Qué? No… Quiero decir, sí. No. ¡No! No oficialmente… ¿Quieres soltarme ya?

Un *prometido*. Aplasto a Tara con más fuerza contra mi pecho y toco con mis labios la concha de su oreja.

—Deberías decirle al muchacho que se vaya.

—No lo haré. No nos hemos visto en años. Bájame, maldita sea. —Ella intenta patearme la espinilla.

El mocoso debe tener un par de células cerebrales funcionando en su cabeza después de todo porque parece haber comprendido la situación y da otro paso atrás. Bien. Sus posibilidades de escapar con vida han mejorado levemente. Teniendo en cuenta que ya me volví loco esta noche, en este momento, estoy cerca de arrancarle las extremidades.

—Pon tus manos sobre mi esposa otra vez, y te mataré —declaro.

Sus ojos se dirigen a la mano de Tara, que está envuelta alrededor de mi muñeca. Con mi mano extendida sobre su estómago, su mano derecha y mi izquierda están casi una al lado de la otra. Nuestros anillos de matrimonio a juego brillan al frente y al centro. Su mirada se detiene en los anillos por un breve segundo antes de alejarse.

—Ya veo… Tara, nos pondremos al día en otro momento, ¿de acuerdo? Te llamaré…

—No, no lo harás. —Evito otro de los intentos de Tara de infligirme daño corporal—. Ahora, piérdete.

—¿Y me llamaste salvaje *a mí*, DeVille? —Tara explota mientras intenta liberarse—. ¿Dónde están esos modales civilizados tuyos?, ¿ese comportamiento impecable del que te enorgulleces tanto?

—Yo también me pregunto eso. —Una mirada al pasillo confirma que el mocoso del petróleo está fuera de vista, así que bajo a mi esposa al suelo.

—¡Vete a la mierda, DeVille!

En el momento en que sus pies tocan el piso de mármol, corre hacia la salida tan rápido como sus tacones pueden llevarla, haciendo clic furiosamente a través del pasillo vacío. La torre de cabello en forma de pastel en su cabeza no ha resistido toda la conmoción, y está caída, ligeramente torcida. Una de las plumas iridiscentes de pavo real parece haberse perdido en algún lugar del camino.

Un portero con un uniforme llamativo se aleja lo más que puede, manteniendo la pesada puerta abierta y mirándola pasar junto a él. Apuesto a que ha visto a muchas mujeres furiosas salir del lugar antes.

—Le deseo la mejor de las suertes, señor. —Inclina la cabeza hacia mí con una mirada de solidaridad en sus ojos. Un compañero de sufrimiento, al parecer.

Salgo del edificio justo a tiempo para ver a Tara con la mano en la puerta de un taxi, lista para meterse en el coche. La pareja elegantemente vestida que debe haber llegado en ese taxi ya está subiendo las escaleras del hotel.

—Tara —le advierto, permitiendo que mi voz se transmita por encima del zumbido de la ciudad y a través de la media docena de metros que nos separan.

Ella levanta su mano libre, ofreciéndome su dedo medio perfectamente cuidado.

Bajo corriendo por los escalones de piedra mientras el pánico surge dentro de mí. Todavía no sabemos quién está detrás de ese ataque en la carretera o la razón en primer lugar. Incluso ahora, los culpables podrían estar al acecho, esperando otra oportunidad para atacar. ¡Y mi esposa se está subiendo a un maldito taxi desconocido! Estoy a menos de tres metros de ella cuando me cierra la puerta del auto prácticamente en la cara. Al segundo siguiente, el vehículo se aleja de la acera con un fuerte estruendo.

—¡Tara! —grito, pero el taxi ya está zigzagueando entre el tráfico de New York.

¡Maldita sea esa mujer! Me paro en medio de la acera, enfurecido y aterrorizado al mismo tiempo, mirando las luces del taxi que se aleja. Mi vehículo está estacionado en un garaje subterráneo, a una cuadra de aquí. Para cuando me lo entreguen, quién sabe dónde estará esa diablilla. Eso también asumiendo que el taxista no es un asesino psicótico. *¡Carajo!*

El sonido de un claxon detrás de mí me saca de mis pensamientos en espiral. Miro y descubro que otro taxi se ha detenido. Eso servirá.

Corro hacia el lado del conductor y abro la puerta.

—¡Fuera!

Un hombre de unos cincuenta y tantos años me mira boquiabierto mientras sus manos aprietan el volante.

—¿Qué?

Oh, por el amor de Dios. Agarro la parte delantera de su camisa y lo saco del coche. El amiguito incluso demuestra ser útil al desabrocharse el cinturón de seguridad.

Maldita, maldita sea esa mujer.

Tan pronto como me deslizo detrás del volante, piso el acelerador.

Agradezco que la gala de este año se haya celebrado en un hotel en el Distrito Financiero y no en Midtown. Pero incluso a esta

hora de la noche, el tráfico sigue siendo horrible. Cambio de carril, tratando de cerrar la brecha con el taxi de Tara, pero mis esfuerzos podrían ser inútiles. Cuando el semáforo cambia frente a mí, me adelanto bruscamente a un auto lujoso, y el conductor toca la bocina con fuerza antes de hacerme una seña obscena.

Y van dos esta noche, pero no son los pájaros a los que estoy persiguiendo. Necesito alcanzar a mi gata salvaje antes de que desaparezca por completo de mi vista.

—*Oh*, vaya. ¿Nos pasamos la salida? —Una voz aguda chirría detrás de mí.

Lentamente, miro por el espejo retrovisor. Una anciana con un grueso abrigo de piel marrón y con un zorro muerto envuelto alrededor de su cuello se estira en el asiento trasero.

—Debo haberme quedado dormida. Es tan difícil permanecer despierta tan tarde en la noche a mi edad, ¿sabes? —Ella me sonríe de manera maternal—. Pero está bien, muchacho, puedes dar la vuelta a la cuadra.

Jodidamente genial. No solo robé un maldito taxi, sino que aparentemente, también secuestré a la abuela de alguien en el proceso.

—Estamos tomando un atajo. —Piso el acelerador.

El taxi que mi esposa usó para escapar está a solo un par de vehículos por delante. Recuerdo esa gran abolladura en el parachoques trasero.

—Debe ser estresante trabajar como taxista aquí en New York —continúa la viejita—. Especialmente para un extranjero. ¿Has estado aquí mucho tiempo, Bjorn?

¿Qué?

—¿Es ese un nombre danés? ¿O sueco? No me pareces muy sueco. ¿Te teñiste el cabello de negro, tal vez? Te queda mucho mejor. Pero deberías actualizar la foto en tu licencia de conducir.

Miro la tarjeta de identificación clavada en el tablero. La foto es del tipo rubio de cincuenta y tantos años que saqué del auto.

—Sí. También me hace parecer unos veinte años más joven. ¿Podría dejar de hablar ahora?

—¡Qué grosero!

Cierro brevemente los ojos y respiro profundamente. El dolor punzante en mi pecho elige ese momento para reaparecer, junto con un extraño sonido sibilante cada vez que inhalo.

El tráfico parece disminuir un poco, menos mal, carajo, así que piso el acelerador con más fuerza solo para frenar un segundo después. Un *flash mob* ha llenado repentinamente la calle, bloqueando la intersección en todas las direcciones. El taxi de Tara logró pasar justo a tiempo.

Por supuesto que sí.

—¡Carajo! —Golpeo el volante con mi puño y toco el claxon sin parar.

Tara

—Muchas gracias. —Le entrego el dinero al taxista mientras uno de los chicos de seguridad de Arturo mantiene abierta la puerta del taxi. Para mi suerte. Es esa comadreja, Tony.

—Señora DeVille. —Me mira confundido— ¿Pasó algo?

—Sí. Tu jefe maníaco fue lo que pasó —refunfuño mientras salgo y corro hacia la puerta principal.

Idiota. ¿Cómo se atreve?

Durante un rato allí esta noche, en realidad la pasé bien con Arturo. Fue un poco divertido mezclarme con algunas de esas personas presumidas y ver sus reacciones a mi cabello. Y Satanás me sorprendió muchísimo cuando vio fijamente a esa anciana aristocrática y la confrontó por sus comentarios. Fue dulce de su

parte salvarme, a pesar de que no necesitaba su ayuda. Podría haberla manejado por mi cuenta, pero, aun así, fue un movimiento muy caballeroso de su parte. Uno bastante *sexy* también.

Pasó el resto de la noche con su mano en mi espalda baja o envuelta alrededor de mi cintura, guiándome para asegurarse de que nadie chocara conmigo. Fingí no darme cuenta, por supuesto, sin embargo, aprecié su consideración. No es que se lo admitiera. Y prefiero comerme mi propio pie que reconocer que disfruté de la compañía de Arturo DeVille. Pero lo hice. Realmente lo hice.

Su tacto también tuvo un efecto sorprendentemente calmante en mí, aliviando mi ansiedad por estar entre tantas personas desconocidas a un punto manejable. No estoy segura de si mi esposo ya sabe cómo soy, o si su elección de mantenernos alejados de todos fue solo una coincidencia. De cualquier manera, esta fue la primera vez que me sentí cómoda en una multitud.

Ese truco con el viejo Stavros fue excesivo, pero no puedo enojarme con Arturo por eso. El tipo prácticamente me llamó las sobras de su hijo, y como que dio en el blanco. No en el sentido en el que obviamente se refería, sino porque a menudo me sentía insignificante después de mis terribles relaciones. Así que, aunque no me gusta ver a nadie sufriendo, mentiría si no admitiera que ver a Arturo golpearlo para defender mi honor, como un verdadero caballero de uno de mis libros, fue muy ardiente.

Hasta que Arturo se volvió irracional y posesivo y arruinó todo.

Estoy entrando justo a través del umbral cuando el rugido de un vehículo que se acerca me detiene. Miro por encima de mi hombro para ver que se detiene otro taxi. Cuando se abre la puerta del conductor, mi querido esposo sale, luciendo muy furioso.

¿Por qué conducía el taxi? ¿Dónde está el conductor real? ¿Y quién en nombre del Señor es la anciana desconcertada con un abrigo de piel que acaba de salir de la parte de atrás?

—¿Decidiste cambiar de carrera, cariño? —vocifero.

Arturo no parece encontrar mi pregunta divertida, porque cierra la puerta del vehículo con tanta fuerza que suena como un disparo en la oscuridad de la noche. Su enfoque está fijo en mí mientras se acerca con una expresión homicida en su rostro.

Es hora de huir.

—Bueno, pues. Te veré por la mañana. —Le lanzo un beso e inmediatamente corro adentro.

Correr con tacones de diez centímetros no es para los débiles de corazón, pero de alguna manera me las arreglo. Cruzo el vestíbulo de la entrada a la velocidad del rayo, luego, subiendo mi vestido, subo las escaleras de dos en dos. Tan pronto como llego al rellano, corro hacia mi habitación, sin tomarme ni una fracción de segundo para mirar hacia atrás.

Me dirijo directamente al baño, quitándome la ropa en el camino y la dejo caer al suelo. El espacio es enorme, fácilmente del tamaño de toda mi habitación en casa. El tocador de mármol blanco con su lavabo rectangular se extiende a lo largo de una pared. Frente a él está la enorme ducha con paredes de vidrio que podría acomodar a cinco personas, al menos. Los gabinetes son de madera, a juego con los tonos del dormitorio, y hay adornos en tono melocotón en todas partes. Me encanta. Prácticamente puedo sentir que mi estrés se disuelve en el lujo parecido a un *spa*.

Ni siquiera me molesto en quitarme los pasadores antes de entrar a la ducha y abrir el agua. Con todo el *spray* para el cabello con el que Sienna me roció, mi cabello deberá empaparse antes de que pueda intentar quitármelos. Inclino mi rostro hacia el cabezal de la ducha tipo lluvia montada en el techo, cerrando los ojos mientras dejo que el agua tibia me relaje. Maldita sea, esto se siente bien.

—¿Qué parte de *estamos en alerta máxima* no entendiste, Tara?

Grito. Con el corazón latiendo en mi garganta, veo de dónde proviene esa demanda en gruñido.

Arturo está parado en la puerta abierta de la ducha, agarrando los paneles de vidrio a ambos lados.

—¡Sal de aquí! ¡Carajo! ¡En este momento, DeVille!

—¿No lo dije claramente? —Da un paso hacia el área—. ¿O simplemente elegiste ignorarme? Desafiándome de nuevo solo por diversión.

La cascada de agua me golpea, pegando mi cabello a los lados de mi cara. Cuando las gotas caen, salpican la ropa de Arturo, pero no se molesta en moverse fuera de su alcance. Sus ojos furiosos están totalmente fijos en los míos. Ni siquiera mis senos y mi coño completamente expuestos lo distraen.

—Simplemente decidí que ya había tenido suficiente de tu comportamiento errático —reviro—. Obligarme a apegarme a las reglas de mierda que insististe en incluir en el acuerdo prenupcial es una cosa. Amenazar a mi amigo es donde trazo la línea. ¡No puedes hacer eso, imbécil!

—¿Amigo? —Da otro paso más cerca—. Estaban comprometidos.

—¡No lo estábamos! Él me lo pidió; dije que *no*. ¿Y por qué te importaría mi pasado?

Otro paso. Este lo lleva justo debajo del agua. Empapa sus elegantes pantalones de traje y su camisa de vestir blanca. Se eleva sobre mí, bloqueando parcialmente el rocío. Su cabello está empapado, volviendo sus mechones negros como la tinta tan oscuros como la medianoche. Los riachuelos fluyen sobre los planos de su rostro, goteando sobre el mío. Toma mi barbilla entre sus dedos, inclinando mi cabeza hacia arriba. A pesar de que ambos estamos empapados, la mirada en sus ojos casi me incendia en el acto.

—Ningún otro hombre puede pedirte que te cases con él, *Gattina*. No en el pasado. Ni en el futuro. Solo yo.

La respiración se detiene en mis pulmones y luego se me escapa en ráfagas cortas. Hace unos momentos, el agua estaba

agradablemente tibia. Sin embargo, ahora, se siente demasiado caliente.

—Nadie… —Baja la cabeza, apenas rozando sus labios con los míos—. Ningún otro hombre puede poner sus manos sobre *mi esposa*. Solo yo.

El calor se precipita directamente a mi centro y mi coño voraz se siente como si estuviera en llamas. Agarro un puñado de la parte delantera de su camisa mojada y golpeo mi boca contra la suya. Contenerme ni siquiera fue una opción. Un segundo más y ambos hubiéramos ardido hasta quedar en cenizas.

El beso es un tormento lleno de dicha. El cielo y el infierno, todo en uno. Me odio a mí misma por no resistir la intensa atracción que siento hacia este hombre dominante. Pero al mismo tiempo, no puedo seguir sin que sus labios devoren los míos. Sus besos… La mejor sensación del mundo, demonios.

Todavía agarrándome la barbilla, baja su otra mano y agarra mi trasero, apretándolo con fuerza. Frenética, impulsada por una necesidad desesperada, jalo su camisa, se la saco de los pantalones y la desabotono.

—Para que conste —digo contra sus labios mientras básicamente le arranco la camisa. La cremallera de sus pantalones es la siguiente. Mis manos tiemblan como si fuera una adicta al borde de otra dosis. Un instante después, le bajo los pantalones de golpe, junto con el bóxer, dejándolos acumularse alrededor de sus tobillos—. Nunca *me pediste* que me casara contigo.

—Tampoco pedí que me jodieran la maldita cabeza —gruñe en respuesta—. Pero aquí estás, haciendo un gran trabajo.

La gruesa polla de Arturo me golpea en el estómago mientras se eleva sobre mí, su rostro mirando hacia abajo apenas un aliento del mío mientras el agua fluye hacia mí. Nos quedamos allí, bajo el rocío superior, como si estuviéramos en un extraño y silencioso enfrentamiento. Dos enemigos que parecen no poder decidir si prefieren matarse o follarse.

—¿Vas a quedarte ahí parado o qué? —estallo.

Un gruñido bajo y peligroso, brota de la garganta de Arturo. Su mirada penetrante no me abandona mientras me agarra por debajo de los muslos, me levanta y empuja mi espalda contra la pared de la ducha. Escalofríos recorren mi piel cuando la punta de su polla se desliza a través de mis pliegues.

—Lo que voy a hacer. —Empuja dentro de mí, lentamente, y un jadeo estrangulado escapa de mis labios—. Es follarte duro. Lo suficientemente duro como para que olvides a todos los chicos con los que has estado. Hasta el último.

Mis paredes internas se estiran a medida que presiona más profundamente, frota esos nervios de placer ocultos con cada centímetro de su avance. *Oh*, Dios, es tan grande que la intrusión es casi dolorosa, mientras, al mismo tiempo, se siente como felicidad pura. Respiro temblorosamente, aceptando la sensación, deleitándome con los temblores que se extienden desde mi centro hasta mis límites exteriores. Una ola de calor me recorre a la par que el torrente de agua enfría mi cuerpo electrificado.

—Y luego, te follaré de nuevo. Una y otra vez. —Sus dientes rozan mis labios, produciéndome estremecimientos, tanto dentro de mi coño como en la superficie de mi piel—. Hasta que pensar en futuros hombres se vuelva impensable.

Sigue deslizándose más y más profundamente dentro de mí. Una vez que está completamente dentro, me invade la sensación de plenitud completa, tan envolvente que no puedo distinguir dónde termino y él comienza. Es el ajuste perfecto. Como si nuestros cuerpos estuvieran hechos específicamente el uno para el otro. Como si nuestra unión fuera una eventualidad de la que no podíamos escapar. Cada nervio, cada célula dentro de mí, vibra de placer después de anhelar durante tanto tiempo tener a Arturo dentro de mí. Este… choque carnal entre nosotros se siente predestinado. Inevitable. Idílico.

Lo odio.

Lo odio por hacerme sentir así.

—Demasiado seguro de ti mismo, *¿eh?* —espeto, encontrándome con su mirada cortante.

Los ojos de Arturo se entrecierran y deja caer su frente sobre la mía.

—Ya veremos.

Por un momento, permanecemos en silencio. Inmóviles. Perdidos en la cascada ensordecedora.

—¿Estás tomando la píldora?

—Sí.

Apretando mis caderas, se retira por completo, solo para volver a sumergirse con tanta fuerza que me ahogo con mi respiración. Un gemido sale de mi garganta cuando se retira de nuevo. Pero luego, estoy jadeando, tratando de respirar, maullando mientras él vuelve a embestir, una y otra vez.

Un beso brutal y rápido, y se endereza. Cambia de posición. Pone más vigor en sus caderas al embestirme.

Mi espalda se desliza hacia arriba y hacia abajo a lo largo de la pared de azulejos mientras Arturo me penetra una y otra vez. Con cada fuerte embestida, parece llegar más lejos, más profundo, gratificándome implacablemente y castigándome al mismo tiempo. A medida que los estremecimientos que me atormentan se intensifican, me quedo volando más y más alto. Saciada, pero con ganas de más. Necesitando más.

Nuestros cuerpos chocan. Me quedo arruinada. Esto no debería sentirse tan bien, pero así se siente.

Clavando mis uñas en sus hombros, echo mi cabeza hacia atrás. Mi mundo se inclina sobre su eje mientras me quedo sin aliento en los brazos de este hombre.

—¡Mírame! —exige en un gruñido, llenando la habitación con su profundo barítono.

Abro los ojos y mi garganta se hincha de emoción. La mirada de Arturo me atrapa al instante. Sus profundidades llenas de lujuria brillan con fuego. E incluso bajo el flujo constante de agua, siento el calor. Su mandíbula está apretada, los labios están apretados con fuerza mientras continúa su ataque trascendental.

—Bien. Quiero presenciar cada maldito segundo de ti rompiéndote por mí —pronuncia entre dientes mientras me embiste de nuevo—. Quiero ver tus ojos en blanco mientras te corres en mi polla. Y cuando tu coño esté lleno de mi semen, quiero que memorices exactamente quién te ha estado follando. ¿Entiendes, mi querida Tara?

No puedo pronunciar ni una sola palabra. Me está follando tan fuerte y rápido que todo lo que puedo hacer es jadear tratando de respirar. Cada vez que se retira casi por completo, se siente como una pérdida monumental, una ausencia dolorosa. Cada zambullida de regreso es un alivio bienvenido. Pero no es solo mi cuerpo tan traicionero el que lo recibe alegremente. Mi estúpido corazón también retumba con un latido de rendición.

¡Maldito sea!

—¡Vete al infierno, cariño! —respondo también gruñendo.

Mi respuesta parece ponerlo frenético. Ajustando su agarre, inclina sus movimientos para que cada embestida de su pelvis golpee mi clítoris y su polla llegue a ese lugar esquivo dentro de mí, enviándome a nuevas alturas.

Todos los pensamientos racionales se me escapan. Estoy reducida a nada más que instinto. Una colección de terminaciones nerviosas en carne viva, piel sensibilizada y una necesidad abrumadora. Los escalofríos recorren mi cuerpo, las convulsiones me sacuden por dentro. Apenas tengo fuerzas suficientes para aferrarme a Arturo mientras me folla haciéndome perder la cabeza. Un grito se forma en lo profundo de mi pecho y no puedo contenerlo. No puedo reprimirlo. Detona, saliendo de mí. Cada célula de mi cuerpo se ilumina como fuegos artificiales a medida que me corro más fuerte que nunca en mi vida.

Creo que podría haberme desmayado momentáneamente. Descendiendo en espiral hacia un abismo eufórico. El rugido salvaje de Arturo cuando se corre me sacude mientras sus brazos se aprietan a mi alrededor. Mi visión es borrosa ya que apenas tengo fuerzas suficientes para mirarlo a los ojos. Pero fiel a su palabra, Arturo me observa, exhalando una respiración fuerte tras otra. Su mirada oscura me atraviesa como una espada. Cortando a través de lo que queda de mi armadura. Destruyendo el último de mis muros.

¿Qué diablos fue eso? Fue épico. Mucho más allá de todo lo que he experimentado antes. Y tengo la sensación de que nunca lo volveré a hacer… a menos que… a menos que sea con Arturo. Porque apostaría mi vida a que puede cumplir una y otra vez.

Este hombre… Ha destruido mis cimientos. También me ha dado lo que nadie más pudo.

Me robó un futuro imaginado, pero me dio una realidad mejor que la fantasía.

El idiota tenía razón. No hay forma de que ningún otro hombre pueda hacerme sentir como lo hizo él.

Otra cosa más que Arturo DeVille me negó.

Y no hay forma de que pueda odiarlo por eso.

Arturo

Bruja. Hechicera. No sé qué clase de vudú practica esta mujer, pero debe ser brujería de verdad.

—Te estás resbalando. —Empujando la puerta de la ducha, paso por encima de la montaña de mi ropa empapada que tiramos antes.

—Estás demasiado mojado —señala Tara en el hueco de mi cuello, pero aprieta sus piernas alrededor de mi cintura.

Se aferra a mí como un bebé koala mientras me dirijo al gabinete de toallas empotrado en la pared del fondo cerca de la bañera. El vapor en la habitación es tan espeso que hace que todo el espacio parezca casi mítico.

Cuando paso el espejo sobre el tocador, no puedo evitar detenerme por un momento. Nuestras siluetas son borrosas ya que la superficie vidriosa está completamente cubierta de condensación, tanto que solo puedo distinguir nuestro contorno. Extendiendo la mano, limpio la humedad, revelando nuestro reflejo. El rostro de Tara está de espaldas, poniendo su glorioso cabello oscuro al frente y al centro. La masa húmeda de ligeras ondulaciones cae en cascada por su espalda, casi llegando a su culo desnudo. Con sus brazos y piernas envueltos alrededor de mí, parecemos como si estuviéramos entrelazados. No puedo apartar mi mirada de la vista. Maldita sea, se siente tan bien tenerla en mis brazos así.

—Me estoy congelando aquí, DeVille.

Mi presión arterial se dispara cada vez que me llama así. Me gustaría poder entenderla. ¿Qué carajos tiene ella en contra de mi nombre? La he oído llamarme Arturo. Mi nombre en sus labios se ha convertido en una obsesión casi tan grande como el sabor, el olor y la sensación de esta mujer en mis brazos. Sin embargo, las únicas veces que se le zafa son cuando estoy sangrando. Me pregunto si tendré que perder cada gota de sangre en mis venas antes de que use solo mi nombre de pila.

Agarro una toalla del estante, la coloco sobre sus hombros y salgo del baño.

Las luces de la habitación están apagadas, todas excepto la lámpara de pie cerca de la ventana. Su suave resplandor proyecta un reflejo directamente sobre la cama sin tender. Claro que la cama quedó desordenada. Es en lo que mi esposa es buena. Es como si dejara pruebas de su existencia a propósito en todas partes.

Los suéteres y las sudaderas con capucha se encuentran con frecuencia esparcidos por toda la sala. Dejados en el respaldo del sofá como su seña característica. Un rastro de libros al azar

esparcidos por todas las superficies disponibles. En el estudio, en la barra de desayuno e incluso en el cuarto de lavar. La jarra de leche siempre está metida en el estante equivocado del refrigerador. En el cuenco antiguo de la estantería de la planta baja, un par de aretes que usó en una de nuestras citas.

Cuando observo a mi alrededor, es como si pudiera rastrear a mi esposa por la casa. Si fuera la mierda de cualquier otra persona, mi personalidad obsesivo-compulsiva me habría obligado a ordenarlo de inmediato. Todo tiene su lugar. Excepto Tara. Y sus cosas, aparentemente. Mi esposa no solo "encaja" en un espacio específico en mi vida. Ella se ha adueñado de ella por completo. Y ni siquiera se me pasó por la cabeza deshacerme de sus cosas. Es casi como… como si me *gustara* ver sus cosas por todas partes. En la casa. Nuestro hogar.

Mi mirada se dirige hacia las sábanas enredadas y hacia la pila caótica de almohadas cerca de la cabecera. ¿Tuvo un sueño inquieto? ¿Estuvo dando vueltas y vueltas anoche, soñando que me la estaba follando? Porque yo sí. He estado soñando con hundirme en ella todas las noches. Desde el momento en que entró en esta casa. Y si soy honesto conmigo mismo, desde mucho antes de eso.

Esperaba que esta extraña obsesión con una mujer que me tienta a reclamarla como mía a cada paso terminara una vez que por fin folláramos. Teniendo en cuenta el estado duro como una roca de mi polla pocos minutos después de tenerla, mi esperanza fue un sueño tonto.

—Necesitas secarte el cabello antes de irte a dormir —comento mientras la bajo junto a la cama desordenada.

Tara inclina la barbilla hacia arriba, mirándome a través de los mechones húmedos que cubren su rostro aún sonrojado.

—¿Eso es una orden?

—Sí.

Esos ojos verdes brillantes se entrecierran desafiándome.

—No puedes darme órdenes, DeVille.

La miro fijamente, sumergiéndome en la vista de esta criatura hechizante. Cada detalle sobre ella llama mi atención. Su cuello, enrojecido por el roce de mi barba y todavía luciendo mi chupetón. La marca que estuve más que emocionado de hacerle. Ese labio inferior carnoso, rojo sangre e hinchado por mis besos bruscos. Sus pechos, con pezones deliciosos, asomando a través de los mechones húmedos de su melena.

Es como si estuviéramos de vuelta en la ducha porque me está mirando tan intensamente que podría quemarme vivo. Sus ojos recorren mi pecho, escaneando mi torso. ¿Está catalogando las marcas que me dejó? Estoy seguro de que hay rastros y rastros de rasguños de uñas en mi espalda. No es difícil de imaginar, considerando la apariencia destrozada de mi frente.

La habitación que nos rodea está completamente en silencio, excepto por nuestras respiraciones, que se vuelven más rápidas mientras nos desafiamos con la mirada por segunda vez esta noche. El aire entre nosotros se vuelve más espeso, cargado hasta un punto en el que una pequeña chispa podría hacer que se queme. *Caaaarajo*, quiero follarla. Otra vez. Esta noche. Ahora mismo.

Sin embargo, no lo haré.

Una vez fue lo suficientemente arriesgado. No puedo dejar que esta absurda adicción me consuma.

—Me voy a la cama —informo con los dientes apretados.

—Excelente idea.

—Bien. —Asiento con la cabeza.

—Está bien —responde con firmeza.

Mi aliento sale en ráfagas rápidas como si acabara de correr un maldito maratón, todo porque esta mujer y todo sobre ella me está sacando de quicio. Aprieto mis manos, esperando que sea suficiente para evitar que trate de agarrarla. Mis palmas sudan y me pican por la necesidad. Con cada segundo, cada latido del corazón, la frustración, el deseo dentro de mí se acumula y aumenta, y no

hay nada que pueda decirme a mí mismo que me haga darme la vuelta para irme.

La ninfa pecosa que tengo frente a mí podría estar teniendo un problema similar. Su cuerpo se inclina hacia mí mientras el deseo y la resistencia luchan por la supremacía en su rostro.

Inclino la cabeza y susurro:

—Realmente necesitas meterte en esa cama, *Gattina*. Ahora mismo, carajo.

En lugar de eso, con sus labios ligeramente magullados por los besos y su propia respiración entrecortada, da un paso más cerca de mí. La cabeza de mi polla dolorosamente dura presiona contra su estómago, justo por encima de su ombligo con la joya. Ese ligero contacto es casi suficiente para ponerme de rodillas. Aparecen manchas negras en mi visión periférica mientras la lujuria desenfrenada me agarra por las pelotas.

—Vete al infierno, DeVille.

Cualquier hilo de autocontrol que me mantenía unido se rompe. Se disuelve. Se derrite en el olvido. Cualquier capacidad mental que tuviera se ha ido. La balanceo en mis brazos y la arrojo al centro de la cama. En el siguiente aliento, estoy sosteniéndome sobre ella.

—Tan jodidamente suave —murmuro mientras arrastro mis labios hacia su ombligo, hacia ese maldito *piercing* que me ha estado provocando durante tanto tiempo—. ¿Cómo puede algo ser tan jodidamente suave?

Una bocanada de aire tembloroso se le escapa mientras chupo la pequeña baratija entre mis labios. La punta de mi lengua lo recorre alrededor, a la par que deslizo mis manos a lo largo de sus muslos internos, abriendo más sus piernas, acercándome poco a poco a su calor.

Un gemido, fuerte y necesitado, explota de ella cuando deslizo mi pulgar a través de sus pliegues húmedos, buscando su clítoris. Empiezo con una pequeña cantidad de presión, luego la

aumento a medida que froto círculos apretados alrededor de esa protuberancia sensible. Mantengo mi ritmo constante, igualando el movimiento de mi lengua sobre su *piercing*.

Su respiración se vuelve más irregular, sus gemidos aumentan y resuenan en las paredes del dormitorio. La siento temblar bajo mi toque, acercándose cada vez más a ese precipicio, y apenas he comenzado.

El dolor se dispara a través de la parte posterior de mi cabeza mientras Tara me agarra fuertemente el cabello, acercándome y empujando mi boca hacia donde más la quiere. Como si necesitara una invitación implícita.

Esta chica. *Mi* chica.

—Gatita impaciente —gruño, lamiendo su ombligo una vez más.

Pero estoy más ansioso por enterrar mi cara en su coño que por tomar mi próximo aliento.

Su olor… Dulce y seductor. Mi propia marca personal de cocaína. La respiro profundamente, manteniendo ese olor cautivo en mis pulmones mientras empujo mi lengua en su abertura. *Señor celestial*. Ese sabor inicial de ella es una sobredosis. Pero si muero ahora, lo haré como un hombre feliz.

Separando aún más sus rodillas, ataco su decadente miel, follando su centro con movimientos lentos y metódicos de mi lengua. Lamiendo su néctar para obtener cada gota. Besando sus labios inferiores, sus pliegues sedosos. Chupando su clítoris solo para escucharla ronronear. Complaciendo a mi esposa como si fuera un hombre hambriento y desesperado.

El jadeo de Tara llena el espacio a nuestro alrededor, todo mientras vibra como las cuerdas de un violín de valor incalculable en mis manos. Y disfruto cada segundo de hacer que se incline mientras toco, sus maullidos son música para mis oídos. Antes de que termine esta noche, tocaré, lameré y besaré cada centímetro de su cuerpo. La haré desmoronarse en mi lengua, mis dedos, mi polla.

Sacaré de su mente el recuerdo de otros hombres. La arruinaré para todos los demás. La única persona que sentirá, y anhelará, seré yo.

—Si esto es el infierno, *Gattina…* —Soplo un cálido aliento sobre su piel sensible, haciéndola temblar de nuevo—. Nunca regresaré. Jamás. Pasaré felizmente la eternidad dentro de tu coño.

Aplanando mi lengua, le doy otra larga lamida, desde su agujero trasero hasta el borde de su montículo liso. Luego, sello mis labios sobre su clítoris hinchado y chupo. Duro. Con más fuerza.

Un grito agudo de *¡SÍ! ¡OH, DIOS! ¡SÍ!* explota de ella. Se viene, casi arrancándome el cabello de raíz. Y casi me caigo por el borde junto con Tara. Ese hormigueo en la base de mi columna vertebral me dice que no duraré mucho más. Pero sigo deleitándome con mi esposa, acariciando y chupando, dejándola disfrutar del éxtasis. Su cuerpo se estremece debajo de mí, temblando tan fuerte que, si no lo supiera mejor, me preocuparía qué lo causa.

Sí… ahora esta es mi misión. Aprender todo sobre su cuerpo, encontrar cada una de sus zonas erógenas. Hacerla sentir las cosas más pecaminosas. Darle el placer más exquisito. Asegurarme de que nadie más pueda estar a la altura de lo que ella puede experimentar conmigo. Ella puede seguir despreciándome. Dios sabe que me merezco eso y más. Pero ella no será capaz de vivir sin mis caricias. Nunca dejará de anhelar nuestro apareamiento carnal. El único hombre para ella soy yo. Destruiré a cualquier otro que siquiera piense en robármela, antes de que tenga la oportunidad.

Trazo una línea de besos desde su coño hacia su pecho, deteniéndome para rodear su joya brillante con la punta de mi lengua nuevamente. Chupo y muerdo suavemente sus pezones. Llevo un delicado pecho a mi boca. Luego el siguiente. Mordisqueo esas clavículas delicadas. Lamo mi camino hacia arriba por la columna de su cuello. Y finalmente capturo su boca.

—Mira lo pecaminosa que sabes —expreso con tono rasposo contra sus labios temblorosos.

Su exhalación estremecedora es mi única respuesta.

Ella me despeina mientras me devuelve el beso. Deslizando su lengua en mi boca, chupando la mía. Deslizo mis manos por sus brazos. Pasándolos por encima de su cabeza. Capturando sus muñecas.

—No esperaba dejarte sin palabras, *Gattina*. Es un poco surrealista, si me lo preguntas.

—Jódete. —Palabra resoplada, pronunciada entre besos ardientes.

—Lo harás. No estamos ni cerca de acabar, querida Tara. —Levantando mis caderas para dejar que mi polla empuje su entrada, me sumerjo dentro con una poderosa embestida.

El paraíso. Sintiendo su calor cálido y húmedo estrujándome. El abrazo acogedor de su coño es la máxima gratificación. Como volver a casa. El tiempo se detiene. Tal vez deja de existir por completo. Todo a mi alrededor desaparece. Todo excepto mi esposa. Temblando debajo de mí. Una mirada de éxtasis puro en su rostro. La observo. Fascinado. Miro cómo sus labios se abren con cada gemido. Observo el rápido ascenso y descenso de sus hermosos senos con cada respiración superficial que toma. El aleteo de sus largas y oscuras pestañas mientras sus ojos verdes vidriosos se aferran a los míos.

Sigo golpeando mi cuerpo contra el de ella, fuerte y rápido, tratando de engañarme a mí mismo creyendo que la calidez que se extiende por mi pecho, el martilleo de mi corazón y la repentina incapacidad para tragar son simplemente los efectos de un sexo maravilloso e intenso. El tipo de sexo que te deja sintiéndote salvaje. Sin embargo, no es más que una reacción biológica. Química magnética entre ella y yo. Nada de eso se basa en una emoción. Ciertamente nada que sacudiera el suelo debajo de mis pies. Y la necesidad de reclamarla, poseerla, encadenar a mi esposa a mí y tirar la llave, esas son solo las divagaciones delirantes de mi mente embriagada de sexo. Demasiadas feromonas, por no dormir lo suficiente.

Eso es todo lo que es. Todo lo que podría ser. No puede ser otra cosa.

No lo permitiré.

Capítulo 18

Arturo

El callejón está oscuro y los edificios a ambos lados se cierran hacia mí. Todas las ventanas permanecen a oscuras. Cada sombra es fría y amenazante. La luna no ayuda mientras sigo buscando…

Me detengo repentinamente. ¿Dónde estoy? ¿Y por qué hace tanto frío? Me castañetean los dientes.

Apretando mi chaqueta a mi alrededor, dejo que mis ojos se deslicen sobre el vecindario desconocido. ¿Cómo diablos terminé aquí? No me acuerdo. Estoy…

Estoy buscando a alguien.

Sí. Estoy buscando a alguien que perdí.

¿Quién? ¿Quién es a quien no puedo encontrar?

¿Asya?

Sí, ella debe ser a la que estoy buscando. Mi hermanita desapareció.

Miro a la izquierda por la calle, luego a la derecha. No hay nadie allí. No importa. Vuelvo a correr. Eso es lo que tengo que hacer. Continuar. Seguir buscando a alguien importante para mí. Alguien que es mío. Necesito encontrarlos. Para proteger lo que es mío. Vigilarlos como un maldito halcón.

Una luz solitaria aparece a la vista. Más allá de la calle, justo antes de la intersección. Una silueta. Una mujer sola, de pie justo debajo de la luz.

—¿Asya? —vocifero.

—Estoy bien, Arturo —responde la mujer con la voz de Asya.

Se me escapa un suspiro de alivio. Ella está bien. Sí. Felizmente casada con ese maldito ruso.

—Te estaba buscando —digo.

Mi hermana sonríe. Realmente no puedo verla porque está demasiado lejos, pero estoy seguro de que es cierto.

—No es a mí a quien buscas.

Tiene razón. He estado tratando de encontrar a alguien más. Pero ¿a quién?

—Ya la encontraste. A la que has estado buscando todo este tiempo. Simplemente no te has dado cuenta todavía.

—¿Encontré a quién? —Me acerco—. ¡Dime!

—La salvación viene de muchas maneras, Arturo.

—¿Salvación? —Me tambaleo mientras la desesperación me abruma—. No soy capaz de salvar a nadie, hermana. ¡No pude salvarte! Busqué y busqué, pero al final, alguien más terminó rescatándote. Fracasé. Les fallé a mis dos hermanas. Casi pierdo a Sienna también, debido a mis errores. No le fallaré a nadie más.

El viento frío sopla, enviando polvo y escombros a mi cara. La temperatura debe haber bajado aún más.

Mi hermana inclina la cabeza, mirándome como si mis palabras le divirtieran.

—Ella no es la que necesita ser salvada. —Las palabras suaves se dirigen hacia mí—. Tú eres quien lo necesita.

¿Yo? ¿De qué necesito ser salvado?

—De ti mismo, Arturo.

La luz de la calle se desvanece, envolviendo el callejón en la oscuridad, la silueta de mi hermana disolviéndose en el aire. Solo quedan sus palabras. Llevadas por el viento helado. Resonando en las paredes. Resonando dentro de mi cabeza como un claxon penetrante.

—¡Arturo!... ¡Arturo!... ¡Arturo!

Tara

—¡Arturo! —grito, sacudiendo sus hombros—. ¡Despierta!

El sudor se aferra a su piel ardiendo mientras se agita de un lado a otro. He estado tratando de despertarlo durante varios minutos. Esto no es normal, y estoy empezando a asustarme. Lo sacudo de nuevo, más fuerte esta vez, mientras trato de ignorar el pánico que amenaza con abrumarme.

Finalmente, su cuerpo se detiene. Sus párpados se abren lentamente. *¡Gracias a Dios!*

—Debes haber pasado una noche…

Esperen. Algo no está bien. Me está mirando, pero sus ojos están desenfocados. Tomo su rostro entre mis manos. Debajo de ellas, está ardiendo.

Fiebre.

—Hace… frío. Mucho frío aquí. —Arrastra sus palabras mientras le tiembla todo el cuerpo. Su mirada está dirigida a mí, pero es como si estuviera mirando a través de mí.

—¿Arturo? —Lo sacudo. Ligeramente esta vez—. Mírame.

Una extraña sonrisa apenas visible se dibuja en sus labios.

—Claro. Siempre disfruto mirándote, *Gattina*. Incluso cuando me lanzas canapés.

Lo miro boquiabierta. Qué hombre tan loco.

—Tienes fiebre.

—*Mm-hmm*… ¿Puedo tener un beso también? ¿Del tipo salvaje en el que me muerdes la lengua? —Sus labios forman un puchero. El movimiento es lento, como si me estuviera tentando a aceptar su oferta.

Está delirando. Y definitivamente tiene fiebre. Una muy mala, al parecer.

—Genial —murmuro para mí misma.

¿Qué hago? ¿Cómo se maneja una temperatura tan alta? Drago nunca ha estado enfermo, no con ninguna enfermedad grave. Y solo he tenido dolor de garganta y gripe estomacal. ¿Qué diablos hago?

Estaba preparada para lidiar con muchas cosas desagradables cuando vine a vivir a esta casa, pero no esto. No este miedo desgarrador que se ha formado en mí mientras veo a mi esposo sin tener idea de cómo ayudarlo. Demonios, dame otro sermón largo o una pelea a gritos sobre mi total ineptitud para ser una esposa adecuada, prefiero soportar eso. Esto no.

Esto no.

Bajando de la cama, corro a buscar mi bolso. Sienna sabrá cómo cuidar a su hermano. Tan pronto como mis dedos envuelven el teléfono, presiono su número.

Ella responde en el séptimo timbre.

—Son las dos de la mañana, Tara. ¿Qué…?

—Arturo está enfermo —suelto mientras vuelvo a meterme en la cama a su lado—. Está ardiendo de fiebre. Y está balbuceando tonterías. ¿Qué hago?

—¿Cuál es su temperatura?

—Yo… No sé. No sé dónde está el termómetro. Pero su piel está caliente al tacto. Y las tonterías que está soltando lo hacen sonar como si su maldito cerebro estuviera frito.

—Sí, está bien. He visto eso antes. Sucedió cuando su fiebre superó los cuarenta grados.

—¿Cuarenta? —Me atraganto cuando siento que mi estómago se me cae a los pies.

—Sí. Necesitas bajársela. Rápido. Llévalo a la ducha. Aunque con agua tibia. No fría.

—¿Cómo? Es el doble de mi tamaño, Sienna. ¡Y apenas está coherente! —chillo—. ¿Los medicamentos ayudarían? Ha estado llevando una botella de ibuprofeno con él durante días, tomándose esa mierda como caramelos, maldita sea. Podría tratar de encontrarla.

—No actuarán lo suficientemente rápido. Las pastillas, quiero decir. Tardarán demasiado en hacer efecto. Al menos consigue algunas toallas mojadas y cúbrelo de pies a cabeza. Llamaré a Ilaria y le pediré que vaya a verlo. Es mejor no darle ningún medicamento hasta entonces.

—¿Ilaria?

—La madre del Don.

—¿Ajello tiene una madre? —Pensé que ese hombre había sido engendrado. Por algo oscuro y antinatural.

—Lo sé, es difícil de creer. Pero es una señora agradable y una gran doctora, así que no te preocupes. Voy a colgar ahora y la llamaré. Mantenme informada sobre cómo van las cosas, ¿de acuerdo?

—Claro. Toallas mojadas. Ilaria. Mantenerte informada. —Presiono mi mano contra la frente hirviendo de Arturo—. Dile que se dé prisa.

Tiro el teléfono y corro al baño a buscar las toallas.

Quince minutos después, estoy mirando la pila de toallas medio secas al lado de la cama. Las he estado cambiando casi tan rápido como las coloco, pero no han servido de nada. La piel de Arturo se siente tan caliente como antes. Tal vez incluso más caliente. *Diablos.*

—Arturo. —Le quito los mechones de su cabello empapado de la cara—. Necesitamos meterte en la ducha.

Parpadea, lentamente. Sus ojos aún aturdidos finalmente se encuentran con los míos.

—*Mm-hmm*… Me encanta ducharme contigo. ¿Me dejarás comerte el coño de nuevo?

—¡No! —Mis mejillas se calientan. Puedo sentir que me pongo roja por todas partes—. Tienes fiebre y tenemos que bajarla.

—¿Así que no hay coño? Entonces no iré.

—No te estaba preguntando. —Agarro sus muñecas y jalo, tratando de sentarlo y levantarlo de la cama—. Puedes ayudarme un poco, por favor.

—*Nop.* Sin coño, no ayudo. —Vuelve a caer sobre la almohada.

¡Jesús!

—Está bien. De acuerdo. Lo que quieras. —Ni siquiera puede sentarse, y mucho menos hacerme sexo oral.

Con esfuerzo, logro ponerlo de pie, no obstante, ambos casi terminamos en el suelo cuando pierde el equilibrio. Atrapándolo justo a tiempo, balanceo su brazo alrededor de mi cuello y, sosteniéndolo por la cintura, lo llevo hacia el baño.

—Me encanta tu olor —dice Arturo, enterrando su nariz en mi cabello.

—*Um*… gracias.

—No he dejado que Greta cambie mis sábanas desde que pasaste la noche en mi cama. Huelen a ti, y quiero mantenerlas así para siempre.

—Eso es asqueroso.

—*Noooo*. Pero si no te gusta, puedo conseguir unas nuevas —comenta, enderezándose—. Pero solo si te mudas. A mi habitación, a mi cama. Si siempre duermes conmigo. Encima de mí. Me encantó eso. En realidad, amo muchas cosas de ti.

—Creo que podrías estar enloqueciendo. ¡Cuidado por dónde pisas!

—¡*Oh*, mandona! Eso también me gusta. ¿Pero sabes qué es lo que adoro absolutamente? —Se ríe—. Cuando te acurrucas en mi cuello.

—¿Que?

—¡Esto! —Me agarra por la cintura y me levanta, apretándome contra él para que mi cara se aplaste en el hueco entre su hombro y su cuello—. Sí, justo así.

—¿Estás loco? Bájame o ambos nos caeremos al suelo.

—*Mm-hmm*… Eso también será divertido. —Me baja al suelo, tambaleándose.

Mierda. Lo envuelvo con mis brazos, manteniéndolo erguido.

—Vamos. Solo unos pocos pasos más.

El último metro y medio hacia el baño se siente como si fueran cincuenta. Nos tambaleamos todo el camino. Una vez que finalmente lo meto a la ducha, lo apoyo contra la pared y abro la regadera.

—Puedes sentirla fría por lo alta que es tu fiebre. Pero te prometo que el agua en realidad está tibia. —Extiendo mi mano hacia él—. Vamos, Arturo.

Una sonrisa torcida se extiende por su rostro.

—Pisaría aguas heladas o caminaría a través de los fuegos del infierno por ti, gatita salvaje. —Agarrando mi mano, me atrae hacia él y se mete bajo el chorro de agua en cascada.

Solo han pasado unas pocas horas desde que estuvimos en esta posición exacta, con agua escurriendo sobre nosotros. Sin embargo, nada parece igual. La mirada en los ojos de Arturo carece del peligro que suele estar allí. En este momento, la forma en que me mira es diferente a cualquier otra vez que me haya mirado antes. Sus ojos son suaves. Sin estar a la defensiva. Esa fiebre y el delirio realmente deben estar confundiéndolo.

Una punzada de anhelo me golpea en el pecho. ¿Cómo sería que Arturo DeVille me mirara así siempre?

—Te metiste a la ducha helada por mí —susurra, acariciando mi mejilla con el dorso de su mano.

—No está helada. —Me pongo de puntitas y rozo sus labios con los míos. Incluso de alguna manera parecen más suaves. Tal vez sea el agua que nos cubre a ambos en el rostro—. Solo la sientes así.

—Y dijiste mi nombre. —Sus dedos acarician mi mandíbula—. Varias veces.

—Estaba bajo presión. Se me salió.

Su otra mano se desliza hacia mi espalda, acariciando la longitud de mi columna debajo de mi camiseta mojada. Es la única prenda de vestir que tengo puesta. Sin embargo, mi esposo no tiene nada puesto. Y aun así, nuestro contacto no se siente sexual.

Mis palmas se deslizan sobre su pecho duro como una roca, luego giran hacia su espalda, explorando lentamente su glorioso cuerpo. Todo en mí hormiguea consciente. Mi coño todavía se siente sensible por nuestro sexo frenético y desenfrenado de esta noche, pero me muero por más. Palpitando con la necesidad de sentirlo. Un roce sobre mi clítoris, y estoy segura de que explotaría. Desmoronándome como solo él puede hacerme.

Sin embargo, eso no es lo que quiero en este momento. Quiero esto. El lento movimiento de sus dedos a lo largo de mi barbilla. Su lengua, probando mi boca. Esa agradable sensación en la base de mi cráneo mientras se abre paso a través de mi cabello. Eso es lo que quiero. Todas esas cosas maravillosas. De él.

La necesidad de este afecto básico es extraña, considerando el volátil juego de tira y afloja que hemos jugado desde el primer día. Nada entre nosotros ha sido fácil. Nada excepto la innegable atracción que tanto él como yo sentimos. Simplemente no hay forma de resistirse a ese tipo de química por mucho tiempo. No importa cuántas veces mi mente trató de negarlo, mi corazón reconoció la mentira. Sabía que eventualmente Arturo y yo terminaríamos en la cama. La suya o mía, no habría hecho ninguna diferencia. Ambos

nos habríamos rendido a ese intenso magnetismo físico. Pero este, este momento aquí, no se siente como una simple atracción sexual. Es algo completamente diferente. Y no tengo idea de qué.

O tal vez sí.

Siguiendo esta farsa de matrimonio, pensé que estaba haciendo lo correcto. Sacrificando un año de mi vida por mi familia. Arreglando otra de mis interminables metidas de pata. Aceptar a un hombre que no me ama. Un hombre peligroso que me chantajeó. Un hombre que, fuera de follar, me encuentra deficiente en todos los aspectos que importan. Al igual que todos los hombres anteriores en mi vida.

Pensé que podía hacerlo. Podría empujar temporalmente mis sueños, mi felicidad a un lado. Doce meses. Difícilmente debería ser un esfuerzo después de toda una vida de no tener lo que anhelo. Un hombre que me atesorará por encima de todos los demás. Que me amara más que a sí mismo. A pesar de que soy un *desastre andante*, como Satanás DeVille tan elocuentemente me etiquetó. Pero esa es mi vida. E independientemente de los desastres que he hecho con ella, hay una cosa en la que siempre he sido inflexible. Una cosa que me prometí a mí misma. Lo único que nunca arruinaría.

Solo me enamoraría de un hombre que me ame.

Estúpida, estúpida, estúpida. Porque también me las arreglé para arruinar eso.

—Espero que eso sea suficiente. —Me pica la punta de la nariz cuando salgo del abrazo de Arturo y cierro el agua—. Vamos a llevarte de vuelta a la cama. La doctora debería estar aquí pronto.

***

—Bien pensado, meterlo en la ducha.

Rubia, sofisticada y completamente segura de sí misma, Ilaria deja su estetoscopio.

Miro a Arturo, tendido boca abajo en mi cama. Se derrumbó tan pronto como regresamos del baño, quedándose dormido instantáneamente. Me tomó casi diez minutos meter sus extremidades demasiado grandes en una camiseta y un par de pantalones de pijama, para que no "recibiera" desnudo a la doctora.

—¿Qué le pasa? —pregunto, mordiéndome la uña del pulgar.

—Neumonía. Lo más probable es que sea viral, pero lo sabremos con certeza una vez que obtenga los resultados de las pruebas de laboratorio. Estoy detectando sibilancias sintomáticas en su respiración. Esa es una clara indicación de inflamación en sus pulmones.

—¿Eso es… malo?

—No tan malo como la neumonía bacteriana. ¿Cuánto tiempo ha estado tosiendo?

—*Um*… aproximadamente una semana. Tal vez dos.

—El antipirético que le inyecté le bajará la fiebre. Enviaré a alguien por la mañana con medicamentos antivirales. Ayudarán a acelerar su recuperación.

—Está bien… ¿Qué más?

—Por lo general, con este tipo de neumonía, los síntomas similares a los de la gripe se resuelven por sí solos. Solo necesita descansar, muchos líquidos y una buena nutrición. Dale té caliente con limón y miel para la garganta. Sopa casera. Y mantenlo en cama por el resto de la semana, como mínimo. No dejes que trabaje.

—No estoy segura de que eso sea posible.

—Se metió en esto porque fue irresponsable. Ignoró sus síntomas, luego se atiborró de medicamentos de venta libre que no hicieron más que enmascarar su condición hasta que la infección se intensificó. —Cierra su maletín con más fuerza de la que probablemente pretendía—. Los hombres son idiotas —agrega.

Resoplo, luego me tapo la boca con la mano. Es difícil creer que alguien tan… normal… dio a luz a un bastardo despiadado como Salvatore Ajello.

—Entonces, ¿eso es todo? —indago—. ¿Estará bien? ¿Qué pasa si su fiebre vuelve a subir?

—Puede continuar con ibuprofeno para sus dolores y la fiebre si regresa. Que lo tome cada cuatro a seis horas. Ducha fría, pero solo si es absolutamente necesario. Además, debes distanciarte durante unos días. El personal también. Con neumonía viral, Arturo seguirá siendo contagioso hasta que comience a sentirse mejor y no tenga fiebre.

Sí. Teniendo en cuenta nuestros encuentros carnales, es demasiado tarde para ir a lo seguro.

—Bueno, si no me he enfermado a estas alturas, probablemente estaré bien.

—Si comienzas a experimentar síntomas, llámame de inmediato. —Ilaria se levanta y recoge su abrigo de *cashmere* del sillón reclinable—. Saldré por mi cuenta. —Se detiene en la puerta al otro lado de la habitación—. Sabes, cuando recibí la llamada justo después de las dos de la mañana, estaba segura de que le estaría sacando una bala a alguien. Sin embargo, neumonía… Prefiero eso a una herida de bala cualquier día.

En el momento en que se va, me subo a la cama junto a Arturo. Se ve mucho mejor que hace una hora. Lo que significa que probablemente podría dormir un poco. Acostada a su lado, presiono mis labios contra su frente. Todavía se siente caliente. Pero no tan mal. Suspiro, acurrucándome a su lado.

Keva me dijo una vez que los secretos susurrados en la oscuridad se quedaban allí para siempre. Donde nadie podía llegar a ellos. Todavía faltan un par de horas para el amanecer, pero muy pronto, los primeros rayos del sol de la mañana estarán asomándose. Su luz se derramará a través de la ventana hacia la habitación. Sin embargo, ahora, todavía está oscuro. Y según la

respiración regular de Arturo, está profundamente en la tierra del sueño. Demasiado lejos para escuchar mis confesiones.

—¿Sería una mala persona si admitiera que desearía que siguieras delirando? —susurro junto a su oído—. ¿O tal vez podría fingir que no lo estabas cuando dijiste que caminarías a través del fuego y pisarías agua helada por mí? ¿Eso me haría demasiado patética? —Un mechón de su cabello ha caído sobre su rostro, así que extiendo la mano para moverlo—. Sí, yo también lo creo. Pero está bien, ¿sabes? Soy conocida por hacer cosas estúpidas como esa. Entonces, me permitiré fingir. Solo hasta la mañana. Y luego, ambos volveremos a odiarnos. ¿Qué piensas?

El silencio y las respiraciones rítmicas son mi única respuesta.

—Maldigo el día que te conocí, Arturo DeVille —murmullo. Luego, beso su hombro y cierro los ojos.

En unas pocas horas, el amanecer dispersará la quietud de la noche. Quemará mis secretos, la verdad, que no puedo enfrentar a la luz del día. Ahuyentará mis sueños tontos y me llevará de regreso a la realidad sombría. Borrando sus dulces palabras de mi memoria. Una vez que me despierte, volveré a mantener a Arturo DeVille a distancia. Porque esa es la única forma en que puedo salvarme.

De que me rompan el corazón.

De querer algo que sé que nunca podría ser.

De anhelar un para siempre con mi esposo.

Capítulo 19

Arturo

Apoyo mi cadera en la barra de desayuno y observo a mi esposa mientras intenta desmontar la máquina de café. Al menos, supongo que eso es lo que está tratando de hacer. En sus esfuerzos, en lugar de usar uno de los destornilladores que guardo en el cajón justo a su izquierda, empuña un cuchillo de mantequilla, tratando de desatornillar el pequeño tornillo.

—Maldito seas, pequeño hijo de puta —refunfuña—. No seré superada por una pieza de aluminio.

—En realidad es acero inoxidable —digo.

Tara se da la vuelta tan rápido que tira la bolsa de granos de café del mostrador.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Esta es mi casa. —Asiento con la cabeza hacia la cafetera—. Y esa cosa que estás tratando de matar es mi electrodoméstico de cocina favorito.

—Vuelve arriba. Ilaria te puso en reposo absoluto en cama.

Frunzo el ceño.

—¿Ilaria estuvo aquí? ¿Cuándo?

—¿No te acuerdas?

—No.

Una emoción brilla en sus ojos tan rápido que si no la estuviera observando de cerca, me la habría perdido. Pero volvió a centrar su atención en la cafetera demasiado rápido para que yo pudiera entenderla. Y, aunque no estoy del todo seguro, parecía dolor brillando en sus ojos.

—Eso significa que no recuerdas que te clavó una enorme aguja en tu trasero desnudo. Qué pena.

—Lamento decepcionarte, pero lo último que recuerdo es follarte sin sentido en la ducha y luego hacerte gritar mi nombre mientras quemábamos las sábanas de tu cama. —Apartándome de la barra del desayuno, me acerco detrás de ella y pongo mi mano en su cadera—. Y me encantaría que se repitiera. Verte correrte en mi mano, mi lengua, mi polla, me ayudará a olvidar todos los dolores que mi cuerpo está sintiendo actualmente.

Ella me da un manotazo, quitándome, sin molestarse en darse la vuelta.

—Tienes neumonía. Vuelve a la cama.

Arrastro mis uñas a través de mi barba, sintiéndome un poco confundido. ¿Hice algo anoche para molestarla? No puede seguir enojada por nuestra disputa en la gala, porque sé que pasamos de eso cuando me rogó más después de que se vino en mi lengua. La melodía de sus dulces maullidos, mientras yo estaba metido hasta las pelotas en ella, todavía suena en mi cabeza. Digo, *todavía podría* estar enojada. Mi mujer sabe guardar rencor. Y nunca ha rehuido a ser sarcástica. Pero cada vez que ha tenido algo que decirme, siempre me lo ha dicho a la cara. Y ahora, está evitando todo contacto visual. De hecho, está haciendo todo lo posible para mirar hacia cualquier parte menos a mí.

—Los destornilladores están aquí. —Abriendo el cajón junto a ella, saco uno con cabeza plana de mango rojo y lo coloco sobre la encimera—. ¿Puedo preguntarte qué estás haciendo?

—Esta cosa no funciona correctamente. Tiene tanta acumulación de cal.

—¿Intentaste limpiarla con vinagre primero?

—¿Quién eres? ¿Martha Stewart? —Agarra al borde del mostrador, bajando la cabeza como si estuviera derrotada.

Algo no está bien, simplemente lo sé. Trato de agarrar su brazo, pero ella se aleja de mi toque. Sus movimientos son rápidos e

inmediatos, como si tuviera la plaga o algo así.

—¿Qué diablos te pasa? —estallo—. ¿Por qué estás actuando así? ¡Ni siquiera me dejas tocarte!

—Porque no quiero que lo hagas.

—¿Qué carajo? ¿Desde cuándo? —gruño, harto de este constante tira y afloja—. No puedes fingir que no hay nada entre nosotros.

—¡No hay *nada*! —Se da la vuelta y me mira a los ojos por primera vez—. Fue solo sexo, DeVille. Me rascaste la picazón, yo rasqué la tuya. Solo fue eso —resopla—. ¿Qué? ¿Crees que tu polla es mágica o algo así? ¿Qué unas cuantas rondas de sexo de odio de alguna manera me harían olvidar que ninguno de los dos está en este matrimonio por elección? ¿Que literalmente me chantajeaste para que lo hiciera?

—Ciertamente parecía que mi esposa pensaba que mi polla era mágica mientras la follaba a través del colchón antes. —Pongo mis manos sobre el mostrador a cada lado de ella. Aprisionándola, porque parece estar lista para huir—. Así que déjame ver si entendí. Follamos, y lo volveremos a hacer. Pronto. Y a menudo. ¿Pero no cambia nada?

—Exactamente. Ahora, por favor, vuelve arriba, DeVille. Estuviste con fiebre alta toda la noche e Ilaria mencionó que podrías ser contagioso. No tengo ningún deseo de contagiarme de lo que tienes.

—Está bien. Como sea. —Tomo una botella de agua de la nevera y salgo de la cocina, echando humo.

¿Esperaba que las cosas fueran diferentes entre nosotros? No. Y no quiero que nada cambie. Ella y yo estamos igual que cuando comenzamos. Lidiando con la situación de mierda que aterrizó a nuestros pies. Tara todavía me odia, y a mí tampoco me gusta. Y debería seguir siendo así.

Además, esa mujer obviamente es incapaz de formar una relación saludable. Si por un minuto pensé que podríamos intentarlo,

debe haber sido mi fiebre intensa la que hablaba. Estando lúcido, sé que no será así. Supe desde el principio que los dos éramos un gran error. Uno que traté de contener con todas las reglas que le hice aceptar. Reglas que encontró una manera de desafiar una y otra vez. Haciendo una locura tras otra hasta que me volví loco.

Nunca pierdo la cabeza. Jamás. Y especialmente no por una mujer. Ciertamente no por una mujer que lucha conmigo en cada paso del camino. ¡O exige un maldito millón de dólares por cada mes de nuestro matrimonio, como si estar a mi lado justificara una compensación por el riesgo! Y compra un maldito helicóptero cuando le ofrezco un coche nuevo.

Una sonrisa estúpida se apodera de mi rostro. Luchar contra ella es inútil. Mi pequeña diablilla.

Me río, pero al inhalar, se desata un desagradable ataque de tos al pie de las escaleras. *Joder.* Me agarro a la barandilla para mantenerme erguido. Hace un minuto, estaba bien, ahora siento como si me hubiera atropellado un autobús.

Esa fiebre debe haber sido una locura porque no recuerdo ni mierda de la noche anterior. Nada después de que Tara y yo sacudimos las paredes de vidrio de la ducha y luego repetimos lo mismo en su cama antes de colapsar, exhaustos. Sé que no tuve fuerzas para vestirme antes de quedarme dormido, entonces, ¿cómo diablos me desperté con una camiseta y un par de pantalones de pijama?

A mitad de camino de las escaleras, mi trasero cansado tropieza porque no tengo fuerzas para levantar los pies. En ese instante, una imagen borrosa pasa por mi mente. Tara me puso una toalla fresca sobre la frente. Está ahí en un momento y desaparece al siguiente. Sacudo la cabeza. Perfecto. Ahora he comenzado a conjurar delirios. Imaginando cosas que nunca podrían ser. Siendo que mi esposa puso en claro sus sentimientos hacia mí abajo, hubiera preferido dejarme por muerto antes que cuidarme hasta que mejorara.

Una vez que finalmente me arrastro a mi habitación, hurgo en busca de mi teléfono. A estas alturas, debo tener docenas de correos electrónicos y llamadas perdidas, pero la maldita cosa no está a la vista. ¿Quizás está en la habitación de Tara en alguna parte? Tiro la chaqueta en la que acabo de buscar a un lado y me dirijo a la puerta que conecta nuestras habitaciones.

La cama está destendida. Tal como la dejé. Las sábanas son un desastre enredado. Ambas almohadas tienen hendiduras. ¿Durmió a mi lado? El otro lado de la cama estaba vacío cuando me desperté, por lo que debe haberse ido a otra habitación a dormir, temerosa de "contagiarse de lo que tengo". Me acerco y agarro la almohada. La almohada que sé que no usé. Le doy la vuelta. La estudio cuidadosamente. Luego, viendo por encima de mi hombro para asegurarme de que estoy solo, me la llevo a la nariz. Huele a ella. Ese aroma azucarado a fresa. Entierro mi rostro en su suavidad y huelo profundamente.

Labios. Suaves y sensuales, arrastrándose delicadamente a lo largo del borde de mi boca. Mis manos pasando lentamente a través de mechones húmedos y oscuros. Cascada de seda sobre las yemas de mis dedos. Palabras susurradas y agua muy, muy fría. Promesas tranquilizantes y un dolor helado y punzante. Y luego, la suavidad más deliciosa debajo de mis labios mientras se arrastran por la columna de su cuello. Un rocío duro golpeando mis hombros. Pero en el eco de la ducha, mi nombre en una suave exhalación de su aliento.

Vuelvo a tirar la almohada sobre la cama. Definitivamente estoy imaginando cosas. Porque estoy seguro de que no recuerdo ningún encuentro con mi esposa que no fuera explosivo. Nunca ha habido un momento tierno entre nosotros. Ella solo me llama Satanás o DeVille. A menos que esté sangrando.

Dios, estoy tan jodidamente cansado. Y tengo frío. Tanto frío, maldición. Me dejo caer hacia adelante sobre la cama, enterrando mi cara en la almohada que acababa de tirar.

***

—Mierda. Estás ardiendo otra vez.

Manos. Acariciando mi cara. Algo húmedo y fresco en mi frente. Lo aparto.

—Maldita sea, Arturo.

Prefiero sentir esas manos. Son suaves y cálidas. Jesucristo, hace mucho frío. Capturo una de las manos y la presiono contra mi mejilla. *Ah*, mucho mejor.

—Abre la boca. Bebe.

No. No, solo quiero dormir.

—Mierda. Si no te tomas la pastilla, tendremos que tomar otra ducha fría, y no estoy segura de poder llevarte allí yo sola. —Una voz aterciopelada. Seduciéndome verbalmente. Aunque desesperada al mismo tiempo—. Por favor, Arturo.

No quiero una pastilla, no quiero beber, pero no puedo resistirme a esa voz sensual. No podría negarle nada de lo que pide. Así que cedo. Mi garganta se siente en carne viva mientras el líquido frío baja.

—Voy a remojar más toallas.

¡No! ¡No te vayas! Extiendo la mano a ciegas, agarrando a la dueña de esa voz. Aplastando a la sirena contra mi pecho. Manteniéndola cerca. Tan cerca. Tan cálida. Así es conmigo.

—Suéltame. Tengo que…

Niego con la cabeza. ¡No! No pasará. Nunca te dejaré ir.

—Quédate —digo con voz rasposa—. Sin discusiones.

—Tus modales no cambian ni siquiera cuando estás delirando, DeVille.

Odio eso. Odio cuando lo hace. Pone distancia entre nosotros usando mi apellido. No lo permitiré. La quiero cerca. Lanzando mi

pierna sobre ella, la arrastro hacia mí. Enredando nuestras extremidades. Fusionándonos en uno.

—Adoro la forma en que hueles —murmuro en su cabello, inhalando el fresco aroma a fresas. Es dulce y ácido, y tan delicioso. Dulce y ácido como ella.

—Sí, ya dijiste eso. Por favor, quítame tus tentáculos. No puedo respirar.

—Cuando era pequeño, las fresas eran mis favoritas. Son afrutadas y dulces, y a veces ligeramente ácidas. Su sabor es perfectamente equilibrado, que es lo que las hace geniales. Como tú. Jodidamente perfecta.

—Me llamaste un desastre andante.

—Lo eres. De una manera adorable e irresistible. —La aprieto más fuerte y suspiro—. Tengo mucho sueño. Prométeme que no te irás. Quédate… conmigo.

—Está bien.

Tara

—Es solo una estúpida estufa —refunfuño mientras observo la estufa. Estoy a punto de ponerme histérica—. Solo enciende la cosa, deja la olla y hierve la maldita agua.

Racionalmente, sé que las posibilidades de que este artilugio se incendie de la nada son casi nulas. Gas o sin gas, los electrodomésticos no arden en llamas simplemente. Pero el miedo no es racional. Lo que sé y lo que siento son dos cosas diferentes. Y eso es lo que no deja que mis pies se levanten para moverme hacia adelante. Impidiéndome dar ese paso final. Los ingredientes picados para la sopa de fideo con vegetales están en el mostrador, justo al lado de la olla que ya llené con agua. Todo está esperando que me controle.

El obsesionado con lo saludable no tiene microondas, por supuesto. Así que mi mejor opción es inexistente. Y era de esperarse que el estimado *Chef* DeVille también tendría algo en contra de las teteras eléctricas. Porque revisé en todas partes en esta maldita cocina, busqué en todos los armarios. Dos veces. Nada. Con eso, la última de mis esperanzas fracasó.

Metiendo la mano en el bolsillo trasero de mis *jeans*, saco mi teléfono y le marco a Sienna.

—¡Tara! Te he estado llamando durante horas. ¿Cómo está Arturo?

—Bien. —Grazno—. Durmiendo como un tronco.

—¿Sin fiebre?

—*Nop.* No en las últimas tres horas. —*Ahem.* Me aclaro la garganta—. Oye, ¿puedo hacer sopa con agua caliente del grifo? ¿Me refiero a agua muy, muy caliente?

—Um… *Noooo*.

Me apoyo en la barra del desayuno y cierro los ojos, suspirando.

—Eso es lo que pensé.

—¿Tara? ¿Estás bien?

¿Lo estoy? Lo último que comí fue el almuerzo. Ayer. Y excluyendo el breve período de sueño de anoche, he estado despierta durante más de veinticuatro horas.

—Bien. Estoy bien.

—¿Quieres que vaya a ayudarte?

Hmm, pedirle a mi cuñada que conduzca más de una hora para ayudarme a hacer una maldita sopa sería una nueva forma de tocar fondo.

—No es necesario. Te llamaré si algo cambia. Saluda a Drago de mi parte.

Dejando el teléfono, vuelvo a mirar la estufa. Decirle a Greta que no se presentara hoy fue un error, pero no quería arriesgarla a exponerse a la neumonía. Consideré pedirle a uno de los muchachos de Arturo que patrullaba los terrenos que viniera a hervir el agua por mí. Sin embargo, esa idea murió rápidamente cuando imaginé a mi querido esposo riéndose a carcajadas después de enterarse. ¿Quizás podría ignorar el consejo de Ilaria y llevarle jugo?

—Mierda.

Mi garganta se cierra, lo que me dificulta tragar, mientras doy un paso hacia mi perdición. Con dedos temblorosos, alcanzo la perilla más cercana y la giro en el sentido de las agujas del reloj. Un clic rápido rompe el silencio en la habitación, justo cuando el olor débil pero pútrido del gas llena el aire. Un círculo de flamas azules se eleva desde el quemador. Me cuesta muchísimo no darme la vuelta y huir.

Al instante, me transporto veinte años atrás en el tiempo mientras las imágenes del fuego arañando las paredes de la casa de mi infancia brillan ante mis ojos. Un grito se forma dentro de mi pecho. ¡No! No puedo hacerlo. No puedo dejarme arrastrar allí de nuevo.

Parpadeo, desterrando la niebla mental y la escena de destrucción, cambiando mi enfoque para poner la olla en la estufa.

—Maldito seas, DeVille —refunfuño con voz rasposa mientras la olla casi se me resbala de las manos temblorosas—. Maldito seas tú y tu sopa, y tu maldita cocina.

Tan pronto como el recipiente de acero inoxidable se asienta directamente en el quemador, retrocedo varios pasos y observo cómo la pequeña flama lame la parte de abajo de la olla. *Lo logré.* Si alguien me hubiera dicho que estaría dispuesta a acercarme a un fuego como este, les hubiera dicho que estaban locos y me reiría todo el camino hasta el banco.

Me regodeo internamente, sintiéndome orgullosa de mí misma y de mi triunfo, pero ese zumbido de felicidad estalla más

rápido que un globo que se topa con un puercoespín. No lo puedo creer. Lo hice… por *él*.

Demonios.

Metiendo mis dedos en mi cabello, me agarro las raíces con fuerza. Si *soy* un maldito desastre. Pero esto es diferente. Esto es misericordia. ¡Está enfermo!

La temperatura de Arturo no ha subido en horas, así que espero que lo peor ya haya pasado. Eso debería significar que no tendrá más divagaciones delirantes dulces. No más palabras tiernas que me confunden. Nada que empañe mi percepción de quién es realmente Arturo DeVille.

Tengo que mantenerme fiel a mi agenda. Mantenerlo fuera de mis muros y lejos de mi tonto corazón.

No puedo permitirme enamorarme de Satanás DeVille.

No puedo dejarme caer enamorada… más profundo.

Capítulo 20

Tara

—Ginger insistió en que esto no puede esperar. —El hombre que actualmente está en mi puerta sacude la cabeza—. Como CEO, el señor DeVille es el único que puede firmar este documento.

Respiro profundamente, tratando de resistir el abrumador impulso de golpear a este tipo en la cabeza.

—No puede firmar nada sin leerlo, y no está en condiciones de hacerlo en este momento.

La temperatura de Arturo se ha mantenido por debajo de la zona de peligro durante los últimos dos días, rondando justo por debajo de los cuarenta. Preocupada de que su fiebre pueda regresar, me he estado colando en su habitación cuando está dormido y usando un termómetro sin contacto para tomar lecturas regularmente. Esta enfermedad realmente lo ha aniquilado. ¡Ese hombre ha estado durmiendo mucho!

—Esto debe firmarse de inmediato, señora DeVille. Son las órdenes del Don. Mencionó algo sobre que mañana es la fecha límite.

—Está bien. Vuelve a las siete. —Le arrebato el sobre de las manos y cierro la puerta en su cara.

—*Son las órdenes del Don.* —Imito mientras camino con dificultad hacia la sala y me dejo caer sobre los cojines del sofá.

Cuando Ilaria vino a ver a Arturo ayer, reiteró que las comidas caseras ligeras y muchos líquidos calientes son cruciales para una pronta recuperación, junto con mucho reposo en cama. Seguro que aprecio su preocupación, pero quería gritar, *¡lo estoy intentando, maldita sea!* He pasado horas viendo videos sobre cómo cocinar

todo tipo de sopas reconfortantes y comidas rápidas que puedan hacerse en una olla.

Entre despertarme cada dos horas para tomarle la temperatura a Arturo, apresurarme para terminar de revisar el último manuscrito de Sienna que tiene fecha de entrega de mañana y asustarme un poco cada vez que me veo obligada a acercarme a la estufa de gas, estoy muerta de cansancio. También me estoy viniendo abajo. Con la paranoia sobre el gas y un incendio, llamé a Greta y terminé contándole todo sobre lo que le pasó a Dina y lo jodida que he estado desde entonces. Ella me ayudó a calmarme y, después, me dio algunos consejos sobre la sopa que estaba intentando preparar. De alguna manera, todo eso me dejó sintiéndome aún más agotada. Aunque ahora necesito agregar la revisión de este contrato a mi lista de cosas que hacer, ya que Satanás obviamente todavía está fuera de servicio y probablemente permanecerá así durante al menos uno o dos días más.

—Debería ir a tocar su puerta y arrojárselo —murmuro mientras hojeo el equivalente a un par de árboles en papel. ¿Cuántas páginas tiene este estúpido contrato? ¿Un maldito centenar?—. No hay forma de que pase toda la tarde leyendo esta mierda por él. —Páginas y páginas de disposiciones generales que describen cláusulas administrativas y legales, luego agenda tras agenda con detalles sobre el alcance de los servicios, plazos, costos y, finalmente, condiciones de pago. Un contrato de suministro y compra. Revisé algunos de estos mientras trabajaba para Drago, y con toda letra pequeña que contienen, tienden a ser un dolor de cabeza—. ¿Por qué debería importarme si está demasiado enfermo para trabajar? Este es su trabajo después de todo. Él debería ser el que se ocupe de toda esta palabrería que adormece el cerebro. — Tomo un bolígrafo de la mesa de café y me acomodo en una posición más cómoda—. *Síp*, le llevaré esto arriba inmediatamente.

Con mi bolígrafo hojeando la sección de *Reglas de interpretación*, comienzo a leer:

Si existe alguna inconsistencia, ambigüedad o conflicto entre la redacción de cualquiera de los documentos del Acuerdo enumerados a continuación, la redacción del documento que aparece por primera vez en la lista tiene prioridad sobre la redacción de cualquier documento enumerado posteriormente.

1) Los artículos del Acuerdo de Suministro y Compra…

Arturo

El vapor me sigue cuando salgo del baño después de mi ducha abrasadoramente caliente. No he hecho mucho más que dormir durante los últimos dos días, pero todavía siento que he pasado algunas noches enteras seguidas sin dormir, y parezco un muerto en vida. Al menos ese terrible dolor de garganta se ha ido, y casi he dejado de toser. Gracias a Dios, carajo.

Me arrastro hacia la cama, queriendo nada más que tumbarme sobre el colchón acolchonado, pero sabiendo que primero necesito hacer algunas llamadas telefónicas. A medida que me acerco, veo un plato de sopa aún humeante en mi mesita de noche. *Hmm.* Greta ha estado dejando mis comidas en el escritorio en la sala de estar, en mi habitación. Aunque acogedora y rodeada de enormes ventanales, el espacio se encuentra en la esquina más alejada de la habitación. Me imagino que simplemente no está dispuesta a arriesgarse a enfermarse, así que ha estado manteniendo la distancia hasta ahora.

Junto a la sopa hay un sobre manila. Me acomodo en el borde de la cama y recojo el paquete. En el interior hay un contrato de renovación de uno de los proveedores de Gateway, y debe firmarse mañana, a más tardar. Me olvidé por completo de la puta cosa. Entrecerrando los ojos, trato de descifrar los garabatos escritos en los márgenes del documento. ¿Cuándo se volvió tan terrible la letra de Ginger? Supongo que fue ella quien lo envió y dejó estas notas.

A medida que trato de concentrarme en las secciones pertinentes, la presión en mis sienes se intensifica. Gracias a Dios, Ginger ya identificó los problemas críticos y agregó comentarios que describen las revisiones que deberán realizarse. Si ignoro su terrible letra, las anotaciones que hizo son bastante buenas. ¿Quién diría que la asistente de Ajello tenía tan buen ojo para los detalles? Por lo general, me tomaría una hora revisar las seis páginas de la lista de precios, pero con las notas de Ginger, puedo terminar mi evaluación en menos de quince minutos, haciendo solo algunas modificaciones menores a los cambios propuestos. Teniendo en cuenta el tiempo que he ahorrado y los dolores de cabeza que me he evitado, ya estoy planeando pedirle que revise todos nuestros contratos en el futuro.

Quitando mi teléfono del cargador, noto más de una docena de llamadas perdidas y un montón de mensajes de texto. Sé que estuve dormido profundamente, ¿pero tanto que ni siquiera lo escuché sonar? Deslizo la pantalla hacia abajo y noto que el modo "No molestar" está activado. De nuevo. Nunca pongo en silencio mi teléfono, pero durante los últimos días, cada vez que me desperté de un sueño pesado, encontré la configuración activada. ¡Demonios, recuerdo haberla apagado esta mañana!

Empujo el sobre con el contrato bajo mi brazo y llamo a mi abogado mientras bajo las escaleras.

—Atkinson, haré que Tony te lleve el contrato. Necesita algo de trabajo —digo con voz rasposa mientras piso pesadamente el último escalón—. Asegúrate de que acepten los cambios propuestos y envíame la versión revisada para que la firme mañana por la mañana.

—*Claro* —responde—. *Si los cambios son menores, no debería ser un problema en absoluto.* Oh*, traté de comunicarme contigo hoy temprano sobre los permisos de zonificación para el…*

Continúa hablando, pero perdí la capacidad de formar un pensamiento coherente, todo porque mi enfoque completo ha sido capturado por la vista que tengo ante mí.

Acurrucada en el sofá, con sus mechones enredados alrededor de su cabeza, mi esposa está profundamente dormida. La camiseta demasiado grande que lleva puesta se ha amontonado por encima de su cintura, dejando sus piernas larguísimas, la piel suave como la seda de sus esbeltas caderas y un par de bragas de encaje negro a la vista. La esquina de un libro grueso con una portada rosa se asoma por debajo de su mejilla, parcialmente oculta por sus rizos desordenados.

—Te devolveré la llamada —susurro al teléfono y rápidamente corto la línea. Luego, por si acaso, pongo el teléfono en silencio.

Lo más silenciosamente posible, cruzo la sala y me agacho junto al sofá, viendo dormir a mi pequeña diablilla. Algunos de sus mechones oscuros han caído sobre sus ojos y sobre el borde del sofá; los extremos llegan al suelo.

Siempre me han atraído las mujeres que lucen el cabello corto. De alguna manera, el cabello largo me parecía menos sofisticado. Sin embargo, ahora, la idea de que mi esposa se corte esa hermosa melena suya me pone absolutamente furioso. Si lo supiera, probablemente estaría sentada en la silla de la estilista dentro de una hora, cortándose sus largos mechones. ¡Inconcebible! Pero si alguna vez se le ocurre la idea, quemaré todas las estéticas de la ciudad hasta los cimientos.

Dos días. No la he visto en dos días enteros. Bueno… Eso no es del todo cierto. Me desperté alrededor de las tres de la madrugada. Y la noche anterior. Como si me despertara una alarma interna demente, miré al techo y luché contra el impulso para ir a ver cómo estaba. Algo que he hecho casi todas las noches desde que traje a Tara a mi casa. Me quedé recostado en mi cama, tratando de racionalizar mi necesidad de asegurarme de que la mujer que ha sido muy clara acerca de que no le importo un carajo estuviera a salvo y cómoda. Nada sensato se me vino a la mente. Solo estaba siendo un idiota. Por una mujer. Mi esposa. Aun así, me colé en su habitación para asegurarme de que no se había quitado el edredón como suele hacer mientras duerme. Simplemente estaba

siendo cortés. A diferencia de ella. No se ha molestado en checar cómo estoy en estos últimos dos días.

Tirando el sobre con el contrato al suelo, deslizo con cuidado mis brazos debajo del cuerpo de Tara y la levanto. Greta ya debe haberse ido a su hogar, ya que no escucho ningún otro sonido en la casa. Está en silencio, excepto por mis pasos amortiguados mientras llevo a mi esposa arriba. Se mueve, solo un poco, cuando entro en su habitación, y deja escapar un suave suspiro antes de empujar su nariz en el hueco de mi cuello. Mis pasos vacilan. Me detengo, congelándome en el lugar.

Su cama está a solo unos metros de distancia, pero no puedo acercarme a esa distancia. Quiero sentir esto. Tenerla tan cerca, acurrucada contra mí. Quiero que dure más. Incluso para siempre. Me quedo de pie, inmóvil en mi lugar, acunando a mi esposa no deseada en mis brazos durante lo que parece una hora. Cuando finalmente me obligo a acostarla en la cama, instantáneamente, me golpea una sensación de pérdida profunda.

—Pequeña bruja —susurro en la oscuridad mientras cubro su cuerpo con las sábanas. No hay otra explicación; debe ser una hechicera. ¡Lo que explicaría todos los malditos gatos negros! Y solo algún tipo de magia negra podría haberme hechizado. Un hechizo del que no puedo escapar. Un hechizo del que soy demasiado débil para huir.

Aunque, por otra parte, ¿cuándo comencé a creer en la magia?

Capítulo 21

Arturo

Ajusto el teléfono entre mi oreja y mi hombro para evitar que se resbale y volteo el *sirloin* de primera calidad finamente cortado en el sartén.

—Fuera de discusión.

Pietro suspira al otro lado de la línea. Se está sintiendo demasiado cómodo como uno de mis tenientes. Voy a tener que lidiar con su actitud despreocupada y pronto.

—Hemos estado haciendo negocios con los Vipers durante más de una década. Jackson es confiable. Él pagará —protesta.

—El pago completo es siempre a la entrega. Sin excepciones. Sin dinero, no hay producto.

—Pero…

—Sin peros. No estamos dirigiendo una organización benéfica. Si no pueden pagar lo que deben por la coca, se le ofrecerá el cargamento a otra organización. Si no le gusta la forma en que manejo las cosas, puede irse al carajo.

—¿No deberías estar de mejor humor, considerando que llevas una semana sin trabajar?

—*Oh*, sí, estoy fuera durante unos míseros cinco días y todo se convierte en unicornios y malditos arcoíris. Como que detuvieron uno de nuestros camiones en la frontera cuando debería haber pasado sin problemas por allí —le espeto—. Y que perdimos el contrato de arrendamiento del almacén porque los malditos contratos no se firmaron a tiempo. *Oh*, y qué hay de Carmelo que se las arregló para hacer enojar a Wang con uno de sus chistes estúpidos. Ahora la *Tríada* amenaza con expulsarnos de Chinatown.

Ese edificio de almacenamiento ha sido un dolor en mi trasero durante meses, ¡y ahora parece que hemos vuelto a donde empezamos! —Tiro la espátula en el fregadero, rompiendo un par de vasos—. Estaré en la oficina en dos horas para repasar los últimos contratos con el jefe. Primero, necesito resolver este problema con Wang.

Pietro se aclara la garganta.

—Uh, les informaron a los de seguridad de que no se te permita entrar. Reposo médico obligatorio, por órdenes de Don Ajello.

—Pueden intentar mantenerme fuera, pero es probable que debas advertirles que no estoy *de humor.* —Corto la llamada y arrojo mi teléfono al mostrador.

—No irás a ninguna parte.

Me doy la vuelta para encontrar a Tara apoyada en la barra de desayuno, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Por fin decidiste aparecer, *¿eh?* —reviro.

Esta casa es grande, pero nunca la consideré tan grande como para hacer posible que mi esposa me esquivara durante días y días. Especialmente porque estamos durmiendo en habitaciones que comparten una maldita pared. Ella me ha estado evitando, manteniéndose alejada como si fuera un presagio de la muerte.

Al menos Greta no me abandonó. Me preparaba comidas y las llevaba a mi habitación varias veces al día, junto con un periódico para mí todas las mañanas. Pero por mucho que aprecio los esfuerzos de mi ama de llaves, hubo momentos en los que no estaba seguro de si era la neumonía o su cocina lo que me estaba afectando. De alguna manera, su comida sabía peor que nunca. Sus sopas han sido insípidas y sin sabor. Apenas comestibles, en realidad. Pero independientemente, las comía cada vez que me despertaba y encontraba un tazón humeante en mi escritorio.

—Vuelve a tu cama, DeVille. —Tara apunta con su cabeza en dirección a las escaleras.

—¿Te preocupa que te contagie? —Apoyo mi trasero en la encimera de la cocina y le doy un gran mordisco a mi sándwich de carne—. No es necesario. Según el doctor Google, una vez que la fiebre desaparece, la neumonía ya no es contagiosa.

—Es bueno saberlo. Aun así, no te irás. Tu doctora *real* dijo que no trabajaras durante al menos una semana.

—¿Preocupada por mi salud a largo plazo, *Gattina*? —Levanto mi ceja—. No hay necesidad de fingir. Ambos sabemos cuál es tu posición. Has sido muy clara —gruño, golpeando el plato con mi sándwich a medio comer en el mostrador a mi lado. Cualquier apetito que tuviera se ha ido.

Cuando paso junto a Tara de camino a la puerta principal, percibo un leve aroma a fresa. Suelta algo dentro de mí. Una visión de mi esposa poniendo vaso de agua contra mis labios pasa por mi mente por un breve segundo. *«Abre la boca. Bebe».* Sacudo la cabeza, apartando el pensamiento errante.

Imagínense eso, yo en estado vulnerable y necesitando la ayuda de alguien. Depender de otra persona para las necesidades básicas de la vida, como la comida y el agua. Es casi ridículo.

Durante casi la mitad de mi existencia, he estado solo. No solo, pero ciertamente he sido autosuficiente. No tenía otra opción y tenía hermanas pequeñas que cuidar. Con apenas veinte años, me convertí en su padre. ¿Sabía lo que estaba haciendo? No, carajo, pero eso no importaba. Eran mi responsabilidad. Mi única familia. Mi razón para seguir vivo, para seguir adelante, cuando rendirme habría sido una tarea más fácil.

¿Cuántas veces he escuchado a alguien decir: *no puedo imaginar lo duro que debe haber sido para ti*? ¿Duro? Nadie tiene ni la más mínima idea, joder. No se trataba de atender las necesidades de mis hermanas. Proporcionarles comida, refugio y ropa. No se trataba de mantenerlas sanas y a salvo, de enseñarles a ser seres humanos decentes. Todas esas cosas las haría una y otra vez. Todos los días de mi vida, si tuviera que hacerlo.

¿Difícil? Sí. ¿Pero duro?

Duro fue vivir la vida en la que nací. Temiendo constantemente por el destino de mis hermanitas en caso de que algo me sucediera. Ese terror estaba siempre presente, calándome hasta los huesos. Colgaba sobre mi cabeza como la espada de Damocles. No podía sacudirme el temor. ¿Y si terminaba en la cárcel? ¿O muerto? Asya y Sienna podrían ser enviadas a un hogar de acogida o con un miembro de la *Familia* de la *Cosa Nostra* que las usaría para sus propias necesidades egoístas. Ambas opciones eran igualmente horribles. Ambas me atormentaban sin parar.

Ese miedo no disminuyó hasta que Ajello se hizo cargo. Nunca desapareció por completo, pero sabía… Sabía sin duda que Salvatore Ajello mantendría a mis hermanas a salvo si alguna vez llegara un día en que yo ya no pudiera hacerlo. No significaba que abandonara la lucha. Eso no significaba que, a medida que crecían, no hiciera todo lo que estaba a mi alcance para cuidarlas. A menudo asfixiándolas en el proceso. O al menos eso me dijeron recientemente ambas chicas.

Sí, lo entiendo. Estoy lejos de ser perfecto. Mas la vida nos moldea en lo que somos. En mi caso, un imbécil con una personalidad tipo A. Funciono con reglas, impulso y ambición. Valoro la estructura y la estabilidad porque me permiten alcanzar mis metas. Quiero que todo se haga bien y rápidamente, y a menudo no puedo confiar en que otros lo hagan por mí.

Ni siquiera cuando estoy a medio camino de morir a causa de la neumonía.

Así que no, no *necesito* que nadie me cuide. Especialmente no una aspirante a princesa mimada cuyo segundo nombre debería haber sido Caos porque nunca sé cómo va a reaccionar o qué dirá después. Y mi tonto deseo de que ella realmente se preocupe por mi bienestar va en contra de la estructura misma de mi ser. Lo cual, a decir verdad, me está volviendo loco.

Cruzo el camino de entrada, dirigiéndome hacia mi SUV. Está estacionada en su lugar habitual, perfectamente alineada con la

puerta principal de una manera que aprovecha mi ineludible necesidad de eficiencia. A medida que me acerco, mi teléfono comienza a sonar en mi bolsillo, pero mi atención se concentra en mi vehículo. Ladeo la cabeza, tratando de averiguar qué hay de malo en esta imagen.

El Land Rover se ve un poco inclinado en su lugar, como si el suelo fuera irregular. Pero no lo es. Entonces, ¿por qué?

¡Hijo. De. La Gran. Puta!

Los dos neumáticos que tengo frente a mí están desinflados. Acelerando el paso, camino alrededor del vehículo, confirmando que, de hecho, los cuatro neumáticos lo están. Agachado junto a la rueda delantera del lado del conductor, tomo el destornillador de mango rojo que sobresale de la pared lateral de goma.

¡No lo hizo!

—¡Tara! —grito, volteando. Mi mirada choca con la de mi esposa mientras se apoya casualmente contra el marco de la entrada principal.

—¡Te lo dije! —vocifera— ¡No irás a ninguna parte hoy, DeVille!

¡Hasta aquí llegué! Corro por el camino de entrada, directo a la casa. Tara deja escapar un chillido agudo y corre hacia adentro, cerrando la puerta detrás de ella. Llego justo a tiempo para escuchar el cerrojo girar, dejándome afuera.

—¡Te voy a estrangular! —Golpeo mi puño contra la superficie de madera.

—Todo lo que estoy tratando de hacer es asegurarme de que sigas las órdenes de la doctora. —Su voz suena amortiguada detrás de la barrera—. Relájate. Ya hice los arreglos para una grúa. Estará aquí más tarde hoy. Y mañana recuperarás tu SUV con neumáticos nuevos, justo a tiempo para que la orden de Ilaria para el reposo en cama llegue a su fin.

Frunzo el ceño. Pensé que le dio por apuñalar solo por irritarme.

—¿Quieres decir que no pudiste pensar en otra forma de mantenerme en cama además de destrozar mis neumáticos?

—Yo… supongo.

Apretando mis sienes, sacudo mi cabeza. Una sonrisa está luchando por salir, distorsionando mi rostro a pesar de mis esfuerzos por mantenerla a raya.

—Tara… Tengo otros autos. Pero incluso si no fuera así, ¿cómo crees que nuestros chicos de seguridad vienen a trabajar?

—No lo sé. ¿En autobús?

—Sus autos están estacionados justo al lado de la puerta de entrada.

—*Oh* —suspira.

Suena tan derrotada y sombría, que ya no puedo mantener la calma. Me meto el puño en la boca para evitar que se me escape la risa.

—Sí. *Oh* —resoplo, luchando por sonar ecuánime—. Abre la puerta.

—No, no creo que deba hacerlo.

—Por favor.

Pasan varios latidos en silencio antes de escuchar el inconfundible clic de la cerradura. La puerta se abre, pero apenas unos centímetros.

—¿Qué? —Su rostro pecoso se asoma a través del hueco.

Me inclino hasta que nuestros ojos están al mismo nivel y toco la punta de mi nariz con la de ella.

—No vuelvas a joder con mi Land Rover, Tara. ¿Entendiste?

—No esperes que te cuide hasta que te recuperes cuando regrese tu neumonía. ¿Entendiste *eso*, cariño?

—Como si fueras a hacerlo.

—Por supuesto que no lo haría. Ni siquiera por un millón extra en el banco.

Tal como pensaba.

Mis ojos se posan en sus labios, pero el teléfono en mi bolsillo comienza a sonar de nuevo. Es la cuarta vez en los últimos minutos. Lo saco y me lo llevo al oído.

—¿Qué pasa?

—*Necesitas venir al sitio de construcción de Brooklyn* —dice Nino, sonando serio—. *Pero ahora mismo.*

—Estoy en camino. —Veo a mi esposa, que me mira con los ojos entrecerrados a través del estrecho espacio—. Debería estar en casa para cenar y compraré algo para nosotros. Dile a Greta que se mantenga fuera de la cocina de ahora en adelante. Su comida es aún peor de lo que recordaba.

En lugar de una respuesta, la puerta se cierra de golpe en mi cara.

Tara

—Eso es para la mesa en el otro extremo. —Jelena coloca dos Rusos Blancos en mi bandeja—. Así que, no es que no esté feliz de verte, pero ¿cómo es que estás aquí ahora?

Me encojo de hombros en respuesta.

—¿Tu esposo *sexy* finalmente te dejó salir de la habitación para tomar un poco de aire fresco? No me sorprendería si eso es lo que realmente sucedió. —Inclinándose sobre la barra, sonríe y mueve sus cejas—. ¿Es cierto que los italianos son unas bestias en la cama?

—Definitivamente. —Tomo la bandeja cargada de bebidas, me doy la vuelta rápidamente y camino a través de la pista de baile.

Me alegro de estar de vuelta en Naos. No es que de repente disfrute sirviendo mesas, pero es genial estar una vez más en terreno familiar. Necesito sentirme en control de mi propia vida, al menos durante unas pocas horas.

Como es habitual tan temprano a esta hora, poco después de las cuatro de la tarde de un domingo, la mayoría de las mesas y reservados están ocupados, pero la pista de baile permanece vacía. Para la mayoría de los clientes presentes, esta es la hora de los negocios, no de divertirse un poco. Aunque las cosas mejorarán más tarde. Alrededor de la medianoche, este lugar estará llenísimo, especialmente desde que Drago relajó algunas de las reglas exclusivas del *club* en los últimos meses después del éxito de la fiesta de motociclistas. Ahora, en noches más lentas como jueves y domingos, deja que Naos se transforme en un *club* nocturno más convencional. Un lugar muy popular para los jóvenes rebeldes del bajo mundo criminal, que aprecian el refugio seguro que ofrece el *club* de mi hermano. Aquí, pueden relajarse o participar en tratos ejecutivos sin temer por sus vidas. Sin tener que capitular o arriesgarse a enfrentamientos sangrientos mientras se reúnen con rivales en terrenos hostiles.

Naos es un territorio neutral donde el acceso está abierto a una variedad de organizaciones clandestinas en New York. Claro que siempre y cuando sigan las reglas de Drago. Y puedan costear el precio elevado. Las medidas de protección que vienen con el estatus único de Naos no son baratas, y Drago ha ganado una enorme cantidad de dinero ofreciendo este pequeño servicio de santuario. La seguridad siempre es estricta. En todo momento, al menos quince hombres fuertemente armados están dispersos por todo el *club*, asegurándose de que se mantenga la neutralidad del lugar. Eso deja a todos libres para llevar a cabo sus negocios, ya sea una tregua entre pandillas rivales o negocios de drogas con valor de millones. La protección de Drago garantiza que nadie acabe con la garganta cortada. Y para la gente más joven, pueden pasar una noche en la

ciudad y no preocuparse por un encuentro con alguien que podría tener rencor contra su lado.

Al cruzarme con una de las otras meseras, me dirijo hacia la butaca más alejada donde dos hombres parecen estar sumidos en una discusión profunda. Uno, con un traje negro, está sentado de espaldas a mí. Pero el otro, el tipo que está frente a mí, lo reconozco de inmediato. Aunque no conozco su afiliación, lo he visto por aquí muchas veces. Tampoco es difícil adivinar en qué tipo de negocio está involucrado. Tiene un aspecto discreto, con tatuajes que se asoman por el cuello de su sencilla camisa de vestir blanca. Sin embargo, los archivos llenos de fotos de personas que a menudo terminan en las noticias de la mañana son una especie de indicio de su profesión. De hecho, ahora tiene uno con una marca frente a él.

—Sus bebidas, caballeros. —Sonrío y coloco las copas de cóctel junto al folder amarillo que está puesto en la mesa baja. No es mi intención, pero echo un vistazo a lo que hay dentro. Una fotografía de un hombre que me resulta familiar, aunque no puedo ubicar dónde podría haberlo visto antes.

—Señora DeVille —dice el hombre vestido de traje a mi lado —. Qué agradable sorpresa.

Miro hacia arriba, quedándome boquiabierta por el dueño de esa voz culta.

—Señor Ruffo. No esperaba verlo aquí. Qué pequeño es el mundo.

—De hecho. ¿Cómo está? Me alegro de ver que está ilesa a raíz del incidente después de nuestra cena. Por favor, transmítale mis más sinceras disculpas a su esposo.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿Qué quiere decir?

—El ataque a su vehículo. Me temo que puede haber sido para mí.

—*Oh.* Eso… No estoy segura de qué decir. Espero que ese tipo de cosas no le sucedan con demasiada frecuencia. Me refiero a gente tratando de matarlo.

Una sonrisa se extiende por sus labios, pero no parece genuina en lo más mínimo.

—Por supuesto que no.

Sí, claro. Especialmente teniendo en cuenta en lo que está metido. Mi mirada se dirige al folder una vez más, pero la foto de quien supongo que es el objetivo ya no está a la vista.

—Así que… Espero que ambos disfruten el resto de su día. Si necesitan algo más, solo háganme una seña con la mano —indico alegremente, retirándome rápidamente hacia el bar.

Esto solo lo demuestra. Las personas nunca son lo que parecen. Al conocerlo, estaba completamente segura de que Adriano Ruffo era exactamente como se presentaba a sí mismo. Un hombre de negocios amable y sofisticado con desafortunados vínculos con la *Cosa Nostra* de Boston. Supuse que se había mezclado con ellos por casualidad, tal vez a través de una conexión familiar. Pero aquí está. Contratando a un asesino a sueldo para eliminar a alguien.

—No vayas a la trastienda —me avisa Jelena mientras se acerca, llevando una bandeja llena de bebidas—. Un idiota sacó un cuchillo, por lo que nuestros muchachos le están recordando las reglas de la casa. Podría llevarles un rato enseñarle la lección. El tipo tenía que ser más bobo que un poste si pensaba que se saldría con la suya con esa mierda.

Me encojo de hombros.

—Alguien más tendrá que limpiar. Me voy en menos de una hora y estoy usando mi par de tacones favoritos.

Levanto la tapa del mostrador, deslizándome detrás de la barra. Aunque todavía estoy en medio de todo el ajetreo y el bullicio, agacharme junto al cubículo donde dejé mi teléfono me permite un minuto de paz. Sienna me envió un mensaje de texto, prácticamente diciendo que nos esperan a Arturo y a mí para cenar esta noche.

Esoooo no pasara. Le envío un mensaje rápido, haciéndole saber que tomé un turno en Naos.

El "dato curioso" menos emocionante son las diecisiete llamadas perdidas de mi querido esposo. Apuesto a que llegó temprano a casa y se enojó al descubrir que su esposa/mascota no estaba allí.

Debería considerarse afortunado. Si estuviera en casa, probablemente estaría tentada a rociar veneno para ratas en su comida. Mientras su enfermo trasero estaba acostado en la cama, he estado pasando por un infierno y haciendo todo lo posible para no tener un ataque de pánico en toda regla. Cada vez que entraba en esa cocina y encendía la estufa para preparar la comida de Su Majestad el Imbécil, no estaba segura de si lo lograría. Pero lo hice. ¿Y para qué? ¿Para qué me dijera que las comidas estaban malísimas?

¡Sí, lo sé! No soy la mejor cocinera, pero no tenía otra opción. Entre que yo enviara a Greta y al resto del personal a sus casas y sus órdenes de no permitir entregas de alimentos, ¡tuve que hacer algo para alimentar al ingrato imbécil infestado de gérmenes! Él también es tan jodidamente despistado. Ni siquiera se dio cuenta de que éramos solo nosotros dos en la casa desde el lunes. Que fui yo, no Greta, quien lo cuidó. Por eso, sí… No pude cerrarle la puerta en la cara lo suficientemente rápido hoy. Simplemente me alegro de haberlo hecho antes de que viera mis lágrimas.

Todavía estoy herida. Y furiosa. Tal vez me quede en Naos y cubra otro turno para no tener que ir a casa y enfrentarlo. Incluso podría quedarme en el catre de la sala de empleados esta noche. Mi espalda me va a matar por la mañana, pero sería mejor que la alternativa. Sin embargo, lo único que ya no me permitiré es sentir preocupación por alguien a quien obviamente no le importo nada, maldición. Nunca dejaré que me vuelva a lastimar. Estúpido bastardo.

Deslizo la pantalla, borrando todas las notificaciones de llamadas perdidas.

—Vete a la mierda, Arturo DeVille.

De repente, las luces del techo se apagan y también la música.

¿Qué demonios…?

Un silencio resignado desciende sobre la habitación. Se escuchan algunos jadeos aquí y allá, pero eso es todo. La multitud aquí no es propensa a caer en la histeria o hacer sonar las alarmas sin una buena razón.

La iluminación de emergencia a lo largo de los zócalos cobra vida.

—Todo está bien. Por favor, mantengan la calma. —La voz de Jovan resuena desde algún lugar a mi derecha—. Puede haber habido un cortocircuito en nuestro panel eléctrico y…

Estallan disparos de armas automáticas en el aire.

La pared con espejo y cientos de botellas de licor sobre mi cabeza explotan, desatando un torrente de fragmentos de vidrio y líquido. Grito y me cubro la cabeza con los brazos.

Arturo

Seis horas antes

—Lo descubrí cuando llegué.

Me quito las gafas de sol y examino la escena de destrucción que tengo ante mí. Incluso para un sitio de construcción, este lugar parece un desastre total.

—Quienquiera que nos atacó, hizo todo lo posible para no llamar la atención externa —continúa Nino—. La pared exterior está intacta y no creo que hubiera habido mucho ruido.

—¿Qué tan malo es?

—Malo. Cortaron los cables de alimentación del generador y la mayor parte de la maquinaria pesada ha sido desactivada. Líneas hidráulicas, placas de circuitos, paneles de distribución. De todo, lo sabotearon. Rompieron en pedazos las computadoras y otros dispositivos electrónicos en la oficina del sitio.

—¿Por qué nadie lo denunció antes?

—Es domingo. El sitio ha estado cerrado desde las seis de la tarde del viernes. Teníamos guardias en turno. Ambos están muertos.

Paso por encima de un conducto eléctrico que va desde el remolque y sirve como oficina móvil. El contenedor está ubicado cerca de la puerta de entrada, pero mucho más allá del muro perimetral que bloquea el acceso al sitio de construcción. No hay señales de entrada forzada y la puerta no está cerrada con llave. El olor a sangre y comida rancia me golpea tan pronto como entro en el pequeño espacio. Los cuerpos de dos guardias de seguridad yacen en charcos de sangre. Ambos hombres tienen enormes agujeros en el medio de la frente. El mensaje es claro. Este fue un ataque al estilo de ejecución. Una bolsa de un local de comida rápida fue desechada a unos metros del umbral. Su contenido está desparramado por el suelo, lo que explica el olor. Es probable que el atacante haya entrado fingiendo ser un repartidor.

—El turno cambia a las siete. —Nino asiente con la cabeza a los hombres muertos—. Si no hubiera venido hoy, probablemente no nos habríamos enterado de esto hasta esta noche.

—No es una coincidencia que eligieran el día en que se cierra el sitio. Matar a nuestros chicos no era lo que buscaban, pero obviamente algo más sí lo era. Esto se siente demasiado preciso, tal vez incluso lo suficiente como para requerir la ayuda de un experto. ¿Han contratado a alguien nuevo?

—Lo revisaré.

—Haz eso. Y envíame los nombres. —Me acerco a una pequeña mesa de conferencias en el centro del remolque, mirando

las cartas y una pila de fichas esparcidas por su superficie—. ¿Solo había dos guardias?

—Sí. Creo que sí.

—Aquí hay tres pares de cartas, no dos. Así que, ¿quién era el tercer jugador? —Mis ojos escanean la habitación. Hay cajas y archiveros abarrotados en cualquier lugar donde quepan. Sillas extras. Un par de escritorios con computadoras rotas y teléfonos volcados. No hay un tercer cuerpo. En la esquina más alejada, casi oculta por un árbol ficus falso con un letrero que dice *Make Shit Happen* colgando de sus ramas, hay una puerta estrecha que conduce al baño—. ¿Ya revisaste allí dentro?

—No. —Nino pasa por encima de una de las piernas de los muertos y abre la puerta—. Carajo.

—¿Qué encontraste?

—Disparo en el estómago. Parece que… ¡Arturo! Tiene pulso.

Meto la mano en mi chaqueta.

—Llamaré a Ilaria.

***

—¿Señor DeVille? —Los ojos de Tony se clavan en mí al ver las manchas de sangre en mis mangas y en la parte delantera de mi camisa—. ¿Está bien?

—Estupendo. —Le lanzo las llaves del auto—. Gracias por prestarme tu auto. Necesitará un detallado profundo, especialmente en el asiento trasero. Está hecho un pequeño desastre. Que lo carguen a mi cuenta.

—*Uh*, claro. *¡Oh!* ¡Su vehículo está de vuelta con neumáticos nuevos! —notifica detrás de mí.

Sonrío. Mi dulce esposa debe estar bastante decepcionada por eso.

Cuando entro, la casa parece anormalmente tranquila. Aparte de los sonidos que Greta suele hacer cuando hace las tareas, ha sido así desde que Sienna se mudó. Hasta que este también se convirtió en el hogar de Tara.

Me detengo al pie de las escaleras, escuchando. Sin ruidos de taladro. Nada de la música de fondo que le gusta poner cuando lee sus novelas obscenas. Nada. Ni pío. *«¿Quizás está tomando una siesta?»*. Incluso cuando esa pregunta surge en mi mente, de alguna manera sé que mi esposa no está aquí. Es como si la carga en el aire fuera diferente. La casa de pronto parece… sin vida. Y me encuentro extrañando el ambiente caótico que siempre la rodea.

Ya debe haberse ido a cenar a casa de Drago. Mi hermana casi exigió nuestra presencia esta noche. *Cena familiar. Los cuatro. Ven aquí lo antes posible.* Es una pequeña malcriada.

Agarro mi teléfono y presiono el número de Tara. La línea suena una vez y luego se desconecta. Con suerte, solo se queja con Sienna de lo mucho que apesta vivir conmigo o lidiar con sus "niñeras", como llama a los chicos de seguridad que le he asignado. Pero incluso si las dos están haciendo muñecos vudú o lanzando dardos a una foto de mi cara, realmente no me importa. Simplemente agradezco que Tara entienda que estamos en alerta máxima y no haya discutido mucho al respecto por tener un equipo de protección.

El incidente de hoy me tiene aún más nervioso, y preferiría que mi esposa estuviera sana y salva en casa en este momento. ¿Desearía que me hubiera esperado en lugar de ir sola a casa de su hermano? Demonios, sí, así es. Supongo que tendré que ir a buscarla tan pronto como me aseé. Desabotonando mi camisa en el camino, subo las escaleras.

El hombre que encontramos herido en el baño terminó siendo otro guardia de seguridad. Sobrevivió al viaje a nuestro hospital privado y se espera que se recupere después de su cirugía de tres horas. Ilaria parecía optimista sobre sus posibilidades cuando hablé con ella después de que terminó en el quirófano. Sin embargo, aún

no ha recuperado la conciencia, así que dejé a Nino esperando para interrogarlo tan pronto como se despierte.

Necesito respuestas y rápido. Y, aunque tengo mis sospechas sobre quién está detrás del ataque, necesito estar completamente seguro antes de actuar. Perseguir a otro sindicato criminal sin pruebas sería una tontería. No obstante, si estoy en lo cierto, significa que ya estamos en guerra y nuestras medidas de represalia serán muy justificadas.

Antes de meterme a la ducha, intento llamar a Tara otra vez. Todavía no hay respuesta. A estas alturas, ya me estoy hartando. Estoy seguro de que no está contestando a propósito. Debí haber incluido etiqueta telefónica en la lista de reglas de nuestro acuerdo prenupcial. Vive y aprende, supongo.

Mientras me pongo una camisa limpia después de lavarme la suciedad del día, mi teléfono comienza a sonar. Con mi mente completamente en mi esposa y su irritante hábito de hacerme enojar, presiono el botón verde y luego el ícono del altavoz sin verificar el identificador de llamadas.

—¿Ignorando mis llamadas, *Gattina*?

Alguien se aclara la garganta.

—El guardia acaba de despertarse.

La decepción me golpea como un puñetazo en el estómago. No esperaba a Nino. Cerrando los ojos, trato de volver a poner mi cabeza en el juego.

—¿Obtuviste algo de él?

—Aún no. Todavía está aturdido. Puede que pase otra hora antes de que esté lo suficientemente coherente.

—Está bien. Volveré al hospital en un rato. Si te dice algo antes de que llegue, llámame.

Agarro mi funda y mi chaqueta de la cama, luego llamo a Tara una vez más en mi camino hacia abajo. La maldita línea suena y suena hasta que su correo de voz contesta. Mejor llamo a Sienna.

—¿Mi esposa tiene la intención de responder a mis llamadas en un futuro cercano?

—No lo sabría, Arturo. Pero si le hablas en ese tono a ella, debería bloquearte.

—Sí, sí. Ponla al teléfono.

—Lo siento, no puedo hacer eso.

—Maldita sea, Sienna. Necesito hablar con ella.

—Lo que necesitas es dejar de actuar como un idiota y… —Su gritito apagado interrumpe lo que iba a decir a continuación, y luego se ríe en el fondo—. *¡Basta, Drago! Estoy hablando por teléfono con Arturo.*

—Cuelga. —Esa es la voz ronca de Popov—. *A menos que quieras que tu hermano escuche tus gemidos mientras me deleito con tu bonito coño. Y para que conste* —vocifera, completamente para mi beneficio—. *Estoy totalmente de acuerdo con eso, imbécil*.

¡Jesucristo!

—¡Sienna! ¿Tara está allí? —grito, dirigiéndome a mi Land Rover.

—No, Arturo —responde ella, volviendo a la línea—. *Me temo que tendrás que buscar a tu esposa en otra parte. Y no me sorprendería en absoluto si decidiera deshacerse de tu trasero malhumorado. Adiós.*

Joder. Me pongo al volante de mi SUV y llamo a Tara nuevamente mientras retrocedo. No hay respuesta. ¿Dónde está esa mujer?

—¡Tony! —exclamo cuando llego a la caseta de vigilancia en la reja—. ¿Has visto a mi esposa?

—Ella salió furiosa de aquí hace aproximadamente una hora y se subió a un Uber que la esperaba. No tengo idea de a dónde fue. Mencionó que usted se deshizo de su equipo de seguridad…

—¿Qué carajos? ¡Yo no hice tal cosa! ¿Anotaste la placa del auto?

—*Umm*… No. Se estacionó un poco más lejos y al otro lado de la calle.

Algo que ella arregló a propósito, estoy seguro.

—Voy a salir y veré si puedo encontrarla. Llámame inmediatamente si regresa.

¿Y si fue a reunirse con el mocoso petrolero hijo de papi? Curtis o Conan o como sea. ¿Quizás el pequeño bastardo decidió ignorar mi advertencia y se acercó a mi esposa a pesar de mi amenaza? ¿O tal vez Tara ya se hartó y, como sugirió Sienna, decidió dejarme? Deshacerse de sus guardias ciertamente podría apuntar a eso.

El timbre de mi teléfono interrumpe mis pensamientos turbulentos mientras vuelo por la carretera. Por una fracción de segundo, espero que sea mi esposa, pero solo es Nino.

—¿Qué?

—*El tipo comenzó a hablar. Fueron los griegos.* —Eso confirma lo que ya sospechaba.

—¿Un ataque a un sitio en su mayoría sin supervisión porque Katrakis todavía está enojado por perder el terreno? Eso es un poco patético, para ser honesto. Si esta propiedad es tan importante para él, habría esperado que el vejestorio hiciera algo más drástico que joder nuestro equipo de construcción.

—*Esto no fue más que un preludio del acto principal. Aparentemente, Katrakis responsabiliza a otra parte por su pérdida y nuestra ganancia* —explica Nino en un tono sombrío—. *Van tras Drago.*

—¿Qué?

—*Nuestro muchacho escuchó a esos cabrones parloteando mientras destrozaban la oficina. Al principio no sabían que estaba allí porque estaba en el baño orinando antes del ataque. Parece que*

Katrakis cree que Drago traicionó su confianza al traspasarnos la escritura de la propiedad antes de que tuvieran la oportunidad de pagarle.

Ese bastardo astuto. Debí haber adivinado que estaba detrás de la compañía *offshore* que nos vendió el terreno. Si mi hermana no estuviera casada con ese idiota, disfrutaría dejando que Katrakis se lo echara.

—¿Ya le avisaste a Drago? —pregunto.

—Justo antes de llamarte.

Mi teléfono emite un pitido con otra llamada entrante y miro la pantalla para ver que Sienna está tratando de comunicarse conmigo. Desconectándome rápidamente de Nino, cambio de línea.

—¡Sienna! ¿Estás bien?

—Estamos bien. —Su voz ligeramente histérica apenas se escucha por el exceso de ruido de fondo—. *Drago acaba de poner la casa en confinamiento en caso de un ataque aquí. ¡Pero tienes que ir a Naos!*

—Tengo cosas más importantes con las que lidiar en este momento que revisar el *club* de tu esposo. Y estoy seguro de que su gente es más que capaz…

—¡Tara está ahí, idiota! —grita.

Mi corazón deja de latir.

—¿Qué?

—Ella me envió un mensaje de texto hace unos minutos. Intenté llamar al club*, pero no pude comunicarme con nadie. ¡Nadie contesta su teléfono!*

Los neumáticos chirrían mientras hago un giro de ciento ochenta, pisando el acelerador y volando por la carretera como un murciélago salido del infierno.

Capítulo 22

Tara

En lugares normales como bares y restaurantes, cuando los matones irrumpen con armas de fuego, generalmente siguen gritos histéricos. Sin embargo, no en Naos. Aparte de los jadeos de dolor y las maldiciones silenciosas cuando le dan a alguien, el rápido *rat-a-tat* y *el bang* de los disparos son los únicos sonidos.

—¿Cuándo van a volver a encender la maldita electricidad? —Jelena refunfuña a mi lado mientras abre la trampilla oculta en las tablas del piso—. ¿Qué pasa si le disparamos a uno de los nuestros por error? ¿Sig o Beretta?

—Beretta, por favor. Tomará unos minutos poner en marcha el generador. —Agarro el arma que me ofrece y luego le lanzo la otra a Iliya, que está agachado a unos metros a mi izquierda.

—¡Ustedes dos no se muevan de aquí hasta que esto termine! —Ladra Iliya mientras atrapa la Sig—. Drago se quedará con mi pellejo si algo les sucede. ¿Me escuchas, Tara?

—Entendido —miento.

Solo hay dos luces de emergencia detrás de la barra, construidas tan cerca del piso que necesito inclinarme para poder revisar el cargador. Es difícil saber cuántos atacantes hay porque el intenso tiroteo está a nuestro alrededor. Es como si todos los presentes estuvieran disparando al mismo tiempo. Si esto fuera más tarde en la noche, todas las armas de fuego se habrían guardado de forma segura al ingresar al *club*, pero las reglas permiten a los clientes de Naos mantener sus armas entre las horas de apertura y alrededor de las nueve de la noche.

—¿Tiene sentido todo este tiroteo cuando nadie puede ver una mierda? —Unas cuantas botellas más explotan sobre mí; el

vidrio y el licor llueven sobre mi cabeza. El hedor de múltiples licores es más penetrante, irritando mis ojos y nariz. Me presiono más contra el mostrador trasero del bar y amartillo mi arma mientras los músculos de mis muslos gritan en protesta. Agacharse con tacones es un verdadero fastidio, especialmente intentando no resbalar en el charco de alcohol derramado.

Las luces del techo cobran vida justo cuando un hombre armado con una Uzi se inclina sobre el mostrador del bar justo encima de Jelena. Reacciono sin pensarlo dos veces, levanto el brazo y le disparo en la cabeza.

Jelena levanta su ceja bien definida.

—Eso fue rápido. ¿Estás segura de que no era uno de los nuestros?

—Lleva un pañuelo marrón alrededor de la frente.

Mi hermano insiste en un código de vestimenta muy estricto en Naos. De ninguna manera habrían dejado entrar a nadie que usara un atuendo informal, incluso con los colores de las pandillas.

Evitando botellas rotas y fragmentos de vidrio, me acerco al borde del bar y me asomo al espacio principal. Los divisores de las butacas, que brindan privacidad, pero en realidad son obstáculos de vidrio escarchado a prueba de balas que se instalaron específicamente en caso de que suceda algo así, aún están intactos. Drago insiste en tener muebles blindados alrededor. La mayoría de los invitados y el personal del *club* se han refugiado detrás de esas barreras y están disparando en dirección a la entrada principal.

Uno de los altavoces del techo se estrelló contra el suelo, rompiendo las losetas de piedra en mil millones de pedazos. Carajo, mi hermano se volverá *muuuu*y loco por eso. Importó esa loseta de España.

Por lo que puedo ver, solo hay una víctima de *nuestro* lado. El cuerpo del tipo que sospecho que era un asesino a sueldo está tendido cerca de la butaca donde estaba sentado. Adriano Ruffo está

arrodillado junto a él, disparando a los atacantes con una pistola enorme de una manera inquietantemente casual.

Sin embargo, a los pandilleros no les ha ido tan bien. Tres muertos junto a la entrada y otro un poco más adentro, cerca del borde de la pista de baile. Solo uno parece estar vivo, oculto por un pilar de piedra a pocos metros de las puertas principales. Está disparando al azar hacia el interior, tratando de darle a cualquiera que esté en su mira. Eso significa que hay seis atacantes, incluido el hombre al que maté hace un momento. Una fuerza bastante pequeña para un ataque de este tipo. ¿Quizás no esperaban demasiada resistencia?

—¡Tara! —Jelena agarra el dobladillo de mi blusa, jalándome hacia atrás— ¡Hay más que vienen por detrás!

Mierda. Manteniéndome agachada y apuntando mi arma hacia adelante, sigo a Jelena hasta el otro extremo del bar donde Iliya está desplomado en el suelo, presionando una mano en su costado que está sangrando.

—Usa esto. —Le paso una toalla de bar que agarré de un cubículo y estiro el cuello, echando un vistazo a través del estrecho espacio debajo de los estantes de licores y justo encima del mostrador trasero del bar. Sirve como acceso rápido a suministros adicionales alineados en la repisa que corre a lo largo del otro lado de la pared con espejo.

La entrada trasera del *club* se encuentra en la sala de almacenamiento justo detrás de esa pared, escondida entre las cajas de cerveza apiladas a ambos lados. Cinco tipos más de la pandilla con *jeans* desgastados y sudaderas extragrandes están entrando por la puerta. Con la forma en que nuestro bar está situado, no hay forma de que nadie al frente vea a los enemigos entrantes. Jelena y yo somos las únicas conscientes de la nueva amenaza, y ella está ocupada en este momento tratando de evitar que Iliya se desangre. ¿Cuáles son mis posibilidades de disparar a los cinco matones antes de que puedan matarme? Muy pocas, pero no tengo más remedio

que intentarlo. De todos modos, están a menos de tres metros de nosotros.

Me agacho y respiro profundamente. Los gabinetes mojados y mi propio sudor están empezando a hacerme sentir pegajosa. Allá voy. Agarrando el arma en mi mano, me levanto de un salto, apuntando a la puerta trasera a través del espacio entre dos botellas de Johnnie Walker.

Los dos tipos más cercanos a la entrada caen al suelo simultáneamente.

¿Qué?

Parpadeo y dos más se derrumban boca abajo en el suelo.

El último supuesto atacante gira justo cuando otro disparo explota en el aire. Las piernas del hombre se doblan debajo de él y se desploma, revelando una figura a contraluz con un traje negro de pie en el umbral. Sus brazos se doblan a sus costados; un arma lista en cada mano.

Bajo mi arma, mirando a mi esposo, mientras Arturo pasa por encima del tipo muerto y se dirige hacia mí.

El tiroteo se ha detenido en la parte principal del *club*. En la repentina quietud, la pesada caída de las suelas de sus zapatos sobre el piso de loseta resuena como un trueno en mis oídos. Desliza sus armas en sus fundas mientras sus ojos se clavan en mí.

Lo sigo con la mirada hasta que llega al borde de la pared divisoria y luego emerge a la vista al final del mostrador del bar. Un par de pasos más, y se para justo frente a mí.

—¿Te estás divirtiendo tanto como para responder mis llamadas, mi querida Tara?

—Se podría decir eso. ¿Cómo estuvo tu día?

Estalla una charla silenciosa de las personas detrás de mí, y me doy cuenta de que nuestro intercambio ha llamado la atención de todos los que quedan adentro. El peso de docenas de ojos cae

repentinamente sobre mí. Puedo sentir que *todos* nos miran, y me está poniendo demasiado nerviosa.

—Lleno de acontecimientos. —Arturo se mete las manos en los bolsillos del pantalón—. Tenía la impresión de que entendías que todavía estamos en alerta máxima. Entonces, ¿qué carajos estás haciendo aquí? Sin tus guardias, debo agregar.

—Naos es considerado uno de los lugares más seguros de la ciudad, DeVille.

—¿*Oh*, en serio? Entonces me equivoqué. Supongo que acabo de matar a una docena de matones para llegar a ti sin ninguna maldita razón, ya que obviamente estabas, ¡PERFECTAMENTE A SALVO! ¿QUÉ CARAJOS TE PASA, MALDICIÓN?

—¡No me grites, DeVille! —Algo húmedo se desliza por el rabillo de mi ojo, y lo limpio rápidamente mientras trato de mantener la compostura frente a este hombre exasperante—. Tengo un cargador casi lleno en mi Beretta, y maldita sea, seguro que sé cómo…

—¿Eso es SANGRE?

Miro mi mano. Hay una mancha roja en mis nudillos. Un fragmento de vidrio debe haberme cortado y no me di cuenta con toda la mierda que estaba pasando. Como sea—. No cambies el tema…

Sus dedos agarran mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia un lado.

—Tara. —Un gruñido bajo y retumbante sale de su garganta.

—Estoy bien. —Aparto su mano—. ¿Puedes dejar de interrumpirme? Por cierto, estás haciendo una escena. Y ambos sabemos cuánto disfrutas haciendo eso en público. Este lugar es un desastre, y necesito… ¡DeVille! ¡Bájame!

—No —gruñe mientras me lleva hacia el almacén—. Nos vamos a casa para tener nuestra escena en privado.

—¿Estás loco? La policía probablemente esté en camino y Iliya necesita atención médica. Tengo que…

—No eres abogada. Ni doctora. Lo que eres es mi esposa. Y ahora, estás sangrando.

—¡Es solo un maldito rasguño, Arturo!

—*Mm-hmm.* Y eso es definitivamente un reflejo condicionado.

—¿Qué?

Entra en el almacén y navega por los estantes de suministros cerca de la puerta trasera. Veo dos cadáveres más.

—Solo dices mi nombre cuando uno de los dos está sangrando. —Abre la puerta de una patada y sale—. ¿Sientes náuseas? ¿Dolor de cabeza?

—¡No tengo una maldita conmoción cerebral! Ahora, bájame.

—No.

—¿Por qué diablos no?

Se detiene junto a su SUV y me inmoviliza con una mirada fulminante.

—Porque, si lo hago, podría volver al *club*, donde mataré a todos los hombres al servicio de Drago por no haberte mantenido a salvo e ilesa. Porque, mi querida esposa, todavía no he superado el pánico que sentí de no llegar aquí a tiempo. De que llegaría y estarías muerta o moribunda. Y ahora que te tengo en mis manos, no hay forma de que te suelte. Pero, sobre todo, porque si mis manos estuvieran libres, podría estrangularte yo mismo por darme tremendo susto.

Mis labios se crispan al escuchar sus palabras.

—Déjame ver si entendí bien. Estabas preocupado por mí. Sin embargo, quieres matarme. ¿O quieres matarme porque estabas preocupado por mí?

—No lo puedo decidir —refunfuña y golpea su boca contra la mía.

Arturo

—Creo. —Muerdo el labio inferior de Tara y cierro la puerta principal de una patada—. Que primero tenemos que revisar tu herida.

—Está bien —pronuncia mientras busca a tientas la hebilla de mi cinturón.

Jesucristo, carajo, realmente espero que eso sea cierto porque creo que explotaré si no meto mi polla dentro de ella *ahora*. Ni siquiera sé cómo nos traje a casa en una sola pieza. O cómo llegamos del vehículo a la casa y no terminamos follando en el camino de entrada. Mi chaqueta se perdió poco después de salir del vehículo, y no tengo la menor idea de dónde está la funda con mis armas. Probablemente en el porche.

Pero esto es todo lo más lejos que llegaremos. Me hundiré en ella justo aquí, justo contra la puerta principal. Justo en este segundo. Es la única forma de aceptar que está sana y salva. Para salir de esta densa niebla de terror que se apoderó de mi mente tan pronto como entré al estacionamiento de Naos. Temía que fuera demasiado tarde. Estaba muerta. La perdí. Prueba. Necesito pruebas físicas. La necesito ahora, en mis brazos, para sentir la vida en sus venas.

—*Ah,* pero eres propensa a ser menos que sincera. —Agarrando su barbilla con mis dedos, nos pongo cara a cara—. Déjame ver.

Una pequeña sonrisa aparece en sus labios magullados. Inclinando la cabeza hacia un lado, me da una mejor vista de su sien, todo mientras continúa desabrochando mis pantalones.

—¿Entonces? ¿Viviré? —pregunta, sacando mi polla dura como una roca.

Trato de concentrarme en su cortada. Lo que es malditamente imposible con su mano acariciando mi longitud. El paraíso. Su caricia

es una delicia celestial. Aunque la herida sí parece superficial. El sangrado ya se detuvo. Sin embargo, la necesidad de estrangularla por ponerse en peligro no me abandona.

—Podrías, si te lo permito. —Suelto su barbilla y subo el dobladillo de su minifalda—. Pero el personal de seguridad de tu hermano definitivamente no lo harán.

—No les pondrás una mano encima a mis amigos, DeVille.

En lugar de responder, agarro sus bragas y se las arranco de un solo jalón. Ella no puede hacer tales demandas, especialmente porque podría haber sido asesinada debido a la incompetencia de esas personas. Agarrando su trasero, la presiono contra la puerta y me entierro en su calor húmedo con una poderosa embestida.

Ella grita, pero sé que no la lastimé. Sus ojos se ponen en blanco y dice: *Más*. Sus fuertes gemidos llenan nuestra entrada, resonando en el techo. La forma en que ronronea casi me hace correrme. Inaceptable. Ni de chiste he terminado con ella.

Capturando sus labios con los míos, deslizo mi palma izquierda a lo largo de su espalda, su cuello, acunando la parte posterior de su cabeza para protegerla de la superficie de madera. Luego, arrastro lentamente mi polla solo para golpearla dentro de su coño nuevamente. Otro fuerte gemido brota de mi hechicera feroz, reverberando por la habitación a niveles que se acercan a un grito. Casi me permite olvidar el rugido de los disparos y la cacofonía interminable de vidrios rotos y escombros que se estrellaban en mis oídos mientras me abría paso hacia el interior de ese maldito *club*.

Embestida.

Temiendo encontrarla herida.

Embestida.

Encontrarla muerta.

Embestida. Embestida. Embestida.

Los dedos de Tara se meten a través de mi cabello, sus uñas arañan la parte posterior de mi cabeza. Duele, pero este dolor es

bueno. Un gran recordatorio de que ella está aquí. De que ella está bien. Conmigo. Mi pequeño desastre está bien.

—Jamás volverás a salir de esta casa —gruño mientras cambio mi ángulo, yendo más profundo en su acogedora calidez mientras mi lengua invade su boca con el mismo fervor—. Esta puerta contra la que te estoy follando… Es lo más cerca que se te permitirá estar del mundo exterior. Te encadenaré a mi cama si tengo que hacerlo, todo con tal de alejarte de estos desastres que atraes hacia ti como un imán.

—Puedes intentarlo. —La bruja astuta sonríe contra mis labios, justo antes de morder mi lengua. Con fuerza. Enviando una descarga de electricidad directamente a mi polla.

Me retiro rápidamente, hasta que solo mi punta permanece enfundada dentro de su coño.

—No me jodas, Tara.

—¿Por qué no? —Ella aprieta sus piernas alrededor de mi cintura y retuerce su trasero, tratando de acercarme. Sus talones se clavan en mi espalda mientras intenta forzar mi polla más profundamente. Cuando no me muevo ni un centímetro, me lanza su mirada frustrada; sus manos se deslizan hacia mis bíceps y las uñas se clavan en mi piel a través de mi camisa—. Follar es lo único que parece funcionar bien entre nosotros, ¿no es así, Satanás?

Estoy tentado a sacudirla y gritar*: ¡Te equivocas!* El sexo no es lo único bueno entre nosotros. No es lo único que anhelo. Pero mi verga quiere hacerme un mentiroso. Cualquier autocontrol que me quedaba, se agrieta. Se desintegra cuando me absorbe su ineludible mirada verde. Se vaporiza bajo la fuerza de su ataque.

Aprieto su nalga y hundo mi polla en ella hasta que toco fondo.

—No. Me. Llames. Así.

Su coño resbaladizo y apretado me abraza como lo hace cada vez, con espasmos alrededor de mi longitud en un ritmo eufórico. Una vez más, es una batalla para mí contenerme, seguir moviendo

mis caderas y extender este momento. Envolviendo sus mechones alrededor de mi muñeca, aprieto mi agarre a su cabello en mi puño, inclinando su cabeza para poder consumir esa boca obstinada y sarcástica que tiene. Ataco sus labios con la misma intensidad con la que follo su coño, reclamándola y castigándola a la vez. Cada gemido que sale de sus labios, cada respiración jadeante, me deleito con cada uno de esos sonidos apasionados, embistiendo cada vez más fuerte para exprimirle más y más. Fuimos hechos para estar unidos. Nuestros cuerpos encajan tan perfectamente, carajo.

Esta química alucinante entre nosotros es tan potente. Mi hambre insaciable por ella me hace querer follarla todo el maldito tiempo. Pero eso no es lo único que quiero. No lo ha sido por bastante tiempo.

Quiero ver cómo hace cosas tontas como desmantelar mi máquina de café con un cuchillo de mantequilla. O mientras perfora agujeros que no sirven en el panel de yeso para agregar otro librero. ¿Su cabello loco? Demonios, me encanta. Me encanta ver el loco peinado recogido que va a hacer con él. Y todos los atuendos absurdos que se le ocurren para sorprenderme. Sus burlas. Cada una de las veces que trató de hacerme enfurecer al principio… Quiero más de eso. Lo quiero todo.

Porque solo ahora entiendo el poder de su hechizo. Esa tenacidad inquebrantable suya. Quiero despertarme todas las mañanas con su cuerpo sobre mí. Eso fue felicidad. Felicidad absoluta. Tenerla durmiendo encima de mí. Eso es lo que quiero, todos los malditos días. Y si fuera necesario, sufriría interminables asados de cerdo. Aguantaría a parientes enfadosos. Me ahogaría en un océano de comida desconocida. Si eso significara que se quedaría.

Que se quedaría para siempre.

Pero nunca lo haría.

—Bruja —gruño mientras acelero mi ritmo.

Los gemidos de Tara se convierten completamente en gritos de éxtasis con cada embestida de mi polla. ¡Dios mío! Ella es tan hermosa. Sonrojada y sin restricciones en mis brazos. Todo su cuerpo tiembla. Sus uñas se hunden como garras en mi espalda. Nunca he visto una imagen más magnífica que la de mi esposa tambaleándose al límite. Sabiendo que la llevé allí.

—¿Algún hombre te ha follado así alguna vez, te ha hecho ahogarte con tu propio aliento? —exijo saber—. ¿Alguien ha hecho que te mojes tanto que tus jugos corran por tus piernas hasta el suelo? ¿Lo han hecho?

—No. —Jadea.

—Y nadie más que yo lo hará jamás. Puede que yo no te agrade, *Gattina*, pero debes saber esto. Le cortaré la polla a cualquier hombre que se atreva a tocarte. O incluso que simplemente se te acerque. Eres mía.

Sus uñas se clavan en mis hombros, enviando riachuelos de sangre deslizándose por mi piel.

—Tal vez ahora. Pero no cuando se nos acabe el tiempo.

—Ahora. Mañana. En un maldito año. Una década en el futuro. ¡Me importa un carajo!
Castraré a cualquier imbécil que piense que puede tener lo que me pertenece.

Ajustando mi postura, cambio nuestra posición, inclinando sus caderas para poder llegar aún más adentro. Más cerca. Quiero que estemos mucho más cerca. Más conectados, aunque físicamente es imposible estar más cerca de lo que ya estamos.

Su grito desenfrenado rompe el silencio de la casa vacía. Resuena en las paredes mientras ella se deshace tan bellamente en mis brazos. Aprieto los dientes, forzándome a no dejarme ir, queriendo dejarla disfrutar de su orgasmo, exprimiendo más estos dulces, dulces gemidos suyos. Solo después de que ella comienza a bajar de su éxtasis me dejo llevar por mi propio clímax. Agarrando esa barbilla obstinada, me sumerjo dentro de mi esposa una vez

más y fusiono mi boca con la de ella. Continúa temblando mientras la lleno con mi semilla. Marcándola. Poseyéndola. Reclamándola como mía. Deleitándome con el placer que me brinda.

Ella es *mía.*

Euforia.

Mía.

Éxtasis.

Mía.

Dicha.

Pero solo por poco tiempo.

Rabia. Desesperación. Agonía.

Con su melena sedosa en mi mano, entierro mi cara contra su cuello. Respirando su esencia. Empapándome de ella mientras todavía tengo la oportunidad.

Luché tanto contra estos sentimientos. Contra mi inextricable necesidad de ella. Este feroz control que tiene sobre mí. Me propuse convencernos a ambos de que nuestra unión fue un completo error.

¡Qué idiota tan tonto y ciego soy!

Mientras hacía todo lo posible para que mi esposa me despreciara, me las arreglé para enamorarme irremediablemente de ella.

Capítulo 23

Tara

—*¡Arturo!* —El grito de Sienna se extiende por la línea—. *¡Drago y yo hemos estado tratando de comunicarnos contigo y con Tara durante horas! No puedo creer que dejaras que me preocupe…*

—Soy yo —susurro al teléfono. Apoyándome contra la pared del baño, me deslizo hacia abajo hasta que mi trasero desnudo golpea el frío suelo de mármol.

—*¿Tara? Bueno, qué amable de tu parte llamar. ¡Finalmente! Drago se ha estado volviendo loco, a pesar de que Jelena trató de asegurarle que estabas bien. Ha estado listo para ir a meterse a la fuerza a la casa de Arturo durante horas, y me costó muchísimo mantenerlo alejado. ¿Por qué no nos llamaste antes?*

—*Um*… No sé dónde está mi teléfono. Pero estoy bien. Ambos estamos bien. Perdón por no comunicarme de inmediato. Estaba… ocupada.

—*¿Ocupada? ¿Con qué? ¿Qué es más importante que…?*

—Estaba ocupada siendo follada hasta perder el sentido contra la puerta principal.

—*Oh.* —Hay una breve pausa—. *Está bien, bueno… En ese caso, te perdono.*

—Gracias. ¿Cómo están las cosas en Naos? ¿Alguien más resultó herido?

—*Es un desastre. Hubo una víctima entre los clientes; el resto solo tiene heridas superficiales. Aparte de Iliya, pero estará bien. Sin embargo, no vamos a cambiar de tema, chiquilla. Sin entrar en demasiados detalles… porque,* ew*, es mi hermano… ¿Fue bueno?*

Cierro los ojos y suspiro.

—El sexo con Arturo siempre es bueno. Mejor que bueno, en realidad. A veces, parece que es demasiado bueno para ser verdad.

—¡Lo sabía! —grita con alegría—. *¡Te dije que te llegaría a gustar! Es genial que podamos seguir siendo cuñadas por ambas partes. Aunque Drago se volverá loco cuando escuche esto. Sigue diciéndome que dejarás a mi hermano en cualquier momento. Vi ese video de Arturo volviéndose loco después de que le cortaste las llantas, y fue más que divertido…*

—¿Qué? —grito en un susurro—. ¿Qué video?

—Oops. No debí decir eso.

—¡Sienna!

—Bueno… Mi ingenioso esposo hizo que Mirko pirateara las cámaras de seguridad de Arturo. Por favor, no te enojes con él, solo lo hizo para ver cómo estabas.

—¿Ver cómo estaba? QUÉ DEMONIOS, estaba espiando…

—Bueno, considerando las circunstancias, estaba preocupado. —La voz de Sienna es apenas audible—. *Realmente no puedes culparlo por eso.*

—¿Qué quieres decir? ¿Qué circunstancias?

—Um*… Drago lo sabe, Tara.*

—¿Sabe qué?

—Que Arturo te chantajeó para que te casaras con él. No conoce los detalles, nada más allá de lo que Ajello le dijo. Que no fue mucho. Solo que tú y Arturo tienen un acuerdo, y que Drago debería mantenerse al margen.

—¿Qué? —Siento cómo mi estómago se cae al suelo—. ¿Desde cuándo?

—Justo antes de tu boda.

Dejo caer mi cara en la palma de mi mano. Debí suponerlo. Debí haber sabido que algo pasaba con Drago. Estaba demasiado despreocupado después de que se anunció nuestro compromiso.

—Pero eso ya no importa, ¿verdad? —continúa en un tono ligero y alegre—. *Con ustedes dos enamorándose el uno del otro, este es básicamente un matrimonio real ahora. ¿Quién hubiera adivinado que la intromisión de Ajello resultaría en otra pareja enamorada?*

«Una pareja enamorada. Sí». Sacudo la cabeza. Qué idea sin sentido.

—Nada ha cambiado, Sienna. Arturo y yo todavía estamos tratando de volvernos locos, solo que ahora terminamos nuestras discusiones en la cama.

—¡Dios, la competencia entre ustedes dos para ver quién es más terco es un empate total! ¿Por qué no dejan de actuar estúpidamente y hablan entre sí? Solo dile a Arturo lo que sientes por él.

—No siento nada por él. —Moqueo, malhumorada.

—Claro. Podrías haberme engañado. Si no sientes nada, estarías cortando troncos en este momento en lugar de llorar a mitad de la noche.

La funda del teléfono truena en mi mano por la fuerza de mi apretón.

—Me niego a sentir algo por un hombre que es incapaz de amarme.

—Bueno, eso no funciona así, chiquilla. Y para que conste, Arturo está locamente enamorado de ti.

—*Mm-hmm*. Tiene una forma extraña de demostrarlo. Realmente puedo sentir su amor cuando deja absolutamente claro cómo soy todo lo contrario de lo que él considera una pareja perfecta. ¡Por el amor de Dios, me hizo firmar un acuerdo prenupcial con cláusulas que detallan cómo puedo vestirme! ¿Eso suena a algo que haría un hombre que está *locamente enamorado*, Sienna?

—Cuando se trata de Arturo, sí. Es exactamente lo que haría —suspira—. *Sé que es difícil de entender, pero así es como él se*

comporta. Si los dos simplemente se sentaran y hablaran. Admitieran sus sentimientos, entonces tal vez…

—¡No voy a confesarle a ese idiota que estoy enamorada de él! —Mi mano vuela a mi boca, pero es demasiado tarde para contener las palabras—. *Um*… Me tengo que ir. Adiós.

Tirando el teléfono al suelo como si la maldita cosa fuera venenosa, me levanto y casi salgo corriendo del baño. Solo para detenerme en seco, justo allí en el umbral.

Mi esposo está tendido boca abajo en la cama, dormido con el brazo derecho extendido hacia el espacio vacío a su lado. Junto a él está la almohada aún hundida que usé cuando estuve inmóvil durante casi dos horas, mirando a la nada después de que colapsamos después de nuestra segunda ronda de sexo de odio.

Sexo por odio. ¿Aún puedo llamarlo de esa manera? ¿Sabiendo que no lo odio?

¿Cuánto tiempo puedo seguir mintiéndome a mí misma?

¿Cuánto tiempo fingiré creerlo?

Cuando acepté este estúpido, estúpido matrimonio, pensé que pondría mi vida en espera durante un año, como máximo. Mientras tanto, mi Príncipe Azul… mi caballero de brillante armadura… y nuestro final feliz estaría en algún lugar, esperándome. El momento en que finalmente lo encuentre simplemente se retrasaría, nada más. Pero me temo que eso ya no es cierto.

Lo quiera o no, ahora sé que siempre compararé a todos los demás hombres con Arturo DeVille. Y estoy bastante segura de que Satanás no se le compararía a ninguno de ellos. ¿Cómo podrían no ser mejores con sus demasiados defectos? Su estúpida devoción por las tradiciones tontas, como si todavía estuviéramos en el siglo XIX, es realmente ridícula. Sin embargo, también es un poco divertido y me encanta recordárselo cada vez. Pero… Aunque puede estar medio atrapado en el pasado, su dedicación a sus convicciones es realmente entrañable. Y sería una hipócrita si no admitiera que hay un lugar para la caballerosidad en el mundo moderno. Le daría cero

puntos por ser caballeroso, mas no puedo. A pesar de que me trajo flores "de funeral". Y Arturo nunca dudó en prestarme su chaqueta, pese a que probablemente sabía que solo intentaba hacerlo enojar.

Luego, está su mal humor. Cuando se trata de estar de mal humor, sería imposible encontrar a alguien que obtenga una puntuación más alta en esa escala que él. Aun así, incluso la disposición cascarrabias de Arturo es un poco dulce. Actúa como un tirano mandón, aunque hace cosas que ningún otro amo absoluto haría. Quiero decir, el tipo le prohibió a Greta que me preparara comida y ordenó que ni siquiera pudiera recibir comida a domicilio. No obstante, sigue cocinando todas mis comidas. Incluso sabiendo que me niego a tocar algo que prepare él mismo.

Aun así, se apresura a recordarme que solo está conmigo por el decreto de su Don. Como si sin esa declaración frecuente, tuviera la tonta idea de que yo le guste realmente. No hay necesidad de que haga todo ese esfuerzo; soy completamente consciente de sus sentimientos sin que él me los explique. Es obvio ya que nunca pierde la oportunidad de señalar el desastre que soy. Aunque debo admitir que lo hace con esa sonrisa bastante irritante en su hermoso rostro. Y nunca hay malicia brillando en sus ojos, sino algo más… algo diferente. Es casi como si encontrara mis constantes errores… ¿divertidos? También tengo que reconocérselo: nunca ha sacado a relucir mis defectos a menos que estuviéramos solos.

Y ahora, esto último. Arturo irrumpió en un tiroteo total, matando quién sabe a cuántos atacantes, solo para llegar a mí. ¿Quién hace ese tipo de mierda? Quiero decir, sé que Drago lo haría. Ni siquiera dudaría. ¿Pero alguien más? ¿En especial por mí? Nunca imaginé a nadie más que a mi caballero haciendo algo así. Y la armadura de Satanás DeVille ciertamente no es *tan* brillante. Probablemente lo hizo solo para presumir.

Como sea. No cambia mis sentimientos. Tal vez no lo odio, pero yo… negaré cualquier cosa más.

Con mis pasos silenciados por la gruesa alfombra, cruzo hacia la cama y me subo. Tan pronto como el colchón se hunde, Arturo se

mueve y arroja su brazo en forma de tronco sobre mí, atrayéndome hacia su costado. Lo dejo. En realidad, me acurruco más cerca hasta que nuestros cuerpos parecen fusionarse, con mi pierna enredada con la suya y mi mejilla presionada contra su hombro.

Pura felicidad cálida.

Síp. Un ejemplo de libro de texto de una *red flag*. Eso es lo que es Arturo DeVille.

El hombre que arruinó la fantasía en mi vida. Porque sé… ¡Lo sé, maldición! Que una vez que termine nuestro año juntos, una vez que se reanude mi búsqueda de ese príncipe perfecto… cada hombre… todos los demás hombres del mundo, de alguna manera veré que no están a la altura. No hay nadie que se compare con Arturo DeVille.

Arturo

Está oscuro. Medianoche perpetua. Sin luna. No hay luz de ningún tipo.

A mi alrededor, un rugido atronador. Silbando. Aullando.

El viento.

Estoy en el ojo de un huracán. Atrapado dentro de un abismo negro.

Lejos, muy lejos, un redoble de tambores.

¿Latidos?

Sé que es mi única esperanza de encontrar una salida.

Ese sonido se convierte en mi faro. Llamándome a través de la nada, a través del frenesí implacable que puedo sentir, pero no puedo ver. Sigo el ritmo. Es importante. Lo es todo para mí.

No puedo perderlo. Así que corro. No sé hacia dónde me dirijo, pero necesito llegar allí antes de que se detengan los tambores. Antes de que ese ritmo se quede en silencio. No puedo perderlo.

El aire pasa a mi lado. Frío. Amargo. Punzante. Haciéndome volar.

Corro, tropezando a ciegas, pero no puedo reducir la velocidad. No puedo flaquear. No puedo renunciar.

No puedo dejar que nada me detenga. Necesito darme prisa, o me perderé.

No porque tema a la oscuridad, sino porque ese latido rítmico es mi vida.

Dentro del vacío, dentro del vórtice arremolinado, estoy buscando…

La luz de los ojos cálidos y verdes.

Mis ojos se abren de golpe.

—Tus ronquidos son tan fuertes como un tren de carga, DeVille —murmura Tara a mi lado. Su cabello se ha derramado sobre la almohada, mechones que me cosquillean en la nariz.

Suspiro. Ese fue un sueño jodidamente extraño. Pongo mi mano en la parte baja de la espalda de mi esposa y deslizo mi palma hacia arriba a lo largo de su columna vertebral.

—Supongo que deberías acostumbrarte.

—¿Puedo solicitar un bono? —Ella se da la vuelta, girándose hacia mí—. ¿Cien mil dólares por sufrir debido a condiciones peligrosas para dormir que no se revelaron durante nuestras negociaciones?

Aprieto los dientes. Tuvo que sacarlo a relucir otra vez.

—Salvarte de los matones armados tampoco estaba en el contrato, pero lo hice de todos modos.

—Por favor. Esos idiotas tenían más ímpetu que cerebro y no tenían absolutamente ningún entrenamiento. Probablemente nos las habríamos arreglado bien sin ti.

—Sí, claro. —Le retiro suavemente el cabello de la frente para ver mejor el corte que recibió.

—¿De verdad estabas preocupado? En el *club*. Dijiste que tenías miedo por mí.

Un escalofrío recorre mi espalda. Decir que estaba asustado no es nada. Estaba jodidamente aterrorizado.

—Por supuesto que lo estaba. ¿Te imaginas en el problema de mierda tan grande en el que estaría la *Familia* si algo te sucediera bajo mi supervisión? Drago se habría vuelto loco.

—Estaba en el *club* de mi hermano cuando ocurrió el ataque. Si alguien iba a ser culpado, habría sido él.

¡Por supuesto que él tendría la culpa, joder! Y en realidad la tiene. Es algo que no olvidaré pronto. Pero no puedo admitírselo a ella.

—Eres mi esposa y, por lo tanto, mi responsabilidad. Habiendo dicho eso, a partir de este momento, no abandonarás nuestra propiedad a menos que todo tu equipo de seguridad y yo estemos contigo.

La ira brilla en sus ojos.

—¡No puedes simplemente encerrarme!

Puedo. Y lo haré. Me niego a volver a pasar por el tipo de mierda horrible por la que pasé anoche.

—Deberías poner algo sobre esa cortada.

—¡No vuelvas a cambiar el maldito tema!

—No está a discusión, Tara. Estoy dispuesto a pasar por alto el hecho de que violaste los términos de nuestro acuerdo al trabajar en el *club* de tu hermano si me aseguras que no volverá a suceder.

—Tanto tú como tu acuerdo pueden irse al infierno —suelta furiosa y salta de la cama.

Mis ojos la siguen mientras corre hacia la puerta que conecta nuestras habitaciones, recogiendo su ropa del suelo en el camino. Se detiene en el umbral y me mira por encima del hombro.

—Por cierto, lo que acepté es que no *trabajaría* en el *club*. —Una sonrisa traviesa aparece en su rostro—. Trabajo implica el pago por los servicios prestados. Y dado que simplemente estaba ayudando sin esperar una compensación monetaria, no hubo violación de los términos de mi parte. Y no hay nada en ese documento que me prohíba volver a hacerlo. Realmente necesitas ser más consciente de la mierda que firmas, DeVille.

La puerta se cierra frente a mi rostro asombrado.

Estoy furioso durante todo el tiempo que estoy en la ducha y mientras me visto para el trabajo. ¡Es absolutamente impensable que arriesgue su seguridad solo para fastidiarme! ¡Es tan terca, carajo! El miedo que se apoderó de mí cuando no tenía idea de si estaba viva, herida o muerta todavía está causando estragos en mi cabeza. Los peores escenarios del cuerpo de mi esposa lleno de balas o siendo secuestrada a solo Dios sabe dónde están pasando por mi mente, y no hay nada que pueda hacer para detener el aplastante espectáculo de terror. Mis entrañas se retuercen y los restos de mi última comida amenazan con reaparecer, haciendo que me doble al pensar en lo que podría haber sucedido si hubiera llegado demasiado tarde.

—¡Greta! —grito mientras bajo apresuradamente las escaleras mientras me pongo mi chaqueta.

—¿Sí, señor DeVille? —dice desde la cocina.

—No volveré hasta tarde esta noche, así que considera levantada la prohibición de cocinar para mi esposa. ¿Podrías prepararle algo para el almuerzo, por favor?

Ella se asoma por la esquina.

—Por supuesto. ¿Algo en particular?

—Solo ve qué quiere. Aunque mejor que no sea otra sopa. Estoy seguro de que está harta y cansada de ellas después de comerlas por una semana completa. Por cierto, gracias por hacer todo lo posible para cocinarlas para mí. Fueron… muy nutritivas.

—*Oh* no, no fui yo. ¿Le gustó cómo quedó la crema de papa? La señora DeVille tuvo un poco de problemas con ella.

Me detengo bruscamente a mitad de camino hacia la puerta principal.

—¿Tú no preparaste las sopas mientras estuve enfermo?

—No, fue su esposa. Le preocupaba que fuera contagioso, así que me dio una semana libre y no dejó entrar a nadie más a la casa. —Continúa limpiando la encimera y luego exhala un profundo suspiro—. Pobrecita. Estaba tan nerviosa. Me llamaba cada vez que pensaba que la estufa hacía un ruido extraño. O cada vez que el olor a gas permanecía en la cocina más tiempo del que esperaba. Es posible que desee considerar reemplazarla con una estufa eléctrica, señor DeVille. Este debe ser un recordatorio muy doloroso de lo que le sucedió a su querida hermana.

—Su hermana murió en la explosión de una bomba.

—No, realmente. La señora DeVille dijo que fue en el incendio de la casa que siguió después de que explotó el gas de su estufa. Honestamente, si yo fuera ella, probablemente nunca podría acercarme a otro aparato de gas o cualquier tipo de flama. Pero esa chica…

No escucho qué más dice Greta. En cambio, subo corriendo por las escaleras. Ignorando el teléfono que suena en mi bolsillo. Sin importarme que probablemente sea el Don quien me llama. ¿Qué carajos? ¿Por qué no me lo dijo? Estoy frente a su puerta en poco tiempo.

—Tara.

Toc. Toc.

—¡Estoy durmiendo! —Una respuesta agitada y concisa—. Vete.

Suspiro, apoyando mi frente contra la puerta blanca.

—¿Por qué mentiste? ¿Por qué me dejaste creer que era Greta quien estaba preparando mis comidas? Y por qué… ¿Por qué demonios no me dijiste sobre tu problema con la estufa?

Sus pasos resuenan cuando se acerca a la puerta y luego la abre un poco.

—No mentí, DeVille. Tú simplemente lo supusiste. Así como supusiste muchas otras cosas sobre mí.

—Lo siento, *Gattina*. Yo… Pensé que me odiabas a muerte.

—Ahórrate tus disculpas. Especialmente porque, como lo insinuaste tan elocuentemente, la comida estuvo horrible. Espero que, al menos, las notas que te dejé en ese contrato no te hayan decepcionado tanto.

—Esas fueron… asombrosas. Pero pensé que fue Ginger quien las hizo, no tú.

—*Hmm*. Bueno… Quizás, la próxima vez, *ella* podría cuidarte mientras tienes una tremenda fiebre, darte tus medicamentos a la fuerza y arrastrar tu pesado trasero a una ducha fría para bajarla.

La puerta se cierra de golpe en mi cara por segunda vez hoy.

Miro fijamente la puerta, sin palabras, mientras una infinidad de emociones me consume por dentro. Asfixiándome. No fue una alucinación. Todos esos destellos que pensé que eran producto de mi fiebre eran reales. Ella estuvo allí todo el tiempo. Jesucristo, carajo, ella podría haberse enfermado gravemente por mi culpa, todo mientras yo le he estado escupiendo mierda como un estúpido imbécil.

Y la estufa de gas… ¡Joder! Ni siquiera me molesté en averiguar la razón detrás de su falta de ganas de cocinar. Simplemente supuse que era uno de sus impulsos malcriados. Nunca pensé… Mierda. Ella me ha estado preparando comida durante días.

Dios mío, mi pequeño desastre debe haber estado muy asustada, y sin embargo… ella lo superó. Por mí. Por el desagradecido loco que soy.

Cerrando los ojos, apoyo mi frente en la superficie de madera. Mis palmas también, como si pudiera empujar la estúpida cosa. Eliminar la maldita barrera entre nosotros. Pero no es la puerta la que nos separa. Es mi comportamiento idiota. Desde el comienzo de… nosotros.

—Tara —pronuncio con voz rasposa.

—¡Déjame en paz! —Las palabras, amortiguadas y un poco rotas, fluyen a través de la madera maciza que se interpone en mi camino—. ¡Y contesta ese maldito teléfono! Es molesto.

***

—¿Me estás escuchando, Arturo?

Levanto la mirada de mis manos y miro a Nino. Hemos pasado la última hora en la oficina de Ajello, informando al Don sobre nuestros próximos pasos para tratar con el *Sindicato Griego*. Cuando sonó el teléfono de Ajello y se levantó y se dirigió a la esquina más alejada para hablar con su esposa, mi mente volvió a la escena entre Tara y yo antes. Eso es lo único en lo que parece que soy capaz de pensar desde que me fui de casa.

—En realidad no. —Me encojo de hombros. Me pica la piel con la necesidad de llegar a casa. A mi Tara. No estoy seguro de que me importe una mierda hacer estrategias o, en general, hacer mi maldito trabajo en este momento.

—Dije que apesta que no podamos simplemente matar al viejo Katrakis —refunfuña Nino desde el otro lado de la mesa de conferencias—. La política, incluso la política de la mafia, es un dolor de cabeza.

Gruño. Los dos guardias de seguridad muertos en nuestro sitio de construcción de Brooklyn eran tipos comunes y corrientes, empleados temporales de una empresa de seguridad privada contratada localmente. Una empresa que hemos estado buscando reclutar en nuestra organización. El trato aún no está cerrado, por lo que no podemos reclamar que fueron nuestros hombres los que murieron. También hay ambigüedad en términos del motivo de Katrakis. Sin ninguna prueba sólida de que fue un ataque directo a nuestra *Familia*, no podemos tomar represalias justificables contra los griegos.

Navegar por la parte más vulnerable del bajo mundo criminal es un asunto complicado. Con tantos jugadores abarrotados en espacios reducidos, un movimiento en falso podría afectar seriamente si vives lo suficiente como para disfrutar de ese espacio que lograste crear. Cada acción debe sopesarse con cada resultado posible para garantizar que no ponga en peligro la prosperidad de la *Familia*. Yo también lo sé. Y nunca he tenido un problema con eso. Hasta hoy.

—Voy a aplastarle la columna vertebral a ese hijo de puta —digo. El miedo de lo que podría haberle pasado a Tara todavía está asentado como una roca en mi estómago. De solo pensar en lo cerca que estuve de perderla me está volviendo loco—. Me aseguraré de hacerlo una vértebra a la vez. Y luego cazaré al resto de la pandilla de los Vipers y haré lo mismo con cada hombre por ayudar con el ataque a Naos.

—Sabes que no podemos meternos con ellos, Arturo. O tomar represalias contra Katrakis.

Sí, lo sé. Resulta que los Vipers le deben bastante a los griegos. Dinero que obtuvieron en forma de préstamo para pagar su cargamento de coca. Hasta esta mañana, no estábamos al tanto de esa conexión. Aun incluso sabiendo que Katrakis estaba moviendo sus hilos, nos enfrentamos a un código que permite que el bajo mundo coexista sin destruirse a sí mismo por completo. Dicta que solo la parte agraviada puede tomar represalias. Dado que fue el

establecimiento serbio el que fue atacado, solo Drago puede tomar medidas contra la pandilla o los griegos. Aunque el serbio es nuestro socio comercial, en este asunto, las manos de la *Cosa Nostra* están atadas.

—No me importa, maldición.

—Es un placer verte de tan buen humor en un hermoso día soleado como hoy. —Se ríe Nino—. La vida matrimonial obviamente te sienta de maravilla.

Levanto una ceja.

—¿Sí? ¿Quieres que te muestre lo abrumadoramente feliz que soy partiéndote el labio otra vez?

—*Oh*, vamos. No puede ser tan malo.

Sí, puede. El jurado aún está deliberando sobre si quiero estar en casa ahora mismo para poder estrangular a mi esposa por su audacia, o para poder follármela hasta dejarla inconsciente.

—Le dije a Tara, en términos inequívocos, que hasta que se resuelva esta situación, no se le permite salir de la propiedad a menos que yo esté con ella. No me había ido ni cinco minutos antes de que mi chico de seguridad me llamara para avisarme que trató de escabullirse por la reja.

—Sin duda tuviste mucho tacto y fuiste muy cortés cuando le informaste de ese requisito. —La sonrisa de Nino se ensancha mientras cruza los brazos detrás de su cabeza—. Y seguramente le aseguraste que te preocupas profundamente por ella y que solo te preocupa su seguridad. ¿Verdad?

—No. —De hecho, hice todo lo posible para que pareciera que solo estaba tratando de evitar posibles problemas entre la *Cosa Nostra* y los serbios que surgirían si algo le sucediera a ella.

—¿Por qué no?

—No es asunto tuyo, Nino.

—Ustedes dos necesitan seriamente una terapia de pareja, amigo mío.

Me pellizco el puente de la nariz. Sí, me temo que ninguna cantidad de terapia de parejas será suficiente para arreglar lo mal que la jodí. Incluso si ignoro mi orgullo y confieso la verdad… que estoy desesperadamente enamorado de ella, no serviría de nada. La mujer me detesta completamente. Y, en realidad, ¿qué le diría? *Perdóname por ser un maldito tonto. Hice lo que hice porque quería alejarte. Porque no podía evitar enamorarme de ti, y no sabía cómo lidiar con eso.* Sí, eso ciertamente arreglará todo.

¿Cómo le hago entender la razón de mi estupidez? Que durante años he asociado el amor con el dolor. Con pérdida. Perder a alguien que amas es el destino de todos en este mundo, pero cuando ese amor te es arrebatado de la manera más brutal, deja una cicatriz tan profunda, tan afilada que nunca sana. Perdí a mis padres. Casi pierdo a mis dos hermanas, lo que abrió esa herida de nuevo. Lo último que quería era permitirme amar a mi esposa. Y luego perderla a ella también. Eso me destruiría. Me devastaría por completo. Aniquilaría mi alma.

El que Tara apareciera en mi vida fue un golpe de gracia que nunca vi venir. Desde el momento en que nos conocimos, caí rendido. Por ella. Pero no podía admitirlo. No podía aceptarlo. No podía enfrentar la posibilidad de perderla. En el fondo, sabía que nunca sobreviviría si eso pasaba. Así que le he dicho y hecho cosas horribles a la mujer que amo para evitar mi propia destrucción. Evitar el amor a toda costa.

—Arturo. —La voz de Ajello retumba en la habitación y me sobresalta—. ¿Cuándo fue la última vez que supiste algo de Riggo?

Miro hacia arriba, encontrándome con su mirada de acero. Todavía está hablando por teléfono.

—No… No estoy seguro. —Frunzo el ceño mientras trato de recordar—. Hace dos, tal vez tres días. Me estaba volviendo loco, queriendo más responsabilidades. Así que lo envié con el equipo de Pietro. Supuse que podría echarles una mano mientras siguen a Katrakis. Aunque Pietro me envió un mensaje de texto, diciéndome

que ya tenía mucha gente siguiéndolo. Así que asumí que encontró otro trabajo para el chico. ¿Por qué?

—Su hermana le dijo a Milene que no ha podido comunicarse con él.

—Eso es extraño. El chico puede ser jodidamente molesto, pero siempre ha sido confiable. —Volteo hacia Nino—. ¿Ya se reportó el equipo de vigilancia?

—Sí, pero hasta donde yo sé, Riggo no estaba con ellos. ¿Sería lo suficientemente tonto como para intentar seguir a Katrakis por su cuenta?

Me quejo. Eso definitivamente suena como algo que Riggo podría hacer.

—¿Puedes pedirle a uno de tus muchachos que revise el localizador GPS de su auto?

—Puedo hacerlo yo mismo desde aquí.

Ajello asiente con la cabeza y vuelve a su llamada telefónica mientras Nino abre su computadora portátil. El rápido golpeteo de sus dedos en el teclado proporciona una banda sonora sutil a los quejidos ocasionales del jefe. Probablemente esté escuchando otra anécdota sobre el gato endemoniado de Milene. Ajello está a punto de cumplir su amenaza semanal de "destripar a ese pequeño flacucho de mierda". Aunque no importa cuánto se queje, termina cediendo ante su esposa y su colección cada vez más grande de mascotas.

—Carajo. —La maldición de Nino resuena en la habitación.

—¿Qué pasa?

—El rastreador principal del auto de Riggo ha sido desactivado, así que realicé la búsqueda a través del GPS secundario. Lo instalé como un mecanismo de seguridad en todos los vehículos utilizados por nuestros novatos. —Voltea la *laptop*—. Mira la ubicación del pin.

Agarro la computadora y la acerco. En la pantalla, el mapa muestra el marcador rojo sobre un lugar en Queens, justo a las afueras del aeropuerto.

—Un complejo de bodegas. —Miro hacia arriba—. Uno que pertenece a los griegos.

Capítulo 24

Arturo

—¿Ya supiste algo de nuestra fuente en la comisaría? —inquiero mientras reviso mis armas.

—*Síp*. —Nino asiente con la cabeza mientras gira a la derecha —. No se ha encontrado ningún desconocido que coincida con la descripción de Riggo en las últimas setenta y dos horas. Eso significa que aún podría estar con vida.

Los músculos de mi mandíbula se contraen. Esa posibilidad es escasa en el mejor de los casos. Pero ya sea que Riggo esté vivo o no, Katrakis es un hombre muerto. Firmó su propia sentencia de muerte en el instante en que puso una mano sobre un miembro de la *Cosa Nostra*. Ahora, ni siquiera tengo que preocuparme por hacer enojar a Ajello yendo tras el *stronzo* griego. Romperle la columna vertebral estará completamente justificado.

Damos la vuelta a otra esquina y entramos en el estacionamiento de una empresa local de envíos y distribución. Hay mucha actividad, con muchos camiones repartidores en constante movimiento. Eso debería resultar útil para enmascarar nuestro acercamiento. Y podemos acercarnos al edificio de Katrakis, que da al almacén de la compañía de transporte. Gracias a Dios carajo, por la atención maníaca de Nino cuando se trata de protocolos de seguridad. Si no hubiera instalado ese rastreador secundario en el coche de Riggo, nos habría llevado mucho más tiempo encontrar esta ubicación.

—Sigo pensando que deberíamos esperar al anochecer. —Nino detiene el auto—. Entrar en acción, disparando a esta hora es demasiado arriesgado. Demasiados ojos alrededor, y no sabemos cuántos tipos tiene Katrakis adentro.

—Ya perdimos demasiado tiempo reuniendo a nuestros hombres. Y pronto oscurecerá. Además, todos estos camiones nos dan mucha cobertura, y el ruido del tráfico del Cinturón y el aeropuerto debería ahogar cualquier disparo.

Seis vehículos más han sido colocados entre los semirremolques estacionados cuando salgo del coche. El sonido de varias puertas de automóviles que se cierran es ahogado por la actividad cacofónica en la distancia. Escudriño los rostros decididos de casi dos docenas de nuestros hombres fuertemente armados. Si toda la fuerza del *Sindicato Griego* está dentro del complejo de bodegas, seremos superados seriamente. Pero eso no importa. Hemos estado haciendo esto durante mucho tiempo.

—Recuerden, Katrakis es mío.

Los hombres asienten con la cabeza en señal de comprensión. Antes de venir aquí, repasamos cada detalle de nuestro plan de ataque. Todo el mundo conoce su papel y posición.

Saco mis dos armas y me dirijo a través de la división de las propiedades.

***

Algo no me cuadra.

Me agacho junto al cuerpo que yace boca abajo en el piso de concreto y lo volteo. Mi bala le dio al bastardo justo encima de su ojo izquierdo.

—¿Te resulta familiar? —Nino pregunta a mi lado.

—*Nop*. —Apoyo los codos en mis rodillas, mirando hacia arriba y hacia abajo por el largo y estrecho pasillo flanqueado por interminables puertas de metal a las bodegas de almacenamiento—. Esto no me gusta.

—Sí. Esperaba más resistencia.

La oficina principal, a la que llegamos primero, ciertamente mostró evidencia de que muchos más hombres habían estado aquí recientemente. Había una pila de cajas de *pizza* aún grasientas y latas de cerveza vacías esparcidas por la habitación. Los ceniceros se desbordaban de cigarrillos a medio terminar y el humo aún flotaba en el aire. Todo indicaba un pequeño ejército en las instalaciones.

Sin embargo, aparte de los dos guardias de seguridad de los que se encargó el equipo de Pietro en la entrada principal y el de la puerta trasera que Nino eliminó, nos encontramos con menos de un puñado de tipos a lo largo de los pasillos. Contando a mi amigo muerto aquí, en realidad el total es seis. Revisé a cada uno de ellos, y ninguno era el viejo Katrakis. Su guardaespaldas inepto de la noche en que visitaron el sitio de construcción tampoco está entre los muertos.

—¿Alguna señal de Riggo? —pregunto.

—Encontraron su automóvil detrás de una de las unidades independientes, pero no hay señales de él. Pietro llevó a la mitad de nuestros muchachos al otro extremo del edificio. Están haciendo un barrido de todas las bodegas de almacenamiento.

Miro por el largo pasillo hacia donde nuestros hombres están forzando las puertas de metal. Algunos están usando cortadores de pernos o taladros que deben haber encontrado en la oficina para romper las cerraduras, mientras que otros han optado por simplemente dispararles a las cosas.

—Tú ve al lado izquierdo. —Me enderezo y apunto a la cerradura de la unidad más cercana a mi derecha, enviando la bala volando.

Muebles antiguos. Cajas de basura cubiertas de moho. Percheros de ropa raída con mal olor. Contengo la respiración, cada vez que abro una unidad temiendo y esperando encontrar a Riggo. La mayoría de las veces, el chico ha sido un dolor de cabeza, pero tengo una especie de debilidad por él. Su presencia aquí plantea muchas preguntas. Algunas respuestas probables que me niego a considerar. Supongo que Riggo estaba siguiendo a Katrakis y lo

atraparon. Lo trajeron aquí para enfrentarse al viejo. Pero ¿por qué se arriesgarían a mantener prisionero a un miembro de la *Cosa Nostra*? ¿Por qué arriesgarse a represalias por un chico bastante insignificante? Tobias Katrakis ya no es tan bueno en esto.

—¿Nino? —grito mientras abro otra puerta.

—Todavía nada. —Su voz transmite el sonido del metal raspado—. Envié a Pietro a revisar los edificios exteriores. Tal vez tiraron… *¡Jesucristo, joder!*

Me doy la vuelta, viendo cómo Nino se agacha debajo de la puerta entreabierta hacia una bodega en el otro extremo del pasillo.

—¡Aquí!

Cuando llego a la unidad, el hedor pútrido de orina y sangre me golpea justo en la cara. La bombilla del techo en el espacio estrecho está apagada, pero hay suficiente luz que se derrama desde el pasillo para iluminar el cuerpo acurrucado en el piso sucio.

—Lo golpearon mucho —sisea Nino al teléfono presionado contra su oído. Su otra mano está sintiendo el costado del cuello de Riggo—. El pulso es débil, pero está ahí. El chico está inconsciente. Necesitamos llevarlo rápido a la clínica.

Hincándome junto a Riggo, empiezo a revisarlo en busca de otras lesiones mientras Nino le da a Ilaria el resumen. El desastre negro azulado de la cara del chico me dice que sufrió múltiples golpes en la cabeza. Sus dos ojos están hinchados y cerrados y hay laceraciones alrededor de su boca y las cejas. No tiene puesta una camisa, y la extensión de su torso, especialmente su estómago y pecho, está cubierta de más moretones. Sin embargo, no hay heridas de bala, pero definitivamente hay hemorragia interna. También le falta el pulgar derecho. Los bastardos lo golpearon, lo torturaron y dejaron al chico por muerto.

—¿Lo vamos a llevar? —indago.

—Sí. Ilaria está en camino hacia allá. Ella dice que no podemos esperar a que llegue la ambulancia.

Riggo no reacciona cuando lo agarro por debajo de los brazos y Nino levanta sus piernas. Estamos casi fuera del edificio, de camino hacia el coche que Pietro trajo a la entrada trasera, cuando el chico comienza a moverse, gimiendo de dolor.

—Te tenemos. —Lo tranquilizo—. Estás a salvo, Riggo.

—¿Señor DeVille? —dice con tono rasposo.

—Sí. Tómatelo con calma, te llevaremos pronto al médico. No hables.

—Lo… Lo siento mucho… señor DeVille. —Las débiles palabras salen de él—. El… el anillo…

Pietro mantiene la puerta del vehículo abierta mientras Nino y yo colocamos suavemente a Riggo en el asiento trasero.

—Ahora no es el mejor momento para hablar de joyas, amigo.

Su mano sin pulgar se envuelve alrededor de mi muñeca en un agarre similar a un tornillo; la fuerza detrás de ese agarre es mucho más intensa de lo que hubiera esperado de alguien en su condición.

—Lo encontraron. —Se atraganta—. El anillo de Stavros. En mi cajuela. Debe haberse caído cuando yo… lo moví. Ellos… querían saber… cómo… cómo llegó allí.

Cierro los ojos. *Mierda.*

—No quería hacerlo, señor DeVille, pero… Creo que les dije… todo.

—Está bien, Riggo. —Le doy una palmadita en la mano. Nada ha cambiado. Solamente que ahora sé que Katrakis me quiere muerto mientras yo trato de encontrarlo para poder matarlo—. Puedes soltar mi muñeca y te llevaremos a la clínica.

—Ellos no… no lastimarían a la señorita Tara, ¿verdad?

De repente, se me hiela la sangre.

—¿Qué?

—Ella mató al heredero griego. Yo… Les dije que lo escuché a usted decirlo…

El terror, como nunca antes había sentido, me invade mientras me inclino, tratando de captar cada una de sus palabras. La respiración de Riggo es dificultosa, y cada sonido pronunciado se vuelve más y más débil.

—Todos… todos fueron…

—¿A dónde? —exclamo, sacudiendo sus hombros, tratando de mantenerlo despierto—. ¿A dónde fueron?

—La casa... ellos fueron… a su casa.

Tara

—No estoy de humor para ver una película esta noche, Sienna. ¿Quizás pueda ir mañana? —Coloco el teléfono entre mi oreja y mi hombro para poder mantener mis manos libres—. Y de todas formas no encuentro a Riggo por ningún lado, y estoy bastante segura de que no hay forma de convencer a Tony de que me lleve. Él sabe que estoy "bajo llave" según las órdenes de Su Alteza.

—*De verdad debiste comprar un coche, no un helicóptero*. —Se ríe Sienna—. *Y yo también estoy encerrada bajo llave. Drago se ha vuelto loco. Ha estado movilizando a sus hombres, planeando un ataque contra los griegos desde las seis de esta mañana.*

Sostengo la pequeña parte con bisagras de un cerrojo de metal en el panel de la puerta y agarro el taladro.

—Sabía que lo haría. Esa loseta española era de edición limitada. No podrá reemplazarla.

—*No se trata de… ¿Tara? ¿Estás ahí? ¿Qué es ese ruido?*

—¡Estoy instalando una cerradura! —grito por encima del sonido del taladro.

—*¿Qué?*

—La encontré en el almacén y… —Un gran trozo se desprende de la superficie de madera—. *Uups*.

—*¿Tara? ¿Qué demonios estás haciendo?*

Suspiro y apago la herramienta eléctrica. Apoyándome contra el otro lado de la puerta, me deslizo hacia el suelo, estirando los pies frente a mí—. Estoy instalando un candado en las puertas que conectan mi habitación con la de tu hermano. O al menos lo estoy intentando.

—*¿Y lo estás haciendo porque…?*

—Para asegurarme de que Arturo no termine en mi cama esta noche. O yo en la suya. Tú elige.

—*¿Por qué…?*

—Porque entonces follaríamos como conejos. Me haría sentir como si hubiera despegado de esta tierra. Y después, me quedaría dormida en sus brazos y dormiría como nunca en mi vida, maldita sea.

—*Y eso es… ¿malo?*

—Muy malo. —Asiento con la cabeza, aunque ella no puede verme.

—Um*… ¿Por qué?*

—¡*Oh*, Dios mío! ¿Puedes parar?

—*Tan pronto como me expliques por qué acostarte con tu esposo y sentirte bien por eso es "malo".*

—¡Porque él no es como imaginaba que sería un héroe romántico! ¡No es el caballero andante que deseaba! ¡De ese es de quien se suponía que debía enamorarme, Sienna, no de Satanás! —Hundo mis dedos en mi cabello, raspando mi cuero cabelludo—. Jesucristo. ¿Cómo me las arreglo para arruinar cada cosa en mi vida? ¿Incluso mi propio cuento de hadas imaginario?

—*Tara…*

—¿Quieres saber lo que hice anoche antes de llamarte? Me quedé despierta en la cama, acurrucada al lado de Arturo mientras imaginaba cómo sería si esta cosa entre nosotros fuera real. Un matrimonio feliz que comenzó de manera normal. Tal vez nos hubiéramos conocido y hubiéramos creado un vínculo instantáneo por lo terriblemente amorosos que siempre son tú y Drago. ¡Habríamos tenido citas, citas reales! Citas en las que nos hubiéramos reído y hubiéramos hablado de todo y de nada a la vez. Libros. Su trabajo. Me habría burlado de él por leer sus periódicos como un anciano. —Se me escapa una risa triste—. Nos habríamos ido conociendo poco a poco. Le habría enseñado a editar manuscritos y él me hubiera enseñado a cocinar. Nos habríamos divertido juntos. En algún momento, Arturo me habría salvado de algunos tipos malos, por supuesto. Tal vez un ladrón que intentara robarme mi bolso mientras estábamos fuera, pero mi valiente caballero habría perseguido al bastardo. —Esta vez, la risa que estalla se convierte en un medio sollozo que sale de mi pecho—. Dios, eso es una tontería. Fuera de mis fantasías, ni siquiera puedo imaginar que suceda algo así. Todo lo que puedo imaginar es a tu hermano parado en la acera y riéndose de mi mala suerte.

—Arturo nunca lo haría. Definitivamente perseguiría al malhechor por la calle —agrega Sienna—. *Y probablemente le rompería los brazos y las piernas al tipo una vez que lo atrapara. Arturo también te ama, Tara. Lo sé*.

—Sí, claro. Aférrate a tus teorías infundadas y, por favor, no interrumpas mi nuevo sueño. ¿Dónde estaba? *Oh*, sí. Un buen día, Arturo elegiría un lugar maravillosamente romántico y se arrodillaría. ¡Frente a testigos! Muchos, muchos testigos. Me diría que me ama y que no puede vivir sin mí. Y luego, me pediría que me casara con él. Que fuera su esposa.

Cierro los ojos, imaginando la escena en mi mente. No es tan difícil. Siempre he tenido una gran imaginación. Arturo arrodillado en el suelo con uno de sus elegantes trajes… dudoso, aunque podría suceder. Después de todo, es una tradición. Sin embargo, por más

que lo intente, nunca puedo verlo diciéndome esas palabras. Incluso yo no soy tan delirante.

—*Si eso realmente hubiera sucedido, ¿habrías…?* —La voz de Sienna es casi un susurro al otro lado de la línea—. *¿Dicho que sí?*

—Sí. Hubiera…

El sonido de los disparos automáticos rompe el silencio fuera de la casa.

Me tiro al suelo, boca abajo, y me cubro la cabeza con las manos. Los disparos parecen venir desde la distancia, en algún lugar más allá de la reja de la propiedad. Aun así, una bala perdida siempre podría darte si no tomas precauciones.

—*Um*… —digo, alcanzando mi teléfono que dejé caer—. ¿Tu hermano ha hecho enojar a alguien más recientemente? —Jadeo mientras me arrastro por el piso del dormitorio hacia una ventana.

—*No lo creo. ¿Por qué? ¿Y puedes por favor apagar ese maldito taladro? ¡Apenas puedo escucharte!*

—Ese no es el taladro. —Lentamente miro por encima del alféizar de la ventana. Rápidos destellos de luz se reflejan entre las ramas de los árboles y sobre los arbustos que bordean la cerca perimetral, lo que corresponde a la ráfaga rítmica de disparos de armas. Cuatro de los hombres de Arturo, armados hasta los dientes, corren a través del camino de entrada hacia la puerta. Las órdenes que gritan resuenan en la noche y atraen a otros chicos de seguridad que se derraman a la vista. Algunos se van detrás de sus amigos, otros asumen posiciones de defensa alrededor de la casa. Veo a Tony agachado detrás de una columna de piedra cerca de las puertas principales, con un rifle automático listo—. Creo que… estamos siendo atacados.

—*¡¿Qué?!* —El grito histérico de Sienna explota en mi oído—. *Ve a un lugar seguro y enciérrate. ¡Llama a Arturo! Haré que Drago…*

Su voz frenética se corta a mitad de la oración. *Mierda.* Sabía que olvidarme constantemente de cargar mi teléfono me afectaría

de alguna forma eventualmente. Tirando el ladrillo inútil sobre la cama, corro hacia la habitación de Arturo. Tiene un par de ventanas que dan al patio trasero. Dado que aumentó la seguridad en la casa ayer, debería haber al menos veinte hombres por aquí. Más que suficientes para detener a quien obviamente esté tratando de abrirse camino a tiros a través de la reja principal.

Los muros de piedra que rodean la propiedad hacen que este lugar sea bastante impenetrable. El único otro medio para entrar es una puerta de acero fuertemente reforzada ubicada en la parte trasera de la propiedad, a lo largo de la extensión de la pared que corre detrás del garaje. Casi nunca se usa y, según Riggo, solo se puede abrir con una huella dactilar.

Sin embargo, cuando llego al ventanal al lado de la cama de mi esposo, mi estómago se desploma al piso y luego el piso debajo de mis pies desaparece. Un poco más allá de la hilera de arbustos de hoja perenne que conducen al garaje independiente, varias figuras oscuras se escabullen hacia la casa. Entraron al perímetro.

Me doy la vuelta, lista para esconderme en algún lugar donde no puedan encontrarme, cuando me doy cuenta. Greta. Está abajo. Hoy está trabajando en el turno nocturno. *¡Demonios!* Me voy corriendo a través de la habitación.

Arturo nunca me mostró dónde guarda sus armas, y yo no tengo mi propia arma. Me desvío hacia las puertas que conectan nuestras habitaciones y saco el martillo de la caja de herramientas. Si bien no es un arma, supongo que es mejor que nada. Mi corazón está en mi garganta y late a mil por hora mientras corro hacia las escaleras mientras trato de mantener mis pisadas suaves.

El vestíbulo de entrada está vacío; las puertas delanteras están cerradas. No es que ayude mucho con todas las ventanas en el nivel del suelo. Trato de no pensar en la posibilidad de que varios atacantes entren estrellando los vidrios mientras corro por el pasillo hacia la cocina.

Encuentro a Greta inclinada sobre el fregadero, fregando un sartén enorme, sus caderas balanceándose con música que no

puedo escuchar. Sus auriculares rosas que siempre tiene puestos, están firmemente en su lugar. Se me escapa un suspiro de alivio.

—¡Greta! —Le arrebato el cable, sacando el dispositivo de su oreja izquierda.

—¿Señora DeVille? ¿Qué…?

Otra ronda de disparos estalla afuera. Esta suena mucho más cerca que antes. La expresión ligeramente perpleja en el rostro de Greta se transforma en pánico absoluto. Se pone pálida, la tez instantáneamente tiene un tono que le hace competencia a una hoja de papel.

—Tenemos que subir las escaleras, en silencio. No te preocupes. Estaremos bien —susurro, esperando que lo que estoy diciendo sea cierto. Y que suene, aunque sea, ligeramente tranquilizador.

Ella asiente con la cabeza, y aunque está temblando mucho, toma mi mano con un agarre que casi me hace crujir los huesos. Mi puño aprieta el mango del martillo mientras dirijo a Greta de regreso al vestíbulo de entrada.

Estamos a mitad de camino hacia la escalera cuando los disparos vuelven a explotar cerca. Esta vez, suena como si vinieran del patio trasero. Fuertes gritos y órdenes entrecortadas se entremezclan con el incesante traqueteo de las armas. Reconozco a Tony entre las voces. El grupo de atacantes debe ser más grande de lo que pensé al principio, y están avanzando desde múltiples direcciones si los hombres de Arturo aún no han podido detenerlos.

Greta parece haberse congelado en su lugar, con los pies clavados en el suelo. Básicamente tengo que arrastrarla detrás de mí mientras subimos las escaleras hasta el nivel superior.

—¿Dónde diablos está Arturo? —murmuro en voz baja mientras obligo a Greta a seguirme el ritmo—. ¿Todavía está reunido con el Don? Alguien debe haberlo llamado a estas alturas. ¿No le habrían contado Tony o uno de los otros muchachos sobre el infierno

que se ha desatado sobre nosotros? Tiene que estar en camino de regreso. O tal vez ya llegó y…

Me detengo en seco. Si mi esposo está aquí, eso significa que probablemente esté en la reja, donde ocurre la mayor parte del tiroteo. ¡*Oh*, Dios!

—¡Greta! —Me doy la vuelta para mirarla—. Toma esto —ordeno, empujando el martillo en su mano—. Ve a una de las habitaciones y enciérrate. Mantente alejada de las ventanas. ¿Entendiste?

—Sí… Pero… ¿Qué hay de usted?

—Estaré bien. ¿Dónde está tu teléfono?

—¿Mi teléfono?

—Sí. ¿Dónde está?

—Yo… Lo dejé en la cocina. Junto a la estufa, creo.

—Está bien. Ahora vete. —Casi la empujo escaleras arriba.

En el instante en que llega al rellano del segundo piso, corro de regreso a la cocina. Tengo que ponerme en contacto con Arturo. *Necesito* saber si está bien o voy a perder la cordura que me queda.

El teléfono de Greta está justo donde dijo que estaría. Lo agarro como si mi vida dependiera de ello y marco el número de Arturo. Ni siquiera sé cuándo me lo aprendí de memoria. La línea suena. Y suena. Luego hace clic y entra su correo de voz.

—¡Maldito seas, Arturo! —Golpeo la encimera con mi mano y vuelvo a marcar. Si hizo que lo mataran, lo voy a estrangular—. Contesta. Contesta. ¡Por favor, contesta!

Los disparos y los gritos de los hombres suenan como si estuvieran justo afuera de las paredes de la cocina, pero trato de bloquear todo eso y concentrarme únicamente en el tono de llamada. Su ruido familiar es una promesa, hasta que me vuelve a dejar en el correo de voz. Mierda. Mierda. ¡Mierda!

Vuelvo a marcar.

Otra vez.

Y otra vez.

El vidrio se rompe en algún lugar detrás de mí justo cuando una voz masculina enfurecida grita en la línea:

—¿QUÉ?

Alivio. Un alivio abrumador e instantáneo me inunda. Nunca había sentido tanto alivio en mi vida.

—Estás bien —suspiro.

Al darme la vuelta, esa sensación de felicidad se rompe como una ramita seca. El terror puro me aprieta el cuello sin dejarme respirar.

—¡Tara! —Arturo ruge a través del teléfono—. *¿Dónde estás?*

No puedo hablar. No puedo pensar. Ni siquiera estoy segura de si mi corazón está latiendo. Miro fijamente las llamas anaranjadas mientras se extienden desde el suelo hasta las cortinas.

—¡TARA!

El fuego se mueve como olas a través del agua, extendiéndose en todas direcciones como ondas a través de un lago. Más ventanas se rompen cuando algo vuela hacia la sala a través del vidrio. Pequeño. Explosivo. Estallando inmediatamente en una bola de fuego. Una vez que el destello disminuye, más llamas se extienden alrededor del área de impacto.

La sala ahora está casi completamente en llamas. La alfombra. El sofá. Los libreros.

Ya viene. Los brazos del fuego vienen por mí.

Cerca.

Más cerca.

Más cerca.

No puedo apartar la mirada. No puedo moverme. No puede emitir ningún sonido.

Mi mundo se ha convertido en un infierno.

—¡Joder, nena, dime dónde estás! ¡Voy por ti!

He perdido la capacidad de respirar. Mis pulmones se agarrotan una vez que el humo y su olor pútrido a quemado invaden mis sentidos. Independientemente del paso del tiempo, ese olor en particular está grabado permanentemente en mi memoria.

Estruendo.

Más ventanas rotas.

Estruendo.

Otro a mi derecha.

Estruendo.

Ese fue en la cocina.

Espero a que las llamas giren en espiral alrededor de mis pies.

No sucede nada. Qué raro. ¿Qué está pasando?

Los enormes agujeros en el vidrio forman una especie de mini túnel de viento. Una ráfaga de aire fresco me atraviesa. Es breve y desconcertante, pero no lo suficiente como para sacudirme esta parálisis.

Afuera, ha caído la noche. La oscuridad se ha tragado todo lo que está fuera del alcance del fuego. Nada se mueve. Nada existe en esa oscuridad. Nada más que el viento y el eco de los latidos de mi corazón.

Me quedo observando. Miro mientras, iluminada por la luz parpadeante del fuego a mi alrededor, la figura de un hombre llena el marco de una ventana rota de la cocina.

El padre de Stavros.

Levantando un arma. Apuntándome a mí.

Sonriendo.

—*¡Tara!* —Arturo grita al otro lado de la línea. Suena desesperado. Y tan, tan lejos.

Debería hacer algo, ¿verdad? Agacharme. Correr. Teletransportarme mágicamente. ¿Hay otras opciones?

Sin embargo, no puedo hacer nada. Ni siquiera puedo pensar con claridad. Me siento como una observadora atrapada fuera de mi cuerpo. Una espectadora que es incapaz de realizar un solo acto simple. Mi cuerpo se ha congelado en esta posición en particular, con el teléfono apretado contra mi oreja y mis extremidades incapaces de moverse ni un centímetro.

Ni siquiera escucho el disparo. La única razón por la que sé que disparó es por cómo quema. No la pared de calor a mi espalda, sino el dolor desgarrador en mi abdomen. Mis rodillas ceden; las piernas se me doblan. Caigo al piso de loseta, aterrizando en mi costado.

Me quedo allí tirada.

Inmóvil.

De alguna manera me las arreglo para mantener el teléfono presionado contra mi oído. Mi campo de visión: la sala, completamente consumida por las llamas.

—Es igual —susurro—. El fuego. Huele igual.

Arturo

Salto fuera de mi SUV, mi mirada dirigiéndose abruptamente hacia la casa más allá de la reja bloqueada y los restos de un vehículo acribillado a balazos. La luz anaranjada parpadeante baila en el interior, mientras que el humo espeso sale de las ventanas rotas, convirtiendo la sangre en mis venas en hielo.

¡No!

El estruendo de mi corazón palpitante ahoga los sonidos del caótico tiroteo a mi alrededor mientras corro hacia el infierno arrasador.

—¡Tara! —grito al teléfono—. Tienes que salir de la casa. Ahora mismo.

El dolor me atraviesa el brazo cuando una bala me roza el hombro. Lo bloqueo. Ni siquiera me detengo a regresar el disparo. Hay casi ciento cuarenta metros entre la casa en llamas y yo. Y mi esposa está adentro.

—¿Me escuchas, Tara? ¿Puedes salir?

Inhala con dificultad.

—No puedo olvidarlo. —Su tono es extrañamente sereno. Pacífico, incluso.

—¡Tara! —rujo, esperando que eso la saque del evidente aturdimiento en el que se encuentra. Probablemente se encuentre en estado de *shock*, en pánico. La noche en que Greta encendió la chimenea en la habitación de Tara, mi esposa parecía estar arraigada en su lugar hasta que la rodeé con mi brazo.

—Este olor. Este… calor infernal. Fue igual la noche en que perdimos a Dina. A mis padres. Veinte años. Veinte años y no puedo olvidarlo.

Un hombre con un arma automática está arrodillado en el suelo a mi derecha, usando el helicóptero de Tara para cubrirse. Está cambiando el cargador y preparándose para abrir fuego. Le disparo en la cabeza mientras sigo corriendo.

—¡Tienes que salir de ahí, *Gattina*! ¡Por favor!

—Drago debió sacar a Dina primero. —La voz de Tara permanece tranquila, como si ni siquiera me escuchara—. *Yo lloré. Ella no lo hizo. Así que me eligió a mí. Eligió a la hermana equivocada. Dina todavía estaría viva si hubiera sido más valiente, así Drago podría haberla elegido a ella en lugar de a mí.*

—¡Tara! —exclamo, desesperado por llegar a ella. Ahora hay menos de seis metros entre la puerta principal y yo.

—*Metí la pata.* —Su voz es tan pequeña, tan triste—. *Siempre meto la pata.*

En el otro extremo del camino de entrada, noto que Tony ayuda a una mujer mientras huyen de la casa. Por un momento, creo que es ella. Pero no, es Greta.

—¿Dónde está ella? —rujo mientras corro hacia ellos.

Mi ama de llaves mira hacia arriba, con el rostro pálido.

—Ella está —tose—, todavía está adentro.

El miedo aplastante aprieta mi corazón, se extiende a cada célula de mi cuerpo más rápido que las llamas que destruyen mi hogar. Salgo corriendo, acortando la distancia, y pateo la puerta principal.

Un humo negro y espeso y un calor increíble se elevan en mi cara. Tiro el arma y levanto la solapa de mi chaqueta sobre mi nariz, entrando.

Parece que la mayoría de los cócteles molotov fueron arrojados a través de las ventanas de la sala, porque toda el área a la izquierda de la puerta principal está envuelta en llamas. El incendio se ha extendido a lo largo de todo el tramo de la pared oeste, consumiendo cortinas y muebles, trepando hasta el techo.

Las llamadas urgentes reemplazan los sonidos de los disparos afuera, y reconozco la voz de Nino entre muchas otras, gritando mi nombre. Gritando para que salga.

No iré a ninguna parte sin mi esposa. Incluso si eso significa que ambos ardamos hasta convertirnos en cenizas dentro de la maldita casa.

—¡Tara! Respóndeme, nena. ¿Dónde estás? —grito al teléfono, pero no sale ningún sonido de su lado de la línea.

Las llamas han llegado más allá de las escaleras principales, abriéndose camino a través del otro lado de la planta baja. Estamos

a solo unos momentos de que todo se convierta en un horno de tamaño real, ¡y no puedo verla! ¡No puedo encontrar a mi esposa! Con todo el humo y el calor abrasador, no puedo ver un carajo.

El teléfono.

Todavía tengo el teléfono.

Medio cegado, apenas logro cortar la llamada, luego inmediatamente vuelvo a marcar. El humo llena mis pulmones y tropiezo, rezando para escuchar el timbre sobre el crepitar de las llamas y los latidos de mi propio corazón. El acceso al segundo piso está completamente bloqueado por una pared de fuego del piso al techo. *Madonna Santa*, por favor, por favor, que no esté arriba.

Una melodía tenue, apenas audible por encima del ruido frenético. En algún lugar de la cocina. Me doy la vuelta.

Allí. Justo detrás de la barra de desayuno, acurrucada de lado, mi esposa yace en el piso de losetas. Gracias a Dios, el incendio aún no la ha alcanzado.

—¡Tara! —Un rugido animal sale de mi pecho mientras corro y la tomo en mis brazos. A estas alturas ni siquiera puedo ver claramente su rostro, pero detecto el movimiento de su pecho debajo de mi mano.

Ella está viva.

—Te tengo, nena —murmuro—. Te tengo.

Sosteniendo en mis brazos a mi valioso tesoro, la cargo a través de los fuegos del infierno que están destruyendo nuestro hogar. Agradeciendo a Dios y a todos los santos por permitirme encontrar a mi esposa. Por no llegar demasiado tarde. Por darme la oportunidad de salvarla. Sin ella, no existo.

—¡Arturo! —Nino vocifera, corriendo hacia mí una vez que salgo.

—Necesito llevarla a un médico. —Toso mientras mis ojos escanean su cuerpo, buscando lesiones—. Debe haber inhalado mucho…

Las palabras mueren en mis labios. Pánico. Un pánico abrumador se estrella contra mí como un tren de carga. La vista ante mis ojos no puede ser real. Sangre. Toda la parte delantera del suéter color gris de Tara está saturada de sangre.

—¡TARA! —rujo.

Capítulo 25

Tara

Voces. Varias. Distintas. Todos hablan al mismo tiempo. Realmente es difícil descifrar lo que están diciendo. Todo suena amortiguado, como si estuvieran envueltas por una densa niebla. Sin embargo, su energía es inconfundible. Alarma. Prisa.

¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando?

Una voz en particular se eleva por encima de las demás. Es ruidosa. Demasiado fuerte. Vociferando órdenes. Conozco esa voz. La he escuchado enojada. Tranquilizante. Excitada. Pero ahora, hay una cualidad que no me es familiar. Es inestable. Quebrándose en ciertas palabras. Es… extraño. La voz de mi esposo nunca tiembla. Dios mío, ¿está bien?

—¡Carajo, acelera, Nino! ¡Más rápido, o juro que te mataré con mis propias manos!

Oh. Está escupiendo una multitud de maldiciones al mismo tiempo. Sucedió algo malo. No hay forma de que maldiga tanto de no ser así. Al menos no con otras personas alrededor. Conmigo, porque soy increíble para volverlo loco, eso es normal. Supongo que tengo una manera de sacar el diablo que hay en él. Con otros, siempre se comporta refinado.

—Mierda. El sangrado no se detiene. Joder, nena, aguanta. —Una mano acaricia mi mejilla—. No te atrevas a dejarme, *Gattina.* —Una fuerte presión de unos labios contra los míos. Labios temblorosos. Sin embargo, aun así, tan familiares. Excepto por el sabor salado que me dejan—. ¡Llévanos a ese maldito hospital ya!

Las imágenes comienzan a pasar por mi mente. Imágenes cortas, como breves escenas de un tráiler de película. Los sonidos son tan confusos que no puedo conectarlos con la trama. Disparos.

Corriendo. Un teléfono que suena. Vidrio rompiéndose una y otra vez. El abrumador olor a humo. Llamas. Parpadeando, retorciéndose, trepando. Sobre las cortinas, el piso, hasta las paredes. Tan fascinantes pero aterradoras al mismo tiempo. Luego, oscuridad. Un hombre. Un hombre con una pistola en la ventana. Dolor.

Qué extraño. Ya no lo siento.

Ni el dolor. Ni el calor. Ni el… Esperen, ¿eso fue real?

—¿Cuánto tiempo más, Nino?

—Menos de diez minutos. Mantén la presión sobre la herida.

Mi esposo. Mi esposo en medio de las llamas. Como el mismísimo Satanás, imperturbable por el fuego, corre hacia mí a través de la furiosa tormenta. ¿Realmente irrumpió en una casa en llamas? ¿Para salvarme? *Nah.* Debe ser otro sueño.

—Diez minutos, nena. —Sus labios están sobre los míos de nuevo—. Tienes que aguantar. Diez minutos más y estaremos allí. Por favor, por favor, aguanta.

Su voz suena extraña. Su tono suena… Suplicando. Nunca antes había escuchado a Arturo suplicar por algo. Cuando abro los párpados, mi visión se vuelve borrosa, pero veo a mi esposo mientras se inclina sobre mí. Su cabello está más que despeinado, y hay manchas negras y rojas en todo su rostro de aspecto frenético.

Se ve fatal.

—¿*Gattina*? —Se atraganta.

Mmm, me encanta cuando me llama así. Me dan ganas de acurrucarme en una bolita y ronronear. Eso sería agradable porque tengo mucho, mucho frío. Y mis párpados se sienten tan pesados. Una pequeña siesta sería tan buena en este momento.

—No. ¡No! ¡NO! —Dedos atraviesan mi cabello en la parte posterior de mi cabeza—. Quédate conmigo. ¡Abre los ojos, nena!

Quiero hacerlo. Tengo muchas ganas de hacerlo. Pero es difícil.

—Por favor, Tara. Mírame.

Es persistente, maldita sea.

—¡Mataré a Drago!

¿Qué?

—Te juro que, si no abres los ojos, mataré a tu hermano. —Su voz tiembla tanto que definitivamente se está quebrando. Como que arruina un poco la vibra amenazante.

—Dices… puras tonterías, Arturo —susurro, levantando los párpados un poco.

—Lo sé. —Él asiente con la cabeza.

Su rostro está tan cerca. Justo frente al mío. Balanceándose un poco. Debo estar imaginando cosas porque sus ojos están rojos e hinchados, y parece que hay humedad en sus mejillas.

Mi mano se siente como si pesara una tonelada, mas con la última pizca de mi fuerza, la levanto. Trazo mis dedos por la piel áspera por la barba. *Sí* está mojada.

—¿Por qué lloras?

Sonríe. Una sonrisa triste. Una sonrisa que no le llega a sus ojos oscuros y brillantes.

—No puedo imaginar mi vida sin ti, *Gattina*. Por favor, no me dejes —pronuncia con tono áspero.

Mis dedos se deslizan sobre sus labios, sobre esa pequeña sonrisa suave. Una sonrisa que quería que fuera parte de mi final feliz.

—Estás dejando ver tu brillante armadura —musito justo cuando se apagan las luces.

Arturo

Un minuto y cuarenta y siete segundos.

Una eternidad.

Ese es el lapso de tiempo que ardí en el infierno mientras mi esposa yacía muerta en la mesa de operaciones después de que su corazón se detuvo. Hasta que la RCP y la epinefrina reiniciaron su corazón. Hasta que el mío reanudó su latido.

Ella murió.

Mi esposa murió.

—Necesito una pinza. ¡Ahora! —La voz de Ilaria retumba en la sala de operaciones—. Mierda. Está sangrando demasiado. Necesitaremos otra bolsa de sangre O negativo.

—Esa era la última que teníamos, doctora.

Volteo bruscamente la cabeza hacia la enfermera que pronunció esas palabras.

—¿Qué?

—Agotamos nuestro suministro en Riggo. Estaba entrando en paro, por lo que no hubo tiempo para hacerle estudios antes de que lo llevaran al quirófano.

—¡Entonces hazle una prueba a Tara y dale la sangre correcta!

—Ya lo hicimos. Ella es O negativo. No puede recibir ningún otro tipo.

O negativo. Como yo.

—¡Consigue el kit de extracción de sangre! —bramo—. Vas a tomar mi sangre y dársela a ella.

—Las transfusiones directas de sangre no se hacen, señor DeVille. Es demasiado arriesgado. La sangre donada debe analizarse y procesarse antes de poder administrarla al paciente.

—¿Más arriesgado que *mi esposa* muriendo por pérdida de sangre? —reviro— ¡Trae el kit!

—¿Doctora? —Ella le lanza una mirada asustada a Ilaria.

—Hazlo —ordena Ilaria sin desviar la atención de su trabajo —. Solo una unidad. Él también está herido y no puede dar más que eso.

Me dejo caer en la silla después de arrastrarla a la ventana de observación con vista al quirófano para poder seguir vigilando a Tara en la mesa de operaciones y luego comienzo a doblarme las mangas. Una técnica se apresura a entrar y trae los suministros necesarios para la extracción de sangre. Una vez que todo está listo y ella me prepara, inserta la aguja en una vena de mi brazo izquierdo. La sangre comienza a fluir y está a punto de irse cuando extiendo mi otro brazo.

—Ahora el derecho —demando.

—Pero la doctora dijo…

—¡Hazlo, maldición!

Ella traga, asiente y se apresura a buscar otro kit de extracción. Empiezo a bombear mi puño para que la sangre fluya más rápido. Aún así, el proceso se siente minuciosamente lento.

Una vez que la técnica tiene la segunda aguja en mí, y otra bolsa se está llenando lentamente, me siento allí, desesperado, mirando a la madre del Don mientras intenta salvar a mi esposa. Los minutos se sienten como horas hasta que la primera bolsa se llena y ella la lleva rápidamente al quirófano. Regresa para verificar mi progreso y finalmente se lleva la segunda bolsa llena.

—Vamos a terminar aquí —dice cuando vuelve a aparecer.

—No. Toma dos más. Y luego otra ronda. Tanta sangre como necesite mi esposa, tú la tomas de mí. Hazlo.

—Señor DeVille. Ya ha donado el doble de lo médicamente permitido. Y eso es ignorar el hecho de que está herido. No puedo…

—¡Voy a tomar esa aguja...! —digo con tono rasposo—. ¡Y te la clavaré en el maldito ojo! ¡Haz lo que te digo!—. Pateo el taburete en el que se sentó la técnica mientras trabajaba en mí, y vuela a

través de la sala de observación, golpeando la pared cercana—. ¡Saca mi sangre! ¡Ahora!

—¡Contrólate, Arturo! —Ilaria dice furiosa desde el quirófano, su voz se transmite por el altavoz del intercomunicador bidireccional —. No permitiré que ambos mueran bajo mi cuidado.

—Si mi esposa muere, Ilaria, puedo asegurarte: ninguno de los presentes saldrá vivo de esa sala de operaciones. Tienes mi palabra sobre eso. —Le lanzo una mirada mordaz a la técnica—. Y eso te incluye a ti.

—¡Conéctale la bolsa al idiota! —exclama Ilaria—. Puedes sacarle toda la sangre, me da igual. Maldito lunático.

Para cuando el segundo par de bolsas de sangre está lleno, la chica está semihistérica. Está frenética por la caída de mi presión arterial y mi ritmo cardíaco elevado. Me siento mareado y mi respiración es superficial, pero lucharé contra todos los demonios del infierno para no desmayarme. La estúpida mujer no entiende que daría la última gota de mi sangre por la oportunidad de que Tara pueda vivir.

Mi visión se está volviendo borrosa. El sudor empapa mi piel. Escucho a Ilaria gritar para que me pongan una solución de lactato de Ringer por vía intravenosa. A medida que más personas zumban a mi alrededor, más tubos se conectan a mis brazos, mis ojos se clavan en los monitores del quirófano y escucho incluso el más mínimo cambio en el latido del corazón de Tara.

Cada vez que una máquina activa una alarma, un escalofrío recorre mi espalda y mi vida se acorta otros diez años. Aun así, sigo observando, tratando de vislumbrar a mi esposa.

«Tara, vuelve a mí».

—Arturo. —La voz de Ilaria me saca de mi aturdimiento.

Me cuesta mucho incluso mover mi cabeza lo suficiente como para mirarla a los ojos a través del cristal.

—¿Sí?

—Hubo daños en los vasos sanguíneos principales y sufrió una costilla rota. La bala también le perforó el pulmón derecho. Al final, necesitó tres unidades y media de sangre…

De pronto no puedo respirar completamente.

Tragar.

Esperar el pronóstico.

—Si su recuperación progresa según lo planeado, tu esposa tendrá que soportar muchas décadas de tu molesto comportamiento. Desafortunadamente, no puedo recetarle nada para eso.

Capítulo 26

Tara

Inclino mi cabeza, mirando más de cerca al hombre desplomado en la silla junto a mi cama de hospital. Su mano descansa posesivamente sobre mi muslo cubierto por las sábanas mientras su cabeza, mirando hacia mí, descansa en el estrecho espacio al lado de mi cadera. Está dormido, respirando uniformemente. Pero algo me dice que este sueño está lejos de ser tranquilo.

Las ojeras oscuras estropean su rostro, que se ve demacrado y un poco amarillento bajo las capas de hollín y manchas de sangre seca. Su cabello, por lo general perfectamente peinado hacia atrás, es una masa enredada de mechones que sobresalen en todas direcciones, y algunos están apelmazados por lo que sospecho que también podría ser sangre seca. Su ropa está en un estado aún peor. La camisa blanca que alguna vez estuvo impecable ahora está hecha trizas y rota, cubierta de todo tipo de manchas (suciedad, sangre, sudor) y apesta a humo. Lo único limpio que tiene son los vendajes blancos envueltos alrededor de su hombro y codos.

¿Cuánto tiempo ha estado aquí? ¿Y yo cuánto tiempo he estado aquí? Mi último recuerdo claro es trazar mis dedos sobre su rostro. El resto es un poco caótico. El ataque. El incendio. El sonido de su voz. Sí, en el coche… Estaba gritando, apresurando a alguien a que nos llevara al hospital. Y luego…

Su voz resuena en mi mente con tanta claridad. Primero, sus órdenes, luego sus súplicas para que no lo dejara. Recuerdo sus palabras. Él diciéndome que no podía vivir sin mí. Algo que he anhelado escuchar durante mucho, mucho tiempo. Pero… Pero no dijo las palabras que más quería escuchar. No dijo que me amaba.

Esto es lo que pasa con las palabras. Decirlas casi nunca requiere un gran esfuerzo. Se sabe que las personas dicen lo que se les ocurre, ya sea verdad o no. Muchas veces, las palabras se usan para manipular una situación a favor de alguien. En mi vida, algunos hombres me han dicho que me amaban solo para meterme a sus camas. Mintieron, y yo lo sabía, pero fingí que estaban siendo honestos. Quería esa ilusión. Vivir en una fantasía puede ser algo hermoso a veces.

Decirle a alguien que lo amas es muy fácil. Decirlo en serio y mostrarlo, esa es la parte difícil.

Este hombre arriesgó su vida por mí.

¿Fue esa la forma en que Arturo demostró que siente algo por mí? Me atrevo a esperar que tal vez… ¿Solo tal vez, me ama pero aún no puede expresarlo? ¿O mostrarme qué le importo de una manera que sería más obvia? Ciertamente no le he facilitado seguir esa ruta. No puedo culparlo por guardar silencio cuando hice todo lo que estaba a mi alcance para convencerlo de que no lo soportaba. Todo porque tengo demasiado miedo de bajar mis defensas y admitir que estoy enamorada de él.

Frente a mí, la puerta se abre, haciéndome mirar hacia arriba. Una enfermera entra a la habitación con una bolsa de solución salina. Sus pasos son casi silenciosos en el piso de linóleo mientras camina alrededor de Arturo para llegar al soporte intravenoso junto a mi cama.

—¿Cómo se siente, señora DeVille? ¿Algún dolor o malestar? —susurra mientras reemplaza los medicamentos.

Logro sonreír un poco y niego con la cabeza.

—El doctor vendrá en breve a verla. Le recordaré que también revise a su esposo. —Ella hace un gesto con su barbilla hacia Arturo—. Sus signos vitales no eran demasiado buenos después de lo que hizo mientras usted estaba en el quirófano. Se desmayó poco después de que la trajeran aquí. No quería apartarse de su lado. Ni siquiera para asearse.

Debe leer la confusión en mi rostro.

—Nuestro suministro de sangre O negativa se agotó —explica —. Ese es su tipo de sangre, por cierto, por si no lo sabía. Es especial. O negativo se puede donar a cualquier persona, independientemente de su tipo de sangre, pero las personas como usted, con sangre O negativa, solo pueden recibir ese tipo. Así que mientras estaba en cirugía, su esposo... —Su mirada se clava en Arturo mientras continúa en un tono reverente—. Hizo que nuestra técnica le sacara la sangre para la transfusión. Verá, él es compatible con usted. Y no fue solo una donación. Les hizo tomar cuatro unidades de su sangre. Eso es extremadamente peligroso. Escuché que tuvo que ser sometido antes de que entrara en *shock* hemorrágico. —Una sonrisa serena se dibuja en sus labios—. Debe amarla muchísimo.

Aturdida y sin palabras, la veo retroceder mientras se va, antes de que mis ojos se dirijan a mi esposo dormido. Arturo ni siquiera se ha movido en todo este tiempo.

Una punzada de dolor sube por mi brazo desde el lugar de la vía intravenosa cuando extiendo la mano para apartar un mechón de cabello que ha caído sobre su frente. En lugar de la suavidad habitual, mis dedos encuentran una textura quebradiza y hollín. Mi garganta se siente en carne viva, como si no hubiera tomado agua en días. Hablar parece una hazaña imposible, pero me las arreglo para carraspear:

—Arturo.

Su cabeza se levanta tan repentinamente que casi salto del susto. Su mirada inmediatamente encuentra la mía y se clava en ella. Ni un solo músculo facial se mueve. Ni siquiera parpadea. Solo… se me queda viendo.

—¿Arturo?

Nada.

Ni siquiera estoy segura de que esté respirando. Sus ojos cansados e irritados me atraviesan con esa mirada silenciosa y

frenética, recorriendo mi rostro con una intensidad inquietante.

Diablos, eso es muy raro.

Lentamente, muevo mi mano para colocarla sobre la suya, donde todavía descansa sobre mi muslo. Al momento de hacer contacto, un violento estremecimiento se abre paso a través de su cuerpo, pero por lo demás, permanece inmóvil. Él simplemente… sigue mirándome. ¿Qué le pasó? Algo tuvo que pasar. En estos últimos meses, he llegado a conocer a Arturo lo suficiente como para saber que esto no es normal. Nunca lo había visto comportarse así. Me hace cuestionar seriamente su estado mental actual.

—*Um*… ¿Quizás deberíamos llamar a un médico?

Eso hace que parpadee una vez. Luego, prácticamente salta de la silla como si hubiera sido sorprendido y sale corriendo de la habitación. En cuestión de segundos, está de vuelta y medio arrastrando, medio cargando a un tipo de mediana edad con una bata blanca. Sin una sola palabra, deposita al hombre hiperventilando junto a mi cama.

—Quise decir para ti —murmuro—. Yo me siento bien.

Otro parpadeo, y el pobre doctor es empujado fuera de la habitación. La puerta se cierra de golpe, y luego Arturo está de vuelta a mi lado. Lenta y cuidadosamente, levanta mi mano, la cubre con la otra palma y reanuda su silenciosa y extraña vigilia.

—Me estás asustando, Arturo.

El agarre de mi mano se aprieta. Se inclina hacia adelante, muy lentamente, hasta que su cara está a pocos centímetros de la mía.

—Te moriste. —Su voz es tan tranquila que apenas califica como un susurro—. Durante un minuto y cuarenta y siete segundos, tu corazón se detuvo. Y durante cada uno de esos ciento siete segundos, morí mil muertes. Maldición, eso me destrozó, *Gattina*.

Jadeó un suspiro.

Realmente nunca había pensado en morir. Bueno, nunca contemplé lo que le sucede a nuestros cuerpos y almas después de la muerte. Sin embargo, hubo momentos en los que me pregunté si mi vida tendría algún impacto en este mundo. La respuesta siempre fue: no es probable. No he hecho grandes hazañas. Nada que dejara un legado que pudiera continuar. No hay hazañas asombrosas de las que hablar.

Dado que no soy lo que la mayoría llamaría una "persona agradable", mi muerte probablemente no afectaría a muchas personas en absoluto. Sin duda a Drago y Keva. No lo tomarían bien. Quizás también a un puñado de amigos. Jelena. Desde hace unos meses, Sienna. Y, tal vez, mi mecánico. Solo me extrañaría porque ganó una pequeña fortuna a lo largo de los años arreglando mi viejo auto. Eso es lo que pensé, considerando mi papel.

Nunca ni en un millón de años esperé que mi muerte destrozara al poderoso Arturo DeVille.

—No puedo vivir eso por segunda vez —continúa con voz inestable—. Prefiero morir antes que volver a experimentarlo. ¿Me entiendes?

Es mi turno de verlo fijamente, estupefacta. Lo único que puedo hacer es asentir, demasiado conmocionada por su tono y el temblor en su voz para hacer cualquier otra cosa. Suena devastado y absolutamente serio.

—Bien. —Se traga la distancia hasta que nuestras frentes se tocan. Tomando mi rostro con sus manos, cierra los ojos y deja escapar una larga exhalación—. Jesucristo, carajo, nena.

Inclinando mi cara, rozo mi boca sobre la suya. Cuando jala mi labio inferior entre sus labios, lo hace con tanta ternura que mi corazón se hincha en mi pecho. Este debe ser el beso más suave y gentil que jamás hayamos compartido. Me sacude hasta lo más profundo de mi ser.

—Necesitas descansar —susurra contra mis labios, todavía rozándolos con los suyos—. Ilaria regresará en un par de horas para

hacerte un chequeo.

—Está bien. —Estoy cansada, un poco aturdida. Una siesta suena celestial en este momento. Cualesquiera que sean los medicamentos que estoy tomando, deben estar causando la somnolencia que siento—. ¿Dónde está Drago? —pregunto antes de acomodarme.

—Está en la sala de espera. Los de seguridad tuvieron que contenerlo, pero me aseguraré de que esté aquí cuando te despiertes.

—*Mmm*… gracias. —Mis párpados se sienten tan pesados.

—Y luego, tengo algunos documentos que tendrás que firmar.

Por supuesto, incluso en la muerte, uno no puede escapar de la burocracia.

—Claro.

Acaricio mi cara en su mano y dejo que el sueño me lleve.

***

—Voy a matar a ese hijo de puta.

Miro a mi hermano.

—No, no lo harás.

—¡Casi mueres por su culpa! —revira.

Lo último que quiero hacer es ver a Drago tan angustiado como cuando irrumpió en mi habitación del hospital hace diez minutos. *Muerto de miedo,* probablemente sería una mejor manera de describir la expresión de su rostro. Aun así, prefiero lidiar con eso que con su actual ira asesina. Estoy seriamente preocupada de que realmente pueda matar a Arturo. Extendiendo mi mano, tomo la suya en la mía.

—No. Casi muero porque me paralicé. Hubo tiempo para que huyera y el camino hacia la puerta principal aún no estaba bloqueado. Podría haber salido corriendo de la casa tan pronto como comenzó el incendio, entonces nada de esto habría sucedido. —Aprieto sus dedos—. Lamento haberlos asustado a todos.

Sacude la cabeza y besa la parte superior de mi cabeza.

—Aun así voy a darle una maldita paliza a ese imbécil.

—No le pondrás un dedo encima a mi esposo. Lo amo, Drago.

—¿No crees que ya es hora de dejar esta tontería? —gruñe—. Sé que Ajello estuvo detrás de este matrimonio falso. El bastardo me lo dijo él mismo. Vino a verme un par de semanas antes de tu boda, escupiendo ideas locas sobre juntarlos a DeVille y a ti para que se enamoraran. ¡Cristo! Nunca me perdonaré por estar de acuerdo con sus tonterías en lugar de…

—¿En lugar de solucionar mi problema por mí? —interrumpo —. Probablemente arrancándole la cabeza tanto a Ajello como a Arturo, ¿verdad?

—Destriparlos es lo que tenía en mente, pero cortarles la puta cabeza también habría funcionado.

Se me escapa un largo y profundo suspiro. No necesito preguntar si está hablando en serio porque sé que así es.

—Las razones que nos unieron a Arturo y a mí no importan. Ninguna cambia las cosas. Lo amo. Y él me ama. —Una punzada golpea mi pecho mientras digo esto. Arturo en realidad no ha dicho que me ama. Y sé que las acciones hablan más que las palabras, pero aun así…—. Así que te agradecería que dejaras la cabeza de mi esposo donde está. Gracias.

—Te mereces un hombre que te aprecie y te proteja, Tara. Que te ame tanto que él…

—¿Se lanzaría a un edificio en llamas y arriesgaría su propia vida llevándome a través de un muro de fuego? —preguntó—. ¿Tal como lo hiciste tú? ¿Es eso lo que estabas a punto de decir?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que… —se interrumpe a media frase y mira hacia otro lado—. Carajo. Odio a ese hijo de puta.

No puedo evitar reírme, a pesar de que me duele cuando se jalan mis puntadas.

—Esto no es una competencia, Drago.

—Claro.

—Y si dejaran de lado esta estúpida competencia de machos entre ustedes, tal vez ambos se darían cuenta de lo mucho que se parecen.

Me dirige una mirada llena de incredulidad y asco absoluto.

—Dios no lo quiera. Y para que conste, no te creo ni un poquito el que realmente estés enamorada de DeVille.

—*Hmm*… Bueno, ¿tal vez debería pedirle a Mirko que instale una cámara en nuestra habitación, mía y la de Arturo? ¿Una con transmisión en vivo a su *laptop*? Ya sabes, para que puedas ver por ti mismo cuánto nos amamos. Entonces, ¿tal vez estarías convencido? —Me muerdo el interior de la mejilla para evitar que la sonrisa se muestre en mi rostro—. Claro que una cámara puede no ser suficiente. Tendré que pedirle que agregue otra en el baño. Y el vestíbulo de la entrada. Definitivamente en la cocina. ¡*Oh*, también en la escalera! También muy a menudo…

—¡Por el amor de Dios, detente! Ver a ese imbécil manoseando a mi hermana en medio del camino de entrada fue suficiente. Realmente no necesito saber todos los lugares donde ustedes dos hacen cosas desagradables. ¡Jesucristo!

—Sexo, Drago. S. E. X. O. Lo mismo de lo que no te cansas de hacer con tu esposa. Y si no quieres saber más sobre mi vida sexual, te sugiero que hagas que Mirko elimine la conexión con nuestros sistemas de seguridad. Y para que conste, esa acción fue una mierda, hermano mayor.

—Lo pensaré —refunfuña.

—Está bien. Le diré a Arturo que de ahora en adelante, todos nuestros divertidos momentos carnales se llevarán a cabo en el porche delantero. Le encantará. Todo ese aire fresco sacará al hombre salvaje que lleva dentro.

—No lo harías.

Levanto una ceja.

—Bien. —Aprieta los dientes—. ¿Dónde está el chico bonito, de todos modos?

—Ilaria se lo llevó a rastras para hacerle un chequeo y hacerle un análisis de sangre de seguimiento. Tuvo que amenazarlo con restringir el acceso de todos los visitantes si no obedecía sus órdenes médicas.

—¿Por qué demonios necesita un chequeo? ¿Para asegurarse de que cada mechón de su cabello todavía esté en su lugar?

—¡Ja! Qué gracioso, pero no. Teniendo en cuenta que casi sufrió un *shock* hipovolémico al donar toda esa sangre para mi transfusión, necesitaba asegurarse de que estuviera bien y que su terquedad no le causara complicaciones.

Drago parpadea como si mis palabras lo dejaran ligeramente aturdido, pero esa expresión de sorpresa en su rostro se transforma rápidamente en irritación.

—Yo soy tu hermano. Deberían haberme llamado a mí para donarte sangre.

—*Oh*, por el amor de Dios. —Miro hacia el cielo y suspiro—. Lárgate, Drago. Y envía a Keva.

Me besa la mejilla y se levanta para irse, justo cuando se me ocurre algo. Me muerdo el labio inferior.

—Oye. —Le agarro el antebrazo—. ¿Crees que a Dina le hubiera agradado Arturo?

Una sonrisa serena se dibuja en sus labios.

—Sí. Creo que le habría agradado. Desafortunadamente.

Cruza la habitación hacia la puerta, pero antes de abrirla, se gira bruscamente. Sus ojos, preocupados, pero resignados, me recorren. ¿Qué está pensando? ¿En Dina? ¿Nuestro pasado? ¿Lamentando las decisiones que ambos tomamos?

—¿De verdad amas a ese imbécil?

—Sí. Realmente lo amo, de verdad.

***

La lámpara de la mesita de noche al lado de mi cama de hospital arroja una luz suave sobre el montón de papeles en mi mano, haciendo que el blanco impecable sea ligeramente amarillento. Enfermizo. Muerto. Mi mente no puede comprender el texto ante mis ojos, así que lo miro más atentamente. Intentando… entender.

¿Cómo pude haber estado tan equivocada? ¿Realmente estaba tan atontada por los medicamentos que malinterpreté completamente las palabras de Arturo? Mi mirada se desliza hacia el final de la página. Debajo del encabezado de la sección en negrita. La fecha. Nuestros nombres. Enfocándome en ambas líneas. La superior ya tiene la firma de mi esposo.

No puedo vivir eso por segunda vez.

Pensé que era él confesando que me amaba.

Obviamente, me equivoqué.

Esa comprensión se estrella contra mi pecho como un mazo, y el dolor es mil veces mayor que la incomodidad física real después de mi cirugía.

Es una agonía, pero infinitamente más.

No queriendo que vea el efecto que esto está teniendo en mí, hundo mis dientes en mi labio inferior para evitar que tiemble.

Luego, miro hacia arriba, encontrándome con la mirada penetrante de Arturo.

—¿Quieres el maldito divorcio, DeVille?

—Sí.

Su respuesta instantánea se siente como un golpe final, aniquilándome por completo. No puedo ocultar el temblor de mis dedos mientras libero el bolígrafo puesto en el borde superior del folder del documento y lo coloco en la línea en blanco. La tinta fluye azul a través de la página, pero mi visión se nubla, se distorsiona y transforma lo que estoy viendo en rojo. En mi mente, estoy firmando otro trato con el diablo. Esta vez, con mi sangre.

—Ya está. —Cierro la solapa del folder sobre el documento y mantengo mi atención fija en la miserable cosa. *«No dejaré que me vea llorar»*—. ¿Qué pasa con mi dinero? Acordamos un millón por cada mes de nuestro matrimonio.

—Así fue. Y ya que yo estoy rompiendo el plazo, los doce millones fueron depositados en tu cuenta hace una hora.

Trago. Apenas.

—Perfecto. ¿Y Ajello?

—Yo me encargaré del Don.

Él se encargará del Don. Genial.

—Me quedaré con los anillos.

—No lo querría de otra manera. De hecho, insisto en que lo hagas.

Bastardo. Voy a hacer que los derritan, solo por eso.

—Bueno, desearía poder decir que ha sido un placer hacer negocios contigo, DeVille, pero…

—Igualmente.

Su voz suena divertida. El imbécil se está divirtiendo. Por supuesto que lo hace. Primero, arruinó mi vida. Ahora, mi corazón. Pero claro, me alegro de haber podido entretenerlo. Dios, ¿por qué

no puede largarse para que pueda derrumbarme en paz? ¿Es mucho pedir? ¿Lo es?

Mis ojos permanecen pegados al folder, pero finalmente capto un ligero movimiento en mi visión periférica. Excepto que… él no se va. ¿Qué…? ¿Qué esta…?

Levantando bruscamente mi cabeza, todo lo que puedo hacer es mirar boquiabierta a Arturo con un asombro aturdido y con los ojos muy abiertos. Está arrodillado justo al lado de mi cama. Tiene puesto uno de sus elegantes trajes después de que, aparentemente, se duchó y se cambió mientras yo dormía, y está arrodillado en el suelo del hospital como si no le importara en absoluto.

—¿Qué estás haciendo?

—Paciencia, *Gattina* —pronuncia, metiendo la mano en el bolsillo de sus pantalones.

Estoy a punto de decirle que se pierda cuando se aclara la garganta. Sus ojos capturan los míos, y no hay ni una pizca de alegría en ellos. De hecho, se ve como…

—La jodí —suelta, pasándose una mano por el cabello como si estuviera nervioso—. A lo grande. Hice todo un desastre porque fui un estúpido. Y testarudo. Y porque tenía miedo. —Su voz se quiebra un poco en la última palabra—. Me dijiste una vez que siempre arruinas las cosas, sin embargo, eso no es cierto. Perforar agujeros en el panel de yeso o desarmar la cafetera con un cuchillo de mantequilla, eso no es estropear las cosas, nena. Eres solo tú siendo tú. Eres independiente e ingeniosa. Es posible que algunas cosas no salgan como quieres, pero no rehuyes a un desafío. No te rindes, y eso me encanta de ti. Me encanta todo lo que haces. Incluso cuando se trata de payasadas extrañas en el cabello. Me encanta ver qué idea loca se te ocurrirá después, y quiero seguir experimentando eso por el resto de mi vida.

Se queda en silencio, pero tengo la sensación de que no ha terminado. Sus ojos siguen rebotando entre los míos como si estuviera tratando de comunicarme algo en silencio. Implorándome

que entienda cada una de sus palabras. Es como si estuviera tomando aire antes de zambullirse. Preparándose para encender un fósforo en una habitación llena de hidrógeno en lugar de aire. Y me quedo jadeando, luchando por respirar. Esperando esa chispa que hará estallar mi mundo con su próxima exhalación. Su siguiente oración.

—Te amo, *Gattina*.

B

O

O

M

—Tara, durante más de una década, aparte de mis hermanas, la *Familia* de la *Cosa Nostra* fue lo más importante en mi vida. Pero luego tú llegaste a ella haciéndola estallar como una hermosa tormenta. *Mi preciosa perdición*. Y me di cuenta de que eclipsaste todo. La *Familia*, si tuviera que tomar una decisión, los habría traicionado por ti. Mi vida, la habría dado para salvar la tuya en un nanosegundo. Renunciaría a todo por ti, nena, a todo. Y ese pensamiento me asustó muchísimo. Tener ese tipo de debilidad era simplemente incomprensible. Mas eso es en lo que te convertiste. En mi talón de Aquiles.

»Y entonces, arremetí. Traté de alejarte cuando todo lo que realmente quería era tenerte en mis brazos, mantenerte a salvo y nunca dejarte ir. Porque te amo. Con desesperación. —Aspira una fuerte bocanada de aire y saca un anillo de su bolsillo, levantándolo frente a mi rostro—. Lo siento mucho, mi querida Tara. ¿Te casarías conmigo?

Jadeo. El asombro, la ira y la felicidad vertiginosa surgen dentro de mí, luchando por la supremacía mientras sigo boquiabierta ante el hermoso anillo de oro con otra esmeralda deslumbrante en el centro, incluso más hermosa que la de mi anillo actual.

—¿Estás bromeando, joder? —Finalmente logro escupir—. ¡Me acabas de entregar los papeles del divorcio!

—Quiero hacerlo bien, *Gattina*. Quiero que cada paso de nuestra vida juntos sea real. Un día, nuestros hijos deberían escuchar la historia de cómo su papi le propuso matrimonio a su mami mientras se arrodillaba ante ella. No que él fue un imbécil y que chantajeó al amor de su vida para que se casara con él. —Sonríe—. ¿Pero cómo puedo pedirte que te cases conmigo si ya estamos casados? Por favor, Tara. Hazme el honor de convertirte en mi esposa.

Agarro el folder con nuestros papeles de divorcio, moviéndolo y golpeándolo en la cabeza.

—¿Eso es un *sí*? —Sonríe tímidamente y entrecierra los ojos.

—¡He estado pasando por un infierno, pensando que me enamoré de un idiota al que no le importo en lo más mínimo, demonios! —lanzo—. No, Arturo. Definitivamente *no es* un sí.

Esa sonrisa traviesa se transforma en un ceño fruncido cuando la confusión se apodera de su rostro. Poniéndose de pie de un salto, se inclina hasta que está a la altura de mis ojos.

—¿Qué?

Es mi turno de sonreír. Agarrando fuertemente la solapa de su chaqueta, lo jalo hacia abajo para darle un beso que roba el aliento.

—Si pensabas que te lo pondría fácil, estás muy pero *muy* equivocado, cariño. —Sonrío contra su boca—. Tendrás que ganarte ese *sí,* esta vez. —Le rozo el labio inferior con los dientes—. Aunque el anillo es bonito. Lo aceptaré.

Epílogo

Varios meses después

Arturo

La fiesta de cumpleaños de Milene Ajello

New York

No puedo creer que haya dicho que *no*. Otra vez.

No rompo nuestro beso mientras cierro la puerta del baño de una patada y luego le pongo el seguro.

—Algo me dice que al Don no le gustará que abandonemos la fiesta de su esposa —habla Tara sin aliento mientras busca a tientas mi cinturón.

—Me disculparé porque me importa un carajo. —Envolviendo mis brazos alrededor de su cintura, la cargo hacia el tocador.

—Es posible que quieras reconsiderar tu actitud, cariño. Después de todo, tienes que mantenerte en su lado bueno para que no se enoje demasiado porque me delegues la revisión de todos los documentos de negocios.

—Ajello ya lo sabe. Incluso mencionó que también te dará su mierda. —Aplasto mi boca contra la de ella—. Ahora, no más charlas de trabajo. Todo lo que quiero en este momento es follar a mi esposa hasta dejarla sin sentido.

—Exesposa.

Gruño. Le encanta sacar esa mierda a relucir. Me molesta muchísimo, y ella lo sabe. También sabe que *técnicamente* nuestro divorcio nunca se finalizó porque me negué a presentar los papeles.

Nada de eso me impidió tratar de ganarme a mi esposa. La he cortejado, he salido en citas con ella, he preparado todas sus comidas favoritas, que ahora no tiene problemas en disfrutar noche tras noche, y continuamente he tratado de convencerla de que acepte mi propuesta de matrimonio. Esta vez sin presiones. Solo mi amor.

Incluyendo mi intento inicial en el hospital, he intentado exactamente diecinueve veces. Independientemente de la hora, la fecha o el lugar, la respuesta ha sido *no*, *no*, *no*.

Lo intenté durante la celebración de *Preslava* en la casa de su hermano, pensando que preguntarle frente a su familia y amigos locos sería suficiente. *Preslava* es básicamente otra versión de *Slava* pero con menos invitados. Aun así, incluía el asado de cerdo, desafortunadamente. Sin embargo, me arrodillé y le pedí a Tara que se casara conmigo frente a cincuenta personas. Ella me rechazó. Pero se quedó con el anillo. Mujer frustrante. El día se convirtió en un desastre después de eso. Mientras intentaba enamorar a mi esposa, abandoné mis deberes como asador de cerdos. La cosa terminó quemada. Lo que llevó a Drago y a mí a intercambiar golpes en medio de la carpa de la fiesta, y terminamos tirando y rodando encima del pastel que Keva preparó para la ocasión. Realmente no importó quién salió victorioso. Creo que todos disfrutaron del entretenimiento, como si fuéramos un par de payasos allí para divertir a la multitud. Alguien comenzó una lista de solicitudes para el próximo evento familiar.

Eso me obligó a cambiar de táctica. La siguiente vez que le di a la propuesta otra oportunidad fue mientras cenábamos en uno de los restaurantes favoritos de Tara en Manhattan. Estaba seguro de que un lugar más exclusivo la haría más receptiva, especialmente si le recordaba algo de esos libros que le gusta leer. Incluso contraté a un cuarteto de cuerdas para que tocara su canción favorita de fondo. La gente a nuestro alrededor celebró y aplaudió mientras me sonreía con esa sonrisa enloquecedoramente hermosa. Pero ese ruido se calmó rápidamente con su rotundo *no*.

Mi siguiente intento de pedirle que se casara conmigo fue en la ópera, durante el intermedio entre los dos primeros actos. Luego, en la librería local, mientras miraba la sección de romance erótico de época. En el cine. Frente a la tienda de lencería.

No, Arturo. *No*. *No, y deja de interrumpir la película. No. Estás causando una escena.*

¡Diecinueve putas veces! He abierto mi corazón mientras estaba arrodillado. Cada intento fue recibido con una respuesta negativa. Pero cada vez, se aseguró de aceptar el anillo. A estas alturas, tengo un pedido permanente con mi joyero en Roma. Un nuevo anillo de esmeraldas hecho a la medida cada dos semanas.

Todos los anillos de compromiso que le he regalado están alineados en la parte superior de la cómoda de nuestro dormitorio, en nuestra casa recién reconstruida. Son un triste testimonio de todos mis intentos fallidos de convencer a Tara de que me elija. Cada vez que los miro, no puedo decidir si quiero reírme o matar a alguien. ¿Mi única salvación? Ella nunca se ha quitado mi anillo original. O el anillo de bodas que le di. Ambos están siempre presentes en su delicado dedo.

—Sin chupetones —murmura Tara en mi cuello—. Y por favor, trata de no arruinar mi atuendo esta vez.

—No te prometo nada.

El vestido rosa que tiene puesto es ajustado, aunque de alguna manera, me las arreglo para subir el dobladillo hasta su cintura sin rasgar la tela. Sin bragas. Perfecto. Deposito su trasero desnudo en el mármol y saco mi polla.

—Tal vez debería follarte hasta que estés atontada y sumisa. —Su cabello es una cascada de hermosas ondas, que llega hasta la mitad de su espalda, todo suave y sedoso. Mientras aprieto un puñado en la parte posterior de su cabeza, los mechones se deslizan entre mis dedos—. Debería empujarte al límite y simplemente mantenerte allí hasta que digas *que sí* a mi propuesta, *sí* a casarte conmigo de nuevo.

Una sonrisa maliciosa se extiende por sus labios, y una vez más estoy desconcertado por lo jodidamente impresionante que es.

—Interesante estrategia. —Agarrándose al borde del mostrador, se inclina hacia atrás y abre las piernas—. Ciertamente deberías intentarlo, cariño.

—Tal vez lo haga. —Me meto dentro de ella con un movimiento suave. Hogar. Maldita dicha.

Su piel es tan sedosa bajo mi mano mientras sigo la delicada columna de su garganta. Perfecta. Maldición, tan perfecta. Al igual que toda ella. Inclinando mis caderas, me sumerjo más profundamente, luego me retiro, dejando solo una fracción dentro. Le encanta cuando la embisto sin piedad, retirándome casi por completo antes de volver a entrar.

Sin embargo, no esta noche. Esta noche, voy a hacer que acepte casarse conmigo, incluso si al final hace que mi pobre verga adolorida explote. Su pulso se acelera bajo las yemas de mis dedos, y siento el rápido ascenso y descenso de su pecho. *Sí, nena, sí.*

Deslizando mi otra mano por su muslo, la deslizo entre nuestros cuerpos, pasando mis dedos por hinchado. Un pequeño punto tan sensible, pulsando con cada caricia de mi pulgar. Joder, Tara está tan mojada que los golpes de nuestra piel llenan la habitación. Ruidoso y lascivo. Me encanta. El olor de su excitación me está volviendo loco. Hambriento. Anhelando más. Acelero mi ritmo, empujando más rápido, pero retrocediendo cuando siento que se acerca demasiado al precipicio.

Las uñas afiladas se clavan en mi cuello, seguramente dejando cicatrices de media luna rojas que marcarán mi piel durante horas. Nombrándome como suyo. Eso no es realmente necesario. He sido suyo desde el momento en que mis ojos se posaron en mi gata salvaje, y seré suyo hasta mi último aliento.

—¿Quizás te gustaría reconsiderar mi oferta? —Rozo mis dientes a lo largo del borde de su barbilla, luego por su delicada garganta, la hinchazón de sus senos.

—No. —Su respuesta sale como un gemido prolongado en lugar de una palabra claramente pronunciada

Maldita sea.

Me muevo de nuevo, cambiando el ángulo una vez más. Mis caderas embisten más fuerte, más rápido. Me hundo lo más profundo que puedo, mientras sus paredes internas me aprietan con fuerza, como si quisieran atraparme. Las luces del techo proyectaban un brillo radiante sobre sus hermosos senos. Senos que en este momento casi se derraman del corpiño de su vestido. Maldigo interiormente por no tener suficientes manos para hacerle todas las cosas que quiero a mi mujer. Tocarla por todas partes. Todo al mismo tiempo. Me veo obligado a abandonar su garganta para poder agarrar el derecho, amasándolo ligeramente. Haciendo coincidir el apretón de mis dedos con el ritmo de mis embestidas.

—Puedo seguir así durante horas —miento. Ese hormigueo en la base de mi columna vertebral ya se está extendiendo, empujándome cada vez más cerca del borde. Me obligo a aguantar, prolongando su placer, todo mientras el olor dulce y embriagador de nuestro acto sexual me envuelve, disminuyendo mi determinación.

—Mentiroso. —Jadea junto a mi oreja—. Ambos sabemos que puedo romperte, y solo necesito hacer esto.

Sus dientes se hunden en el tejido blando entre mi cuello y mi hombro, enviando una sacudida eléctrica a través de cada parte de mi cuerpo. Estallo. Agarrando sus rodillas, las abro más y luego la follo como un hombre poseído.

Su espalda se arquea hacia mí mientras gime. Los sonidos más hermosos salen de sus labios pecaminosos a la par que la reclamo. Con cada embestida, puedo sentir su centro teniendo espasmos alrededor de mi polla. Ella detona. Temblando, estremeciéndose, cabalgando sobre las olas del éxtasis mientras grita mi nombre.

Mía. Solo mía.

Apretando los dientes, me retiro, y la repentina pérdida de su calor casi me hace caer de rodillas. Tomo su rostro con mis manos, persuadiendo a sus ojos ligeramente aturdidos para que se encuentren con los míos. Cada músculo de mi cuerpo está tenso. La necesidad de volver a sumergirme en ella es abrumadora. Un impulso visceral que no se puede negar. Quiero llenarla con mi semen, marcarla por completo. No obstante, también necesito que ella entienda.

—Te amo más que a nada en este mundo, *Gattina* —confieso con aspereza—. Más que a nada. ¿Puedes comprender eso?

Esa mirada esmeralda me quema mientras sus labios tiemblan. No importa cuántas veces lo haya dicho ella antes, el miedo de que esta vez pueda permanecer en silencio casi me ahoga. La duda de que de alguna manera arruiné todo para nosotros después de todo, se mete dentro de mí. Necesito escucharla decir las palabras o podría morir.

—Yo también te amo, Arturo.

El alivio se vierte en mi sistema como una lluvia que da vida. Cada vez que lo dice, una onda expansiva me atraviesa. Dejando escapar un gruñido, me sumerjo de nuevo dentro de su coño, tan profundo y con tanta fuerza que casi me corro en ese momento.

El grito apasionado de Tara explota en la habitación. Es ruidoso, y apuesto a que todos en el salón de banquetes probablemente lo escucharon. Por encima de la música, la charla y todo. Los temblores atormentan su cuerpo mientras se desmorona en mi abrazo. Otra vez. Me aferro a ella con fuerza, al igual que tengo la intención de aferrarme a ella por toda la eternidad. Manteniéndola a salvo y protegida en mis brazos.

Solo después de que ella comienza a bajar de su éxtasis, vuelvo a embestirla, buscando mi propia liberación. Solo dos embestidas más me llevan allí. Mis pelotas se levantan y rujo cuando mi semen caliente explota en ella, llenándola con mi semilla.

Mi bruja.

Mi pequeña *preciosa perdición*.

Tara

Un mes después

Piazza Navona, Roma

A medida que me acerco al centro de la plaza, la magnificencia de los edificios centenarios por todos lados me deja sin aliento. Los adoquines debajo de las suelas de mis sandalias de tacón están calientes con el calor del sol de la tarde. Grupos de turistas se reúnen por todas partes, sus voces se mezclan en un zumbido armonioso de varios idiomas diferentes. El aire huele levemente a castañas asadas, y la ligera brisa lleva el delicioso aroma del pan fresco de los cafés cercanos.

«¡No puedo creer que esté en Roma!».

—Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida —susurro, absorbiendo la vista.

—No podría estar más de acuerdo —pronuncia Arturo detrás de mí.

Me doy la vuelta y lo encuentro apoyando su hombro en la pared de piedra, mirándome. Hace un rato se deshizo de la chaqueta de su traje en nuestra *suite* del hotel, eligiendo salir sin ella. Las mangas de su camisa de vestir están arremangadas, los dos botones superiores están desabrochados. El cuello abierto muestra un poco de su pecho bronceado, sus clavículas *sexys* y su cuello cubierto de barba con la cruz dorada alrededor.

A la par que miro a mi hombre, recuerdo ese día no hace mucho tiempo en Naos. En ese entonces, fue el destello de las luces en lugar de los rayos del sol en su cadena lo que capturó mi

atención mientras caminaba hacia él. Todos estos meses después, todavía tiene el poder de dejarme sin aliento.

—¿Por fin vas a explicarme por qué insististe en que viniéramos a Roma, de todos los lugares, este fin de semana? —pregunto.

—La semana pasada, después de que Drago mencionara las vacaciones a las que llevaría a Sienna, te burlaste de él por nunca llevarte a ningún lugar divertido. —Se aleja de la pared y merodea hacia mí con pasos lentos y depredadores—. Y bueno, sabes cuánto me encanta hacerlo enojar. Así que decidí que te mereces una escapada antes que ellos. —Se ríe—. Le dejé una postal en la recepción del hotel, con órdenes de que se enviara como correo prioritario.

—¿Todavía estás molesto con Drago por conspirar con Ajello? ¿O sigues pensando que te vendió la propiedad de los griegos a propósito, poniendo en marcha por todo lo que pasamos?

—Ambos. Pero también, simplemente no me agrada.

—Ya hemos discutido esto, Arturo.

—*Mm-hmm*. Pero el idiota retorcido todavía piensa que ama a Sienna más de lo que yo te amo a ti.

—Ustedes dos realmente necesitan detener este comportamiento infantil. Competir por ver quién ama más a quién es ridículo. —Suspiro. Supongo que es mejor que las otras mierdas sobre las que continúan discutiendo. Sienna y yo hemos estado tratando de resolver la animosidad continua entre nuestros hermanos. Hasta ahora, con poco éxito. Drago responsabiliza a Arturo de que me dispararan y casi muriera. Y Arturo está convencido de que todo el desastre no habría sucedido en absoluto si Drago tuviera un mejor sentido para los negocios. Eso es en cuanto a explotar la garantía de los griegos se refiere—. ¿Hay alguna noticia sobre el padre de Stavros?

El rostro de Arturo se contorsiona en una máscara de rabia.

—No. El hijo de puta parece haber desaparecido y nadie ha podido localizarlo. Pero eventualmente saldrá a la superficie. Y cuando lo haga, me aseguraré de que su muerte sea lenta y extremadamente dolorosa. —Él toma mi mejilla con su palma mientras su otra mano se posa sobre mi corazón—. Todavía estoy plagado de pesadillas sobre esa noche. Casi te pierdo.

—Estoy bien. Estoy aquí. Contigo. —Levantándome sobre los dedos de mis pies, presiono mi boca contra la suya.

Jala brevemente mi labio inferior entre sus dientes, pero luego, con una mirada bastante divertida en su rostro, se pone de rodillas.

—Otra razón por la que elegí Roma es porque mi joyero está aquí. De esa manera, cuando una vez más me digas "no", puedo recoger el nuevo anillo de inmediato y preguntarte otra vez. —Sonríe, levantando un anillo de esmeraldas en su caja de terciopelo ante mí—. ¿Quieres casarte conmigo*, Gattina*?

Mi corazón se acelera como lo hace cada vez que me pregunta. Ha estado tratando de corregir sus errores, comenzando con una propuesta romántica que nunca recibí antes de que acordáramos casarnos. Una vez que acepte, quiere que renovemos nuestros votos. Que digamos las palabras de amor el uno al otro, y esta vez, ambos las diremos en serio. Hasta la fecha, me ha propuesto matrimonio más de una docena de veces, acercándose a veinte, tal vez. Honestamente, ya perdí la cuenta. Pero es hora de que acepte. Se ha redimido lo suficiente.

Sonrío y tomo el anillo. El tan esperado *sí* está listo para salir de mis labios cuando la mirada de Arturo se desvía hacia un lado. La alegría en sus ojos se transforma en frustración mientras observa algo detrás de mí.

—Tienes que estar bromeando, carajo.

—¿Qué? —Miro a mi alrededor, sin ver nada raro—. No sé… ¿Qué está pasando? — Miro a Arturo boquiabierta mientras se

levanta, lanzando un montón de maldiciones en italiano en voz baja, y vuelve a meter mi anillo en su bolsillo—. ¡Oye! ¡Devuélvemelo!

—*Nop*. Ese pequeño bastardo de alguna manera me siguió hasta aquí. No permitiré que la mala suerte nos estropee esto.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De eso. —Apunta con la barbilla hacia la derecha.

Mi vista se desplaza en la dirección que me indicó. Pasando a toda velocidad junto a los turistas acurrucados en grupos. Buscando, buscando. Hasta que se detiene en el bote de basura adornado cerca de un restaurante.

En la parte superior, con la pata trasera recta en el aire, se sienta un gato negro escuálido. Uno que se lame el trasero vigorosamente.

Me tapo la boca con la mano para reprimir una risa. Fracaso. Riéndome del todopoderoso Arturo DeVille. ¿Mi hombre es supersticioso?

—¿Por qué te ríes? No es gracioso —se queja.

Sacudiendo la cabeza, agarro la parte delantera de su camisa y lo jalo hacia abajo para darle un beso.

—Solo dame el anillo —murmuro contra sus labios.

—No —objeta en tono áspero.

Retrocedo.

—¿Qué quieres decir con "no"?

—Quiero que sea perfecto. Y esto definitivamente no lo es.

—Pero, justo iba a…

Su boca golpea la mía, interrumpiendo el resto de mis palabras.

Arturo

Algún tiempo después

New York

—Sí, sé que es urgente, jefe. —Cierro la puerta con el pie y llevo la bolsa de comestibles a la cocina. En mi prisa por llegar a casa, casi me olvido de recoger los ingredientes para la lasaña que le enseñaré a Tara a preparar mañana. Mientras Ajello ladra en mi oído, guardo todo rápidamente y busco a mi esposa—. Tara ya revisó el contrato y analizó a detalle. Esos imbéciles intentaron meter una tarifa más alta de la que acordamos originalmente y agregaron una penalización a la cláusula de retraso. Supongo que pensaron que no nos daríamos cuenta. Veré si…

Me detengo a mitad de camino de las escaleras, sin creer lo que veo. El agua fluye por los escalones desde el nivel superior y cae desde el rellano como una pequeña cascada.

—Voy a tener que devolverte la llamada. —Corto la línea.

Mientras subo las escaleras de dos en dos, las suelas de mis zapatos salpican el agua corriendo que rápidamente me llega a los pies. Ridículos sonidos pegajosos me acosan a la par que me dirijo por el pasillo en busca de la fuente de la fuga.

—¡Tara! —Irrumpo en nuestra habitación—. Nena, ¿qué está pasando aquí?

—*Oh,* hola, cariño. —Mi esposa asoma la cara por la puerta, sonriendo tímidamente—. Llegaste temprano a casa. ¿Qué te parece si regresas a la oficina y vuelves en una hora? O tal vez tres. Mañana sería mejor.

Su cabello mojado está recogido en la parte superior de su cabeza, varios mechones pegados a sus mejillas y frente sonrojadas. La camiseta gris que lleva puesta está empapada, aferrándose a sus pechos y estómago. Hoy no trae puesto un sostén. Que suerte la mía.

—Creo que me quedaré.

—¡Absolutamente no! —Se desliza fuera del baño por el espacio más estrecho, cerrando la puerta a su paso, luego se apoya en ella como si fuera Cerberus vigilando la puerta—. El plomero ya está en camino y todo se arreglará en poco tiempo. Te enviaré un mensaje de texto tan pronto como todo esté hecho.

Una sonrisa amenaza con aparecer en mi rostro, pero la mantengo dentro, mordiendo el interior de mi labio. Tirando mi chaqueta en la parte posterior del sillón reclinable que ha comenzado a absorber agua en su base, cruzo el piso inundado y me inclino para besar a mi esposa.

—¿Qué hiciste, querida Tara? —susurro mientras mordisqueo su labio inferior—. ¿Dejaste que la bañera se llenara, pero te olvidaste de ella?

—*Uh-uh*. La tubería debajo del lavamanos estaba goteando —explica mientras sube por mi cuerpo para envolver sus piernas alrededor de mi cintura—. Sabía que tu día estaba lleno de reuniones y cosas, y que estarías agotado cuando llegaras a casa. Así que traté de arreglarla yo misma porque no quería que tuvieras que lidiar con el problema. *Um*… aunque no salió como lo planeé.

—¿Puedo echar un vistazo?

Dejando escapar un suspiro de frustración, entierra su rostro en el hueco de mi cuello.

—Por favor, no lo hagas. Es un desastre.

—Estoy seguro de que no es tan grave. —Ajusto mi agarre, moviendo a Tara para poder sostener su trasero con una mano mientras alcanzo el picaporte de la puerta del baño con la otra.

Y abro el portal al caos total.

Varios chorros se proyectan desde la tubería agrietada debajo del lavamanos como géiseres, brotando en casi todas direcciones. El más grande está volando hacia la pared opuesta, lo que resulta en rociados secundarios a medida que el arroyo rebota y empapa todo lo que está a la vista, incluida mi caja de herramientas, que está medio sumergida justo al lado del tocador abierto.

—Yo… Intenté cerrar la válvula debajo del lavabo, pero debo haber hecho algo, y la manija se rompió un poco —continúa en voz baja, con la cara aún presionada contra el hueco entre mi cuello y mi hombro—. Lo siento mucho. Prometo que arreglaré este desastre.

Beso su frente, luego tomo su barbilla entre mis dedos e inclino su cabeza para que nuestras miradas se conecten.

—Está bien.

—No está *bien*, Arturo. ¿Qué pasa con el piso nuevo? Es de madera. Y toda la casa acaba de ser remodelada. ¿Qué pasa con los muebles? Y…

Ella continúa escupiendo preocupación tras preocupación a un ritmo rápido mientras camino por el piso empapado de agua, llevándola al gabinete de toallas mientras hago todo lo posible para evitar lo peor del rocío. Parece el lugar más seguro, así que pongo a mi esposa sobre el mostrador.

—… si es que se puede arreglar, claro. Mierda. ¿Y si necesitamos reemplazar todas las tuberías de la casa?

El agua me salpica la espalda mientras meto la mano en el bolsillo y saco una pequeña caja de terciopelo. La he estado cargando desde que regresamos de Roma, esperando el momento perfecto.

Perfecto. Lo único perfecto en mi vida es mi esposa. Con ella, todo lo demás se vuelve perfecto.

—¿Y si el seguro no lo cubre? Y… ¿Arturo? ¿Qué carajos? No te arrodilles. ¡Te estás empapando completamente!

Sonrío y levanto el anillo hacia ella.

—¿Mi querida Tara, quieres casarte conmigo?

Ella me mira boquiabierta.

—¿En serio, Arturo? ¿Me lo estás pidiendo ahora?

—En serio. El momento no puede ser más perfecto que este. —Me encojo de hombros.

—Estamos en medio de un gran desastre de plomería, en caso de que no lo hayas notado.

—Sí, lo noté. ¿Y bien? ¿Serás mi esposa, mi pequeña *preciosa perdición*?

Sus labios se presionan en una línea plana mientras me mira fijamente durante un largo momento antes de que una sonrisa radiante atraviese su rostro atónito. Esos hermosos ojos verdes suyos se llenan de lágrimas cuando comienza a asentir con la cabeza.

—Sí. —Moquea, luego levanta su mano—. Me casaré contigo.

«Bueno, ¡gracias a Dios, carajo!».

Deslizo el anillo en su dedo hasta que descansa contra el primero que elegí para ella. El anillo que le di antes de que mi mente entendiera completamente lo que esta increíble mujer significaba para mí, aunque mi corazón ya sabía que ella era invaluable.

Tan pronto como las dos esmeraldas centrales se conectan sobre el anillo de bodas, sentadas ligeramente torcidas formando inadvertidamente un símbolo de infinito, salto y tomo a mi esposa en mis brazos y luego corro a nuestra habitación.

—*Um*… ¿Podemos omitir mencionar la gran fuga y la inundación cuando les contamos a nuestros futuros hijos sobre este momento? Simplemente podemos decir que acepté casarme contigo en Roma. —Ofrece mientras le quito la camiseta mojada.

Sonrío y capturo su boca con la mía.

—Absolutamente no.

Mientras tanto, en Boston

Adriano

Sede de Ruffo Enterprises

Distrito portuario

El dolor constante palpita en mis sienes, haciendo que mi maldito cerebro se sienta como si se estuviera convirtiendo en papilla bajo la presión. Aprieto el puente de mi nariz y me recuesto en la silla de mi oficina, esperando que esta última migraña pase rápidamente si me mantengo absolutamente quieto. Justo cuando me acomodo para una hora agonizante, un golpe brusco en mi puerta hace que mi miseria se acelere.

—Genial —suspiro.

Teniendo en cuenta la hora y los extraños y ahogados lamentos que se pueden escuchar incluso detrás de la puerta cerrada, solo puede ser una persona. Mi repartidor.

Con otro apretón en mi nariz y luego en mis sienes, lo que logra joder todo en lo que respecta a mi migraña, me enderezo en mi silla.

—Entra.

La puerta se abre para revelar a un hombre de mediana edad con cabello grasiento hasta los hombros y una barba gris canosa y descuidada. Y un bastardo lloriqueando acurrucado a sus pies. De alguna manera, a pesar del trapo sucio metido en su boca, los lloriqueos del hombre maltratado suenan como un trueno en mi cabeza.

—Tengo tu paquete —declara el barbudo. Su voz está teñida de un ligero acento francés; la articulación es nítida y es

completamente opuesta con su aspecto descuidado—. Aquí tienes.

Como para resaltar su punto, agarra al tipo quejumbroso por el cuello y lo empuja a través del umbral. El pobre idiota atado y amordazado rueda por el suelo.

Ladeo la cabeza, evaluando el estado de mi última adquisición. Parece haberse desmayado. Mi mirada se desplaza hacia el repartidor, escudriñándolo de pies a cabeza. Por la condición de su ropa sucia y rota, supongo que pasó al menos una semana durmiendo en las calles. Me pregunto si realmente lo hizo.

—Eso es nuevo. —Desvío mi mirada hacia su cabello, hacia los mechones que parecen no haber visto agua y jabón en por lo menos un mes—. Y en especial me gusta la barba postiza.

Los ojos del hombre se entrecierran. Son el único defecto en su disfraz. Uno puede cambiar muchas cosas sobre sí mismo, pero la mirada en sus ojos generalmente los delata. Los ojos del repartidor son claros. Jóvenes. Muy jóvenes. Mirándome fijamente con fuego brillando en sus profundidades. Una llama salvaje. Todavía no ha aprendido a controlar sus emociones. Lo que solo enfatiza sus asombrosas habilidades para engañar. Eso incluye el maquillaje aplicado a la perfección en su rostro. La máscara astuta lo hace parecer más del doble de su edad real.

—¿Entonces? ¿Ya estamos a mano? —gruñe.

—Sí. Estamos a mano, Zacharie. —Asiento con la cabeza, lamentándome de inmediato cuando un dolor punzante se dispara detrás de mis ojos—. ¿Tuviste la oportunidad de reconsiderar mi oferta de trabajar para mí a tiempo completo?

—No. Estoy satisfecho con mi nuevo jefe.

Hago un sonido de *Tsk*. Testarudo. Al igual que su padre. Y leal. Debí haberme esforzado más para ganarle a ese maldito siciliano y sacar al chico de la prisión china antes que él.

—Muy bien, felicita a DeSanti de mi parte. Adquirió un recurso muy valioso.

Los ojos del chico brillan con sorpresa

—Ese no es el tipo de información que se ha dado a conocer ampliamente.

—Mientras haya agentes dispuestos a vender información y quienes tengan los medios para pagarla, toda la información se puede obtener. Recuerda eso.

Una vez que Zacharie Allard se va, me dirijo a los ventanales que van del piso al techo, mirando el horizonte de Boston iluminado por la noche. Mi paquete todavía está acurrucado en el centro de mi oficina, apestando el lugar con el hedor del miedo.

Tomó meses y una pequeña fortuna, pero mis fuentes finalmente encontraron a Tobias Katrakis escondido en un basurero en Atenas. Otra cantidad de dinero en efectivo se destinó a organizar un vuelo privado para traerlo a este lado del Atlántico. Valió la pena. El viejo prestamista tiene muchas conexiones en New York que podrían resultar útiles, y la información que puedo obtener de él compensa todo el dinero que gasté para cazarlo. Y luego está la ventaja adicional. El subjefe de la *Cosa Nostra* quiere la cabeza del griego por casi matar a su esposa. Todavía estoy contemplando cómo ejercer esa ventaja, que es una buena carta para tener bajo la manga.

Miro mi reloj de pulsera. Es muy tentador quedarme y comenzar la primera ronda de preguntas de inmediato. Sin embargo, mis prioridades parecen haber cambiado recientemente. Sacando mi teléfono del bolsillo de mi pantalón, envío un mensaje de texto al guardia de seguridad de abajo. Mi personal sabe que espero una acción rápida, por lo que estará aquí en cualquier momento para recoger a Katrakis.

El griego está empezando a recobrar la consciencia, algo que no puedo permitir. No puedo permitir que tenga ideas locas en este momento.

Me acerco al hombre semiconsciente y me pongo en cuclillas a su lado. El joven Zacharie Allard lo maltrató bastante, pero todavía

existe un riesgo cuando se trata de Katrakis. Y entiendo muy bien el valor de mitigar los riesgos residuales.

Agarrando su pie con mi mano derecha, coloco mi izquierdo justo encima de su tobillo. Algo de presión y un fuerte chasquido resuena en la habitación. Inmediatamente seguido por el grito de un pobre idiota lo suficientemente desafortunado como para sufrir una fractura de hueso.

Eso servirá.

Me enderezo, cruzo la oficina a grandes zancadas, recogiendo mi chaqueta de camino a la puerta.

Siempre he sido pragmático. Las obsesiones nocivas, los deseos y los sentimientos delirantes nunca han existido en mi vida. Esos son para el hombre común que no puede apuntar más alto para alcanzar sus ambiciones. Influenciado demasiado fácil, distraído y vuelto inútil, incapaz de separar la ficción de la realidad.

Lo que me hace imposible comprender mi nueva, inexplicable y devoradora obsesión. Esta fascinación que he desarrollado y parece que no puedo deshacerme de ella por mucho que lo intente. Como un drogadicto, sigo pensando que una dosis más será suficiente para salir de mi adicción. Solo para demostrar que estoy equivocado.

Todo comenzó con un solo dulce envuelto en celofán. Una galleta italiana. Medio aplastada cuando me la ofreció. Sin embargo, las capas tricolores del relleno seguían estando definidas. Seguían siendo tentadoras. Mágicas.

Un arcoíris.

El símbolo de su nombre.

Iris.

Fin

Escena Extra 1 – *Gatorraptado*

Esta escena adicional es desde el punto de vista de Kurt.

Para que la historia a continuación tenga sentido, deben haber leído el Libro 5 (Caricias Robadas) y la escena extra anterior (Kurt)

Kurt

Tintineo…

Abro un ojo.

El sonido es apenas distinguible, pero reconozco el giro de una llave en una cerradura. ¿Ya regresaron los tortolitos? Eso sería bueno porque ya tuve suficiente de este incómodo sillón reclinable. El Malvado cerró todas las puertas a otras partes del *penthouse* antes de llevar a Milene a una cita elegante y dejarme atrapado en la sala. Estoy seguro de que lo hizo a propósito. No me quiere en ninguna de las habitaciones. Demasiado codicioso para compartir las almohadas esponjosas que se apilan encima de las suaves camas. Rata de dos patas, desgraciada.

La puerta principal se cierra con un ruido sordo.

Síp, ya volvieron.

Cerrando con fuerza mi ojo de nuevo, empujo el cargador del teléfono del Malvado debajo de mi vientre para que no lo note. Al palito de carne sin pelo le encanta quitarme todos mis juguetes. Pero realmente me gusta este. Lo mastiqué tan bien. La cosita que cuelga ahora está casi plana. Como tocino.

Ahhhh… ¡Me encanta el tocino! Casi tanto como amo el atún. Pero la tierna Milene me puso a dieta el mes pasado. *Siseo*. Es por esa perra veterinaria. Le dijo a mi humana que tenía un poco de sobrepeso. ¡Sobrepeso! ¿Yo? ¡Cómo se atreve a insultarme! No necesito ningún cambio en mi plan nutricional. A menos que signifique más atún y tocino. Soy el mejor ejemplar de un felino macho. ¡Fuerte, ágil y perfectamente arreglado! Me lamo las pelotas y el culo todos los días. ¿Tendría un gato con sobrepeso la flexibilidad para hacer eso?

Tap. Tap.

Estiro el cuello, mirando en dirección al vestíbulo de la entrada, escuchando el sonido de pasos que se acercan. Está oscuro en la habitación, pero eso no me importa. Mi visión es tan aguda como mis garras, y mi audición es mejor que la del ratón del metro. Solo el más mínimo chirrido es suficiente para determinar la fuente. Y esas pisadas son demasiado parejas. No pertenecen al andar del Malvado. Y son demasiado pesados para ser de Milene.

¡Intruso!

¡Bolas de pelo! ¡Tenemos un problema!

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!

Salto al respaldo del sillón reclinable, luego salto a la parte superior del librero. Mis movimientos son rápidos y elegantes, definitivamente mucho más allá de lo que un gato regordete podría lograr. (No pueden convencerme de lo contrario. He visto la evidencia en video. El registro de gatos gordos atrapados dentro de la pantalla del teléfono de Milene. Algunos de ellos incluso se llamaban… *Cheezburger*. ¡Qué vergüenza, digo yo, qué vergüenza!)

Pero ahora no hay tiempo para contemplar las malas decisiones tomadas por los felinos menos sensatos del mundo. Asumo mi puesto de observación. Escuchando. Esperando.

Tap. Tap.

Un hombre, vestido con un extraño traje negro, que parece uno de los lunáticos que el Malvado a veces ve en la televisión, da

vuelta a la esquina y se cuela dentro de la habitación. Se detiene, mira a su alrededor en la oscuridad y luego se quita algo del cinturón.

¡Un arma!

¡Mayday! Mayday! Mayday!

¡Tiene un arma!

¡Por las pulgas de Dios! ¡El estúpido Malvado eligió hoy de todos los días para llevar a Milene a una cita en lugar de proteger su guarida! ¡Inútil! No tiene ningún instinto en absoluto.

Clic.

Un rayo de luz se extiende desde la mano del intruso, barriendo la habitación de esquina a esquina.

Oh. Es una linterna.

Me aplasto encima del librero, manteniéndome completamente quieto. Ni siquiera un bigote se retuerce en mí mientras veo a este extraño intruso husmeando en mi territorio.

¿Es un ladrón? No está abriendo ningún cajón ni sacando nada. ¿Un asesino? ¿Enviado por el enemigo del Malvado para eliminar a la pareja de Milene?

¡Maldita sea, tengo una suerte tan terrible!

«¡Debiste venir hace más de una hora, idiota! ¡Antes de que el Malvado se fuera!».

Sigo observando al intruso mientras camina, revisando cada rincón y grieta. Debajo de los muebles, detrás de las cortinas, incluso entre los cojines del sofá. ¿Está buscando algo?

Entonces no es un asesino.

Cuando termina con su extraña inspección, el fisgón saca su teléfono y se dirige a la cocina.

—Fred —dice en voz baja en su dispositivo—. ¿Estás seguro de que se supone que debe estar en la sala? Porque no está aquí. ¿Debería revisar el resto del lugar?

El hombre está demasiado lejos para que yo escuche la respuesta, pero esa contestación debe haber sido algún tipo de instrucción porque el intruso se mueve hacia el armario. ¡Mi armario!

¡Es un ladrón!

—Está bien. Lo intentaré. —Él asiente con la cabeza mientras mete la mano dentro. Sacando una lata con la que estoy muy familiarizado. La pone en el mostrador. La abre.

¿Qué demonios? ¿Tenía ganas de comerse un refrigerio en medio de su tonto robo o algo así? Como sea. Nadie entra a mi guarida sin ser invitado. ¡Nadie me roba mi comida! Lidiaré con él inmediatamente y sin piedad. Voy a… ¡Carajo! Estoy empezando a sonar como el Malvado. Eso es terrible. Volviendo al asunto en cuestión.

Estoy juzgando la distancia entre mi escondite y el ladrón hambriento. Calculando cuántos saltos se necesitarían para aterrizar sobre su espalda. Trazando la fuerza requerida para… *Oh,* ¿qué es ese olor tan maravilloso?

¡Yum, yum, yum! El divino aroma del atún llena el aire.

¡Por mis nueve vidas! La baba se derrama de mi boca. No he estado recibiendo nada más que esa mierda de croquetas insípidas y cero golosinas durante semanas, y con un simple olor de ese delicioso aroma me dan ganas de arrancar mi motor de ronroneo.

—Ven, gatito, gatito…

El intruso baja la lata de atún al piso de la cocina.

Nop. Ignóralo. Es una especie de truco.

Todo el mundo sabe que no debes aceptar pescado de extraños.

Pero malditas sean las bolas de perro, ¡huele tan bien! Tentándome. Tentándome.

Esta dieta forzada tonta ha convertido mi pobre barriga al tamaño de un guisante. ¿Cuánto se puede esperar que soporte un gato hambriento? *Mmm…* ¿Quizás solo un olfateo? Un pequeño

bocado rápido, para recuperar mi poder, antes de concentrarme en deshacerme de este visitante no deseado.

Intoxicado por el olor celestial, descarto al tipo, ya no me importa quién es o qué busca. Siguiendo mi nariz, salto del librero y corro hacia el festín.

El bocado inicial del atún perfectamente desmenuzado es felicidad pura. Tan bueno que en mi prisa por tragármelo, casi me ahogo con él.

Divino. Tan delicioso que…

Una tela gruesa y pesada cae sobre mi cabeza.

MIAUUUU. SISEO. GRUÑIDO.

—¡Te tengo!

***

—¡Jesucristo, joder, Marv! ¿Puedes hacer que esa cosa se calme? ¡Estoy tratando de conducir!

—¿Qué diablos crees que estoy haciendo? —grita mi *gatorraptor* mientras me revuelvo dentro de la trampa, siseando y tratando de salir—. Esta bolsa no aguantará. ¡Debimos haber traído una maldita jaula!

¡Una jaula! ¡Cómo se atreve! Dejo escapar otro maullido furioso y clavo mis uñas en lo que espero que sea la entrepierna del callejero. Esta estúpida bolsa de lona no es un obstáculo para mis garras inmaculadamente puntiagudas. No pasé los últimos dos días afilándolas en los postes de la cama del Malvado por nada.

—¡Joder! ¡El pequeño bastardo acaba de clavar sus uñas en mis pelotas!

¡Bingo!

Cambiando mi posición tanto como me permite el espacio confinado dentro de la bolsa, vuelvo a perforar la tela.

Un quejido doloroso resuena en el interior del vehículo.

—*¡Mieeeerda!* —Marv, el intruso, se queja.

¡Ja! ¡Ahí tienes, cucaracha superdesarrollada! Otra trituración de pelotas exclusivamente para ti.

Sin embargo, mi emoción dura poco, porque el idiota me empuja de su regazo y caigo de cabeza al suelo. *¡Ay!*

¡Colas de rata, no puedo creer que me estén *gatorraptando*! ¿Estas escorias le pedirán rescate al Malvado? ¿Es esto un plan para robarme de mis humanos?

Tuve la sensación de que el payaso iba a ser problemático tan pronto como lo vi y lo olí. Apesta como el montón de mierda de caballo quemada por el sol que pasé corriendo una vez en el parque de la ciudad.

—Al diablo con el contrato. —Marv de nuevo—. Vamos a matarlo. No quiero conducir fuera del estado con este engendro infernal en mi regazo solo para tirarlo en algún lugar.

Me congelo. Mi pelaje se levanta instantáneamente.

¿Matarlo?

¿A mí?

—Bien pensado, Marv. Simplemente vamos a…

Los neumáticos chirrían y luego el coche se detiene de golpe. Eso me hace rodar dentro de la bolsa hasta que golpeo algo. Nunca desperdicio una oportunidad, me lanzo de un lado a otro, tratando de encontrar una manera de escapar. Nada. El camino hacia mi libertad está rígidamente atado.

—¿Qué diablos le pasa a la gente? ¡Este imbécil me cerró el paso! ¡Casi nos saca de la puta carretera! —Fred grita.

—Mierda, hombre. ¡Es él! —La voz de Marv suena un poco histérica. Ese hedor a su alrededor se está transformando en algo nuevo—. ¿Qué carajos está haciendo aquí? *Oh*, viene hacia acá. ¿La cagamos?

—Ah… Hola. ¿Hay algún proble…?

Un silbido penetrante suena en el aire, seguido inmediatamente de otro. Me quedo muy quieto, muy callado. Atento para escuchar lo que está pasando.

La puerta del auto cruje cuando alguien la abre, y luego la bolsa en la que estoy se levanta del suelo. ¡No! ¿Qué está pasando? ¿Me están *gatorraptando* de mis *gatorraptores*?

Bueno, ¡no voy a caer sin pelear!

SISEO. GRUÑIDO. GRUÑIDO. SISEO.

Me muevo frenéticamente, rascando la tela de la bolsa.

—¡Detente! —ordena una voz baja y autoritaria—. Maldito gato defectuoso.

¿El Malvado?

Un maullido largo y feliz sale de mí. ¡Estoy siendo salvado!

Espero pacientemente mientras desata la bolsa, todo mientras oscilo entre el alivio y la irritación. Estoy encantado de que pronto me devuelva con Milene, pero el hecho de que mi némesis me rescate se siente de alguna manera degradante.

Sí, lo sé. Eran dos contra uno, pero debí haber sido capaz de vencerlos. Mi vida fácil con Milene me ha vuelto demasiado suave. Mierda, si se corre la voz en las calles sobre cómo un humano tuvo que salvarme, eso acabaría con mi reputación. Me echarían de la "Sociedad de Gatos Callejeros".

Los lados de la bolsa finalmente están sueltos. Me sacudo, estirando mis extremidades y empujando mi cabeza a través de los pliegues. Tan pronto como salgo, me encuentro cara a cara con el Malvado. El Usurpador.

¡Te tardaste mucho! Maúllo, lanzándole un golpe a su barbilla con mi pata. Pero el palito de carne se aleja justo a tiempo.

—Debí haber dejado que te llevaran. —Desliza sus manos alrededor de mi barriga, levantándome y girándome de lado a lado

—. ¿Te lastimaron?

¡Sí! ¡Destrozaron mi autoestima en pedazos, y luego llegaste tú y la enterraste por completo! ¿Cómo te atreves a ayudarme, humano? ¡Habría logrado liberarme por mi cuenta! Eventualmente.

—Pareces estar bien. De acuerdo. Vámonos a casa, pequeña peste.

¿Peste? ¿Yo? Tal vez debería quedarme con los *gatorraptores*. Obviamente me valoran más.

Mientras el Malvado me carga, estiro el cuello y giro la cabeza para ver a los *gatorraptores*, preguntándome por qué no están haciendo un escándalo por perderme. Sin embargo, ambos callejeros están desplomados en sus asientos, luciendo manchas rojas idénticas en el centro de sus frentes.

¿Muertos?

¡El Malvado los mató!

¿Por mí?

Levanto la barbilla un poco más alto, asumiendo una pose más digna. Por supuesto que los mató. Nadie se mete con la familia Ajello, y yo soy un miembro valioso de la manada. Esencial. Irreemplazable. Por supuesto que Riggs no cuenta.

Ese gato es una vergüenza. Y me alegro de que Milene se haya dado cuenta de eso. Nunca volverá a cometer el mismo error. En nuestra guarida, solo hay un gato alfa ¡y soy yo!

—Tienes que empezar a comportarte, peste —parlotea el Malvado mientras me sienta en el asiento del pasajero después de deslizarse detrás del volante—. Nada de lanzar golpes solo por diversión. A partir de mañana por la mañana, serás el hermano mayor de una camada de gatitos. Milene apenas puede contener su emoción.

¡Noooo!

Escena Extra 2 – El gurú del amor

Locutor de radio: Buenas noches a todos. Soy James Williams y quiero darles la bienvenida al episodio de esta semana de *El amor está a la vuelta de la esquina.* Esta noche, tenemos un invitado especial con nosotros en el estudio. Sin embargo, debido a la naturaleza delicada de su negocio, no podemos compartir su nombre real con ustedes. En cambio, lo llamaremos Don.

¡Encantado de tenerte aquí, Don!

… [Nada más que un silencio saluda a la audiencia a través de las ondas de radio.]

Invitado: Hola.

Locutor de radio: Damas y caballeros, por favor no lo juzguen por eso. Creo que Don podría estar un poco nervioso. Antes de salir al aire, me confesó que nunca había estado en un programa de radio.

Empecemos. ¿Podría decirnos por qué eligió aceptar nuestra invitación para aparecer en el programa de esta noche? Según tengo entendido, usted dirige un conglomerado importante, por lo que no dudo que su tiempo debe ser muy limitado.

Invitado: Eso es correcto. Estoy aquí porque me chantajearon y obligaron a venir.

Locutor de radio: ¡No es posible! ¿Lo obligaron? No tenía idea. ¿Podría dar más detalles sobre eso?

Invitado: Uno de mis socios de negocios pensó que mi aparición en su programa sería útil. Desafortunadamente, compartió esta idea descabellada con mi esposa. A ella le gustó. Y luego me obligó a hacerlo.

Locutor de radio: *Oh*, entonces ¿ella está escuchando? ¡Hola, señora Don! Le envío mucho amor y…

¡Bam!

Invitado: Eso fue solo una pequeña advertencia para ti, James. Ningún hombre más que yo le envía amor a mi esposa. ¿Entendiste? La próxima vez, no me detendré en un simple ojo morado. ¿Entendido?

Locutor de radio: Absolutamente. [*Quejido.*] Cien por ciento.

Invitado: Puedes continuar.

Locutor de radio: *Um*… Sí, claro. Parece que está muy enamorado de su esposa, Don. Dado que este programa se trata de brindar consejos sobre relaciones, ¿tal vez podría compartir algunas palabras de sabiduría? Cuéntele a nuestra audiencia cómo conoció al amor de su vida y sus experiencias cortejándola. ¿Hay cosas específicas que funcionaron para usted o algo que desearía haber hecho de manera diferente?

Invitado: De acuerdo. Nos conocimos en el estacionamiento del hospital donde ella solía trabajar. Fue un encuentro breve, que duró unos diez minutos. Pero ese fue tiempo más que suficiente para darme cuenta de que haría lo que fuera necesario para hacerla mía.

Locutor de radio: Eso suena tan romántico. Dígame, ¿cuál fue su primer movimiento?

Invitado: Hice una investigación de antecedentes y luego la observé.

Locutor de radio: *Oh*, ¿investigó las cosas que le gustaban y los lugares donde disfrutaba pasar el tiempo? Eso es adorable. No creo que la gente haga el esfuerzo de conocer a una persona en estos días. Vivimos en una cultura de gratificación instantánea, ¿no está de acuerdo?

Invitado: No. Quise decir que hice que mi jefe de seguridad completara una investigación a fondo de ella y que coordinara vigilancia con cámaras de video para poder vigilarla las veinticuatro horas del día.

Locutor de radio: *Uh*… Quiere decir… que usted… ¿La acosó?

Invitado: Sí.

… [Ahem. Tos. Tos.] … [El anfitrión parece tener un pequeño problema. El personal capacitado en primeros auxilios está en espera.]

Invitado: Esa fue definitivamente una de las cosas que funcionó. Para lograr el resultado que deseas, es importante recopilar y analizar toda la información pertinente, James. Una vez que tengas una mejor comprensión de la persona que elegiste, es mucho más fácil alcanzar tus objetivos. Recomiendo totalmente este enfoque.

Locutor de radio: *Um*… Claro. Ya veo. No es un defensor de los medios convencionales. Como regalar flores, por ejemplo.

Invitado: Intenté con eso.

Locutor de radio: *Oh*, ¿lo hizo? ¿Cómo le funcionó eso? Y, ¿qué le regalo? ¿Rosas?

Invitado: Todo lo que la florería tenía disponible. Pero mi error fue no escribirle una nota. Así que no tenía idea de que eran de mi parte. Eso debería ser una lección para tus radioescuchas. Siempre incluyan una tarjeta firmada con las flores.

Locutor de radio: Ese es un buen consejo, ahí mismo. Bueno, dado que cortejar a su amada con flores parece que fracasó, ¿qué fue lo siguiente que intentó?

Invitado: Irrumpí en su apartamento y llené su refrigerador.

Locutor de radio: *Huh.* Interesante. No es lo que pensé que podría decir. ¿Y por qué hizo eso?

Invitado: Sus hábitos alimenticios eran extremadamente poco saludables. Cada vez que la veía en las cámaras sacando comida chatarra del refrigerador o comiendo comida rápida para llevar, sentía algo incómodo.

Locutor de radio: ¿Cámaras? ¿En su casa? ¿Eso no es ilegal, Don?

Invitado: ¿Hay algún punto en tu pregunta?

Locutor de radio: *Oh*, no. Solo estaba, ya sabe, pensando. Continuemos. ¿Su futura esposa sabía que estaba… *uh*… interesado… en ella? ¿Se vieron los dos, en persona, durante ese tiempo?

Invitado: No. Fue algún tiempo después que decidí que era el momento adecuado para que finalmente nos encontráramos cara a cara nuevamente. Coincidió con un tipo raro que intensificó su persecución no

deseada de ella y no aceptó un "no" como respuesta.

Locutor de radio: ¿Ella tenía *otro* acosador? Quiero decir, aparte de usted.

Invitado: Sí. Pero, afortunadamente, ese problema se resolvió rápidamente. Una vez que le disparé al tipo, rápidamente recibió el mensaje de que acosar a la mujer de otro hombre estaba mal. Mi consejo en esa situación es que se encarguen de todos los tipos raros desagradables con la mayor rapidez.

Locutor de radio: Pero… usted también la acosaba. La observaba sin que ella lo supiera.

Invitado: Me estaba asegurando de que mi futura esposa estuviera bien. Situaciones completamente diferentes.

Locutor de radio: Ya veo. ¿Y una vez que se volvieron a encontrar? ¿Se enamoró de usted de inmediato o tuvo que esforzarse para ganarse su afecto? ¿Cuánto tiempo salieron ustedes dos antes de proponerle matrimonio?

Invitado: Tuvimos una cita y nos casamos al día siguiente.

Locutor de radio: ¿Un día? ¿Ella accedió a casarse con usted después de una cita?

Invitado: Eso no es nada extraordinario. La gente tiende a ceder rápidamente, y prácticamente a cualquier cosa, cuando se amenaza a toda su familia con aniquilarlos. Poseer excelentes habilidades de persuasión es esencial para salir con alguien. Creo que esta ha sido mi mayor fortaleza.

Locutor de radio: Claro. Es bueno saberlo. *Um*… Supongo que han estado casados durante bastante tiempo. ¿Entonces, deduzco que al final ella sí terminó sintiendo algo por usted?

Invitado: Por supuesto.

Locutor de radio: ¿En serio? Digo… ¿Cómo puede estar seguro de su amor? ¿Lo expresó de alguna forma espectacular o…?

Invitado: Ella recibió una bala por mí. ¿Es suficientemente espectacular para ti, James?

Locutor de radio: *¡Whoa!* Eso es… tremendo. *Um*… ¿Puedo preguntar qué pasó con la persona que le disparó?

Invitado: Una especie de trabajo de fileteado.

Locutor de radio: No estoy seguro de entender lo que quiere decir.

Invitado: ¿Alguna vez has visto un pescado destripado y luego convertido en filetes?

Locutor de radio: Seguro, un par de veces.

Invitado: Entonces entiendes lo que quiero decir.

…

Productor: James, todavía seguimos *en vivo*.

Locutor de radio: [*Ahem*] Claro. Bueno, nuestro tiempo casi se acaba. Yo… ah… Tengo una pregunta más para usted, Don. Como un hombre que está muy enamorado de su esposa…

Invitado: Eso es decir poco.

Locutor de radio: Claro. Puedo ver eso. ¿Podría decirme si hay algo sobre su esposa que tal vez… no le guste? ¿Una molestia en particular, quizás?

Invitado: Mi esposa es la encarnación de la perfección. Adoro cada cosa de ella. Excepto Kurt.

Locutor de radio: ¿Kurt?

Invitado: Su gato defectuoso.

Estoy constantemente tentado a estrangular al pequeño diablo. Desafortunadamente, ella ama a la maldita cosa. Y como lo hace, aunque lo detesto con todas mis fuerzas, no puedo hacerle daño de ninguna manera. Y todos mis intentos pasivos de neutralizarlo fracasaron. Dejando las puertas abiertas con la esperanza de que huyera. También las ventanas. Nada. Incluyendo el plan de secuestro y reubicación forzada.

Locutor de radio: ¿Intentó secuestrar al gato de su esposa?

Invitado: No seas ridículo. Acabo de decir que no le pondría una mano encima. ¿No estabas prestando atención?

Locutor de radio: *Um…*

Invitado: Contraté a un equipo profesional. Mercenarios de primer nivel. Todo estaba planeado hasta el más mínimo detalle. Había llevado a mi esposa a una cena romántica, le di al personal de seguridad de la casa una noche libre y proporcioné medios de entrada a los perpetradores. Todo lo que tenían que hacer era entrar, recoger al maldito gato y sacarlo del estado. Facilísimo.

Tuvieron a la pequeña peste a salvo en sus manos en menos de quince minutos. Recibí una llamada de confirmación cuando salían de la ciudad por la interestatal. Mi esposa y yo todavía estábamos disfrutando de nuestro plato principal.

Locutor de radio: ¡*Oh*, Dios mío! ¡De hecho, hizo que secuestraran al gato de su esposa!

Invitado: Eso es absurdo. Colgué la llamada y me excusé, haciéndole saber a mi esposa que necesitaba lidiar

con un asunto urgente. Luego, alcancé a los secuestradores y me deshice de ellos.

Locutor de radio: Espere un minuto. ¿Qué quiere decir con "deshacerse de ellos"? ¿Usted en realidad no los…?

Invitado: Por supuesto que lo hice. Y una vez hecho eso, lleve a la peste a casa. Le dije a mi esposa que simplemente necesitaba que Kurt fuera revisado por el veterinario, pero que no quería preocuparla innecesariamente. [*Ahem*]. *Cara mia,* si estás escuchando, lo siento profundamente.

Locutor de radio: Espere. Espere. No estoy seguro de estar entendiendo, Don. ¡*Usted* contrató a los secuestradores en primer lugar! ¿Y después *usted* los persiguió y los…eliminó? ¿Por llevarse al gato?

Invitado: No sé por qué estás confundido, James. Esto es muy simple. Nadie secuestra al gato de mi esposa. Ni se sale con la suya.

Querido Lector:

¡Muchísimas gracias por leer la historia de Arturo y Tara! Sería un honor para mí que dedicaras unos minutos de tu tiempo a dejar una reseña para que los demás lectores sepan qué te pareció ***Preciosa Perdición***.

Tus opiniones siempre son bienvenidas. Incluso si solamente se trata de una frase corta, significa mucho para el autor. Cuantas más reseñas reciba un libro, mayor será su exposición en la tienda en línea de tu elección. Y unas pocas palabras de tu opinión honesta pueden ayudar a la siguiente persona a decidir si le da una oportunidad a Arturo y Tara.

Deja una reseña de *Preciosa Perdición* (haz clic aquí)

¿Qué sigue?

El próximo libro tendrá como protagonistas a Iris y Adriano. Ambos aparecieron por primera vez en ***Dulce Prisión***. Puedes esperar *tropes* como diferencia de edad, héroe acosador, polos opuestos se atraen y un héroe extremadamente celoso y posesivo. Esta es la historia de un hombre que fue educado para ser despiadado, que no se abstuvo de hacer lo que fuera necesario para garantizar la continuidad del legado de su familia. La trayectoria de su vida lo llevó a conseguir una gran riqueza y un tremendo respeto, aunque en el proceso perdió algo muy importante. Su corazón. O tal vez... no lo perdió. Tal vez simplemente se congeló. El título del libro 12 es ***Corazón de Hielo***.

Corazón de Hielo será el último de la serie principal y saldrá a la venta en inglés el 30 de abril de 2026. Y para aquellos que se pregunten por qué la espera es tan larga (ya que he publicado libros mucho más rápido en el pasado), la razón principal es la longitud del libro. Los primeros libros de la serie tenían alrededor de unas 50,000 palabras cada uno. Sin embargo, a medida que la serie avanzaba, los libros se hicieron más largos, y los últimos superaron las 120,000 palabras, es decir, más del doble en comparación a los primeros libros. Teniendo en cuenta esto, no es viable para mí mantener el mismo ritmo de publicación que antes. Lamento la demora, pero prefiero tomarme más tiempo para escribir la historia y hacer que el libro sea lo más perfecto posible, que precipitarlo.

Gracias por comprenderme.

Corazón de Hielo

ADRIANO

Amor.
Qué ilusión tan patética y absurda.
Un cuento de hadas creado para bastardos débiles e inútiles,
demasiado ciegos para comprender el mundo tal y como es.

El mundo es un páramo podrido y olvidado de la mano de Dios
Donde únicamente prosperan las mentiras y el engaño.
Todos usan una máscara.
Todos esconden una navaja.
Aquí no hay santos.
No quedan más que tonos grises.

Juré esa afirmación durante años,
hasta que la conocí.

Una sola alma inocente en un mundo impregnado de pecado.
Un rayo de sol en el negro abismo sin fondo,
Una flor delicada de la que debo mantenerme lo más lejos posible.

No puedo.
Le robaré su luz,
aun sabiendo que nunca fue para mí.

IRIS

Amor.

El sentimiento más poderoso del mundo.
Puede hacerte volar a través de las puertas del cielo,
O descender voluntariamente a los fuegos del infierno,
Solamente para salvar a la persona sin la que te niegas a vivir.

Y yo hago exactamente eso.

Me ato a un hombre al que no le importa nada,
excepto la riqueza y el poder.
Un hombre que piensa que todo se puede comprar,
incluyendo la vida de una persona.

Un hombre que mató a su primera esposa,
Sin remordimiento
Sin parpadear.

No tiene piedad.
No tiene alma.
Solo hielo en su horrible corazón.

Y ahora... le pertenezco.

***

Además, puede que les interese el primer libro de la serie ***Legado de Mafia: Hermosa Bestia*** (Libro 1 de la serie *spinoff* de la segunda generación). ***Hermosa Bestia*** es una adaptación flexible del cuento de hadas de *La Bella y la Bestia.* Sin embargo, esta historia incluye un secuestro y un romance entre Vasilisa

Petrova (la hija de Roman y Nina en ***Cicatrices Marcadas***) y Rafael De Santi (el Siciliano que aparece en ***Pecados Oscuros***).

Hermosa Bestia (Vasilisa y Rafael, ***Legado de Mafia***, Libro #1) (haz clic aquí)

Sobre la Autora

Neva Altaj escribe apasionante romance de mafia contemporáneo sobre antihéroes dañados y las heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de erotismo y giros inesperados, y un final feliz está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página *web*: www.neva-altaj.com

Facebook: https://www.facebook.com/neva.altaj

Página de autora en Amazon: www.amazon.com/Neva-Altaj

Goodreads: www.goodreads.com/Neva_Altaj

***

Si quieres saber más sobre el mundo de la serie Perfecta Imperfección, los mejores sitios para seguirme son:

Para teasers de los libros y revelaciones de portada:
Instagram (@neva_altaj - click here)
TikTok (@author_neva_altaj - click here)
*
Para contenidos extra de los libros (árboles genealógicos, escenas adicionales):
Website (www.neva-altaj.com)
*
Para revelaciones de sinopsis y novedades (como los días de libros gratis):

Suscríbete a mi boletín de noticias (Haz clic aquí) ¡No hay SPAM, lo prometo!

*

Para charlar con otros lectores de la serie Perfecta Imperfección:

Únete a mi **grupo de lectores en FB** donde podrás compartir tus pensamientos, adivinar los personajes principales de los siguientes libros o simplemente conversar sobre libros en general.

"Neva Altaj's Perfectly Imperfect Readers" (Haz clic aquí)

*

¡NUEVO! Para descargar las ilustraciones de los libros de la serie Perfecta Imperfección:

https://www.neva-altaj.com/book-art.html
